

*mientras tanto*

89

Invierno 2003

**consejo editorial** Alfons Barceló, Lourdes Benería, M<sup>a</sup> Rosa Borràs,  
Ernest Cañada, Juan Ramón Capella,  
José Antonio Estévez Araujo, Paco Fernández Buey,  
Josep González Calvet, José Luis Gordillo,  
Elena Grau, Antonio Izquierdo, Julia López,  
Miguel Ángel Lorente, Antonio Madrid,  
Xavier Pedrol, Alejandro Pérez, Enric Prat,  
Albert Recio, Víctor Ríos, Jordi Roca,  
Joaquim Sempere, Héctor C. Silveira Gorski,  
Verena Stolcke, Enric Tello, Josep Torrell

**consejo de redacción  
de esta entrega** M<sup>a</sup> Rosa Borràs, Juan Ramón Capella,  
Antonio Giménez, José Luis Gordillo,  
Antonio Madrid, Xavier Pedrol,  
Gerardo Pisarello, Albert Recio,  
Joaquim Sempere, Héctor C. Silveira

© Fundación Giulia Adinolfi - Manuel  
Sacristán

**dirección redacción** Apartado de Correos 30059, Barcelona

**edita** **Icaria** ✿ editorial  
Ausiàs Marc, 16, 3.º 2.ª / 08010 Barcelona  
[www.icariaeditorial.com](http://www.icariaeditorial.com)

**dirección suscripciones** Apartado de Correos 857, Barcelona

**cubierta y grafismo** Josep Maria Martí

**imprime** Romanyà/Valls, S.A.  
Verdaguer 1, Capellades (Barcelona)

**Fotocomposició** Text-gràfic

**Depósito legal** B-35.842-79

**ISSN** 0210-8259

**publicación trimestral de ciencias sociales**

la revista admite colaboraciones en cualquiera  
de las lenguas peninsulares

## ÍNDICE

NOTAS EDITORIALES	
Ante las elecciones generales .....	5
El Forum 2004 y sus contestatarios .....	9
<b>LA OBRA DE MANUEL SACRISTÁN: LECTURAS ACTUALES</b>	
<b>La filosofía según Manuel Sacristán</b> por M <sup>a</sup> Rosa Borrás .....	17
<b>Marx, <i>Das Kapital</i> y Manuel Sacristán</b> por Alfons Barceló .....	39
<b>Epílogo</b> por Oscar Carpintero .....	49
<b>Leer a Manuel Sacristán en el crisol de un nuevo comienzo</b> por Enric Tello .....	61
<b>El paso de fronteras en el nuevo imperialismo</b> por Bob Sutcliffe .....	103
<b>¿En qué consiste realmente el modelo americano?</b> por J. K. Galbraith .....	129
<b>La expansión de la cárcel en España</b> por Eduard Ibáñez .....	139

RESEÑA	
<b>Lecturas de Breviario</b>	
por M <sup>a</sup> Rosa Borrás .....	159
DOCUMENTOS	
<b>Las 21 exigencias de ATTAC sobre el «Tratado</b>	
<b>Constitucional» .....</b>	169
<b>Informe sobre inmigración .....</b>	177
CITA .....	181



Impreso en papel ecológico  
(libre de cloro).

## **mientrastanto.e**

*Mientras tanto* está publicando un boletín electrónico de periodicidad mensual. Quienes deseen suscribirse gratuitamente a *mientrastanto.e* pueden solicitarlo a la dirección siguiente:

**suscripciones@mientrastanto.org**

## **NOTAS EDITORIALES**

### ANTE LAS ELECCIONES GENERALES

Las elecciones generales están, como quien dice, a la vuelta de la esquina. ¿Qué hacer?

Lo que hay que hacer es sencillo y no es sencillo. Para la izquierda social no hay ninguna perspectiva electoral verdaderamente entusiasmante.

Pero sí hay una necesidad prioritaria: echar al PP del gobierno del Estado. Y si eso no fuera posible, oponer a su política antisocial y antiecológica todas las dificultades que se le puedan levantar.

Echar al PP es necesario. Porque no es un partido democrático, sino populista y demagógico. Porque ha gobernado contra los intereses de las gentes que trabajan, cada vez en peor situación para llegar a fin de mes, y en favor de los beneficios del empresariado. Porque ha hecho una política de guerra, criminal para con las gentes de Iraq, estúpida por subordinarse enteramente a los intereses anglosajones, por desprenderse de toda ética y de todo sentido común; una política exterior e interior contraria a lo que expresábamos las gentes en la calle.

Hay que echar al PP por sus políticas sociales: de vivienda —en favor del empresariado de la especulación inmobiliaria, contra la vivienda asequible,

cuya escasez nos separa de otros países europeos—; de educación: ante todo de clasismo educativo, pero además fomentando una enseñanza privada subvencionada, sobre todo a las empresas educativas católicas, y unos contenidos —y formas— de instrucción que reducen las perspectivas de los jóvenes. Hay que echar al PP por su política antiecológica, cuyo punto más destacado es un «Plan Hidrológico Nacional» que pasa como caballo por cacharrería sobre un bien tan importante como el agua. Por su política sexista, estigmatizante y perjudicial para las parejas de hecho al negarles lo que se reconoce a quienes optan por matrimonios ritualizados. Por su política fiscal, que incrementa la presión fiscal y la carga fiscal indirecta, la que paga todo el mundo a través del IVA y las tasas, y alivia el irpf para beneficiar a los más ricos; que tiene el cinismo de pregonar que baja los impuestos y además recorta todo gasto público, toda prestación pública, cuando su clientela no puede aprovecharse de eso para su lucro particular.

Hay que echar de los puestos de poder a las gentes del PP por su control manipulador de los medios de comunicación públicos y de los privados en los que tiene influencia, que utiliza exclusivamente para sus fines partidistas y sectarios. Porque han convertido la información en manipulación y el entretenimiento en embrutecimiento. Porque han impuesto su propia mentalidad de españolismo de charanga en toda la esfera pública, incrementando las fracturas sociales.

Hay que echarles porque en la administración han mostrado ser unos chapuceros demasiado preocupados por ellos mismos —que viven en el lujo pagado con dinero público— para ocuparse de administrar: en el asunto de las vacas locas, del Prestige, del tren de alta velocidad. Que ni siquiera tienen miramientos con los militares utilizados de apagafuegos de los norteamericanos.

Hay que echarles porque son autoritarios y ni siquiera escuchan, porque al quitarse la careta han resultado ser lo que ya sospechábamos, o sea, franquistas, la prolongación civil del franquismo: un entramado de intereses que consocia lo más egoísta de la sociedad española, lo más antidemocrático, lo más neoliberal —cuando el neoliberalismo consiste en auparse los más fuertes sobre los más débiles.

Hay que echarles para que el problema vasco se pueda resolver dialogadamente. Hay que echarles porque lo utilizan para ganarse los votos de las cabezas calientes del país.

Hay que echarles porque han convertido los medios de comunicación del Estado en una permanente misa de sus milagros. Hay que echarles porque se creen que en España la gente que trabaja está a su servicio y no ellos al

servicio de la gente que trabaja y de todos aquellos a los que no dejan trabajar: los precarios, los discontinuos, los temporales, los prejubilados, los que buscan un primer empleo, los parados, los inmigrantes, los sinpapeles, y los que lo tienen peor por ser mujeres.

Hay que echarles por realizar a la chita callando una auténtica mutación constitucional, en colaboración con el Tribunal Constitucional dominado por ellos, creando abismos donde sólo había líneas de demarcación, adelgazando los derechos. Por su uso particularista de la ley, cuyo sentido pervierten al hacer leyes para casos particulares y por procedimientos que escapan a la publicidad del debate parlamentario, a pesar de tener garantizada aún la mayoría.

Todo dice que hay que echarles. Pero no va a ser fácil.

No va a ser fácil porque son populistas. Porque compran a la gente —como compraron en la Galicia del *Prestige* a tantos trabajadores del mar con rápidos subsidios que aseguraran su feudo y a sus caciques—. Porque saben levantar fallas y quemarlas con dinero público, o con dinero europeo, para entontecer al personal más atrasado culturalmente: el de los programas rosa de la tele y las revistas y el de los deportes. Porque, como gobernantes burgueses, saben ocultar sus trapicheos, su tráfico de favores e influencias. Porque hay un sistema político que les favorece al ser desigual el terreno de juego para las diferentes opciones en liza. Porque están simbióticamente unidos al gran empresariado a través del negocio de los contratos públicos y de los regalos de las privatizaciones. Porque han sabido seleccionar una cúpula del Poder Judicial dócil y utilizar la Fiscalía General del Estado para que paralice toda investigación de su corrupción. Porque repiten por medios industriales, o sea más que Goebbels, mentiras, sabiendo que la repetición las hace parecer verdades.

Tampoco será fácil porque el PP tiene una base social de clase media e incluso de trabajadores que creen que se pueden desclasar. Una base creada a golpe de política neoliberal. La base del fraude en el iva, de los enriquecimientos rápidos, de los negocios especulativos, de las actividades antiecológicas, de la sobreexplotación de inmigrantes y de jóvenes en el desmesurado sector de los servicios de este país turístico. La base de ese sector de burguesía media que sabe que está en falso y también que el PP no la va a molestar a cambio, naturalmente, de su silencio y de su voto. La base de tantos ex-proletarios, ahora autopatronos escaldados de los políticos que se decían de izquierda y obnubilados en su percepción de quienes les oprimen de verdad.

Y no va a ser fácil echar al PP del gobierno, además, porque el otro partido mayoritario, el del recambio “hacedero”, es la socialdemocracia en desbanda-

da y carente de proyectos, la socialdemocracia que introdujo en España la política neoliberal, que metió al país en el baile de la Otan, el equipo político que tampoco ha sabido librarse de los corruptos (han reaparecido en Madrid, en Marbella).

No es un problema personal de un dirigente. Zapatero tuvo al menos la dignidad de enfrentarse a la intervención en Iraq. Es muchísimo más grave que eso. Lo que el PSOE programa como alternativa sigue siendo neoliberalismo, no todavía una apertura al altermundialismo. Sigue siendo Otan. Sigue siendo negarse a discutir un cambio en la Constitución que acabe con el problema vasco y con el exceso de “governabilidad”, o sea de hermetismo, del régimen político. Sigue siendo la precarización del trabajo asalariado. Sigue siendo una política fiscal que no hace posible la conservación y la mejora de los bienes públicos colectivos.

La alternativa al PP es un gobierno del PSOE que no puede entusiasmar por sí mismo, sino sólo por lo que no es: por no ser un gobierno del PP. Aunque también podría representar, secundariamente, una política algo distinta y mejor en algunos aspectos: en la vida cotidiana —parejas de hecho, malos tratos sexistas— e institucional —inversión pública, educación— y en la búsqueda de interlocutores diferentes. Sin embargo, que el PSOE sea incapaz de entusiasmar, que haya hecho méritos para no entusiasmar, es una grave dificultad para echar al PP del gobierno.

Izquierda Unida es una formación que puede ser votada razonablemente por su afinidad con el altermundialismo. Eso no significa que tenga un equipo político brillante y verdaderamente renovado, ni que la democracia interna de la formación se halle enteramente por encima de baronías personales. Pero no defiende posiciones neoliberales sino que las combate. Ha sostenido y sostiene posiciones correctas en muchísimos ámbitos y se ha abierto a las demandas de los movimientos sociales, aunque sea aún de un modo insuficiente y excesivamente politicista —de política “de Palacio” o institucional en muchos casos, aunque también es cierto que en algunas localidades IU es alternativa de verdad—. Se trata de una formación a través de la cual, en todo caso, se expresa políticamente una parte importante de los trabajadores de este país. Es una formación sin cuya fuerza es imposible echar al PP del gobierno. Es una formación que puede limitar la deriva neoliberal del PSOE. Y todo eso depende en parte de los votos que pueda cosechar.

Izquierda Unida, sobre todo, es una formación cuya presencia parlamentaria, más allá de sus aciertos y sus errores, hace difícil marginar o criminalizar a los movimientos sociales.

Las elecciones son las elecciones. Pero el combate político-social no empieza ni termina con ellas. Impedir el avance de las políticas neoliberales, buscar el despliegue del otro mundo posible ¿exige participar en el juego electoral? ¿Merece la pena molestarse en votar?

Pues sí: exige ir a votar. Ir a votar políticamente, sobre la base de lo que es razonablemente posible hoy, aunque desde el punto de vista ético tal vez haya motivos para taparse la nariz. El compromiso con los demás es *también* esto. Votar, e inducir a votar, y votar a conciencia, y, por supuesto, no solamente votar. Porque cuentan para la vida cotidiana hasta las pequeñas victorias. Porque pesan y lastran también las derrotas. No votar es o puro pasotismo político o puro esteticismo pequeño-burgués (que se decía antes). Hay que juntarse para echar del poder al PP, o, en cualquier caso, para reducir drásticamente su poder. **JRC.**, *diciembre de 2003*.

## EL FORUM 2004 Y SUS CONTESTATARIOS

### I

En el 2004 Barcelona se prepara para vivir otro magno acontecimiento al que es tan aficionada la ciudad, el llamado Forum de las Culturas, que pretende ser un gran encuentro mundial en torno a las cuestiones de la «paz, la interculturalidad y la sustentabilidad». De hecho el Forum ha constituido la apuesta estratégica sobre la que ha girado la política municipal de los últimos años, incluyendo tanto una vertiente de «evento internacional» como de remodelación urbanística de una parte de la ciudad.

Y como a toda gran representación política le ha salido su buena parte de críticos que empiezan a organizar una contestación diversa.

### II

La propuesta del Forum, aún hoy bastante incomprensible para buena parte de la ciudadanía barcelonesa, debe entenderse en la estrategia que ha imperado en el núcleo central del grupo socialista en el Ayuntamiento barcelonés. El punto de partida es la necesidad de situar Barcelona como un nodo importante de la red de metrópolis que genera el proceso de globalización. Y que

parte además del convencimiento de que ésta no puede basarse ni en la anterior potencia industrial (una potencia desarrollada en gran parte en el anterior contexto proteccionista), ni en el poderío tecnológico o financiero. Se trata por el contrario de constituir Barcelona, en parte, como cabeza de una gran *hinterland* (y ésta y no otra es la propuesta de creación euromediterránea realizada por Maragall), y en parte, como un lugar capaz de atraer flujos externos diversos: turismo, inversiones tecnológicas, personal cualificado, etc. Básicamente se trata de explotar las supuestas ventajas de la ciudad: localización, urbanismo, etc., para hacer de ella un lugar donde quiera ir la gente con dinero. No sólo como turistas sino también para vivir y trabajar, lo que debería ir asociado a la instalación de empresas tecnológicas que ubicarían aquí a su personal más cualificado, generando un efecto arrastre de riqueza y empleo. Para que esta estrategia sea factible son necesarias dos condiciones: infraestructuras adecuadas y la realización de actividades que coloquen a la ciudad en el candelero internacional, la hagan atractiva, la conviertan en un lugar al que todo el mundo desea acudir. Y ésta es la lógica del Forum, justificar la inversión en infraestructuras (aeropuerto, A.V.E.) y crear una nueva expectativa internacional en torno a Barcelona.

Se trata de una estrategia que se consolidó con el éxito de los Juegos Olímpicos del 92. Con independencia de las valoraciones críticas que hemos hecho (especulación, competitividad, etc.), desde el punto de vista del impulso económico convencional los Juegos fueron un éxito. El indicador más claro es el fuerte incremento del turismo que ha provocado, por ejemplo, la apertura de 97 hoteles (un aumento del 82%) entre 1990 y 2002. Y no hay nada que refuerce una estrategia como la sensación de acierto. Por esto el Ayuntamiento se afanó en buscar una actividad que fuera algún tipo de repetición de unos Juegos imposibles de repetir. Y en esta búsqueda nació el proyecto de una actividad que tuviera alcance mundial y reforzara, además, la imagen de ciudad progresista que tanto cuida, y en gran parte se cree, la élite local.

El problema ha estado, en esta perspectiva, que, a diferencia de los Juegos Olímpicos que son un acontecimiento bien estructurado, no existían pautas claras de en qué iba a consistir. Y además tocaba aspectos sensibles que podían dar lugar a resultados poco agradables para las clases dominantes a escala local y nacional. Al fin y al cabo un encuentro internacional organizado para tratar a fondo los temas elegidos, bien podía convertirse en una especie de Foro Internacional del que salieran propuestas poco aceptables para los que se enriquecen y dominan el actual caos mundial, de guerras recurrentes, racismos rampantes e insostenibilidad galopante. Y las dudas de los líderes socialistas se fortalecían con las resistencias de los que debían ser sus paganos: los conservadores gobiernos de Madrid y la Generalitat y los posibles patrocinadores privados. Estos últimos exclusivamente interesados en parti-

cipar en el Forum dentro de sus estrategias de «lavado de imagen» o simplemente como un coste a pagar para continuar lo que realmente les interesa: el seguir consiguiendo un buen trato de una Administración con la que mantienen una relación constante. A la indefinición lógica de una propuesta novedosa se ha sumado el juego de presiones orientado a descafeinar sus aspectos más alternativos, dando como resultado un proyecto deslavazado, bastante incomprensible para el ciudadano de a pie y acotado por las limitaciones ideológicas que impondrán los grupos de poder.

### III

La segunda línea de crítica es la de la relación del Forum con la especulación urbanística. Un tema especialmente sensible en una ciudad que está en un lugar de liderato en lo que a aumento del precio de la vivienda se refiere.

La defensa de los promotores del Forum es que el proyecto no tiene que ver con la especulación por cuanto se construyen equipamientos públicos en suelo igualmente público. Y analizado con buenos ojos la respuesta es, hasta cierto punto, cierta, puesto que el grueso de la inversión se destina a edificios para la celebración de grandes eventos y un campus universitario. Siendo benévolo, incluso podemos aceptar que se construya un hotel y una torre de oficinas. Genera ya más críticas la propuesta de zoo marítimo, que avanzaría sobre el mar generando nuevos problemas para el ya muy maltratado litoral (además de que el zoo constituye en sí mismo un proyecto inaceptable) y el puerto deportivo de Sant Adrià del Besós, pensado para embarcaciones de lujo, que refuerza la lógica de privatización de la costa para beneficio de las capas más pudientes. Sin contar que la remodelación de esta zona del litoral fuerza la expulsión de los habitantes del barrio de la Catalana y sigue sin resolver los graves problemas del vecino barrio de la Mina. Pero quizás la cuestión de la especulación no es, en este caso, el tema central de la actuación. Como vecino de Barcelona me preocupa más en este caso el enorme dispendio del proyecto —un gasto que se podría haber utilizado para cubrir necesidades más perentorias de la población, empezando por la misma Mina— y el peligro de que al final nos deje un legado de instalaciones costosas e infrautilizadas, que supondrán una onerosa hipoteca.

La crítica a la política especulativa no debe centrarse tanto en el proyecto del Forum sino en el conjunto de actuaciones del Ayuntamiento. Es en muchas áreas de la ciudad, empezando por el distrito de Sant Martí de Provensals, donde se ubica el Forum, en el que se está propiciando la conversión del antiguo suelo industrial en espacio de oficinas (aunque las autoridades locales, siempre tan modernas y creativas, lo llaman terciario avanzado e indus-

trias limpias) y siguiendo por Sant Andreu-Sagrera (donde RENFE ha conseguido una importante recalificación de terrenos con la coartada de soterrar las futuras vías del AVE), les Corts (donde el F.C. Barcelona espera repetir, aunque parcialmente, el «pelotazo» que ha realizado el Real Madrid en Chamartín) y otras áreas. Una política que ha cedido a los intereses de los grandes propietarios de suelo y operadores inmobiliarios, reduciendo al mínimo la promoción pública a precios asequibles. Y que, además, cuando el problema de la vivienda para jóvenes se ha convertido en una cuestión central en el debate público se ha tratado de resolver con la desafortunada idea de considerar «equipamiento» las viviendas públicas de alquiler y sustituir la construcción de equipamientos (instalaciones deportivas, centros culturales, zonas verdes, residencias de ancianos...) por vivienda, generando una nueva serie de conflictos en diferentes barrios de la ciudad. Se trata de una política que de momento se muestra incapaz de atajar las presiones de los propietarios urbanos para expulsar a los inquilinos pobres que residen en los viejos cascos urbanos (del centro y de los antiguos municipios unidos a la ciudad, como Gracia o Sants), en lo que ya se conoce como «mobbing» inmobiliario. La especulación campa ciertamente por sus anchas en la ciudad, y la coalición de izquierdas no sabe, o no quiere, hacerle frente. Y por esto el movimiento vecinal demanda alternativas, se opone a muchos proyectos y exige la elaboración de un plan de equipamientos que reordene la ciudad. Este es el contexto que ha conducido a la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona a no colaborar con el Forum y a muchos movimientos alternativos a hablar lisa y llanamente de especulación.

#### IV

La tercera vía de crítica se encuentra en el patrocinio de empresas privadas que lo utilizarán para realzar su imagen social. La nómina incluye a grandes empresas gestoras de servicios públicos (Aguas de Barcelona, Telefónica, Endesa, Iberia), productoras de bienes de consumo (Gallina Blanca, Damm, Nutrexpa, Pascual, Coca Cola, Henkel, Toyota), relacionadas directamente con suministros al Forum (la productora audiovisual Mediapro, la electrónica Indra, la ett Randstad o la empresa logística Generale de Location), así como a la importante empresa local Roca Radiadores y el omnipresente Corte Inglés. Las razones de su participación son seguramente diversas, en muchos casos se trata simplemente de reforzar su imagen de proveedores de recursos a la comunidad (entrando en la página web de cualquier gran empresa se puede observar que éste es un tema que a todas interesa, legitimar su importancia apareciendo como benefactoras de la sociedad), en otros casos una contrapartida a contratos y prebendas y puede que en algunos a maquiavélicas estrategias de «lavado de imagen» puesto que el Forum habla de medio

ambiente (un tema sensible para Endesa, Agbar y Toyota, que aprovechará el evento para promocionar un vehículo híbrido, presuntamente «limpio») y de paz (un buen reclamo para Indra, productora desde sus orígenes de electrónica militar —la Empresa Nacional de Óptica fue una de las empresas que confluyeron en su creación—). Es sin duda una cuestión tangencial, pero tiene sentido que se denuncien a estas empresas, aprovechando que van a utilizar la ocasión para acrecentar su prestigio social. Hay ya una campaña al respecto, su eficacia depende de lo bien centradas que se hagan las críticas (por ejemplo atacando de frente la falaz propaganda de «energía verde» de Endesa) y de no caer en la tentación de meterse a la vez con todo el mundo sin jerarquizar responsabilidades sociales. Algo se debería haber aprendido de la fallida campaña de boicot a las multinacionales que apoyaban la guerra de Iraq, donde se plantearon tantos objetivos que al final no se llevó ninguno a cabo.

## V

Los contestarios tienen muchos flancos de ataque, y alguna buena razón. Pero estamos obligados a seleccionar objetivos y dirigir bien las críticas. Un ataque frontal al Forum me parece erróneo. Y la experiencia olímpica nos debería servir. Cuando la fiesta empiece, la ciudadanía local, siempre tan dispuesta a participar en todo tipo de celebraciones, tan curiosa por ver el espectáculo, tan predispuesta a los actos con buena intención, se volcará en el proyecto. Especialmente en su vertiente lúdica que es la que a la postre dominará. Y va a participar o seguir en los debates de los que al final, con independencia de sponsors y políticos, va a emanar un discurso de buenas intenciones. No se trata de efectuar una oposición indiscriminada. Hay que plantear críticas específicas y lanzar propuestas que permitan avanzar en la comprensión social de los problemas. Ello puede hacerse combinando dos tipos de actuaciones: la denuncia puntual de determinados foros o participantes, la crítica argumentada (y cuando no la denuncia directa) de determinadas posiciones y, por otra parte, la formulación de alternativas. Una actividad que sin duda puede realizarse en los numerosos «contraforos» que ya se están organizando en la ciudad. Y lo mismo vale para la lucha contra las empresas patrocinadoras. Se trata de seleccionar bien las críticas, de situar algún objetivo concreto que ayude a entender que en la lucha contra las grandes empresas hay mucha racionalidad y buenas razones.

Otra cosa es la lucha contra el modelo especulativo dominante. Aquí la acción de las contraconferencias es limitada. A lo más denuncian situaciones. Pero hasta el momento las grandes luchas contra la especulación se están desarrollando desde ámbitos territoriales distintos, desde las movidas de dis-

tritos y barrios en los que el actor principal ha sido el viejo movimiento vecinal. Ciertamente viejo en cuanto a la edad de muchos de sus cuadros y, a veces, a su capacidad de elaborar propuestas. Y éste es un campo donde sería bueno que entrara savia nueva, jóvenes activistas que plantearan con más energía y profundidad una oposición a un modelo de desarrollo urbano que sólo hace que generar desigualdades y enriquece a unos pocos. No es un terreno de lucha tan brillante y mediático como el de los foros, pero estimo que necesario y básico para generar una ciudadanía alternativa que a la postre es la única que puede alimentar un modelo alternativo.

El año próximo Barcelona puede ser una fiesta. Más allá de lo que se han propuesto sus organizadores. Sin esperar resultados espectaculares, es posible darle la vuelta, ir más allá del propósito inicial. Pero para que ello sea posible es necesario que la contestación se sitúe en planos diversos, eluda un ataque frontal contraproducente (o un discurso cerrado que sólo convence a los ya convencidos) y sepa elegir una pluralidad de acciones y campos de batalla que hagan avanzar a la sociedad en los objetivos propuestos, pero poco creíbles en su concreción, que sus organizadores pretenden. Una acción en suma orientada a transformar el espectáculo en participación democrática.  
**A.R.A.**, *diciembre 2003.*

## **La obra de Manuel Sacristán: lecturas actuales**

Manuel Sacristán Luzón, de cuya voluntad procede la fundación de la revista que el lector tiene entre las manos, ha sido sin duda uno de los grandes filósofos españoles de este siglo. Se le debe una reflexión y una práctica política emancipatorias de primera magnitud; se le debe una lectura praxeológica del legado de Marx semejante a la de Gramsci o a la de Lenin, viva y fecunda; se le debe más que a nadie la introducción en nuestro país de la lógica y la filosofía de la ciencia; se le debe una fecunda y prolongada labor de intervención en el ámbito cultural más general, hecha a base de sacrificio personal, en los duros tiempos de la dictadura que engrilletó la mayor parte de su vida; se le debe por demás un magisterio universitario excepcional, único en la historia académica barcelonesa, cuyo rastro no podrá ser calibrado en todo lo que representó por las generaciones del futuro pero que pervive todavía difusamente en muchos de los que se enriquecieron con su influjo.

Sin embargo, Sacristán es un autor en torno al cual se ha hecho un silencio espeso, un silencio político, roto sólo por voces minoritarias y amistosas como las nuestras. Un silencio que trata de hundir en el olvido su obra y su ejemplo. Ese silencio es el retrato del poder cultural hegemónico, que todavía teme la fecundidad de su pensamiento. El silencio de que han sido víctimas en España no pocos de sus más respetables agentes de cultura y de civilización.

Y son bastantes las personas que quieren romper ese silencio. Que buscan ofrecer la obra de Manuel Sacristán a los lectores de hoy. Unos lo hacen con el respeto y el rigor filológico que merece la obra de un autor que a la larga será siempre un clásico de nuestro pensamiento; con el rigor que Sacristán siempre se aplicó a sí mismo y que solicitaba de los demás. Otros se han apresurado recientemente a recoger y tratar de difundir los cabos de su obra en formas asequibles para los jóvenes de la generación de la play station. Nada de eso es fácil, y además no siempre se acierta. Sacristán no tuvo nada que ver con la filosofía sistemática — como tampoco tuvieron que ver con ella Wittgenstein o Benjamin—, y su obra escrita obedece las más de las veces a solicitudes circunstanciales, en las que sin embargo volcaba toda la fuerza, la densidad y la fecundidad de su pensamiento vivo. Con aciertos y con errores, y desde la modestia, cada vez son más los textos sobre Sacristán que ofrecen criterios para leer esa obra ahora, en los tiempos de la contagiosa barbarie neoliberal.

Dos de esos textos, ofrecidos al Consejo de Redacción de *mientras tanto* por Alfons Barceló y Óscar Carpintero, y que se publican en la presente entrega, son el prólogo y el epílogo de un libro inédito, cuyo contenido no nos es conocido. Un tercer texto, tras obtener finalmente la autorización de Enric Tello para publicarlo, se reimprime aquí. Abre esta sección monográfica un trabajo de M<sup>a</sup> Rosa Borràs, discípula de Sacristán ya desde el solitario y lejano curso en que éste fue profesor de enseñanza media, que constituye una presentación amplia de su aportación intelectual, política y moral.

Con esta sección monográfica dedicada a Sacristán esperamos ofrecer buenas guías de lectura a los lectores más jóvenes, a quienes recomendamos sobre todo que alimenten su reflexión propia en la relación directa con la obra de Manuel Sacristán: alguien que, como ocurre en el presente, tuvo que aprender a pensar por su cuenta poniendo en cuestión las categorías heredadas de su propia tradición de pensamiento.

*La Redacción*

## La filosofía según Manuel Sacristán<sup>1</sup>

MARÍA ROSA BORRÁS

### Personalidad y contexto

Hay una manera de interesarse por el pensamiento y las obras de los intelectuales del pasado (y del presente) que considero francamente estéril y que consiste en reducir trayectorias de vida y de pensamiento a esquemas estereotipados atentos siempre a dar cuenta externamente de hechos e ideas. Se trata de un reduccionismo que consigue clasificaciones y asimilaciones por tendencias previamente establecidas capaces de tranquilizar el espíritu de quien pretenda investigar el patrimonio cultural del pasado y del presente. A mi juicio, son formas de aproximación que siempre se quedan en lo externo, en la superficie e incluso provocan la muerte o disolución de lo que estudian. Creo que se trata de una manera de «consumir» cultura sin asimilarla, sin capacidad alguna de entender de verdad el objeto de estudio, puesto que es una forma destructiva que sólo se interesa por las etiquetas y sobre todo por quedarse con la imagen externa de las personas, así reducidas a un espectáculo anecdótico y al empobrecimiento del sentido y finalidad de su pensamiento. Además, de este modo, el pensamiento ajeno se disuelve en la nada.

Esta observación previa quizá responde al intento de justificar mi incapacidad de conseguir un enfoque lo suficientemente satisfactorio para enmarcar y explicar quién fue y qué hizo Sacristán. Antes de discutir el aspecto que a mí me interesa, el de su filosofía, o mejor dicho, por qué sostengo que fue un

---

1. Este texto, con algunas modificaciones, es la versión castellana de la intervención, el 9 de octubre, en el curso Pensament i Filosofia a Catalunya III: 1940-1975, organizado por INEHCA, el Departamento de Ciencia Política de la UAB y la Sociedad Catalana de Filosofia del IEC.

filósofo, me referiré a cuestiones externas de su trayectoria de vida, con especial acento sobre aquellas cuestiones sabidas pero que, a mi entender, cada vez quedan más difuminadas en la imagen estereotipada del intelectual disidente para consumo de marginales.

Nació en Madrid, en 1925, pero toda su vida adulta se desarrolló en Barcelona, donde ejerció una profunda influencia en los ambientes universitario, cultural y político de la postguerra. Estudió el Bachillerato en el Instituto Balmes y derecho y filosofía en la Universidad de Barcelona, donde se doctoró en filosofía, con la máxima calificación, en 1959. Antes de ampliar estudios de lógica y de filosofía de la lógica en la Universidad de Münster (Alemania), fue profesor de filosofía (como profesor adjunto de Roquer) en el Instituto de Bachillerato Maragall (curso 1953-54). En 1956, al regresar a Barcelona, fue profesor de la Facultad de Filosofía (profesor adjunto a Joaquim Carreras i Artau) de la Universidad de Barcelona e impartía clases de filosofía antigua (seminario sobre Aristóteles) y de Filosofía contemporánea (encargado de curso); en la Facultad de Ciencias Económicas era también encargado de curso de la materia Fundamentos de filosofía, donde Carreras i Artau lo mantuvo como profesor cuando se produjo la primera expulsión encubierta en la Facultad de Filosofía bajo la fórmula de no renovación del encargo de profesor. Joaquim Carreras i Artau era un buen especialista en Ramon Llull, miembro de la Societat Catalana de Filosofia en tiempos difíciles y un digno y correcto profesor de filosofía antigua de la Facultad de Filosofía que supo siempre apreciar, hasta el final de su vida, la valía y preparación filosóficas de Sacristán sin dejarse desorientar por motivaciones de distancias ideológicas. Por decirlo de algún modo, pertenecía a la casta de profesores de «antes de la guerra», como el doctor Mirabent a quien Sacristán dedicó uno de sus primeros estudios de filosofía (*Concepto kantiano de historia*, 1953); eran los escasos «restos del naufragio» intelectual que se salvaron por su catolicismo y evidente postura de derechas, pero que también tuvieron que soportar las injerencias dictatoriales. Posteriormente las expulsiones de Sacristán de la Universidad fueron más explícitas y más escandalosas: en 1965, no se le renovó el contrato y esa situación continuó (con el breve paréntesis del curso 1972-73) hasta la muerte del dictador Franco. Posteriormente, Sacristán, en este nuevo período, impartió clases de Metodología de las ciencias sociales, en la Facultad de Económicas.

Es imposible dar una idea ni tan siquiera aproximada de la actividad y función crítica y orientadora de Sacristán en el terreno político. La complejidad y grado de implicación en el antifranquismo y en la militancia comunista, así como en la tarea de impulso de movimientos pacifistas y ecologistas se ponen de manifiesto en sus numerosos escritos, que en definitiva es lo que debería interesarnos.

A fin de cerrar esta especie de preámbulo sobre las «externalidades» que sitúan a Sacristán en el centro de la renovación crítica cultural y política de nuestro país, me referiré brevemente a su trayectoria personal durante, y después de, la dictadura franquista.

Como es sabido, Sacristán era comunista organizado; formaba parte de la dirección del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), aunque no tuvo responsabilidades directas en los primeros años (de 1956 a 1961, por lo menos) en la organización universitaria de este partido político clandestino. Aunque también es cierto que ya en esa fase, sin vínculos orgánicos, algunos de los que participábamos en esta organización no dábamos un solo paso sin consultarle. De manera que, si lo consideramos desde la distancia de nuestros días, parece «normal» la persecución ideológica y personal de la que fue objeto. Aunque conviene recordar que nunca mezclaba cuestiones políticas ni ideológicas en sus clases, caracterizadas por el rigor y la estricta transmisión de conocimientos siempre actualizados. La forma característica de esa persecución era —como lo es hoy— el intento de reducirle a la inexistencia. Estas dificultades determinaron la intensa tarea de Sacristán como traductor e introductor de numerosas obras de lógica, de filosofía, de economía, de política, entre otros campos. Son traducciones que también, en su tiempo, ejercieron una profunda influencia cultural. Cabe añadir, además, su función como director, colaborador o fundador de revistas: *Realidad*, *Nous Horitzons* (revista clandestina del PSUC), *Materiales* y *mientras tanto*.

Por lo que a las traducciones se refiere, me parece especialmente significativo señalar, de entre la gran cantidad de obras, algunos autores. Si prescindimos por ahora de su traducción de las obras completas de Marx y Engels y de Lukács, en los campos de la filosofía, de la lógica y de las ciencias sociales, destacan: Nestlé (*Historia del espíritu griego*, 1961); Hull (*Historia y filosofía de la ciencia*, 1962); Copleston (*Historia de la filosofía*, 1974: volumen VI, pero dirigió la traducción de la obra completa); Quine (tradujo cinco obras, desde 1962 hasta 1977); Adorno (*Prismas*, 1962 y *Notas de literatura*, 1962); Galbraith (*El nuevo estado industrial*, 1967); Hasenjaeger (*Conceptos y problemas de la lógica moderna*, 1968); Bunge (*La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*, 1969, se reeditó cuatro veces hasta 1975); Schumpeter (*Historia del análisis económico*, 1971); Habermas (*Ontología de Hegel y teoría de la historicidad*, 1970 y *Respuestas a Marcuse*, 1969); Korsch (*Karl Marx*, 1975). Son sólo algunos ejemplos de una lista muy larga, pero que ilustran bien su talante abierto.

También me parece significativo recordar sus colaboraciones en revistas clandestinas: *Quaderns de Cultura Catalana*, 1959 y 1962; *Veritat* (que era el órgano de expresión de la comisión política de los intelectuales del PSUC),

1962 y 1963; Horitzons, 1961; Nous Horitzons (continuadora de la anterior que tuvo que cambiar la denominación por un problema de nombre registrado en México donde se editaba), 1967; Nuestras Ideas, 1959 y 1960 y Realidad, 1966 y 1967.

El estudio de la bibliografía de Sacristán lo realizó Juan Ramón Capella y se publicó en los números 30/31 y 63 de la revista *mientras tanto*. Por otra parte, en el catálogo colectivo de las Universidades de Cataluña constan 152 entradas, con la correspondiente información asociada.

En relación con publicaciones de obras propias, en forma explícita de libro, podemos citar: *Las ideas gnoseológicas de Heidegger* (1959; texto de su tesis doctoral); *Introducción a la lógica y al análisis formal* (1964); *Lecturas, I: Goethe, Heine* (1967); *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores* (1968).

Hay que tener en cuenta también la recopilación de textos suyos (en edición preparada por Juan Ramón Capella), constituida por artículos, colaboraciones editoriales, conferencias, prólogos, estudios diversos, manifiestos, recensiones y entrevistas, que comprende cuatro volúmenes genéricamente subtítulos *Panfletos y Materiales* y parcialmente ordenados bajo los títulos *Sobre Marx y marxismo* (1983); *Papeles de filosofía* (1984); *Intervenciones políticas* (1985); *Lecturas* (1985). Se ha de añadir un último volumen publicado posteriormente y que no lleva el título de la serie inicialmente prevista y autorizada por Sacristán: *Pacifismo, ecología y política alternativa* (1987). De todos modos estos cinco volúmenes no han podido incluir todos los escritos de Sacristán que durante años, tras su muerte, no aparecieron; hoy van apareciendo en diferentes publicaciones, a veces de manera fragmentada, y que se encuentran en el «Fondo Sacristán» de la Reserva de la Universidad de Barcelona (incluyen cartas, esquemas, apuntes y borradores, además de textos inéditos), aunque una recopilación completa exigiría disponer también de otros escritos, a menudo firmados bajo pseudónimo, y de la transcripción de intervenciones orales que probablemente se conservan en el archivo histórico del Partido Comunista de España. De alguna manera todos los que escribimos o hablamos sobre Sacristán acabamos por fragmentar aún más su pensamiento de lo que la vida le obligó a él a expresar en múltiples facetas. Por eso me parece necesario, cuando nos aproximamos a los veinte años de su muerte, intentar una edición completa, ordenada cronológicamente y con un tratamiento de índices temáticos cuidadoso, de sus «papeles», que no pretenda deslizar por debajo intereses o sesgos intelectuales y políticos propios. Aunque yo aquí, es claro, daré también una visión personal que incurrirá en los defectos propios de un enfoque que no respeta la simple narración historiográfica y que se funda en una interpretación.

Tanto la Enciclopedia Catalana como el Diccionario de Filosofía de Ferrater Mora definen su pensamiento en función de la racionalidad crítica aplicada a Heidegger, a la lógica y al marxismo, en una peculiar concepción según la cual los conocimientos científico-positivos deberían ser el fundamento de toda reflexión filosófica y de toda práctica política orientada a transformar el mundo, en el sentido de liberar a los hombres de las relaciones de poder capitalistas.

Me parece que ciertamente ésa es una definición que sitúa los elementos diferenciales de sus concepciones filosóficas: interesado por interpretar, desde la perspectiva de la teoría del conocimiento, la filosofía de Heidegger; desde sus conocimientos de lógica simbólica, orienta sus reflexiones hacia los fundamentos y la delimitación de la formalización del razonamiento; interesado filosóficamente por temas de teoría de la ciencia, considera, a su vez, el marxismo una teoría política que debería conjugar sus ideales con los conocimientos científicos. Es decir, abusivamente podríamos encasillarle como un neopositivista crítico, un marxista crítico y un hombre crítico en sus actividades políticas. Aunque siempre, en sus enfoques teóricos y en su práctica, sitúa en el centro de sus reflexiones y juicios el criterio ético de contribución eficaz para la emancipación humana.

Hemos de entrar en el detalle de este conglomerado de tendencias, presentes en su pensamiento, aparentemente incompatibles, y sobre todo si tenemos en cuenta que sus «papeles» presentan la forma fragmentaria, como si se tratara de una obra ecléctica o dispersa.

### **Las raíces filosóficas de Sacristán**

Hasta aquí me parece que me he referido sólo a aspectos externos que parecen definir un «rebelde» exquisito, de especial incidencia intelectual y universitaria, en una época pre-democrática, caracterizada especialmente por la obscuridad mental, y post-franquista, caracterizada especialmente por confusiones y desencantos.

Si consideramos su vida y obra a partir de referencias más internas, opino que se puede empezar por señalar su marginación de la «academia», así como su radical crítica a la filosofía académica. Aunque, conviene destacarlo, nunca manifestó intención alguna de marginarse. Pero sucedió que quedó marginado debido a la imposibilidad de asimilar o neutralizar, política y culturalmente, la radicalidad de su pensamiento.

Por otro lado, la obra escrita que ha dejado presenta el carácter fragmentario (con escasas excepciones a las cuales ya me he referido antes). Y en la publi-

cación de sus papeles, con el curioso título de «Panfletos y Materiales», se destaca su función de fundador de las revistas *Materiales* y *mientras tanto*. Todas estas denominaciones, elegidas personalmente por él, resultan francamente significativas de sus escritos: materiales, papeles que responden a reflexiones cuyo carácter provisional es autorreconocido y asumido. En términos políticos, *mientras tanto* (según se dice en el primer número) alude a la provisionalidad y excepcionalidad de lo que es posible pensar y decir en un paréntesis temporal; de lo que se autocomprende como acción posible, pero de alcance reducido en su ambición. Todas estas expresiones forman parte de un sentido de fidelidad a la verdad y a la realidad, insobornable por el autoengaño o autocomplacencia acerca de expectativas y acerca de alternativas relacionadas con grandes cambios o transformaciones sociales.

Me parece que este aspecto concuerda perfectamente con la característica de Sacristán de renuncia, en filosofía, a sistematizaciones especulativas. Y sin embargo, todos sus papeles son siempre papeles de reflexión filosófica (incluso, quizá principalmente, los de carácter político). Pese a esa renuncia, ocurre que su pensamiento presenta un contenido totalmente sistemático. Porque, tal y como explica muy bien Walter Benjamin, en su estudio sobre el trasfondo y las fuentes del pensamiento romántico, la forma de expresión de un autor no es decisiva en relación con su contenido más o menos sistemático. Y lo dice en el caso extremo de Nietzsche el cual eligió la forma de aforismos a fin de oponerse al sistema en el pensar filosófico; en cambio, a partir de unas pocas ideas conductoras, escribió lo que puede considerarse un sistema filosófico. (Benjamin, 1974; pág. 42)

Naturalmente no defiendo, en absoluto, que tal sea el caso de Sacristán. Su explícita renuncia a clausurar la reflexión filosófica en términos de sistema la puso en práctica en la forma y en el fondo. Pero también creo que, cuando se refiere (en diferentes entrevistas) a que siempre se ha encontrado con que escribía movido por «urgencias», ello tiene que ver con una clara y definida elección de vida filosófica: pensar y actuar siempre de modo coherente y con la convicción de que la práctica forma parte de la filosofía. Hay más; es una convicción de que el pensamiento es una forma de acción y de que los actos tienen una dimensión cognoscitiva. Además, es necesario tener en cuenta que, según su modo de ver, la filosofía se encuentra en una encrucijada a la que no se le ve salida.

Aquí es forzoso incorporar una referencia a cuestiones de fondo y contexto filosóficos. En el siglo XX, diferentes corrientes apuntaban hacia esa dirección: Wittgenstein, Heidegger y Walter Benjamin pueden servir de ejemplos. Se trata del tema de la disolución, anulación o reforma radical de la filosofía, presente en posturas contrapuestas como son el neopositivismo y el marxis-

mo. Wittgenstein, Heidegger y Walter Benjamin recorren caminos radicalmente divergentes, pero parten de una misma constatación: los sistemas filosóficos han perdido, en el mundo de abstracciones de su lenguaje, los referentes que les permitan ser expresión de sabiduría.

El científico y filósofo Boltzmann ya lo dijo, en el siglo XIX, de un modo más agresivo y mordaz con la advertencia de que los filósofos tienen con frecuencia carencias lingüísticas que disimulan carencias de pensamiento.

Sacristán es un representante en Cataluña de este contexto filosófico de crisis del siglo XX en el que se defiende la necesidad de «reorientar» la filosofía. En realidad, los ejemplos que acabo de citar consiguieron generar nuevos enfoques para la filosofía: filosofía del lenguaje, luego filosofía de la mente; filosofía de la ciencia; filosofía irracionalista de oposición a la filosofía heredada; filosofía de la cultura. Sin referirme, claro está, a las posturas marxistas interpretando la política como «realización filosófica».

Me parece que éste es el contexto que da sentido a la propuesta de Sacristán de suprimir la facultad de filosofía ya que sólo produce «licenciados en Nada, con mayúscula». Es una propuesta que no apunta a la inutilidad de la reflexión filosófica, sino al cambio de las condiciones de su gestación, a su inserción en un Instituto interdisciplinario capaz de garantizar su existencia en términos de pensamiento reflexivo de segundo orden, pensamiento sobre conocimientos positivos. Lo único que niega esa concepción es que la filosofía tenga un carácter sustantivo, aunque la considera una actividad necesaria. Además, la argumentación tiene claras resonancias kantianas que no es aquí el lugar para comentarlas.

En resumen, Sacristán entiende que produce «papeles», materiales de trabajo, reflexiones siempre provisionales, sin ambición metafísica alguna, sin pretender alcanzar conocimiento «absoluto» y, además, considera que esa pretensión ha constituido un mal destino para la filosofía. Pero, insisto, en estos papeles, ciertamente en muchos casos bastante circunstanciales, hallamos siempre reflexiones y actitudes claramente filosóficas. Por otra parte, presentan rasgos de coherencia y sistematicidad que exceden de las circunstancias que los generaron. En su contenido aparecen criterios muy tradicionales y constantes, en el transcurso de la historia de la filosofía, que identifican a un filósofo y a su obra. Intentaré explicarlo con algo más de detalle.

### **Rasgos filosóficos más destacados**

En primer lugar, destaca la fusión entre pensamiento y acción; dicho en términos grandilocuente (y, en parte, falseadores), entre teoría y práctica, entre

ideas y trayectoria vital. José María Ripalda (revista *mientras tanto*, número 30/31) considera su pensamiento empeñado en reflexionar sobre ámbitos incommunicables: ciencia, política e interioridad. Sacristán, en una carta de 1984, le responde:

Mi opinión es más bien que yo no soy capaz de hacer con ellos [los ámbitos antes citados] un solo sistema teórico, ni me creo ninguno de los que existen; pero creo que incluso en esa situación de insuficiencia teórica sistemática, cabe trabajar la integración de los tres ámbitos en el individuo que obra [...]. Y también creo que es posible trabajar y presentar la articulación de esa comunicación de los tres ámbitos en el individuo haciendo no epistémico sino histórico.

En estas palabras, aparece nítidamente explicada la posición de Sacristán que concibe la acción humana como factor decisivo para conseguir la concordancia entre «palabra y acción», y asimismo reconoce la importancia que él concede a la integración de esos tres ámbitos que, me parece, también pueden denominarse conocimiento, ética colectiva y autoconsciencia.

La filosofía incluye siempre un programa de reforma del hombre y de la sociedad que se enfrenta a la cínica escisión entre decir (pensar) y hacer (actuar). O bien, implícitamente sustantiva una defensa indirecta de la situación de hecho, al argumentar o (suponer) el carácter esencialmente inamovible de la realidad. Esta aspiración a ser consecuente con la propia identidad conceptual tiene modelos consagrados, en la tradición, como pueden ser Sócrates, Spinoza o Kant. Este aspecto es una nota característica de filosofías enraizadas en un núcleo fuerte de índole ética. Está presente en Sacristán y frecuentemente adopta la forma de fidelidad absoluta a la verdad, entendida ésta como universal que funda el conocimiento y la acción humanos. Por esta razón, a mí me parece que el ideal de la lucha por la emancipación humana presenta connotaciones filosóficas y no sólo puede entenderse como política pragmática, pues es un ideal que identifica la libertad como una forma de verdad. Lo dice explícitamente, al hablar de Quine:

Que la esencia de la verdad es la libertad es admisible, aunque lo haya dicho Heidegger. Pero tal vez mejor la afirmación inversa: la esencia de la libertad es la verdad así vista. (Prólogo a la traducción de Quine, *Desde un punto de vista lógico*, 1962)

En cualquier caso, me parece indiscutible, en su pensamiento, la centralidad del criterio ético cuando juzga ideas y actuaciones humanas. Es algo que se encuentra explícitamente presente en escritos políticos y también, por supuesto, en sus escritos sobre marxismo; pero aparece también en reflexiones

sobre cuestiones ajenas a la política. Porque ciertamente la política tiene una relación explícita con la ética, pero también es relevante identificar determinantes (o por lo menos condicionantes) éticos en muchos campos aparentemente desvinculados de tales factores. Y precisamente Sacristán practicaba un tipo de análisis orientado a descubrir los substratos y las matizaciones explicativas que permanecen habitualmente ocultos en los hechos y en las ideas.

En segundo lugar, me parece que también es necesario destacar la centralidad, en sus reflexiones de todo tipo, de las cuestiones gnoseológicas. Ya en su tesis doctoral aplica este nivel de análisis explicativo a la filosofía de Heidegger. Las ideas gnoseológicas, en filosofía, creo que demarcan tendencias y constituyen una especie de «marcador» que permite identificar y seguir el sentido más profundo de expresiones aparentemente ontológicas. El plano gnoseológico permite llegar a las raíces que sitúan muchas producciones filosóficas. Y no se trata de la superficial clasificación en términos de escuelas o tendencias como irracionalismo, antirracionalismo, etc., sino de que constituye un hilo que sirve para entender relaciones y filiaciones conceptuales no manifiestas. Es de ese hilo del que se sirve, por ejemplo, Walter Benjamin para acceder a las fuentes del «romanticismo» en su estudio y análisis de textos de Schlegel y de Schleiermacher, a fin de entresacar la concepción de verdad que presuponen. Este enfoque le permite hallar relaciones significativas con ideas teológicas de la definición de la verdad.

En esta cuestión considero muy acertado lo que dice Francisco Fernández Buey en el prólogo a la reedición de la antes citada tesis doctoral de Sacristán acerca de que ya en 1958-59 se interesa por «la superación del gnoseologismo moderno, esto es la superación de un punto de vista exclusivamente interno a la teoría del conocimiento que, en lo que llamamos modernidad, ha sido característico de gran parte de la filosofía de tradición kantiana».

Efectivamente, la centralidad de cuestiones gnoseológicas no deriva, en Sacristán, en el intento de resolver en los términos de la reflexión sobre el conocimiento los problemas filosóficos ni los problemas de la realidad de la práctica humana. Esa es la crítica que precisamente hace a la Escuela de Frankfurt y sobre todo a Habermas, si no lo entiendo mal. Es obvio que no es lo mismo atender a la trascendencia de las ideas gnoseológicas contenidas en algunos enunciados metafísicos que convertirlas en la esencia de una nueva metafísica (o razón última de las cosas) lo cual sería gnoseologismo.

Kant, en una carta a Marcus Hertz (citado por Bouveresse, 2001, pág. 17), dice que es condición para aceptar una empresa crítica que ofrezca una com-

pensación dogmática apropiada. Es decir, en filosofía, cuando se procede a criticar teorías la contrapartida ha de ser abrir un nuevo campo donde desaparezcan las limitaciones e indeterminaciones identificadas por la crítica. Me parece que este criterio puede servir para juzgar buena parte de las empresas filosóficas desarrolladas durante el siglo XX. La filosofía analítica, por ejemplo, podría parecer —en una aproximación superficial— sólo embarcada en una tarea de disolución de la filosofía como tal. En realidad fue una crítica que abrió nuevos campos para la reflexión filosófica: la filosofía del lenguaje, posteriormente derivada en filosofía de la mente y filosofía de la ciencia. Lo que actualmente se entiende por filosofía analítica abarca muchos aspectos de análisis y reflexión filosófica aplicados a diversos campos.

Del mismo modo, a mi juicio, Sacristán se sitúa en la tradición crítica con la filosofía heredada, crítica que extiende hasta las formas institucionales de su enseñanza o gestación, pero a su vez se dedica a transitar y abrir nuevos campos de operatividad para una conceptualización filosófica. En una primera fase, y por razones aparentemente de especialización profesional, la ruptura de Sacristán con la filosofía tradicional, tras su estudio de Heidegger, se salda con su dedicación a la enseñanza y al estudio de la lógica, como si tal fuera su inserción de supervivencia profesional más idónea. Puede parecer una postura de seguidismo (o continuidad de itinerario iniciado en Münster) en relación con movimientos y corrientes de la época (aunque en España y en Barcelona fueran poco conocidos). Pero su manual de lógica de 1964, que recoge bastante de lo que explicaba en clase, contiene muchos elementos y criterios de referencia que permiten colegir su personal posición, en temas de lógica, claramente diferenciada de otros manuales de lógica del momento: siempre señala, en este texto, los aspectos conceptuales y filosóficos de lo que parece ser sólo una discusión sobre cálculos lógicos o una investigación científica, sobre las leyes del razonamiento formal, carente de toda significación filosófica. Es decir, siempre trasciende el mero formalismo. Es clara su sintonía con Quine, autor que no sólo tradujo sino comentó en muchas ocasiones, así como su simpatía por Scholz a quien consideraba maestro suyo.

En este sentido, es importante observar que, ya en el terreno de la lógica, hallamos una de las características de su trayectoria de vida: iniciar un camino nuevo e importante que luego queda quebrado por circunstancias externas. Es eso lo que al cabo del tiempo se convierte en fragmentación de su actividad filosófica y de su pensamiento.

Efectivamente, la dedicación a la enseñanza y a la reflexión sobre cuestiones de lógica queda rota por la expulsión de la Universidad. Con anterioridad, esta orientación ya había sido amenazada con motivo de las oposiciones a la cátedra de lógica de la Universidad de Valencia; presentó su renuncia a ope-

sitar, si a mí no me falla la memoria, cuando le hicieron saber que razones extra-académicas predeterminaban la imposibilidad de que él ganara la plaza. De todos modos hay que ver estos hechos externos, que indiscutiblemente le fuerzan a un cambio de orientación, como algo asumido por Sacristán, pues eran clara consecuencia de una elección previa de vida en la cual la actividad política y la coherencia personal con lo pensado tienen una enorme relevancia. Lo que inicialmente podía parecer que correspondía al campo más idóneo para su actividad filosófica —la dedicación a la lógica— se disuelve y deja de ser el centro de sus reflexiones y estudios. Se va afirmando así el itinerario de éxodo que constituyó su vida y que quizá simboliza su «exlibris»: un laberinto encuadrado por una inscripción en griego que dice: «ánimo hijo nadie es inmortal» y que recuerda epitafios de lápidas funerarias del sur de Italia.

Corresponde señalar aquí que Sacristán nunca eligió la marginalidad; tropieza siempre con la marginación debido al conflicto irresoluble con la maldición social por su «integral» conjunción entre vida práctica y modo de pensar. Dicho con otras palabras, este tipo de conflicto resulta inherente a su fidelidad a la verdad, en el sentido de que el «sistema» a veces provoca esta brutal forma de destrucción de las personas, como me parece que ocurrió en el caso de Sócrates, de Spinoza y de Benjamin, por ejemplo.

Sea lo que fuere y visto a grandes rasgos, Sacristán se encuentra con que ha de ganarse la vida con las traducciones. Y en esta actividad desarrolla una importante labor de introducción de autores en el panorama intelectual de Cataluña, además de sus importantes traducciones de las obras de Marx y Engels y de Lukács.

### **Marxista destacado, implicado en política**

No me propongo hacer una cronología que indique la evolución de su pensamiento en relación con el marxismo. Sencillamente estoy obligada, por exigencias expositivas, a seccionar diferentes aspectos. Sus traducciones de las obras completas de Marx y Engels, con su correspondiente aparato crítico y notas editoriales demuestran suficientemente su profundo conocimiento de Marx y su talante crítico, siempre atento a desentrañar los elementos ideológicos y dogmáticos destructivos de la capacidad de pensar. En este sentido, se suele citar su prólogo al *Anti-Dühring* de Engels de 1964 que aunque editado en México se compraba en Barcelona sin problemas en las trastiendas de varias librerías (Grijalbo imprimía muchas obras de edición mexicana en Barcelona, de modo que burlaba así problemas de censura al distribuir por canales paralelos libros supuestamente importados que se confeccionaban en

imprentas de aquí). En ese prólogo Sacristán plantea las diferencias entre lo que es una concepción del mundo y lo que es conocimiento científico al analizar las pretensiones y límites de la noción de dialéctica. Son cuestiones en las que profundizó durante su vida, con una muy personal síntesis de categorías filosóficas propias tanto de la teoría de la ciencia cuanto del marxismo. Creo que ése es el contexto de sus reflexiones sobre los elementos de racionalidad e irracionalidad presentes en la teoría y en la práctica humanas.

Su trabajo acerca del pensamiento marxista abarca muchos autores: Zeleny, Labriola, Agnes Heller, Havemann, Korsch, etc. Aunque es evidente que destacan sus estudios y comentarios sobre Lukács y Gramsci. Sus intereses teóricos evolucionan hacia una reflexión crítica sobre la crisis de civilización que parece caracterizar el mundo social y político del siglo XX. Es una evolución que, a mi entender, se manifiesta con fuerza a partir de 1968 y que viene marcada por la pérdida de confianza y de esperanza en la capacidad de transformación social de los países y partidos que se autoproclamaban comunistas, pero que, con sus prácticas políticas, contradecían los principios declarados.

Es obligado entrar más explícitamente en las actividades políticas de Sacristán, pues a lo largo de su vida se incrustan siempre, de modo coherente, con su actividad intelectual y de magisterio universitario. Son actividades que forman parte interna de su pensamiento y que nunca pueden interpretarse como consecuencias añadidas a, o simplemente derivaciones de, la teoría. Por eso a mí me resulta tan difícil concebir su obra como un conjunto de reflexiones fragmentarias, dado que la suya fue una posición filosófica integral, sin fragmentaciones. Este aspecto, a mi parecer, le sitúa en el campo de la filosofía más genérica, más allá de su indiscutible calidad de teórico político que, en mayor o menor medida, escinde su capacidad de intelección de su capacidad de acción. Sus actividades políticas constituyen una clave explicativa de la fragmentariedad que se suele señalar en relación con su obra escrita y de su permanente exclusión de los distintos ámbitos académicos consolidados y hegemónicos desde los cuales, de uno u otro modo, se ejerce y distribuye poder cultural y político.

Cuando se incorporó a la docencia universitaria —recordemos que fue profesor adjunto de Joaquim Carreras i Artau— en la Facultad de Filosofía en 1956, formaba parte de la dirección del PSUC; era pues militante comunista según ya he indicado antes. Esta dimensión de política práctica es origen de muchos de sus escritos que contienen, pese a la motivación política, un trasfondo de radicalidad del análisis estrechamente vinculado con una visión conceptual que aspira a la transformación de la sociedad y de los hombres en sujetos libres y conscientes. Me parece que es difícil entender su pensamiento

exclusivamente circunscrito a una filosofía política porque su incidencia en el campo político presenta de manera insistente una dimensión filosófica más genérica. Aunque verdaderamente «hizo política», es decir, se implicó organizativamente en una corriente política bien determinada, su inserción y enfoque al actuar se dan de un modo muy distinto de lo que habitualmente se entiende por un político. Y no me refiero con esto a que fuera un disidente o sólo un espíritu siempre crítico. Me refiero al hecho de que su modo de entender la personal actuación política comporta una carga de significación irreductible a los clásicos esquemas de la estricta actividad política. Por eso sus abundantes escritos políticos exceden de un enfoque típico del teórico especializado en filosofía política.

Probablemente cabe pensar que es fácil hoy distinguir qué se ha de entender, en el contexto del franquismo y de la transición democrática, por pensamiento teórico y por actividades prácticas en política. Pero para mí es obvio que Sacristán —como otros en aquellos años— se implicó en política con un espíritu antipolítico, con la esperanza de poder poner fin a las formas tradicionales de hacer y entender la política. Es una postura que parte del principio de la reducción (o reconducción) de la política a la ética. Y además que considera que tal reducción o transposición se orienta por unos límites muy precisos que si se traspasan anulan la esencia del impulso inicial ético por el cual se ha tenido que admitir la necesidad de implicarse en política. Estos límites tienen que ver con la negación de la actitud crítica sincera (es decir, con la independencia de criterios propios para juzgar), con la negación de la veracidad y asimismo con la perversión del sentido de libertad. Es probable que, a la distancia de hoy, esta actitud parezca ingenua o mera fabulación de engaños de la memoria. Pero en el caso de Sacristán me parece que es una actitud que pervivió y que le llevó a continuar reflexionando sobre las actividades políticas con capacidad innovadora y con la constante aspiración a transformar la consciencia sobre el saber y la realidad en términos de libertad o autonomía, es decir, en términos de crecimiento moral del hombre (o de la persona, si es que utilizamos terminología kantiana).

Hay una manera de entender qué es la política que difícilmente encaja con los escritos y la biografía de Sacristán, aunque desde el punto de vista formal el objeto de reflexión de muchos de sus escritos y de su actuación práctica sea estrictamente político. Así, por ejemplo, los autores que estudia, analiza y comenta, sobre todo Marx, Gramsci, Lukács, Lenin, entre otros; al igual que lo que constituye el centro de sus reflexiones, el problema de las relaciones de poder entre los hombres y en especial las relaciones de dominio social y económico. Sin embargo, a mí me parece que no se da la condición decisiva para poder interpretar su pensamiento en términos de limitación a la filosofía política. Es cierto —en contra de lo que defiendo— que uno de los volúme-

nes de *Panfletos y Materiales* recopila «Intervenciones políticas» y es cierto también que sus escritos presentan constantes connotaciones de intencionalidad política, además de las actividades que desarrolló en este campo. Al fin y al cabo la política es una ética pública, colectiva. Pero a mí me parece que siempre en sus análisis e interpretaciones aparece el instrumental conceptual tradicional y propio de la filosofía. Es decir, sus juicios siguen como criterio fundamental los referentes éticos y filosóficos. Por decirlo de otro modo, da la impresión de que Sacristán se sitúa en unas coordenadas opuestas a Hegel. Si éste se proponía reconciliar al hombre, en el plano teórico y exclusivamente conceptual, con una realidad histórica desgarrada y desgarradora, fragmentariamente expresiva de tendencias humanas contrapuestas, positivas y negativas, creadoras y destructivas, Sacristán rechaza esa escisión en el hombre entre pensamiento y acción, de tal forma que su pensamiento nunca puede hallar tranquilidad o satisfacción por un consuelo de mera abstracción teórica para exclusivo consumo de iniciados. Quizá no sea necesario recordar que no siempre toda filosofía está orientada a la esperanza de hallar la felicidad en la contemplación de las ideas.

En esta línea me atrevería a decir que la fragmentación propiamente la encuentra en el exterior, en los diferentes abismos que dividen a los seres humanos. Quizá en una raíz antropológica esté el sentido de su filosofar más que en su dimensión política. En realidad, a lo largo de toda la historia de la filosofía la preocupación y actividad políticas están presentes en los clásicos, como es el caso paradigmático de Platón y Aristóteles, de Spinoza y de Leibniz. En cambio, a mí me parece que Sacristán no se sitúa en la tradición ni en los parámetros de filósofos políticos como Hobbes o Maquiavelo, sino que concibe la política, ya lo he dicho antes, como una dimensión de la actividad humana que debería perder su autonomía para dar paso a una posible y deseable interrelación humana sin la intermediación del poder como fundamento. Aunque, sobre todo al final de su vida, insista en el carácter de especie excesiva, de la hybris y del pecado original, cuando se refiere a los hombres en el contexto de las graves amenazas de guerra y destrucción. Dice, por ejemplo: «Hemos de reconocer que nuestras capacidades y necesidades naturales son capaces de expansionarse hasta la autodestrucción. Hemos de ver que somos biológicamente la especie de la hybris, del pecado original, de la soberbia, la especie exagerada.» (*Pacifismo, ecología y política alternativa*, pág. 10) Pero ésta es precisamente una valoración más antropológica y filosófica que no política, me da a mí la impresión.

En cualquier caso, hay una interpretación difusa de la política como campo de aplicación de teorías que chocan con las imperfecciones humanas que a mí me parece ajena al planteamiento de Sacristán. Según esa interpretación, existiría una dicotomía esencial entre la teoría —el plano de las finalidades

expresadas idealmente— y la vida cotidiana práctica, regida y marcada ésta por egoísmos e impulsos irracionales que de algún modo constituyen la fuerza creadora humana. Creo que Sacristán concibe la dimensión política internamente articulada con la capacidad reflexiva y sobre todo inseparable de genéricas interpretaciones filosóficas acerca de la sociedad y del hombre. Es decir, es obvio que es un filósofo político, pero a partir de registros y referentes muy distintos de los que identifican, por ejemplo, el modo de inserción teórica de Rawls o Rorty, por ejemplo, en este campo. Y no sólo en razón de las distancias ideológicas. Lo que le sirve de criterio y correlato para sus reflexiones y para orientar su práctica política no es la idea de justicia. Se funda en la idea de existencia humana sin escisiones entre pensar y ser, de modo que la actividad y la implicación personal en política representan un aspecto ineludible para entender la realidad, y no al revés, como si se tratara de una especie de campo de juego al que aplicar técnicas de adiestramiento y condicionantes de los hombres, técnicas ideadas para llevarles a fines teóricamente definidos. Las actividades políticas y de reflexión filosófica de Sacristán se entrecruzan de modo indisoluble porque constituyen dos vertientes de un mismo impulso y aspiración: conocer y transformar el mundo.

Si no me equivoco, buena parte de teóricos de la política, los filósofos políticos, no entran en la discusión de si la realidad humana tiene un sentido predeterminado; simplemente lo dan por supuesto y formulan propuestas que se adapten a esa realidad o bien reflexionan sobre ese condicionante a fin de explicitarlo por su naturaleza de límite para una acción política. En cualquier caso, buena parte de «teorías políticas» en sentido estricto presentan un carácter de reconciliación con la realidad y los hechos, aunque éstos contradigan (o bien obstaculicen) el contenido de lo pensado como deseable desde la idealidad. Casi siempre contienen un elemento de pacificación de las consciencias y de recomendación de paciencia para aceptar mediaciones de procesos históricos de largo alcance. De ahí que intrínsecamente comporten actitudes pragmáticas (no sólo realistas) cuando se trata de intervenir en el campo político práctico y, sobre todo, en el campo de las discusiones teóricas. No cabe entender a Sacristán circunscrito a ese contexto, aunque el componente político tenga mucha importancia en sus preocupaciones y reflexiones.

En sus intervenciones (teóricas y prácticas) políticas hay siempre una orientación filosófica, una orientación que responde, en diferentes momentos de su vida y de acuerdo con diferentes registros, a la esperanza de liberar en el hombre todo cuanto no le permite desarrollarse con plena consciencia sobre lo que está haciendo, de modo que acceda a un tipo de libertad de índole ética. Por supuesto que siempre sitúa esa finalidad en el contexto contradictorio de relaciones interhumanas que generan y reproducen desigualdad y

dominación. Sin embargo, siempre aparece, también, la radical afirmación de la esencia abierta del hombre, la cual, en cada momento, en potencia, posibilita la emancipación humana relativa y limitada, o en todo caso, una actuación decidida hacia tal finalidad.

Me da la impresión de que, desde esta perspectiva, desde la identificación de un planteamiento antropológico en su pensamiento, aparecen elementos de coherencia explicativos de los tan diversos intereses presentes en sus escritos.

Es necesario destacar esta raíz filosófica que da lugar a un movimiento de reflejos en distintos espejos que nunca quedan clausurados por los diferentes intereses intelectuales que suscitaron su análisis crítico de hechos y su formulación de fines. Y está claro que quien construye fines y critica hechos es, en definitiva, filósofo, sobre todo cuando sabe acompañar esa labor con la realidad cambiante de los hombres y de la sociedad, según caracterizó siempre el hacer de los filósofos no dogmáticos ni escolásticos.

Esta es la razón fundamental por la que siempre me siento llevada a discutir interpretaciones contrapuestas, en ciertos casos incluso divergentes, sobre Sacristán: filósofo analítico, filósofo de la ciencia, filósofo político, filósofo de la cultura, que acaban por construir una visión fragmentaria que se superpone a, y solidifica, su ya de por sí polifacética actividad, como si se tratara de reflexiones en él inconexas. Y si lo consideramos desde los parámetros de la política práctica: comunista, pacifista, ecologista (pero siempre, anticapitalista). Me parece que todas son dimensiones (tanto las del plano teórico cuanto las del práctico) presentes y características de su personalidad, que no se suceden anulando fases previas o primitivas, sino que se integran y mantienen en un proceso de maduración, de modo que ninguna de ellas por sí sola es expresión cabal de su obra.

### **La racionalidad ética en el pensar y en el actuar**

El primer número de la revista *mientras tanto* se publicó en 1979, editada por sus redactores y como continuación de la anterior revista *Materiales* (de la que se publicaron 12 números), fundada y también «bautizada», en 1977, por Sacristán. Hasta su muerte, en 1985, dirigió la publicación de 23 números. La revista se continúa publicando y ha alcanzado el número 89. Su fundación respondía a una clara intención política: reconstruir la consciencia de las fuerzas de la libertad a partir de un conocimiento lo más completo y sincero posible de los fenómenos de la crisis de civilización, y de una interpretación que se enfrenta a la hegemonía ideológica y cultural de las fuerzas dominantes y opresivas de la sociedad y del hombre.

Conviene señalar el rechazo de Sacristán al verbalismo y a las actitudes frívolas. Consideraba que sólo es necesario escribir y hablar cuando se tiene realmente alguna cosa importante que decir. Es un principio de ecología del espíritu que él practicó verdaderamente. Todo cuanto no resulta suficientemente claro pertenece al campo de lo que no se ha de expresar. Es más, ya a principio de los años cincuenta indica la necesidad de saber leer. Concretamente dice (*Panfletos y Materiales II*, pág. 471) que «...no es el primer caso de gran inteligencia [se refiere al editor del legado de Simone Weil] que no puede entender más que sus creaciones propias. Poco a poco va uno descubriendo que es más difícil saber leer que ser un genio». Esta es una característica (saber leer) recurrente en su labor intelectual y que estuvo facilitada y potenciada por su trabajo de traductor, pues en definitiva traducir es quizá uno de los mejores métodos para entender bien a un autor. A mí me parece que ahí hay todo un programa contra el ruido mediático, pues creo que hoy se está perdiendo la capacidad de asimilación que facilita la práctica de la lectura. Incluso tengo la impresión de que existe un proceso inflacionario de discursos y escritos que ahogan la capacidad de reflexión y que contribuyen al olvido del rico patrimonio cultural de la humanidad. En cualquier caso, las deficiencias en la capacidad para entender y leer a los demás me parecen cada vez más evidentes. Este es uno de los aspectos que explica en gran parte —además de las dificultades materiales de su vida— el hecho de que no se dedicara a elaborar mejor muchas de sus opiniones e ideas personales. Aunque, en definitiva, en sus silencios influyó poderosamente su postura contraria a la creación de sistematizaciones filosóficas estériles.

Pese a todo ello, opino que sus diversificadas reflexiones responden a una misma empresa filosófica constituida por la voluntad de entender la existencia humana contribuyendo al mismo tiempo a liberarla del «mal social» y de la genérica fragmentación de la inteligencia. Ambos factores (dominio de unos hombres por otros y ejercicio errático de la inteligencia) amenazan con destruir la posibilidad de existir en paz con la naturaleza.

En sus escritos aparecen con fuerza ideas propias de muy diversos ámbitos filosóficos que justificarían las distintas «lecturas» a que da lugar su pensamiento. Aparecen temas de teoría del conocimiento, de teoría de la ciencia, de filosofía de la lógica, mejor sea quizá decir de discusión sobre el sentido y fundamentos de la formalización del razonamiento, de filosofía de la cultura (en particular, comentarios sobre literatura: Goethe, Heine, Hölderlin, Brossa, Raimon, etc.). Asimismo, es destacable su acción, desde revistas y publicaciones, conferencias, etc., orientada a formar conciencia crítica.

Sin poder entrar aquí en su contenido, cabe observar su decisión de insertarse en el contexto político y cultural sin pretensión alguna de saber teórico

definitivo ni cerrado o predefinido. Creo que por esta razón, justificadamente, la publicación de sus escritos se reúne bajo el título de *Panfletos y Materiales*.

Y ésta es una cuestión importante que no responde, en absoluto, a una modestia excesiva. Sacristán entiende (me parece que con razón) que reflexionar tiene un carácter provisional que no debe perder de vista el sentido de la modestia, especialmente cuando, como es su caso, se enfrenta a tantas limitaciones objetivas. Hay dos cuestiones (como si se tratara de las dos caras de una misma moneda) relacionadas con esto: la soberbia en el pensar comporta consecuencias destructivas pues conduce a la falsedad y al dogmatismo, que es en realidad la muerte de las ideas; y la soberbia en la vida práctica y social tiene también un sentido destructivo para la vida humana, pues es lo que biológicamente puede llevarnos a la autodestrucción.

Hay pues siempre, en Sacristán, la dimensión ética indisolublemente entrelazada con la racionalidad entendida como consciencia de uno mismo en términos de veracidad y como capacidad de conocimiento real, positivo. De aquí su constante interés por, y defensa de, la ciencia. Aunque al final, el entusiasmo por la forma suprema de conocimiento que es la ciencia haya de ceder ante el juicio ético sobre ciertos «productos científicos», dado que «es el buen conocimiento el que es peligroso, y quizá tanto más cuanto mejor». (*Panfletos y Materiales II*, pág. 455)

### **Conclusiones**

Defiendo, como hipótesis interpretativa, que Sacristán es un filósofo característico del período en el cual la filosofía se vio obligada a autoexaminarse acerca de las limitaciones y condiciones del filosofar, período de profunda ruptura con los tradicionales fundamentos e itinerarios del pasado, ruptura que, según hoy sabemos, a su vez sirvió para la gestación de nuevas vías y terrenos para el filosofar. Incluso es probable, según indica Jacques Bouveresse, que hoy las circunstancias renueven la necesidad y demanda de filosofía (Bouveresse, 2001).

Tal y como antes he indicado, Wittgenstein suponía llegada la hora de acabar con la filosofía y, en una primera época, consideró que esto exigía acabar definitivamente con los problemas tratados por la filosofía. Sin embargo, su trabajo filosófico representó una transformación de la perspectiva filosófica, del ángulo de enfoque filosófico y de la idea de qué es pertinente buscar en la filosofía. Por decirlo de otro modo, lo que se ha abandonado es la fe en la

capacidad de alcanzar un pensamiento discursivo y articulado que pudiera constituirse como iluminación y modelo cultural.

El choque con los resultados operativos del conocimiento científico y con la capacidad explicativa de teorías científicas sobre fenómenos reales, más la crítica de la metafísica tradicional y de los espejismos que amenazan el lenguaje, condujo a una actitud de cautela y prudencia, así como a la autoexigencia, en el pensamiento de reflexión filosófica. Incluso en el ámbito de creación literaria repercutió esta crisis de formas expresivas y discursivas. La forma del ensayo y de la intervención circunscrita a un terreno bien delimitado, sin ambiciones ni extrapolaciones de carácter universal (aunque a ese terreno se aplique la capacidad de reflexión con criterios y conceptos estrictamente procedentes de la tradición filosófica), se da en autores tales como Walter Benjamin y Wittgenstein; pero también, en creaciones literarias de Rafael Sánchez Ferlosio de discurso muy fragmentado. Éste es un caso muy claro de paralelismo formal con Sacristán, aunque en un campo diferente, en el campo propio del escritor interesado por la estructura y dominio del lenguaje en su expresión castellana. También Sánchez Ferlosio abandona muy pronto el camino de creación literaria en forma de obras que despliegan relatos unificados por una trama argumental explícita (sus pocas novelas), y fragmenta su discurso en notas, observaciones y artículos sobre temas de actualidad o de índole histórica, así como sobre crítica de la cultura (recopilados luego en los libros que publica). Esa diseminación formal le permite verter con gran fuerza expresiva, libre de servidumbres argumentales, sus investigaciones, conocimientos y críticas. En ocasiones, incluso ha recurrido a los «pecios», es decir, ha presentado sus reflexiones (aunque son siempre, a mi modo de ver, de estricta intencionalidad literaria) en términos de «restos de un naufragio». Y probablemente lo sean incluso «literariamente», aunque siempre hay en su terminología mucho peso metafórico de significaciones múltiples.

Sacristán ya se refirió a la existencia, a lo largo de la historia de la filosofía, de grandes modelos de concepciones y reflexiones fundadas en conocimientos positivos de distinto tipo (por ejemplo, Leibniz y sus fundamentos matemáticos, o la base teológica para Tomás de Aquino, el mismo Aristóteles, con sus investigaciones sobre sociedad, sobre lenguaje, etc.). Es una tesis que expone, aunque de manera esquemática, en el opúsculo o «panfleto» acerca del lugar de la filosofía. Son modelos que deshacen los prejuicios de una filosofía entendida como discurso encerrado en sí mismo.

Me parece, pues, que Sacristán siguió las pautas de un pensamiento que asume sin miedo las consecuencias de la tradicional crítica kantiana a la filosofía metafísica, después de haberse ya agotado los intentos neorrománticos de

conectar la estética y la filosofía con nociones teológicas, según estudia con detalle Walter Benjamin. Y después, naturalmente, de la denuncia abierta de los neopositivistas sobre la vaciedad conceptual de las escolásticas metafísicas. Y lo digo así porque razones de prudencia interpretativa me obligan a no romper con los esquemas tradicionales de la historia de la filosofía. Pudiera ser que un trabajo más elaborado le situara como figura paradigmática de la imposibilidad de continuar la reflexión filosófica desde la perspectiva de una razón pura retroactiva, dado el panorama de fragmentariedad y destrucción humanas que presenta el mundo después de la experiencia de la segunda guerra mundial.

He de reconocer que yo no he trabajado lo suficiente esta hipótesis interpretativa para poder argumentarla mejor, porque hay mucha complicación y laberinto tanto en su vida (actividad política, quiero decir) cuanto en sus «papeles». Ahora bien, lo que sí me parece evidente es que la forma como intervino y tomó posición en filosofía es menos excepcional y marginal de lo que se suele juzgar. Pues a mí me parece indiscutible que siempre, en sus «papeles», en todos sus escritos, en sus artículos, entrevistas, conferencias, clases y en los pocos libros publicados, encontramos la estricta y muy profesional formación filosófica en forma de instrumentos conceptuales para el análisis y la crítica, así como el uso de un lenguaje depurado y lleno siempre de implicaciones filosóficas, junto, está claro, con el léxico y criterios de la política propia de corrientes marxistas y anticapitalistas. Por decirlo de otro modo, más atrevido, quizá la política para Sacristán constituyó aquel fundamento real y fáctico que, según él, exige todo filosofar.

De modo que, a mi juicio, la cuestión del tipo de escritos que Sacristán hizo debería considerarse secundaria en orden a esclarecer cuáles son sus ideas. Creo que esto es lo único que he intentado explicar en este escrito, además de intentar destacar que Sacristán es un autor de nuestro país, autor aún poco y mal estudiado y al que a veces se recurre como si permitiera consolidar, bajo el criterio de autoridad, caminos y preferencias particulares. Es importante recordar que aún no disponemos de la publicación completa de sus escritos.

Me gustaría haber conseguido incitar a su lectura y, sobre todo, llamar la atención acerca de la necesidad de recuperar sus reflexiones filosóficas sobre la sociedad, sobre la filosofía, sobre la política, sobre el marxismo, sobre el conocimiento, sobre la ciencia y sobre nuestro mundo, porque nos pueden ayudar a descubrir muchas ideas-fuerza potencialmente sugestivas para afrontar la entrada de nuevo en una época en la cual, según Bouveresse, la filosofía vuelve a ser necesaria.

## Referencias

- BENJAMIN, Walter, *Gesammelte Schriften*, I-1, Suhrkamp, Frankfurt a.M., 1974.
- BOUVERESSE, Jacques, *La demanda de filosofía*, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- CAPELLA, Juan Ramón, *Bibliografía de Manuel Sacristán en mientras tanto*, núm. 30/31.
- *Bibliografía de Manuel Sacristán: Addenda en mientras tanto*, núm. 63
- FERNÁNDEZ Buey, Francisco, Prólogo a la edición en 1995 de *Las ideas gnoseológicas de Heidegger* de Manuel Sacristán.
- SACRISTÁN, Manuel, *Panfletos y Materiales*, Cuatro volúmenes, Icaria, 1983-1985.
- *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Icaria, 1985.
- *El orden y el tiempo*, Edición de Albert Domingo, Trotta, 1998.
- *Introducción a la lógica y al análisis formal*, Ariel, 1964.
- *Lecturas, I: Goethe, Heine*, Ciencia Nueva, 1967.
- Fondo de la Reserva de la Universidad de Barcelona.
- Catálogo colectivo de las Universidades de Barcelona.
- AA.VV. *mientras tanto*, núms. 30/31 y 63 (monográficos sobre Manuel Sacristán).



## Marx, *Das Kapital* y Manuel Sacristán<sup>1</sup>

ALFONS BARCELÓ

### El asunto

Manuel Sacristán (1925-1985) fue alumno de Karl Marx (1818-1883), pero no un discípulo reverente o pelotillero. Lo asumió como guía intelectual y aprendió muchas cosas de él, pero nunca lo sacralizó. Sacristán sabía muy bien no sólo que todo es perfectible y revisable, sino que además el tiempo avejenta inexorablemente ideas y proyectos. También conocía a la perfección las incidencias del trabajo intelectual, que avanza, salta, se estanca, retrocede, da vueltas y revueltas, responde a estímulos variados, no concluye jamás. Era muy consciente, en fin, de que comprender y cambiar el mundo es tarea complicada que no se resuelve con programas geniales ni con súbitas revoluciones. «Amor, Trabajo y Lucha» fueron las ideas fuerza que propuso en cierta ocasión ante una asamblea de estudiantes que demandaban su orientación cívica en la década final de la negra era franquista, como consignas que debían regir una vida humana decente y plena. Puntualizó, además, que con Amor no se limitaba a propugnar la fraternidad, sino que se refería asimismo al amor por el conocimiento, que bajo el término de Trabajo englobaba tanto la vertiente manual como la intelectual, y que Lucha era actuar contra la opresión, las desigualdades y la injusticia.

---

1. Estas páginas fueron redactadas como «Presentación» para un libro formado por un conjunto de escritos, publicados e inéditos, de Manuel Sacristán, relacionados con *El Capital*. Previsiblemente, esta obra se publicará dentro de unos meses. Dado que me parece un buen principio el lema «Que cada palo aguante su vela», conviene puntualizar que el proyecto, la selección de textos y las tareas de edición son mérito y responsabilidad de Salvador López Arnal.

Este libro se ocupa sólo de refilón del pensamiento propio de Sacristán. El contenido esencial es la clarificación por parte de Sacristán de la obra cumbre de Marx, esto es, *El Capital*. A lo mejor le hubiera gustado llevar a término un proyecto global con dicho objetivo, mas no hay que olvidar que las servidumbres de la lucha política, junto con las exigencias para cubrir las necesidades alimenticias domésticas, le impidieron construir esa obra redonda de esclarecimiento sistemático que muchos habríamos deseado. Con todo, a menudo trabajó en aspectos importantes de dicha problemática, tanto globales como puntuales, centrales o periféricos, con el rigor y la pulcritud que le eran proverbiales. De ahí que valga la pena reunir estos materiales dispersos, a fin de suplir una obra teóricamente cuajada, pero —¡ay!— inexistente.

Ésta no es, pues, una obra intelectual estándar, con sus presupuestos, sus objetivos y su hilo conductor. Este libro, en realidad, está formado por un conglomerado de artículos, notas breves, comentarios y hasta apuntes de lectura. Pero esa ristra de materiales tiene un doble trasfondo propio que da cohesión al conjunto, a saber, la recia personalidad del autor y la temática abordada, que es la herencia intelectual de Karl Marx. Ahora bien, para aquilatar esta herencia conviene distinguir, ante todo, los diversos ingredientes que la componen, a fin de no confundir valor intelectual, valor político o valor sentimental, por ejemplo. En parecida sintonía, pero en clave metafórica, vale la pena subrayar que pertenecen a diferente género un tesoro, el mapa de un tesoro, los útiles y herramientas para extraer un tesoro. Más aún, el presunto tesoro puede ser, de hecho, pura bisutería, el mapa del tesoro tal vez señala coordenadas falsas, equivocadas o crípticas, los útiles quizá han de combinarse con factores especiales o requerir su manejo un aprendizaje singular, para no mencionar la ridiculez de andar afilando cuchillos cuando no hay nada que cortar y lo que hace falta son martillos u ordenadores. O sea, que hay que distinguir en esa herencia varios aspectos: desde leyes verdaderas y principios fructíferos, hasta tesis erróneas, dudosas o manifiestamente mejorables, pasando por experiencias ejemplares (positiva o negativamente) y ensayos fallidos, pero aleccionadores, pasando por el registro de técnicas, recetas o métodos de exploración, de validez tal vez acotada (ya sea en el tiempo, en el espacio o en el modo).

También hay que señalar que los textos que aquí se publican están dirigidos a destinatarios diversos y buscan responder a preguntas diferentes. Los artículos están concebidos a veces para guiar a un lector experto, otras para orientar a un principiante, las notas editoriales quieren ofrecer información básica de carácter histórico o filológico, otros pasajes son notas breves para uso privado. De ahí que no sea recomendable abordar esos textos con una forma de mirar específica y singular.

## La herencia de Marx

Marx es ya un clásico. Los clásicos suelen ser muy citados y poco leídos. En 1969, en un comentario titulado «Sobre el Lenin de Garaudy», sostenía Sacristán: «Es necesario de una vez dejar vivir a los clásicos. Y no se ha de enseñar a citarlos, sino a leerlos». El proyecto de Marx, apunta Sacristán en algún paso de esta obra, era fundamentar y formular racionalmente un proyecto de transformación de la sociedad. De ahí que demandase una «lectura sensata» de Marx y que denunciara como una meta disparatada «cualquier tentativa de convertir su letra en texto sagrado». Una de las orientaciones más idóneas venía de la mano de Gramsci. En uno de sus *Cuadernos de la cárcel*, Antonio Gramsci escribió: «Comprender y valorar con realismo las posiciones y las razones del adversario (y a veces es adversario todo el pensamiento del pasado) significa precisamente haberse liberado de la prisión de las ideologías (en sentido peyorativo, de ciego fanatismo ideológico), o sea, situarse en un punto de vista ‘crítico’ que es el único fecundo en la investigación científica».

Pero la historia intelectual del marxismo siguió otros derroteros, y la herencia se metamorfoseó en ideología, a causa de complejos avatares políticos y culturales que aún no se han explicado bien. Esta conversión del marxismo en ideología cristalizó en un enfoque apoyado en dos pilares, el «materialismo dialéctico» y el «materialismo histórico», dos esquemas interpretativos con los que se pretendía dar razón de todos los fenómenos divinos y humanos. Ambos principios metafísicos fueron pronto sometidos por Sacristán a un severo escrutinio, a fin de deslindar la palabrería de los contenidos filosóficos que merecían ser rescatados desde el mirador privilegiado que representaba un siglo de intensos avances científicos y dramáticas experiencias históricas. Porque hoy sabemos que todo es más complicado de lo que se sospechaba, tanto avanzar hacia la emancipación de los seres humanos, como entender los distintos niveles de los que formamos parte o que nos condicionan. Entre el cosmos y los átomos, se solapan múltiples sistemas con pautas específicas de funcionamiento que se van desvelando lentamente: moléculas, genes, células, cerebros, sociedades, ecosistemas son todavía realidades repletas de enigmas.

No puede uno fiarse, por tanto, de recetas universales que aspiren a explicarlo todo. En concreto, se encontrarán en los textos que aquí se reproducen diversos comentarios sobre las insuficiencias y los límites de la dialéctica, que queda descalificada como llave maestra universal, como principio metafísico capaz de sustituir la búsqueda de explicaciones, saltándose a la torera el análisis de la composición y de los mecanismos que rigen el funcionamiento de los sistemas concretos, sean grandes o pequeños. Los esquemas

abstractos, a lo sumo, ayudan a centrar preguntas y a derivar conclusiones, pero nunca dan respuestas directas, del mismo modo que los argumentos matemáticos son esencialmente incapaces de probar hechos físicos. Al fin y a la postre, aunque resulte antipático para el revolucionario romántico —advertía Sacristán— para «manejar con eficacia el intrincado complejo de problemas tecnológicos, sociales y culturales con que ha de topar hoy un proyecto socialista», «es necesario ciencia, conocimiento ‘positivista’ de lo que hay». Marx y Engels, entre otras metas, aspiraban a entender cómo funcionaba la sociedad que querían cambiar. En el camino elaboraron esquemas explicativos cercanos a lo que normalmente se reconocería como una teoría social apta para investigar y descifrar los signos de los tiempos. O un conjunto de pautas para explicar, aunque fuera un tanto vagamente, la estructura y la dinámica de las sociedades humanas. Con esta ideología embrionaria pretendían sentar las bases de un «socialismo científico» que vertebrase el objetivo de la emancipación humana con el conocimiento riguroso de la naturaleza y la sociedad. Ahora bien, mientras que los fundadores sabían que no hay saberes perfectos, que nunca se agota el objeto, que toda tesis es falible, pronto los discípulos desvirtuaron esta perspectiva, al tiempo que anatematizaron a los alumnos con planteamientos críticos o revisionistas. La consecuencia fue que muchas tesis e hipótesis de trabajo se transformaron en cuerpo dogmático, en una falsilla interpretativa en la que todo se hacía encajar, a la fuerza, cuando era preciso; y en vaticinios y promesas etéreas, los proyectos de futuro. Encima, se describieron como estructuras modélicas y paraísos en ciernes las llamadas economías socialistas, en las que se producía una curiosa mezcla de concesiones demagógicas, represión sistemática y parasitismo social, regido todo ello por una burocracia estatal cada vez más ineficiente, usurpadora y distanciada de las necesidades de las gentes. Cualquier observador avisado podía ver sobre el terreno que allí había un inmenso fraude. En breve, lo que en origen aspiraba a ser ‘ciencia’ global y ‘economía’ al servicio del hombre se había convertido en algo muy diferente: por un lado, en una ideología legitimadora, confinada en un invernadero donde se cosían y remendaban retazos librescos y citas fuera de contexto, al margen de los cambios efectivos que experimentaban las ciencias concretas, los conflictos sociales, las ideologías dominantes y los valores humanos; por otro lado, en una nueva modalidad de organización económica y social distinta del capitalismo, pero también explotadora y opresora.

### **Sacristán y Marx**

En efecto, pues, hubo una época, no muy lejana, en que los escritos de Marx eran leídos y comentados como si contuvieran verdades reveladas que no había que discutir, sino a lo sumo interpretar. Los más engreídos se atrevían

a pontificar sobre lo que Marx había querido decir, como si de unos textos sibilinos se tratara. No es éste el talante con el que Sacristán abordó el estudio sistemático del marxismo. Aunque se sintiera partícipe del mismo impulso revolucionario y afín a los planteamientos teóricos de Marx, Manuel Sacristán sabía demasiado bien que la vida ofrece pocas certezas, y que incluso guiado uno por las mejores intenciones, puede acabar como el *Fausto* de Goethe, «con amor de verdad, miserablemente errado». Viene la referencia a cuento porque Goethe estaba en su panteón de escritores ilustres, por su perspicacia y profundidad, incluso cuando se equivocaba. Subrayaba, por ejemplo, Sacristán la agudeza de las consideraciones de Goethe contra el empirismo chato, cuando éste recalca que «el nudo mirar una cosa no puede hacernos adelantar. Todo mirar se convierte, naturalmente, en un considerar; todo considerar, en un meditar; todo meditar, en un entrelazar; y así puede decirse que ya en la simple mirada atenta que lanzamos al mundo estamos teoretizando». Estas consideraciones tan pertinentes, subrayaba Sacristán, constituyen hoy un principio básico de la ciencia moderna.

Pronto apreció Sacristán que el pensamiento de Marx no era ni completo ni monolítico. Había que aplicar, además, filtros y controles racionales a fin de atribuir la ponderación adecuada a cada una de las tesis explícitas o implícitas que sus escritos proponen. Por otro lado, la trayectoria de cualquier sistema social siempre depara novedades y sorpresas. Por consiguiente todos los soportes empíricos y teóricos envejecen, eso sí, a escalas muy dispares y a ritmos diferentes. Desde luego, Sacristán mantuvo hasta el final la fidelidad a los principios, tanto intelectuales como emancipatorios, subyacentes en el marxismo. Por lo que se refiere a los primeros, en plan un tanto basto, los podríamos sintetizar en cinco pilares esenciales, a saber, 1) el principio de la objetividad, del realismo y del materialismo; 2) la historicidad (y por lo tanto, los cambios) de todo objeto real, de toda relación, de todo proceso; 3) la globalidad que envuelve e interactúa con cualquier hecho concreto, en donde confluyen siempre una multiplicidad de determinaciones; 4) la emergencia de nuevas propiedades en el despliegue de lo real; 5) la práctica, como punto de partida y punto de llegada, un elemento que nunca debe ser soslayado. En mi opinión, el meollo racional y valioso de la «dialéctica» queda aproximadamente recubierto por el «programa de investigación» descrito por estas coordenadas. Y hasta su muerte se mantuvo fiel a la causa de la igualdad y la justicia, a la lucha anticapitalista, en la defensa de los explotados y oprimidos.

Quizá uno de los asuntos que Sacristán revisó con más atención fue el de la inevitabilidad histórica. Frente a una visión un tanto fatalista de la evolución de la humanidad, codificada por los catecismos del «materialismo histórico», Sacristán rescató dudas y puntualizaciones que ponían de relieve que no era

aquella una tesis esencial del corpus marxista auténtico, sino apreciaciones apoyadas en esquemas ideológicos un tanto espúreos o bien concesiones oportunistas ligadas a la lucha política del momento. Por otro lado, la elasticidad reformista del capitalismo, en su confrontación con las economías burocráticas de planificación central, con la propia clase obrera y con los países colonizados, había puesto de relieve que las trayectorias históricas están llenas de bifurcaciones posibles, que se dan modificaciones paulatinas y saltos bruscos, que se combinan de forma permanente estabilidad y cambio, azar y necesidad.

En resumidas cuentas, Marx es un pensador serio, original y profundo, que da mucho de sí como fuente de inspiración. Pero no es bueno ignorar su idiosincrasia y sus forúnculos, las herramientas conceptuales e intelectuales que manejaba, su sistema de valores y su militancia política. Todo eso es siempre pertinente, pero aún más cuando se examinan apuntes inéditos. Sacristán, por ejemplo, advertía en un comentario al paso, «Estimar estados mentales es importante en borradores». También opinaba que la herencia hegeliana, a menudo asumida por Marx, no era precisamente un elemento libre de inconveniencias, por más que hubiera sido fuente de intuiciones valiosas «El hegelismo es un lío metodológico y una irrenunciable aspiración del conocimiento», afirma en algún momento. Dudo que conociera la siguiente anécdota histórica, pero estoy convencido de que le hubiera encantado. El jueves 18 de octubre de 1827 ofreció Goethe un té en honor de Hegel. Al parecer Goethe le apreciaba mucho personalmente, aunque no le satisfacían gran cosa algunos de los frutos brotados de su filosofía. Cuenta Eckermann que en la conversación vino a tratarse de la esencia de la dialéctica:

En substancia, no es otra cosa —dijo Hegel— sino el espíritu de contradicción que todos los hombres poseen, regulado y metódicamente educado, y este don se muestra en toda su grandeza en la distinción de lo verdadero y de lo falso.

Lo malo es —interrumpió Goethe— que de estas artes y habilidades espirituales se abusa a menudo, empleándolas en hacer lo falso verdadero y lo verdadero falso.

Esto acontece, sin duda —replicó Hegel—; pero sólo lo hacen las gentes espiritualmente enfermas.

Yo celebro el haberme dedicado al estudio de la Naturaleza —dijo Goethe—, que no da lugar a que se presente esta enfermedad, pues en estos estudios tenemos que habérmolas con lo infinito y eternamente ver-

dadero, que arroja en seguida como indigno a todo aquel que en la observación y tratamiento de su objeto no proceda con pureza y honradez absolutas. Y estoy seguro de que muchos enfermos dialécticos encontrarían en la Naturaleza su curación.»

Recapitulando sin matices ni distinguos, y a mi modo de ver, la filosofía de Hegel carece de sustancia real, pero posee (o ha tenido en algún período histórico) importantes capacidades «serendípicas», (se llama «serendipia» a la facultad de hacer descubrimientos afortunados e inesperados por accidente, pero no por pura chiripa, sino precisamente como resultado de andar detrás de otra cosa o de manejar algún utensilio que se presumía adecuado para otros fines).

### **Las notas de lectura**

A la postre, pues, aun cuando no estemos en presencia de un libro concluso, tenemos aquí una obra con muchos méritos. No obstante, conviene insistir en que éste no es un libro para gandules mentales que quieren ideas simplonas y argumentaciones de pacotilla. Evidentemente, para promocionar la solidaridad, el civismo, la calidad intelectual de las personas, flagelarse no es una buena táctica. Pero también conviene reiterar que no se accede sin esfuerzo ni a los saberes, ni a la consolidación práctica de los ideales emancipatorios. Vale puntualizar, además, que la ciencia y el pensamiento humano en general se suelen presentar en sociedad con un formato embellecido. Se ocultan (o mistifican) las etapas del avance intelectual; se escamotean con frecuencia con emperifollos atractivos muchas insuficiencias y limitaciones. La verdad desnuda suele resultar más aburrida, menos espectacular, más difícil y compleja, rasgos que encajan mal con la búsqueda de la simplicidad y de recetas pautadas. Anotaré, en este sentido, que rastrear las acotaciones privadas de un pensador tiene algo de «voyeurismo» intelectual de buena ley. De alguna manera, en efecto, leer este libro es como mirar por el ojo de la cerradura y ver de cerca un estadio importante del complicado proceso de la investigación teórica y programática.

En efecto, los comentarios y notas de lectura de Manuel Sacristán sobre *El Capital* y otros textos emparentados (inéditos o no) son perlas intelectuales de desigual tamaño y calidad. Pero aquí quiero destacar que representan también concreciones aleccionadoras que ayudan a percibir el funcionamiento de un intelecto poderoso. Además de fisgonear en torno a los resultados, es aconsejable observar la actividad en sí misma, una tarea que está en la base del aprendizaje por el ejemplo. También sirven sus notas para demostrar que la papanatería de tantos y tantos marxistas de salón o a sueldo de los cotarros

políticos no era sólo una anomalía provocada por el espíritu de la época (que también), sino que requería alguna colaboración por parte de los propios afectados. En todo caso, la lectura, simpatética y crítica a la vez, de Manuel Sacristán son buena prueba de que la degeneración escolástica que dio lugar al «marxismo soviético» y otras modalidades de «marxismo cadavérico» no era una estación terminal inevitable.

Procede matizar asimismo que los materiales semielaborados no poseen, por definición, valor directo; pero a su presunto valor potencial intrínseco hay que añadir a veces ser fuente de aprendizaje y una ayuda para la autoestima, como bien saben los amantes del bricolaje. En sintonía con esas consideraciones, me atrevo a remarcar que el interés de los materiales contenidos en este libro es doble: por un lado, pueden servir como genuinas materias primas para el trabajo teórico en el plano filosófico, económico o político; por otro, constituyen a menudo muestras dignas de emulación de un estilo de lectura crítica, de examen intelectual riguroso. Aunque tal vez sea ocioso, conviene hacer hincapié en que el saber no puede equipararse a la memorización de enunciados y fórmulas de manera escolástica, sino que requiere digerir y apropiarse de las herencias intelectuales, amén de aprender a pensar por cuenta propia. Algunos de los textos aquí recogidos tienen además, a mi entender, un encanto complementario. Con ellos podemos compartir los gozos derivados de la aventura de leer. Sacristán absorbe, discute, evoca, comenta, compara, critica y hasta despotrica en caliente y en privado. Como curioso botón de muestra, señalaré como un «¡Tu padre!» se presenta disfrazado de un académicamente mucho más «correcto» (y significativo de cierta contención sentimental) «Your father». Anécdotas al margen, vale decir que las citas y comentarios recolectados en esas exploraciones intelectuales pueden interpretarse como constitutivos de dos actividades. Una, establecer mojonos provisionales donde apoyar los ejes argumentales que se van esbozando al hilo de la lectura; otra, almacenar materia prima intelectual y estimular el arte de la memoria.

### **Un maestro ejemplar**

Manuel Sacristán fue uno de los mejores profesores de la universidad española (cuando le dejaron serlo), uno de los pocos que podía cotejarse sin des crédito alguno, sino más bien con ventaja, con los buenos profesores de las universidades extranjeras de más prestigio. Combinaba una excelente capacidad expositiva y argumental con un gran bagaje de conocimientos, por un lado, y, de otra parte, se comportaba con un profundo respeto hacia los estudiantes a la vez que se esmeraba por cumplir de forma responsable las obligaciones docentes más humildes.

Sacristán creía más en el filosofar que en la filosofía. En el fondo, juzgaba, creo yo, que los procesos de la creación intelectual se encadenan y renuevan de manera ilimitada en términos potenciales; en cambio, cuando una obra de pensamiento queda petrificada, pierde vigor político e intelectual. Sólo si es profundizada y sometida a revisiones periódicas ayudará a nuevos avances del pensamiento y de la acción.

En fin de cuenta, pues, hay aquí una mina de ideas y puntualizaciones pertinentes. Algunas merecen ser desarrolladas, otras constituyen hitos de referencia duraderos para la reflexión teórica, y no sólo en el campo de la ideología marxista. La talla intelectual de Sacristán queda muy bien reflejada en estos textos que constituyen, al fin y a la postre, elaboraciones de una mente de primera categoría.

Permítaseme cerrar estas páginas con un brevísimo apunte personal. Manuel Sacristán fue uno de mis grandes maestros intelectuales. Por eso considero un honor (y ha sido un placer no exento de quebraderos de cabeza) que se me pidiera escribir esta modesta presentación.

*Barcelona, octubre de 2003*

#### **Fuentes y agradecimientos:**

«Sobre el Lenin de Garaudy» se publicó en catalán en *Nous Horitzons*, 17, págs. 53-54.

La cita de Gramsci se halla en la *Antología* de escritos de este autor, compilada por Sacristán y publicada por Siglo XXI, pág. 436.

Las alusiones al «revolucionario romántico» y a la necesidad de conocimiento «positivista» están contenidas en el Prólogo de Sacristán a la edición en catalán de *Das Kapital* (Edicions 62, 1983).

Las referencias al verso de Fausto y al argumento de Goethe se han tomado de Sacristán, *Lecturas. Panfletos y materiales IV*, Icaria, págs. 87 y 95.

La alusión de Sacristán acerca de cómo leer borradores y su caracterización aforística del «hegelismo» se encuentran respectivamente en sus notas de lectura sobre OME 42 (*Obras de Marx y Engels*, Libro 2, capítulo XI de *El Capital*) y sobre OME 21.

La confrontación entre Hegel y Goethe está relatada en el tercer volumen de las *Conversaciones con Goethe* de J. P. Eckermann (1848). Cito por la traducción de J. Pérez Bances, editada por Calpe, Madrid, 1920, págs. 200-201.

En el libro de R. M. Roberts, *Serendipia* (Alianza, 1992), se expone un amplio surtido de ejemplos «serendípicos» conectados con tecnologías dependientes de la física, la química y la medicina.

El comedido exabrupto «Your father» se halla en las notas de lectura de Sacristán relacionadas con el libro de Kenneth E. Boulding, *Ecodynamics* (Sage, 1978).

Félix Ovejero, Salvador López Arnal y Oscar Carpintero tuvieron la amabilidad de leer un primer borrador del presente escrito. Sus observaciones facilitaron que la versión definitiva de esta presentación haya mejorado de forma apreciable. Desde aquí les doy las gracias por la tarea de lectores críticos que realizaron.

## Epílogo

ÓSCAR CARPINTERO

*¿Con qué lo redimimos  
aquel tiempo sombrío?  
¿Con qué pagamos la alegría de ahora, el envoltorio de bisutería  
que ocupa hoy el lugar  
del amor verdadero, del más puro  
amor forjado  
en el amor y la desesperanza?  
¿Qué entregamos  
como compensación de tan desigual trueque?  
Las más sucias monedas: la traición, el olvido.*

ÁNGEL GONZÁLEZ, *Otoños y otras luces*, p. 65.

### I

Ya se sabe, no es tarea fácil ni sencilla restaurar la memoria: hace falta tiempo, tenacidad y valentía para rellenar los huecos que estos «tiempos sombríos» se han encargado de ocultar. Y aunque eso ya lo sabíamos desde antiguo, ahora también sabemos más. Sabemos que es una labor necesaria por la insistencia en el olvido y en «contar la verdad a destiempo» que vienen protagonizando sistemáticamente los de arriba. Como la lucha contra el olvido, los silencios y ese «contar la verdad a destiempo» tiene muchas aristas, tanto biográficas como históricas, merece la pena detenerse un poco para visitar de nuevo esos recovecos.

Precisamente, la labor paciente y constante en los últimos años de gentes como Salvador López Arnal, Albert Domingo, Joan Benach o Pere de la Fuente

reivindicando la figura de Manuel Sacristán y dando a luz textos no publicados, ha permitido a algunos de nosotros que —por cuestión cronológica— no tuvimos la suerte de conocerle ni leerlo en vida, seguir cultivando el legado de quien, pasado el tiempo y tras sucesivas lecturas, uno acaba considerando como un referente de su propia tradición intelectual. De ese trabajo dan testimonio varios textos inéditos y conferencias de y sobre Sacristán aparecidos en los últimos tiempos —*Acerca de Manuel Sacristán, Escritos sindicales y de política educativa, El orden y el tiempo, 30 años después...*—, y no es casual que en este esfuerzo colectivo casi siempre haya estado presente Salvador López Arnal. Jorge Riechmann ha calificado su tarea como impagable y no le falta razón, pues su labor de edición en este volumen, así como del recientemente aparecido *M.A.R.X.*, revela una forma de trabajo en la mejor tradición de los albaceas literarios: gusto por el detalle, capacidad para encontrar el matiz oportuno que complete más certeramente el cuadro, devoción por la nota a pie de página que demuestra el cariño por las cosas bien hechas. Todo, en fin, con la esperanza de difundir —sin ayuda institucional ni incentivo académico alguno— una herencia amasada con tanto esfuerzo a lo largo del tiempo.

Al pensar en cuáles deberían ser el tono y los acentos precisos que guiaran la escritura de estas páginas, valoré la posibilidad de utilizar este epílogo para ayudar a llamar la atención sobre la vigencia de la obra de Manuel Sacristán, precisamente entre aquellos que, como el que esto escribe, no disfrutamos de su magisterio y accedimos a sus papeles tiempo después de su muerte. El olvido y el silencio han sido grandes en estos años y, a pesar de los esfuerzos, el conocimiento de Sacristán entre personas que rondan la treintena no es mayoritario. Sin embargo, pronto vi que seguir esa línea sería sin duda redundante con varios escritos de estos últimos años, con textos de personas que lo conocieron y trataron de forma cercana. Por poner un ejemplo reciente, esa tarea ha sido objeto de una bella aportación de Enric Tello, *Leer a Manuel Sacristán en el crisol de un nuevo comienzo*, que acaba de cerrar la colección de fragmentos del filósofo agrupada bajo el título de *M.A.R.X.*

Así las cosas, tal vez sea más productivo optar por otro camino, algo más arriesgado y que me produce, por ello, cierto temor: intentar describir las sensaciones que, durante este tiempo, ha producido la lectura entusiasta de Sacristán en alguien ajeno a sus circunstancias vitales, alguien que es de «otro tiempo y generación», pero que comparte buena parte de los fines y anhelos por los que aquél luchó en vida. Aunque éste sea el trasfondo de las líneas que siguen, no se convertirán en una reflexión general sobre su obra. Mi atrevimiento no llega a tanto. En general, serán los textos que trabajosamente ha compilado López Arnal, los que me darán pie a escribirlas.

## II

A pesar de no ser testigo directo de los años sesenta y setenta en España, la sensación que uno tiene al leer textos y artículos políticos de esa época que, después de todo, observa con simpatía, es la *dureza* general con la que se expresaban los anhelos, los sentimientos y las pasiones por aquel entonces. No eran tiempos para matices o dobleces y es verdad que la percepción de la injusticia, la lucha política y los sacrificios personales venían acompañados, en ocasiones, de cierta flojera teórica compensada con importantes dosis de dogmatismo. Y así hay que comprender que, según confesaron algunos de sus protagonistas más tarde, muchas discusiones se saldaron sin más argumentos que la oportuna cita del clásico revolucionario, más o menos traída por los pelos. Ciertamente, los hay que piensan, con razón, que la presencia de la dictadura franquista en todos los ámbitos dificultaba la recepción sensata y de primera mano de los teóricos del marxismo. Y es verdad que mucho de eso hubo. Sin embargo, la censura no evitó que, por ejemplo, antes de la difusión oportuna y sistemática del clásico, la transmisión intelectual del pensamiento de Marx llegara previamente a través de los diferentes «marxismos» —en especial Althusser— condicionando inevitablemente el acercamiento —y bastante del posterior *distanciamiento*— respecto al pensador alemán. Visto así, en perspectiva, el fervor con que muchos adoptaron las posiciones de varios de estos «ismos» explica en gran medida la actitud irónica y el desprecio con el que, tiempo después, esas mismas personas quisieron soltar lastre ideológico burlándose de la «demasia» provocada por aquellas antiguas lecturas y discusiones políticas. Sin embargo, como se recordó hace tiempo con gran tino: «había que saber leer entonces y hay que saber interpretar ahora».

Pero en aquella época acostumbrada a las discusiones políticas fuertes y acaloradas, hubo también otra forma de acercarse a la cuestión de dar cuerpo teórico a todos aquellos que aspiraban a construir una sociedad de iguales. Me parece a mí que esa manera diferente tuvo un exponente destacado en Manuel Sacristán, quien percibió con gran sensatez que la confusión mental era un mal caldo de cultivo para los movimientos emancipatorios y así, sin estridencias y sin abandonar el terreno de la intervención política, intentó, *a la vez*, ordenar las ideas y comenzar por el principio, por ayudar a la lectura atenta, cuidadosa y «de primera mano» de los clásicos de la tradición socialista; por ver sus matices y contradicciones internas, por escrutar y contextualizar con mirada limpia los textos de los grandes de la tradición. Una intención ésta que ya se vislumbraba en sus primeras traducciones y prólogos a textos de Marx y Engels —*La revolución en España, Anti-Dühring*— donde aparecían las primeras piedras de esa lectura sacristaniana de Marx que, a mediados de los setenta, encontrará sistematicidad en el pro-

yecto de las Obras de Marx y Engels (OME). No en vano, el primer indicador de que efectivamente ahí había un elemento diferenciador en la lectura del clásico se encuentra en lo bien que han envejecido muchos de sus textos desde entonces. Pues no deja de sorprender que, frente a las oscilaciones en los acentos, los tonos y la radicalidad de muchos autores que escribieron sobre Marx o desde una perspectiva marxista hace treinta o cuarenta años, las palabras de Sacristán se caracterizaron desde los comienzos por la mesura en el juicio, lo que puso de relieve que detrás de sus escritos hubo siempre un hilo conductor bien sedimentado en el análisis, y un esfuerzo crítico y analítico en la consideración de lo dicho por el clásico. Pero no sólo por un motivo meramente erudito, sino como condición previa para lograr lo importante: «intentar mantener o recomponer su eficacia de programa comunista». Lo que lleva a dar por cierto que, al cabo de los años, uno vea allí el único intento en serio que ha habido en España por inaugurar una tradición de lectura de Marx, al margen de modas intelectuales y de premuras académicas. Así lo ha sugerido Fernández Buey en su recomendable *Marx (sin ismos)*:

(...) Tratándose de Marx, y en este país en el que estamos, conviene precisar: leerlo, no «releerlo», como se pretende aquí siempre que se habla de los clásicos. Porque para releer de verdad a un clásico hay que partir de una cierta tradición en la lectura. Y en el caso de Marx, aquí, entre nosotros, no hay apenas tradición. Sólo hubo un bosquejo, el que produjo Manuel Sacristán hace ahora veintitantos años. Y ese bosquejo de tradición quedó truncado.

### III

Tal vez por su formación lógica y analítica, Sacristán otorgó siempre un gran valor a la clarificación conceptual a la hora de abordar un problema práctico o un empeño intelectual. Y así su lectura de Marx partió, desde el comienzo, de una importante distinción varias veces mencionada: que había que diferenciar entre el estudio filológico del clásico —de sus ideas— y la posibilidad de cultivar libremente la tradición inaugurada por ese clásico. Entre «pensar con Marx» a partir de un análisis cuidadoso y contextualizado de su obra, y «pensar más allá de Marx» tratando de responder a los retos intelectuales y de práctica social que Marx entrevió pero no desarrolló, o que simplemente aparecen como hechos completamente nuevos, como mutaciones del sistema económico y político. Sacristán hizo las dos cosas: puso un empeño especial por revisar el ideario comunista y marxista tendiendo puentes con otras tradiciones emancipatorias como el feminismo, el ecologismo o el pacifismo; pero también quiso que esta tarea se realizara a partir de un conocimiento riguroso de la obra de Marx. En los textos que preceden a este epílogo se

pone de relieve principalmente ese segundo quehacer, siendo la traducción y publicación de las OME a partir de 1976 la condición necesaria para ese conocimiento «de primera mano» del clásico, y terminar así «con una circunstancia anómala para tratarse de una lengua que se habla en más de un continente».

Conviene insistir en esta circunstancia por dos razones. En primer lugar, la fecha en que se lleva a cabo el proyecto —finales de los setenta— aparece, al margen de contingencias editoriales, como el momento de superación progresiva de las apresuradas lecturas de los sesenta comenzando, «paradójicamente», a difundirse un mensaje de final de ciclo, de «crisis generalizada del marxismo». Pues bien, en ese mismo tiempo y escenario es donde Sacristán recuerda que:

(...) entre las varias cosas buenas que se pueden sacar de una situación de crisis, de cambio de perspectiva, está la posibilidad de restaurar el estudio de las ideas sobre una buena base histórica.

Por otro lado, la forma en que la edición de las OME se pone a disposición de los lectores, donde los prólogos y las notas se presentan sin aparato erudito ni comentarios interpretativos, y sin más intermediarios que la propia traducción, dice mucho de la necesidad percibida por Sacristán de que aquellos que se acercaran a la obra del clásico lo hicieran de manera *directa*, sin el filtro de los «marxismos» y sus énfasis más o menos justificados. Ya en 1967, cuando reseñaba la edición catalana de las Cartas sobre «El capital», apuntaba claramente en este sentido: «Es necesario de una vez dejar vivir a los clásicos. Y no se ha de enseñar a citarlos sino a leerlos». No es este mal consejo para ayudar a mitigar los recurrentes episodios tanto de beatería imprudente como de derrumbe apresurado del clásico que saltan a la palestra de manera periódica.

Quienes le conocieron y trataron asiduamente han dado en varias ocasiones testimonio de la forma sistemática y exhaustiva que tenía Sacristán para enfrentarse en general con el trabajo intelectual, y en particular con la obra de Marx. El resto podemos encontrar también muestras documentales que lo certifican acudiendo al Archivo Manuel Sacristán que custodia la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, donde además de abundante información y escritos, encontraremos cientos de fichas de lecturas y de traducciones con sugerentes anotaciones y reflexiones, algunas de las cuales se reproducen en este volumen. De manera concreta, la lectura histórico-económica de Marx que se realiza en esas páginas muestra lo mucho que los economistas críticos de las últimas hornadas podemos aún aprender de alguien que, ajeno en principio a la profesión, reflexionó sobre el trabajo económico de Marx con gran

meticulosidad y conocimiento del idioma. No en balde, su labor de traducción y anotación revela tanto el carácter metódico y comprensivo del trabajo emprendido, como su esfuerzo por verter a nuestra lengua conceptos económicos con gran cuidado por el castellano. Pues, aunque sea tangencialmente, no hay que olvidar que, en lo tocante a las traducciones económicas, estos rasgos ya venían siendo un criterio básico desde que, recién inaugurado el decenio de los setenta, nuestro autor se enfrascara en la traducción de otro de los grandes de la economía, esta vez del siglo XX: J. A. Schumpeter. Tal y como reza la lacónica «Nota sobre la traducción» de la monumental *Historia del Análisis Económico*:

Manuel Sacristán ha traducido íntegramente el texto. José Antonio García Durán y Narcís Serra han leído, criticado y discutido toda la traducción a medida que ésta avanzaba. En la discusión, García Durán y Serra han representado principalmente los derechos del léxico técnico de los economistas, y Sacristán los derechos de la lengua castellana común. Los tres tienen la esperanza de que el resultado sea —o llegue a ser, con la ayuda de los lectores críticos que quieran prestarla— algo más que un compromiso.

Fabián Estapé, en la introducción a la tercera edición de esta obra en 1994, defendía el valor y el mantenimiento de esa breve «Nota sobre la traducción», lamentando que «después de la segunda edición —recién inaugurada la década de los ochenta—, un intelectual del asombroso calibre de Manuel Sacristán nos haya dejado para siempre».

Retomando de nuevo el hilo, las presentaciones y las notas de lectura y traducción recogidas en este volumen, además de mostrar una solvencia en el acercamiento al clásico poco común, sacan a la luz otro rasgo del trabajo intelectual de Sacristán que merece la pena apuntar: su calidad y sensibilidad para captar el *drama humano* presente en la labor científica de muchos clásicos, sobre todo cuando se trata de grandes derrotados como lo fueron Marx o Gramsci. Un drama que podía afectar tanto a la propia dureza del trabajo intelectual, como a las circunstancias materiales adversas en que éste se desarrollaba. Por ejemplo, al verter al castellano las *Teorías de la plusvalía*, hay una nota al hilo de un párrafo de Marx sobre Quesnay donde el alemán se muestra especialmente torturado por la correcta expresión de sus ideas, y que le hace decir a Sacristán: «Repite varias veces una relación sencillísima para convencerse de que la entiende. Debajo de eso debe de haber mucho sufrimiento». O también cuando relata los costes en que Marx incurrió en la redacción de *El Capital* para lograr cuajar uno de sus principales objetivos que:

Un programa revolucionario ha de incluir conocimiento, poseer ciencia (...). Por esta convicción Marx dedicó toda su vida y sacrificó mucho de su felicidad —con el resultado turbio que esto acostumbra a dar— en la redacción de estas miles de páginas que, al fin y al cabo, le produjeron un entusiasmo tan endeble que se limitó a sugerir que Engels «hiciera alguna cosa» (...).

Este acercamiento humano al clásico le permite en muchas ocasiones equilibrar el juicio sobre Marx, pintando un cuadro más completo sobre las penosas condiciones en que realizaba su trabajo y realzando así, indirectamente, el esfuerzo y mérito de su labor. Pero, y esto es importante, sin cargar las tintas en la penuria ni recrearse en el patetismo. Sobre todo porque ni el propio Marx hacía bandera de ello, como anota Sacristán en el final de su largo artículo *Karl Marx* de 1973:

Marx mismo supo verse con una serena mirada distanciadora, sin hacer patetismo del esfuerzo de su vida, sino ligera broma hasta de lo más desastroso y sacrificado. Como en este trozo de la carta de 1859 en que anuncia a Engels la terminación de la *Aportación a la Crítica de la Economía Política*: «Creo que nunca se ha escrito acerca del *dinero* careciendo de él hasta este punto».

Es verdad que hay ocasiones en que no es fácil captar ese matiz sacristaniano y uno tiene que leer entre líneas, acudir a textos inéditos como los aquí recogidos, o a entrevistas publicadas después de su fallecimiento. Y es así porque la «contención sentimental» que acompañaba la concisión y sobriedad de muchos de sus escritos escondían un acercamiento y un amor por los clásicos de la tradición poco comunes. Hay testimonios emotivos de que Sacristán interiorizó la tragedia de muchos de estos grandes derrotados y que esa interiorización tuvo también que ver con sus peores momentos de ánimo, con la clara y radical percepción de que era difícil recomponer la acción sobre las ruinas físicas e intelectuales de aquello que terminaba como una catástrofe. Sufrió mucho por esta forma suya de empatizar e identificarse con las tragedias individuales —coincidentes todas con momentos malos de la historia del último siglo— y de ello son testimonio sus palabras en una dura y conmovedora entrevista de finales de los setenta. Refiriéndose esta vez a Gramsci, anotaba Sacristán:

En los años finales de los cincuenta y sobre todo en los sesenta he estudiado mucho a Gramsci, y estoy seguro de que uno de los factores de mi inhibición de escribir, de intervención política y cultural o político-cultural, ha sido la evidencia final, para mí, de que Gramsci supo que todo era una derrota, que el proceso histórico-político se saldaba con una de-

rrota total. (...) Por eso, entre otras cosas, no me puedo poner ahora a cultivar la moda Gramsci. ¿Cómo va a haber esperanza en la historia de una catástrofe? Uno puede tenerle mucho amor a Gramsci; yo se lo tengo, desde luego; es una figura muy digna de amor; pero no porque sea una perspectiva digna de éxito del movimiento obrero, sino que como cualquier mártir es digno de amor».

#### IV

Las páginas de este volumen revelan que, en escritos más elaborados, o en las anotaciones de lectura y traducción sobre Marx, Sacristán solía intercalar comentarios teóricos y metodológicos sobre ciertas opiniones de éste y sobre la forma en que se aproximaba al estudio del problema que en ese momento tuviera entre manos. Así, por ejemplo, cuando discute la argumentación marxiana sobre el carácter —como constante o como variable— que debe tomar la plusvalía en el modelo, Sacristán apunta una sugerencia con mucha miga sobre las tortuosas relaciones entre «lo económico» y «lo no económico» en la explicación de los fenómenos sociales.

La argumentación [de Marx] sobre que «p», la plusvalía, aunque parece una constante —puesto que se expresa por un número—, es una variable, «una magnitud fluyente», es muy característica de lo más esencial de la visión de Marx. Esa visión introduce en la comprensión y explicación de «lo económico» cosas que no son «economía pura», de lo que, por lo demás, Marx tenía buena consciencia (...) La tarea de Marx era irresoluble: consistía en resolver en «economía pura» problemas no económicos puros. Es clara la naturaleza dialéctica-hegeliana de ese fracaso.

Y en un ejemplo de juicio equilibrado, de atender también a otras consideraciones en la crítica metodológica, añade más tarde:

Pero hay que decir que esa es una decepción parcial. Como lo muestra la persistencia del rótulo «Crítica de la economía política» había en Marx una consciencia de que lo suyo no era la «economía pura». Esto mismo, el carácter *crítico* de la aportación marxiana justifica también, a los ojos de Sacristán, su manera de citar en *El Capital*, pues «era razonable pensar que no estaba escribiendo un trabajo científico sistemático, sino más bien lo que dice el subtítulo de la obra». (Dicho sea entre paréntesis, esa manera despreocupada —y a veces de memoria— que Marx desplegaba a la hora de referirse a sus deudores intelectuales supuso también un reto para Sacristán quién, como demuestran muchas anotaciones, se tomó la

molestia de *comprobar* las citas apuntando en muchos casos su correcta localización y contenido).

Pero el valor de Sacristán y la deuda que los economistas en lengua castellana tienen contraída con él no se agota en la traducción de obras importantísimas para la propia formación de éstos. Aquí, en estas páginas, se recogen también manifestaciones del perfil de Sacristán como filósofo de la ciencia y metodólogo que, a pesar de su valía, son sólo un leve reflejo del magisterio impartido a economistas de la Universidad de Barcelona durante muchos años, primero desde su asignatura de «Fundamentos de Filosofía», y más tarde en su continuación como «Metodología de las ciencias sociales». Y en este sentido, el valor de las reflexiones afectan tanto al tronco convencional de la teoría económica y sus derivaciones, como a la propia tradición marxista.

Resulta asombroso, por ejemplo, la validez y actualidad de la mayoría de las consideraciones expuestas en la breve presentación al libro de Papandreou *La economía como ciencia* donde, hace ya cuatro décadas, llamaba la atención sobre varios vicios y cuestiones que, años después, se han perpetuado impunemente en el ámbito de la teoría económica de raíz neoclásica: la deriva instrumental consistente en hacer de la herramienta matemática el fin de la investigación económica tratando, muchas veces, de «axiomatizar a toda costa las cuentas de la vieja» y, lo que es más preocupante, el desprecio absoluto por la «sensatez empírica» de sus resultados. A comienzos de los ochenta el propio Sacristán era víctima de una reveladora anécdota que ponía de relieve, precisamente, la «falta de realismo crónica» y escasa «sensatez empírica» del enfoque económico convencional. Gracias a la transcripción de las clases sobre «Metodología de las ciencias sociales» del curso 1981-1982 realizada por López Arnal, sabemos que nuestro autor narró a sus alumnos el caso de un famoso y prestigioso economista catalán de celebridad mundial, Andreu Mas Colell, que llevaba ya muchos años en Estados Unidos:

Había sido alumno mío —contaba Sacristán— en la primera época en que yo estuve en esta casa, y me suele mandar sus cosas. Y de una de la últimas, de hará un par de años, noté que yo ya no entendía la primera página y la cosa me pareció verdaderamente atroz. Entonces la primera vez que me lo encontré en Barcelona, que vino por casa, dije: bueno, ahora cuéntame qué es esto, de qué trata esto, qué dice esto. Y me dijo: esto lo entendemos tres. Un japonés, del que me dijo el nombre pero no me acuerdo, un americano y él. Dijo, esto lo entendemos tres: un japonés, un americano y yo, y no sirve para nada. Este fue el comentario que me hizo de uno de sus textos. Eso es investigación teórica económica de lo más aristocrática del mundo.

Y ésta fue la reacción de alguien que, como Sacristán, era un experimentado lógico con sólidos conocimientos matemáticos.

Como señalábamos, la honradez intelectual suele obligar también a denunciar los extravíos metodológicos de la propia tradición, y Sacristán dedicó algún tiempo y esfuerzo a esa tarea. Una de las ventajas de los textos reunidos en este libro es que, precisamente, facilitan la comparación de ambas reflexiones, las tocantes al quehacer metodológico de la economía convencional y las relacionadas con el trabajo económico de Marx. Y, aunque existen diferencias notables de enfoque y ambición teórica, a su juicio comparten algunos instrumentos. En un pasaje, tal vez algo polémico, sostenía Sacristán:

La reflexión metodológica es clara: quizá no sea verdad que la abstracción de la economía neoclásica y posterior sea más fuerte o pura que la de Marx. O quizá sí su abstracción, pero no su artificialidad, su carácter de constructo. Los dos trabajan con modelos. Lo que pasa es que el de Marx es «sociológico». No está menos distante de la empiria pero se refiere a un área empírica más ancha, a lo que añadía que, el principal error marxiano es no ver el modelo como modelo, el artefacto como artefacto, creer que en realidad un día no quedará un campesino no-asalariado, creer en la racionalidad literal de las categorías, ignorar la artificialidad del conocimiento, incluso del científico, por la idea de esencia.

Aunque se circunscribe al trabajo marxiano, hay motivos fundados para creer que este juicio es extensible al enfoque económico convencional, como he tenido ocasión de comprobar en muchas ocasiones.

## V

De manera sugestiva, y en una pieza breve pero notable aquí recogida, Sacristán apuntaba que, por debajo de varias polémicas teóricas y metodológicas referidas al trabajo científico de Marx y, más concretamente, respecto de las aportaciones contenidas en *El Capital*, existía una percepción errónea sobre el «género» al que realmente pertenecía esta obra. Y esa percepción errónea estaba también relacionada con lo dicho en párrafos anteriores, con las dificultades asociadas al peculiar estilo de argumentación, poco encasillable en las retículas académicas al uso, tanto de hace cien años como del presente. Ese «discurso continuo, no cortado, que va constantemente del programa a la fundamentación científica y viceversa», que trata de «fundamentar y formular racionalmente un proyecto de transformación de la sociedad», es lo que

Sacristán calificó de «praxeología de fundamentación científica de una práctica», como «género literario» propio de la obra madura de Marx.

Él se tomó siempre muy en serio esta aspiración marxiana, ese poner la ciencia al servicio de lo importante, de lograr una sociedad de iguales. Hasta tal punto que aparece como una de las piedras angulares de su lectura del clásico, tanto en términos filológicos de estudio y explicación de su obra, como desde el ángulo de la continuación de su legado, de hacer marxismo a finales del siglo XX. Y aunque más arriba se mencionó la situación de «bosquejo y truncamiento» que —motivos editoriales y comerciales primero, y el fallecimiento del propio Sacristán más tarde— dificultaron la continuación de la lectura filológica iniciada hace casi tres décadas; el empeño sacristaniano obtuvo, afortunadamente, frutos importantes en el otro reto que tenía que ver con el cultivo de la tradición marxista, con ese «pensar más allá de Marx». Los trabajos publicados inicialmente en la desaparecida revista *materiales*, así como la continuación hasta la actualidad de *mientras tanto*, dan testimonio de que las propuestas de Sacristán y de varios de sus discípulos sobre la renovación del ideario comunista han enriquecido desde entonces tanto el debate teórico de la tradición marxista como las propuestas políticas de los partidos y movimientos que la representan. Así se expresaba en un momento difícil para el movimiento comunista en este país y a nivel europeo, un sugerente pasaje tantas veces citado, que no me resisto a reproducir, y que encabezaba el primer número de *mientras tanto*. Allí Sacristán apuntaba claramente a la necesidad de recuperar, sobre nuevas bases, la vieja aspiración marxiana:

(...) Respecto de la tarea que habría que proponerse para que tras esta noche oscura de la crisis de una civilización despuntara una humanidad más justa en una Tierra habitable, en vez de un ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radiactivo. La tarea, que, en nuestra opinión, no se puede cumplir con agitada veleidad irracionalista, sino, por el contrario, teniendo racionalmente sosegada la casa de la izquierda, consiste en renovar la alianza ochocentista del movimiento obrero con la ciencia. Puede que los viejos aliados tengan dificultades para reconocerse, pues los dos han cambiado mucho. La ciencia porque desde la sonada declaración de Emile Du Bois-Raymond —*ignoramus et ignorabimus, ignoramos e ignoraremos*— lleva ya asimilado un siglo de autocritica (...); el movimiento obrero, porque los que viven de sus manos son una humanidad de complicada composición y articulación.

Y, qué duda cabe: en esa travesía no deja de ser necesario allanar el camino, por lo menos —como recordaba Sacristán— «...el que hay que recorrer con la cabeza».

Pero quisiera terminar ya. Y hacerlo acudiendo a lo escrito por otro derrotado que escribió y luchó también en los tiempos malos. En 1943-1944, en plena lucha del maquis en la Segunda Guerra Mundial, René Char sacó de su pluma unas «Hojas de Hipnos» sintomáticamente dedicadas a Albert Camus. Las encabezaba con unas líneas en las que, sin mucha dificultad, una podría encajar también muchos de los textos y anotaciones que Sacristán ofreció durante años. Textos que dan «...fe de la resistencia de un humanismo consciente de sus deberes, discreto acerca de sus virtudes, deseoso de reservar el inaccesible campo libre a la fantasía de sus soles, y dispuesto a pagar por ello el precio debido». Una década después, haciendo balance del infortunio colectivo, de muchas esperanzas tempranamente frustradas, el mismo Char, ante el mal trago, utilizaba la dedicatoria de *Pobreza y privilegio* para realizar un bello agradecimiento: a aquellos que, sin aspavientos, habían sido capaces de recomponer su maltrecho ánimo en la intemperie para seguir resistiendo. «A todos los desencantados silenciosos que no han hecho de los reveses sufridos un pretexto para la inacción. Ellos son el puente. Firmes frente a la jauría rabiosa de los tramposos, por encima del balcón y cercanos a la tierra común, ven el último rayo y señalan el primero». Así también con Manuel Sacristán.

*Valladolid, septiembre de 2003*

## Leer a Manuel Sacristán en el crisol de un nuevo comienzo

ENRIC TELLO

En una carta fechada un par de meses antes de su muerte, en el verano de 1985, escrita en respuesta al elogio entusiasta del historiador zaragozano Eloy Fernández Clemente a la publicación de los dos primeros volúmenes de *Pan-fletos y Materiales*, Manuel Sacristán le devolvía un escéptico recordatorio de que los suyos habían sido siempre «escritos de ocasión, sin tiempo suficiente para la reflexión ni para la documentación», y que revelan «el desastre que en muchos de nosotros produjo el franquismo (en mí desde luego)». Pero a la dureza de esa lucidez sin contemplaciones se permitió, en aquella ocasión, abrir una pequeña ventana de esperanza hacia el futuro: «en cambio, te agradezco mucho lo que dices de una posible utilidad mía en otras épocas. Supongo que también eso es falso, pero el hombre es débil y acepta algunas falsedades». Me propongo contar en ese epílogo por qué vale la pena leer a Sacristán ahora, y sin embargo no es nada fácil que eso ocurra a menos que pongamos algún empeño en ello. Un empeño como el de Salvador López Arnal, cuya dedicación al espiguelo en los papeles de Sacristán me incita, a mi también, a escribir esta reflexión.

Cualquiera que sepa algo de Manuel Sacristán, y de su polifacética personalidad como lógico y filósofo de la ciencia, militante comunista, traductor y estudioso de la obra de Marx, y temprano introductor de la ecología política o el pacifismo antinuclear en nuestro país, tiene por fuerza que sentirse interpelado por dos datos de la realidad presente. El primero, su capacidad de anticipación. Sacristán estuvo entre los primeros que plantearon a contrape-lo, todavía en pleno desarrollismo rampante, la importancia de la cuestión ecológica para el pensamiento social y la acción política. Y lo hizo mientras encajaba anímica e intelectualmente los primeros síntomas de crisis del mo-

vimiento obrero, y de la entera tradición comunista a la que había dedicado la mayor parte de su vida adulta, mucho antes que dicha crisis llevara directamente al derrumbe de 1989-91 que no llegó a vivir. Por lo menos superficialmente, cabría pensar que aquellos precoces planteamientos sacristanianos que suscitaron las burlas o la irritación de tantos dirigentes o intelectuales «realistas» de entonces —empezando por la voluntad de conjugar el simbolismo de los colores rojiverdevioletas de la revista *mientras tanto*— se han convertido tras el «derrumbe» en lugar común de encuentro de mucha otra gente, o llevan camino de serlo.

Por ese lado habría algún motivo para el optimismo sobre la utilidad de la obra de Sacristán en *otra época*. Sin embargo —y ésta es la segunda parte del interrogante—, somos realmente muy pocas las personas que reconocemos y hacemos nuestra su genealogía. Manuel Sacristán sigue siendo un desconocido también para mucha gente que sin saberlo ya ha aprendido a pensar el mundo, y sus propios esfuerzos para cambiarlo, en unos términos que en cierta medida él contribuyó a formular años antes. Constatarlo, y el ánimo de contribuir a la tarea emprendida por Salvador López para contrarrestar tal olvido, me llevan a encarar sin tapujos estas dos preguntas: por qué y para qué vale la pena leer a Sacristán hoy, y por qué no resulta sin embargo una tarea obvia ni fácil suscitar dicha lectura.

### Un poste andante

Empecemos por la dificultad: ¿qué ha ocurrido para que Manuel Sacristán sea tan poco leído y recordado incluso por aquellos o aquellas que —quizá sin saberlo— intentan seguir la dirección que él emprendió entre los primeros? Es una cuestión compleja, que tiene probablemente distintas vertientes tanto personales como históricas. El lado más personal, por así decirlo, puede plantearse con la paradoja aparente de un poste andante. Entre filósofos morales circula un chiste muy propio del tipo de intelectual que Sacristán nunca fue, y que viene como anillo al dedo.

Nuestra tarea —cuenta un profesor de ética en su cátedra— es como un poste en el camino: señalar la buena dirección. ¿Han visto ustedes alguna vez, sin embargo, que el poste se ponga a caminar hacia la dirección que señala?

No hay duda que podemos aplicar a Manuel Sacristán las palabras que él mismo dedicó a Ortega y Gasset: «el sabedor de cosas cumple con comunicar sus conocimientos. El sabio, en cambio, está obligado a más: si cumple su obligación, señala fines». Pero aunque señalara fines, Sacristán nunca hizo

«de poste». No se limitó jamás a señalar un camino que no recorriera él mismo. Si abría camino a los demás, lo hacía principalmente con su propio andar. De nuevo podemos aplicarle sus propias palabras:

Cuando el sabio enseña así los fines del hombre más que enseñar cosas lo que enseña es a ser hombre. Enseña a bien protagonizar el drama que es la vida, a vertebrar el cuerpo que es la sociedad, a construir el organismo que es nuestro mundo, a vitalizar todo lo que es vida común, desde el contacto al lenguaje.

Por eso lo más importante que otros pudimos aprender de él no era tampoco, en realidad, la meta común a la que queríamos encaminarnos. Era más bien la manera de recorrerlo, de hacer camino. Me parece que ése es el primer rasgo fundamental que le convierte en un autor de difícil acceso al que verdaderamente vale la pena leer.

Porque sólo ignorando la brechtiana desgracia de unos tiempos en los que hagan falta héroes se puede pasar por alto el tremendo coste que supone vivir y escribir en una situación así. La larga nota introspectiva fechada a finales de los años 1960, que se publica al final del primer capítulo de este volumen, debería servir para despejar cualquier duda al respecto. Sacristán habla en ella de su «derrota» personal desde «la consciencia de haber recorrido caminos malos», añadiendo inmediatamente la siguiente aclaración:

Digo malos porque no estoy completamente seguro que se pueda decir equivocados. Ya el mismo año 56 me aconsejaban que no hiciera dos cosas a la vez (ni menos tres o cuatro). Pero entonces creí que ése era un consejo típicamente definitorio del intelectual burgués, y me pareció obligado no seguirlo. Creo que sigo negando eso. Pero sospecho que la duplicidad de caminos que esa vida representó era mortal.

Su autoexamen de entonces terminaba con un concienzudo programa de estudio vinculado a un propósito de enmienda:

Organizar seriamente ese programa exige un corte drástico de otras actividades —aunque no de la información política corriente. Por ejemplo, fuera incluso conferencias —salvo dentro del tema que esté tratando. Y fuera, también, encargos de artículos incoherentes con lo que hago.

Quienes le conocimos y tratamos durante los tres lustros que le quedaban de vida sabemos por qué sólo pudo cumplir aquel propósito en una mínima parte.

## Saber leer

Este libro es buena prueba de ello. Salvador López Arnal ha optado por organizar en aforismos diversos retazos de los papeles inéditos de Sacristán, combinándolos con algunos pasos escogidos de sus *Panfletos y materiales* o de otros textos publicados. Aunque quizá sería mejor decir, sin hacer de necesidad virtud, que tampoco había muchas más opciones para difundir una obra tan fragmentaria y dispersa, «siempre escrita con urgencia» en una situación material y psicológica en la que, al decir del propio Sacristán, «no pude hacer mucho de lo que hubiera querido hacer». Quien quiera leerle deberá aceptar de entrada un legado formado en gran medida por papeles de ocasión, prólogos de encargo, fragmentos de cartas, manifiestos o programas redactados para viejas luchas, conferencias o charlas solicitadas, y artículos o notas editoriales escritos a plazo fijo para revistas de intervención político-cultural.

Eso plantea una dificultad, aunque su resolución se convierta en algo interesante en sí mismo: hay que leerlos con sentido histórico, situándolos primero en el contexto en que fueron escritos para poder separar después sus incisivas iluminaciones de unos destinatarios o unos antagonistas hoy inexistentes o situados en otro lugar. Es decir, como habría que leer casi todo y en realidad no se lee habitualmente casi nada. (Una de las perlas aforísticas de este libro reza así: «uno va descubriendo que es más difícil saber leer que ser un genio»).

No es nada fácil, sin embargo, que eso ocurra en un momento como éste en el que tras un cuarto de siglo de impenitente imposición del programa neoliberal se ha agudizado hasta el extremo un rasgo de la cultura del capitalismo tardío que él mismo destacó: «concebir el tiempo histórico no ya como continuo, cosa que efectivamente es, sino como homogéneo, sin rotura [...]» Manuel Sacristán identificó muy pronto la emergencia y el significado de la reacción neoliberal que ha marcado el último cuarto del siglo XX:

No es gratuito que la Trilateral hiciera un estudio cuya conclusión es que las democracias son ingobernables si no hay un alto grado de abstención o de desinterés. El gran capital favorece el abstencionismo y el pasotismo porque la gente preocupada políticamente le inquieta. Le interesa el pasotismo intimista o buscarán un régimen despótico que obligue a la población a pasar de política. Soy muy pesimista en este punto, pero ahí están los elementos y poca gente los estudia en serio.

## El neoliberalismo, entre Sacristán y nosotros

Manuel Sacristán se refería en este paso, fechado en sus últimos meses de vida, al texto publicado en 1975 con el expresivo título de *La crisis de la Democracia. Informe a la Comisión Trilateral sobre la gobernabilidad de las democracias*, redactado por el francés Michel Crozier, el japonés Joji Watanuki y el politólogo norteamericano Samuel P. Huntington (el mismo que ya había publicado en 1972 un extenso informe sobre la «vulnerabilidad política» en los procesos de «modernización» económica en América, Asia y África, y alcanzaría celebridad en los años noventa rehaciendo el mapa geoestratégico mundial tras el fin de la guerra fría con *El Choque de civilizaciones*). La Comisión Trilateral a la que fue presentado dicho informe se había formado a iniciativa de David Rockefeller (director del Chase Manhattan Bank), Zbigniew Brzezinski (consejero de seguridad nacional de Jimmy Carter cuando éste fue elegido presidente de los Estados Unidos en 1976), el exsecretario de Estado norteamericano Cyrus Vance, el expresidente Walter Mondale, el entonces presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos Paul Volcker, junto a miembros destacados de más de cuarenta empresas multinacionales. Algo así como un antecedente del actual Foro de Davos.

El informe señalaba con alarma la deriva hacia una «democracia anómica» (sic), en la que «la persecución de las virtudes democráticas de la igualdad y el individualismo han conducido a la deslegitimación de la autoridad»; y para contrarrestar aquella crisis de legitimación las autoridades se veían permanentemente inducidas a expandir «peligrosamente» las políticas públicas de carácter redistributivo:

La expansión democrática de la participación política ha generado una «sobrecarga» sobre el gobierno y una expansión desequilibrada de las actividades gubernamentales que exacerban las tendencias inflacionarias de la economía.

Samuel Huntington y sus colegas contraponían el carácter «*igualitario, individualista, populista e impaciente*» del espíritu democrático radical, al necesario respeto a las jerarquías imprescindible para mantener el orden social:

Cualquier organización social requiere, en cierta medida, desigualdades en la autoridad y distinciones según la función. [...] La noción democrática de que el gobierno debería responsabilizarse de la gente genera la expectativa de que ha de satisfacer las necesidades y corregir los males que afectan a cada grupo particular de la sociedad. [...] Ante los clamores de los grupos empresariales, los sindicatos, y los beneficiarios de la prodigalidad gubernamental, se hace difícil si no imposible para los go-

biernos democráticos recortar gastos, aumentar impuestos, y controlar precios y salarios. En ese sentido, la inflación es la enfermedad de las democracias.

El diagnóstico era, en definitiva: demasiada democracia. El cuerpo social requería una buena purga, y las nuevas doctrinas económicas, geopolíticas y militares iban a administrarla.

Así se fraguó el vendaval neoliberal que en pocos años desbancó al moderado keynesianismo que se había mantenido más o menos hegemónico desde la derrota del nazismo y la mayoría de fascismos en la Segunda Guerra mundial. La estanflación de la década de 1970 propició el golpe de timón preconizado por la Comisión Trilateral hacia políticas neoliberales que cambiaran drásticamente las prioridades, aceptando que una adecuada tasa de paro —la llamada técnicamente «tasa de desempleo no aceleradora de la inflación» (NAIRU)— era un ingrediente indispensable de cualquier política económica «sana». La recesión de comienzos de los años ochenta fue la ocasión para el viraje general hacia unas políticas económicas de signo monetarista que presentaban como radical novedad una vuelta en toda regla a la jerarquía de prioridades del siglo XIX: reducir la inflación con paro, «desregular» los mercados, perseguir el presupuesto equilibrado, redistribuir a favor de los ricos, propiciar el crecimiento hacia fuera a través de la mundialización, sacrificar si es preciso el equilibrio interno a la apertura hacia el mercado mundial.

Como ya había ocurrido en los viejos tiempos de la primera «globalización» decimonónica, la retirada voluntaria del estado en el funcionamiento de los mercados iría de la mano con la carrera imperial y su hipertrofia militar. El informe de la Trilateral lo proponía sin tapujos, en una especie de análisis «marxista» de derechas donde los factores económicos se combinaban con los socioculturales, geopolíticos y estratégico-militares:

Ha habido un declive relativo sustancial en el poder económico y militar de América, y una disminución absoluta aún mayor en la predisposición a asumir las cargas del liderazgo» (aunque suene tan familiar, jeso está escrito en 1974!).

La carrera armamentista y el reforzamiento de la política de bloques formaron parte de la reacción neoliberal desde sus mismos inicios. Manuel Sacristán percibió muy pronto el efecto desmoralizador que aquella combinación iba a representar para las esperanzas de cambio social de la clase obrera y los nuevos movimientos sociales, especialmente en países como Francia y España donde la izquierda socialdemócrata acababa de ganar las elecciones tras muchas décadas de estar apartada del gobierno.

En *La OTAN hacia adentro*, un artículo publicado en 1984, Sacristán planteaba en estos términos los efectos a largo plazo del empeño del gobierno de Felipe González en permanecer en aquel bloque militar:

Tal vez lo más importante que ocurra si el consenso de unos y otros políticos nos integra definitivamente en la OTAN no sea la integración misma, sino la imposición a los españoles del sentimiento de impotencia, de su nulidad política, de su necesidad de obedecer y hasta de volver su cerebro y su corazón al revés. Ocurre, en efecto, que la situación de partida presenta, con más claridad que en ningún otro país de Occidente, un dato que el gobierno y sus aliados, hasta la extrema derecha, tienen que eliminar: la mayoría de los españoles es contraria a la OTAN, y el gobierno está comprometido a celebrar un referéndum sobre la cuestión. Para mantener, en esas circunstancias, la permanencia en la Alianza, no hay más que dos caminos: o un acto despótico claro, o la violentación de unos cuantos millones de conciencias por procedimientos tortuosos, por «lavado de cerebro». Es muy posible que la primera solución —la que adoptarían con gusto los franquistas— fuera menos corrosiva de la sustancia ético-política del país que la segunda. Pero ésta es seguramente la que los sedicentes socialistas tienen más a mano. Con ella el gobierno empezaría —si no ha empezado ya— a desintegrar moralmente a los militantes de su propio partido [...], y de ahí la gangrena se extendería, a través de la potente estela de arribistas que arrastra el PSOE, hasta sectores populares extensos. Hacia adentro es la OTAN tan temible como hacia fuera y más corruptora.

### **Encogiendo expectativas**

El abandono de las políticas keynesianas en 1982-83 por el presidente socialdemócrata francés François Mitterrand —tras haber intentado aplicar inicialmente un programa común de izquierdas con el Partido Comunista—, y por Felipe González en España —sin haber ni tan siquiera intentado otra cosa—, por un lado; y, por el otro lado, el virulento ataque neoconservador contra las políticas de ‘bienestar público’ lanzado por Ronald Reagan en los Estados Unidos, y la «mano de hierro» de Margaret Thatcher en el Reino Unido, actuaron conjuntamente como un jarro de agua fría que buscaba afanosamente reducir la inflación y, con ella, aquellas explosivas expectativas democráticas que habían comenzado a desbordar los márgenes de tolerancia del capitalismo. Como ha escrito el economista David Anisi, a partir de entonces la gestión de la crisis en manos de los nuevos *creadores de escasez* neoliberales persiguió afanosamente abrir el cauce que conduciría *del bienestar al miedo* a través del paro y la precariedad laboral. En una encuesta sobre la recesión

de 1981-83, planteada por el Wall Street Journal y el Instituto Gallup a ochocientos ejecutivos norteamericanos, siete de cada diez empresarios contestaron que había sido buena para el país. Hubo respuestas como la siguiente: «La gente es más realista. Los trabajadores son más realistas acerca del valor y la calidad de su trabajo y el valor de la competencia. En suma, todo el mundo estaba medio muerto de miedo». De ese modo comenzó la actual era de «expectativas limitadas», o deliberadamente «encogidas», tal como Paul Krugman ha bautizado con acierto la etapa neoliberal de final del siglo XX.

La primera carta de la redacción de la revista *mientras tanto* ya percibía con claridad que «la gestión de la crisis está dando pie a un proceso de recomposición de la hegemonía ideológico-cultural burguesa». El resultado anímico, que los jóvenes punkies de los años ochenta expresaron violentamente en su lema «no future», está hoy a la vista: instalarnos en un presente continuo frente al que han sucumbido las viejas izquierdas del siglo XX, tanto el gradualismo que se las prometió muy felices con «las cuentas de la lechera reformista», como «la fe izquierdista en la lotería histórica». El «realismo fantasmagórico» de aquella parte de la tradición socialista que, al decir de Sacristán, «acepta 'de entrada' la realidad de las sociedades existentes y de la política que efectivamente se hace en ellas y con ellas» ha fenecido de pura y simple claudicación (una perla especialmente dedicada: «una cosa es la realidad y otra la mierda, que es sólo una parte de la realidad, compuesta, precisamente, por los que aceptan la realidad moralmente, no sólo intelectualmente»); mientras, por otra parte, también han naufragado las viejas izquierdas que pretendieron seguir combatiendo el tiempo sin historia del capitalismo tardío haciendo:

Del orden nuevo una novedad puramente utópica, pensada, como la utopía negativa de los místicos, por vía de pura y abstracta negación del orden presente. No puede [aquella cultura de izquierdas] ver nacer el orden nuevo en el viejo [...] Por eso su vivencia práctica del tiempo histórico es abstracta y religiosa, escatológica. El tiempo empezará si acaso, después del éskhaton de la revolución. (Otra perla igualmente dedicada: «la negativa a aceptar que los hombres son lo que y como son, y que ya con lo que son y como son hay bastante para luchar contra tiranías y aberraciones, es la base de todas las memeces y todos los desvaríos de los ideólogos progresistas»).

La carta fundacional de la revista *mientras tanto* sacaba en 1979 las cuentas de esa combinación letal para la cultura emancipatoria: «la incapacidad de renovar la perspectiva de revolución social». Tras la claudicación de aquella parte de la izquierda que ha confundido el realismo con la aceptación moral de la realidad, y el naufragio de aquellas otras que concibieron la revolución

«como el final de los tiempos», sólo nos queda aparentemente un presente sin historia. Aunque se trate únicamente de un espejismo cultural proyectado por un sistema que ha logrado recomponer momentáneamente su hegemonía ideológica, justo cuando se enfrenta a una crisis ecológico-social de alcance civilizatorio:

Precisamente porque la crisis de la civilización capitalista es radical, la falta de perspectiva socialista radical facilita la reconstitución de la hegemonía cultural burguesa al final de un siglo que asistió por dos veces a su resquebrajamiento por causa de las guerras mundiales que desencadenó.

### **Un presente sin historia**

El significado profundo del adormecimiento de la memoria histórica, lograda por el neoliberalismo hegemónico en el último cuarto del siglo XX, se aquilata mejor a la luz de otra reflexión sacristaniana: «la posibilidad de salirse del marco general es el fruto más sabroso de la consciencia histórica». Por eso, sin ella, quedamos encerrados en un continuo devenir sin proyección de futuro. El presente sin historia del neoliberalismo es una atmósfera cultural que impide pensar el futuro, mientras lo fagocita literalmente a través del consumo de recursos no renovables y el deterioro ambiental de los grandes sistemas de sostén de la vida en la Tierra. Desde el punto de vista político, un presente sin historia significa lo siguiente: sin posibilidad de elección social entre futuros distintos, alternativos. Es decir, sin democracia sustantiva. Exactamente lo que perseguían Huntington y sus colegas cuando redactaron su informe para la Comisión Trilateral. En un ambiente así la capacidad de leer con sentido histórico, tal como lo requiere una obra como la de Manuel Sacristán compuesta de fragmentos dispersos forjados en una sucesión de combates cotidianos, se convierte en algo tan importante como difícil. Aunque fuera precisamente Sacristán, con el pequeño grupo editor de la revista *mientras tanto*, uno de los primeros en advertir la necesidad ineludible de *un nuevo comienzo* para la entera tradición socialista en particular, y para todas las culturas emancipatorias en general.

Esa es, a mi entender, la segunda gran paradoja de su legado: la solución de continuidad, el *nuevo comienzo* que él mismo preconizó treinta años atrás, se convierte ahora en una dificultad para reanudar los lazos culturales entre viejas y nuevas culturas emancipatorias. Algunos de los textos de este volumen constituyen un testimonio impresionante de la lucidez con la que vivió anticipadamente la profunda ruptura de nuestro tiempo. Manuel Sacristán concibió la cultura comunista, y el legado de Marx en ella, como un eslabón más en:

La sucesión de los que, en nombre de Dios o de la Razón, han estado en contra de la aceptación «realista» de la triste noria de la historia de la especie humana, vuelta tras vuelta de sufrimientos no naturales y de injusticias producidas socialmente.

Para él no eran un cuerpo cerrado de doctrina —elevada pomposa y erróneamente por algunos al sacrosanto estatuto de «teoría»—, sino la combinación de una doble *tentativa*: «intento de programa (sobre un deseo) que intenta fundamentar en crítica y conocimiento científico». La conjunción de voluntades de mucha gente empeñada en ese intento había dado origen a una *tradicción*, entendida como «la consciencia de la posibilidad de aprovechar bienes pre-existentes» para seguir reiterando en el empeño. Por eso Sacristán entendió la crisis de las tradiciones socialistas como una ruptura de aquel diálogo entre experiencia pasada y presente, en el seno de una corriente cultural de cambio social que se enfrentaba a situaciones nuevas originadas, en parte, como resultado de su propio ser y hacer.

Una tradición de pensamiento y acción para transformar la realidad social puede verse debilitada, interrumpida incluso, por una derrota concreta frente a sus adversarios. Pero difícilmente se «derrumba» también culturalmente a menos que los nuevos desafíos a los que se confronta superen de largo las capacidades de comprenderlos, asimilarlos, y encontrar nuevas maneras de enfrentarlos. Me parece que aquella fue, en el fondo, la conjunción que Manuel Sacristán y Giulia Adinolfi observaron precozmente en la crisis del movimiento comunista y socialista después del «doble aldabonazo» de 1968: la dificultad de conjugar la rebelión juvenil y la combatividad obrera en un proyecto de revolución congruente en Occidente; y la invasión soviética de Chequia y Eslovaquia que cortó de raíz en el Este el último y más auténtico intento de retomar un proyecto socialista de verdad que rompiera la camisa de fuerza burocrática del stalinismo. El fin de la «primavera de Praga» por los tanques de la Unión Soviética fue, para Sacristán, una «confirmación de las peores hipótesis acerca de esa gentuza» y un «final de acto, sino ya final de tragedia».

### **Derrotas y derrumbes**

La conjunción de aquella crisis puede resumirse como sigue. En primer lugar, el «sujeto revolucionario» tradicional constituido por la clase obrera de los países industrializados vaciló adormecido por los narcóticos consumistas de la «época dorada», y se descompuso culturalmente después ante la ofensiva neoliberal en toda regla. Por otra, los partidos de la vieja izquierda bascularon hacia posiciones claudicantes y desorientadas, mientras muchos de los

grupúsculos de la «nueva» izquierda envolvían su cerebro con dosis todavía mayores de obnubilación ideológica y retórica sectaria. Y cuando todo eso ocurría en la base social, y entre las corrientes de pensamiento con alguna voluntad alternativa, comenzaban a emerger por doquier los primeros síntomas claros de una crisis ecológico-social cuyo diagnóstico tenía raíces mucho más profundas que el mero agotamiento de un modelo tecnológico de crecimiento, o de unas determinadas relaciones laborales. El resultado, en palabras de Sacristán, iba a ser una larga etapa histórica de «crisis teórica y perplejidad práctica del movimiento». El adversario se estaba reforzando ideológica y militarmente, mientras se veía obligado a enfrentarse a los efectos cada vez más visibles e incontrolables del desastre ambiental y social en el que ya estaba convirtiendo al mundo. Para Sacristán dicha conjunción permitía «ver claramente lo común a las dos crisis del marxismo, de los 60 [por adormecimiento consumista en pleno desarrollismo] y de hoy [1983], lo común al ‘coche para todos’ y al paro: el sobrevivirse de lo que según Marx era el capitalismo».

Era sin duda una conjunción muy dura de encajar en el ánimo, y aún más difícil de elaborar con veracidad en el pensamiento. Hubo sin embargo quien tuvo entereza suficiente para sobreponerse al desánimo, plantar cara a la desorientación, y comenzar por admitir verdades como puños que dolían, sin duda, pero permitían abrir caminos practicables para renovar la voluntad transformadora. Es justo recordarlo, porque si al final llegó el «derrumbe» moral de toda una larga tradición socialista no fue sólo por lo arduo de la encrucijada; también, y principalmente, por el rechazo mayoritario a emprender sin falsos engaños una renovación a fondo del proyecto revolucionario como la esbozada por Manuel Sacristán en uno de sus textos políticos más vibrantes:

Que las organizaciones revolucionarias clásicas comprendan que su capacidad para trabajar por una humanidad justa y libre tiene que depurarse y confirmarse a través de la autocrítica del viejo conocimiento social que informó su nacimiento, pero no para renunciar a su inspiración revolucionaria, perdiéndose en el triste ejército socialdemócrata precisamente cuando éste, consumado su servicio restaurador del capitalismo tras la segunda guerra mundial, está en vísperas de desbandada; sino para reconocer que ellos mismos, los que viven por sus manos, han estado demasiado deslumbrados por los ricos, por los descreadores de la Tierra.

### **Nuevo comienzo**

Cuando se publicó por primera vez en 1980 aquella invocación de la carta fundacional de la revista *mientras tanto* a una nueva alianza por «una huma-

nidad justa en una Tierra habitable», que convocaba en pie de igualdad con la vieja izquierda a los movimientos feministas y ecologistas —«que se cuentan entre los portadores de la ciencia autocrítica de este fin de siglo»— fueron muchos quienes se limitaron a esbozar una conmovedora sonrisa creyendo que nada de todo aquello podía ir con ellos. Parecida suerte inmediata tuvieron, por desgracia, otras sugerencias de los últimos años de Manuel Sacristán, como la que reclamaba superar las barreras entre socialismo, anarcosindicalismo y marxismo («en esta época de reflujo de las expectativas de cambio social revolucionario esa situación de crisis de estructuras teóricas supuestamente rígidas puede ayudar a remontarse a la fuente común de la que han salido todas estas tradiciones»; «y por otra parte siempre es bueno hablar sin palabras terminadas en ‘ismo’ enfrentándose directamente con los problemas»). Y lo mismo ocurrió también, al comienzo, con la propuesta que reclamaba fundar una *nueva convergencia* de fuerzas sociales transformadoras en un diálogo entre pueblos y culturas que superara el tradicional eurocentrismo de izquierdas:

La «nueva convergencia» en busca de un nuevo mundo político debería reunir no sólo a movimientos característicamente europeos, sino también a los que en otros lugares de la Tierra pelean contra opresiones tan fundamentales y contra sufrimientos tan monstruosos en la vida cotidiana de los individuos que las víctimas no pueden siquiera plantearse las cuestiones acerca de las cuales discurrimos nosotros, cada uno con libros y revistas a su disposición y con más de las proteínas con que vegetan diez personas pobres en aquellos pueblos.

Es verdad que leída ahora, tal cual, la propuesta de un *nuevo comienzo* casi parece una obviedad. Para todo lo que ha seguido vivo como fuerza de cambio social, o ha surgido de nuevo en el camino, aquellos planteamientos de Manuel Sacristán parecerían haberse convertido veinte o treinta años después en lugar común, una especie de punto de partida ineludible. Desde la conjunción de fuerzas presentes en el Partido de los Trabajadores de Brasil hasta la constelación de redes y grupos vinculados al movimiento *otromundista* internacional hoy emergente —mal llamado en sus comienzos «antiglobalización»—, pasando por los Foros Sociales de Porto Alegre donde se dan cita unos y otros, casi nadie discute ya, por lo menos de entrada y como cuestión de principio, la necesidad de conjugar la vertiente ecológica con la económica en la resolución de cualquier problema social; la necesidad de conjugar la mirada femenina con la masculina en el diagnóstico y la resolución de esos mismos problemas; o la necesidad de un nuevo internacionalismo, una «nueva convergencia» mundial para hacer posible otro mundo más justo y más sostenible (que en el fondo son dos formas redundantes de decir lo mismo).

Desde su irrupción con la insurrección zapatista en Chiapas o las manifestaciones de Seattle, Praga, Génova, Barcelona, Florencia o Porto Alegre, la nueva consciencia mundial *otromundista* ha adoptado con naturalidad la actitud de un crisol: fundir viejas y nuevas ideas de cambio social que buscan hacer realidad aquella «humanidad justa en una Tierra habitable». A veces hasta las palabras mismas adquieren, para quien haya conocido a Manuel Sacristán, resonancias familiares. Salvador López Arnal publica por primera vez en este volumen el guión de una conferencia suya en Mataró titulada «Socialismo: seguir o volver a empezar», en cuyo final se lee literalmente:

La nueva concepción, el nuevo comienzo, debe consistir en tomarse al pie de la letra la radicalidad de viejos conceptos: otra sociedad, otra humanidad.

Eso está escrito en 1983, hace veinte años. Dos años antes, en otra charla de 1981, expresaba así la actitud que sugería adoptar ante el «nuevo comienzo»:

Si hay que empezar como en 1847, entonces habría que empezar como si no estuviéramos divididos en las distintas corrientes del movimiento de renovación social, como si todos fuéramos socialistas, comunistas y anarquistas, sin prejuicios entre nosotros, volviendo a empezar de nuevo a replantearnos las cosas, en qué puede consistir ahora el cambio, y sobre todo, al servicio de qué valores, admitiendo de una vez que lo que hay en medio lo hemos perdido.

Veintidós años después eso suena tan convincente, tan elemental incluso, como increíble resultaba entonces para buena parte de quienes le escuchaban atónitos.

### **Mediaciones imprevisibles**

Pero su evidente capacidad de anticipación no significa que la labor de Sacristán haya llegado realmente a aquellas personas a las que quería dirigirse. Eso sólo ha ocurrido, hasta la fecha, entre círculos reducidísimos. Lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo significa tan sólo que él supo anticipar, a partir de los primeros indicios que pudo vislumbrar en la realidad social de veinte o treinta años atrás, la dirección principal que iban a tomar los procesos reales. En la medida que ya se está produciendo, el *nuevo comienzo* parece haber empezado haciendo tabla rasa del pasado. Como si tuviera una necesidad psicológica, y quizá también metodológica, de soltar lastre y olvidar. Y hacerlo incluso hasta el punto de dar también la espalda a quienes en cierto modo le abrieron camino («¿Será vejez el que esta posición me haga pensar

que cada generación tiene que repetir lo mismo?»). Quizá porque la manera como al final se está fraguado el nuevo crisol tiene mucho que ver con la forma de actuar que el propio Sacristán recomendaba en 1981:

Ésta es una época en la que la acción principal es lo que podríamos llamar, lo que Gramsci llamaba, «acción capilar». No grandes proyectos espectaculares de fundar partidos o fundar empresas, sino meterse, como vasos capilares, en todas partes y en todas partes ir contando las cosas, dando información e intentando presionar sobre la racionalidad que importa, la racionalidad de los valores, es decir la racionalidad moral y social.

Lo nuevo ha salido y sigue saliendo de ahí: de la acción molecular que se sabe fundada, en primer lugar, en valores alternativos a lo que hay. Con muy poca o ninguna continuidad con lo viejo, y muchas ganas de pensarlo todo otra vez de nuevo, radicalmente. Es inútil lamentarse por ello. También sería algo completamente opuesto al propio talante de alguien que sabía muy bien «que las mediaciones son imprevisibles» y «no las pone la voluntad sola». Lo que en cambio tendría mucho sentido sería empezar a practicar lo mismo que Sacristán se planteó en un momento determinado de su trayectoria, tal como lo expresó en una entrevista de 1978:

Empecé a intentar entender lo que había quedado tirado en la cuneta por la marcha histórica, como reacción a la bestial y siniestra idea ésa de los vertederos de la historia que se mantiene en la tradición del grueso del movimiento obrero como si lo que ha quedado en las cuentas fuera basura, siendo así que está claro que basura, en cierta medida, lo somos todos y, en cierto sentido, nadie, por lo menos dentro de los grupos dominados —y añadía— entonces me acerqué a la comprensión y el amor de esa gente quedada en la cuneta, intentando mantener la voluntad de racionalidad del movimiento obrero que es, en mi opinión, voluntad de modestia. [...] Resulta que la diferencia fundamental con la cultura de los intelectuales que tan odiosa me resulta es el principio de la modestia. El militante obrero, el representante obrero, aunque sea culto, es modesto porque, se podría decir, reconoce que existe la muerte, como la reconoce el pueblo. El pueblo sabe que uno muere. El intelectual es una especie de cretino grandilocuente que se empeña en no morir, es un tipo que no se ha enterado de que uno muere e intenta ser célebre, destacar..., esas gilipolleces del intelectual que son el trasunto de su pertenencia a la clase dominante. En cambio, en la cultura obrera está la modestia porque está el reconocimiento de la muerte. Y los héroes obreros son, en general, héroes anónimos, mientras que los héroes intelectuales tienen dieciocho apellidos, cuarenta antepasados, influencias de escuelas y todas esas leches de los intelectuales tradicionales.

A esa clase de gente Sacristán solía llamarles en privado, y alguna vez también en público, con un neologismo de su propio cuño: *letratenientes*.

### **Vivir otra cosa**

Una vez dicho eso, llegamos a la pregunta fundamental que me ha llevado a escribir estas líneas: ¿para qué leer a Sacristán ahora? No para cultivar ninguna clase de culto hagiográfico, desde luego. Eso ya sería el colmo, sabiendo lo que pensaba sobre la estupidez del empeño en no morir. La única razón con sentido es la misma que para cualquiera que nos haya precedido en el camino: la utilidad y el goce que podamos encontrar en ello nosotros mismos, nosotras mismas. No existen muchas reglas para eso, y los motivos para disfrutar leyendo pueden ser tan variados como las claves de lectura misma. De modo que sólo puedo responder a la pregunta a partir de mi propia experiencia, contando por qué me sigue resultando sumamente fructífero leer y releer a Manuel Sacristán para contribuir a desarrollar el nuevo comienzo del empeño colectivo en «vivir otra cosa», y que ésta no sea únicamente «hacer lo mismo que el capitalismo, aunque mejor».

Hay un planteamiento muy básico, muy propio de Sacristán, que me parece de especial utilidad para trabajar hoy desde el crisol *otromundista*: la veracidad, la voluntad de conocer el mundo sin cortapisas ideológicas para fundar en el conocimiento la transformación de la realidad social. La voluntad transformadora misma surge de valores morales, claro está, no del conocimiento: «sin valores no se podría estar, por que lo que no es valor es puro conocimiento, que tiene mucho valor, pero que no tiene ningún valor moral, no tiene ningún valor para la práctica, si no hay un valor que oriente la aplicación». Aunque «la ciencia como conocimiento transforma sólo al sujeto», a través suyo, «indirectamente, puede transformar al mundo». Por eso «la conciencia de la verdad es el marco de la voluntad y el comienzo posible de esfuerzos novatorios». Frente a quienes anteponen a la búsqueda de la verdad la dilucidación de los intereses a los que pueda servir, Sacristán declaró provocativamente en más de una ocasión que «a mi, si digo la verdad, no me importa con quien coincida, como cualquiera que no tiene más objeto que decir la verdad». Lo primero es la veracidad sin dobleces, porque sólo a continuación adquiere sentido el «intento de vertebrar racionalmente, con la mayor cantidad posible de conocimiento y análisis científico, un movimiento emancipatorio».

Esa actitud, que le llevaba a hacernos leer de entrada a Karl Popper y Mario Bunge a los estudiantes que íbamos a sus clases de metodología de las ciencias sociales esperando oír al filósofo marxista entonces más renombrado, implica que «para discutir la verdad o falsedad de un pensamiento, es nece-

sario que ese pensamiento sea preciso y accesible sin vaguedades a todas las personas que quieran analizarlo». E implica también que no hay atajos para acercarse al tipo de comprensión integradora, holística o multidimensional, que más fecunda resulta para facilitar una verdadera deliberación democrática de problemas sociales complejos, y orientar la actuación colectiva de los que intervienen en ellos para transformar la realidad. «Una comprensión global que entienda, no que sea un puro disparate de pura palabrería, tiene por fuerza que entrar en cada detalle».

Sólo a través del conocimiento certero de cada parte y cada detalle es posible acercarse, con esfuerzo y modestia, a una comprensión más global de la realidad para intervenir en ella. A quienes intentan ahorrarse el esfuerzo, sustituyéndolo por una «concepción del mundo» redonda, acabada, y capaz de ofrecer de antemano una respuesta a cualquier pregunta, solía dedicarles observaciones como ésta:

Me complace traer a colación a un conservador tan redomado como Popper para ejemplificar que para entender las cosas hay que estudiarlas, y que el creerse de izquierdas no da automáticamente comprensión al que no se molesta en estudiarlas —o esta otra— lo científico es saber que un ideal es un objetivo, no el presunto resultado falsamente deducido de una cadena pseudo-científica de previsiones estratégicas. Lo científico es asegurarse de la *posibilidad* de un ideal, no el empeño irracional de demostrar su existencia futura.

### **Política es ética**

Manuel Sacristán ya había planteado en 1968, en uno de sus textos filosóficos más leídos, que «hay que aprender a vivir intelectual y moralmente sin una imagen o ‘concepción’ redonda y completa del ‘mundo’». Una vez pasada la resaca del derrumbe de los partidos-vanguardia, donde supuestamente se realizaba sin fisuras la fusión entre movimiento y conocimiento, la emergencia de un nuevo crisol de movimientos *otromundistas* diversos parece estar adoptando con mayor naturalidad ese deslinde previo entre los dos planos, el científico-técnico y el ético-político, que al final deben conectarse en el proceso de deliberación y decisión sobre problemas sociales concretos. Tal como apuntaba a propósito de la cuestión ambiental, «la política no es sino una ética (buena o mala) pública, colectiva. Por eso las cuestiones de política ecológica tienen dos caras, la científica y la ética o política».

Recuerdo la sorpresa que me produjo encontrarme, en una reciente manifestación en Barcelona contra el plan hidrológico del gobierno conservador es-

pañol, una pancarta sostenida por vecinos del Delta del Ebro que rezaba: '*¡Polític, escolteu a la comunitat científica!*'. En muchas de las nuevas plataformas que están surgiendo en respuesta a problemas socioambientales concretos comienza a ensayarse la búsqueda de esa relación directa entre iniciativas ciudadanas y miembros de la «comunidad científica» invocada por aquella pancarta. La respuesta de la plataforma *Nunca Más* al desastre del vertido de fuel sobre costas gallegas y cantábricas, tras el hundimiento del petrolero *Prestige* en el océano atlántico, constituye otro ejemplo de confluencia entre científicos comprometidos y redes ciudadanas. Pese a la ingenuidad de los términos, parecen buenos ejemplos prácticos del planteamiento de Barry Commoner —uno de los fundadores del ecologismo contemporáneo— también citado en este volumen: «la ciencia puede revelar el alcance de dicha crisis [ecológica], pero sólo la acción social puede resolverla». Sacristán había reconocido previamente en la medicina higienista esa forma nítida de combinar el conocimiento sustantivo (y en cuanto tal desinteresado, «luciferino» incluso) con una finalidad ética explícita. «No se trata de luchar contra la muerte, sino por la vida grata», al modo de los higienistas: «la solución es: todos médicos», porque «en la medicina la finalidad es única y reconocida. No así en el conocimiento social».

El propósito de combinar la voluntad ética con el conocimiento científico para intervenir políticamente en la modificación de la realidad debe presidir también, a mi entender, los esfuerzos para combinar las ideas, los programas y las prácticas de los distintos movimientos —ecologista, sindical, feminista, vecinal, campesino, de solidaridad, a favor del comercio justo, contra la xenofobia y el racismo, etc.— que ahora conviven en el crisol *otromunidista*. En los tiempos del partido-vanguardia, que se creía investido de una 'concepción del mundo' redonda, donde ya se alcanzaba de antemano una síntesis superior, los esfuerzos desarrollados en cada ámbito para profundizar en el conocimiento particular de cada problema, y generar a partir de él alternativas concretas de transformación, solía menospreciarse como una actividad meramente «sectorial» o «local». La visión «global» sólo se alcanzaría en el centro, o más bien en la cúspide de la «vanguardia» esclarecida. Tras el derrumbe de los partidos-vanguardia hay que desarrollar lo que ya parece una práctica habitual en la actividad «molecular» o «capilar» de los distintos movimientos (en la medida que son tales, y no únicamente organizaciones o instituciones anquilosadas): buscar la globalidad a través de profundizar verazmente en el conocimiento de su propio ámbito, su actividad, su mirada concreta sobre el mundo.

Las mediaciones hay que descubrirlas estudiando a fondo cada lugar en este mundo, e interviniendo en él para transformarlo. No descienden del cielo como un traje hecho a medida para enfundar a la entera y cambiante reali-

dad. Sea cual sea «*el lugar en que se esté*» siempre es posible globalizar los problemas, y encontrar confluencias con los demás movimientos, cuando cada cual busca honestamente profundizar hasta la raíz su problemática y su forma de aproximarse a la realidad. Si, como suponemos, las dimensiones ecológicas, económicas, sociales y culturales están estrechamente entrelazadas en el mundo mismo que queremos transformar, y las miradas sobre ese mundo o los modos de estar en él se encuentran desdobladas en los sujetos femenino y masculino, no debería sorprendernos que la comprensión global sólo pueda alcanzarse ahondando en cada palmo de realidad, desde cada sexo, y en cada entorno.

La profundidad, los fundamentos, no se alcanzan nunca más que desde algún lugar de la superficie. Y eso significa que sólo son accesibles por profundización de los conocimientos positivos [...] En la ciencia todo y nada es lo mismo», etcétera.

Puesto que lo auténticamente global es la gente misma, y la red de relaciones que la une con su comunidad y su medio ambiente, la mejor manera de «globalizar» las protestas y las propuestas es hurgar cada cual desde un ámbito o sujeto específicos hasta encontrar al nexo común con los demás, y los demás, que no es otro que el propio ser humano: «un ente en el mundo, entre los demás entes del mundo; un ser-localizado [...]». Es el método proclamado por la bella y difícil máxima del ecologismo contemporáneo: «pensar globalmente y actuar localmente». No pretendo sugerir que sea un camino fácil de recorrer, especialmente a grandes escalas de la vida social. Ésta es la razón por la que suele conseguirse con mayor facilidad en ámbitos relativamente cercanos, al alcance de grupos, plataformas o redes ciudadanas donde sea posible conocerse y deliberar. Globalizar alternativas comunes a escalas más amplias resulta cada vez más difícil, y requiere pensar de nuevo radicalmente —como Sacristán sugería— la cuestión política por antonomasia: el problema del poder.

### **Aprender de los fracasos**

«El movimiento ecologista tiene que plantearse el problema del poder», dijo Sacristán en una premonitory conferencia de 1980 sobre *¿Por qué faltan economistas en el movimiento ecologista?* Y añadía a continuación:

No para menospreciar el tipo de actividad que le es hoy característico, la actividad socio-cultural básica, pues esta actividad se encuentra en la raíz de todo, incluso de la cuestión del poder [...]. Pero sabiendo que desde ese plano social básico que Gramsci llamaba «molecular» se está dirimiendo la cuestión de poder.

Al mentar la bicha Manuel Sacristán no pretendía, como quizá interpretaron algunos, llevar al molino de los partidos-vanguardia el agua de los nuevos movimientos sociales. Por eso creyó necesario precisar polémicamente lo siguiente, ante una pregunta formulada desde el público que sugería la ineficacia de los viejos métodos anarquistas, y también de los nuevos intentos ecologistas de experimentar formas de vida alternativas en pequeñas comunidades:

Tampoco la tradición marxista ha conseguido nada. Nada en el sentido trascendental de mutación total, porque está claro que en otros campos sí que anarquistas y marxistas han conseguido cosas. Sin duda alguna, la situación de las clases trabajadoras en el mundo industrial no sería ni siquiera higiénicamente la que es sin esa tradición. [...] Pero lo sustancial, el cambio del mundo que se esperaba, ese no se ha producido igual cuidando la eficacia que descuidándola. Si se me permite una frase un poco provocativa, la eficacia ha sido tan ineficaz como la ineficacia. [...] Eso es lo primero que habría que objetar a la línea de pensamiento de la eficacia de la que has partido. Pero además, en el caso de los conocimientos que están en la base del movimiento ecologista, habría que añadir una reflexión positiva y enriquecedora y es que el ecologismo hoy —por confuso que sea— es un conocimiento nuevo que, en parte, es experiencia de los fracasos de los intentos de cambio social del mundo anteriores. Cuando la gente que tenemos convicciones ecologistas propugnamos lo pequeño (por decirlo de la manera más cursi) no estamos pensando sólo en Gramsci —y eso ya es importante— que ésa es una manera de cubrir el planeta, empezar por las moléculas, sino que además estamos pensando que hay que evitar que la dinámica de las grandes agregaciones vuelva a hacer lo que está haciendo hasta ahora con la individualidad. [...]

Y terminó la diatriba agarrando directamente por los cuernos la espinosa cuestión del poder

Hay, además, un principio de método incluso en el plano técnico. La toma del poder mediante la eficaz acción de grandes organizaciones dedicadas a eso ha dado un saldo que no podemos considerar positivo, y que invita por consiguiente a profundizar el trabajo que he venido llamando molecular. [...] Siguiendo con ese hilo de pensamiento, entonces uno tiene que confesar la existencia de precedentes que también han fracasado. Uno, y muy señalado, es Gandhi. Un hombre cuyo pensamiento hay que reconsiderar, reconociendo que no es menor el fracaso de Gandhi que el fracaso de Lenin. Cada uno ha fracasado con la misma integridad. Pero dudo que ésta sea la posición de todos, vale la pena tenerlos

en cuenta a todos, y en definitiva, no considerar que el trabajo a pequeña escala es sólo un refugio. Es también una afirmación.

### **Un nuevo federalismo**

Sacristán mismo sólo tuvo tiempo de esbozar algunas ideas tentativas para abordar de nuevo, a partir de ahí, el problema del poder. Quizá la sugerencia más nítida y actual sea su propuesta de «un nuevo federalismo», esbozada polémicamente contra la resolución autoritaria de la crisis ecológica-social defendida entonces por Wolfgang Harich, y que sólo secundariamente estaba relacionada también con su modo de ver el problema de las identidades nacionales. Recuperar y reelaborar el federalismo era, para él, una manera de enfocar la construcción de nuevas mediaciones para salvar el salto mortal entre «*las pequeñas comunidades amigas de la Tierra*», donde pudieran comenzar a experimentarse otras formas de vivir y convivir, y el carácter directamente planetario de aquellos problemas que afectan a eso que ahora estamos aprendiendo a llamar «bienes comunales globales», como la protección integral de los océanos o la regulación del clima a través del ciclo del carbono y otros gases de efecto invernadero.

Dos décadas después las realidades *otromundistas* emergentes parecen moverse, pragmáticamente, hacia aquel apunte sacristaniano del nuevo federalismo. Entre la modesta pero interesantísima experiencia del presupuesto participativo instituido en la ciudad brasileña de Porto Alegre, y los Foros Sociales Mundiales del movimiento internacional reunido bajo el lema de *otro mundo es posible*, se ha establecido una relación no meramente circunstancial que adquiere, y no por casualidad, un fuerte simbolismo. La primera idea-fuerza de carácter directamente político forjada en el crisol *otromundista* es ésta: la necesidad de superar el estadio de una democracia representativa parlamentaria, fundada en la delegación a través del voto, hija de las luchas y los pactos sociales de otro tiempo, que se revela claramente insuficiente en la nueva era de crisis económico-ecológica y globalización socio-ambiental. La necesidad de desarrollar una democracia de mayor calidad, más inclusiva, basada en una deliberación y una participación mucho más amplias y profundas, es el primer lugar común de encuentro al que están llegando los distintos movimientos de transformación social cuando profundizan en su propia labor.

La experimentación y la institucionalización concretas de esa democracia participativa parte del ámbito local, en las ciudades y los barrios donde vive y trabaja la mayoría de la población, y donde es posible convocarla para deliberar y decidir en común. Por eso, a mi modo de ver, la apuesta por un

nuevo federalismo es el apunte más fecundo de Manuel Sacristán al que deberíamos prestar atención para abrir camino a estas nuevas formas de participación democrática. Pero en su obra dispersa pueden encontrarse otros pasos igualmente útiles, como la reivindicación de una práctica asamblearia genuina y no sectaria como la experimentada por el Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios de Barcelona en la lucha contra la dictadura del general Franco:

En mi opinión, habría que aprender de la experiencia del movimiento que llevó al SDEUB su autenticidad democrática en un sentido muy material. Aprender a desprenderse de sectarismos, de espíritu de capilla, reírse ya para siempre de las disputas tontas de los estudiantes de los años 68 y subsiguientes alrededor de un adjetivo o de un adverbio [...]. Eso habría que aprender de aquel intento: su generosidad, su capacidad de reconocer la autoridad de la asamblea, la capacidad que sus dirigentes tuvieron de ser meros—y espléndidos— portavoces».

### **Conocer y deliberar**

También resulta esclarecedora, para la tarea de elevar la calidad de deliberación democrática, el modo sacristaniano de entender la política como «la zona de mediación entre los principios —que son formulaciones de fines— y la decisión práctica, la zona en que se consiguen orientaciones generales de la actividad»; el espacio, en definitiva, «de una dialéctica en la que intervienen los fines o principios y el conocimiento de los hechos». Porque es en ese plano político de deliberación multicriterial donde mejor puede llevarse a cabo realmente una confluencia no utópica entre los saberes de la comunidad científico-técnica, y los criterios de la ciudadanía que se convoca a participar y decidir. Concretar tales espacios en distintos ámbitos o escalas es un aspecto particularmente importante del *nuevo federalismo participativo* a desarrollar, porque de su ausencia pueden derivar varios peligros o deformaciones. Por ejemplo, la tendencia de los movimientos sociales a cristalizar en lo que la cultura dominante ha dado en llamar Organizaciones No Gubernamentales, y de éstas a proyectar su intervención política en forma de grupos de presión opacos para la mayoría de la gente.

No toda actividad desarrollada como grupo o contra-grupo de presión (eso que los ingleses llaman *lobbying*) debe considerarse impropia de cualquier movimiento alternativo, y recusable desde una visión democrática radical. Por lo menos mientras existan grandes conglomerados de poder, como los de Washington o Bruselas, donde pulula una tupida maraña de grupos de presión empresariales, políticos, militares o directamente criminales, y a los que

la mayoría de la gente no tiene la menor posibilidad de acceso, una entre las tareas necesarias de los movimientos alternativos consistirá en meterse también allí para obtener información, denunciar el tinglado, y exigir transparencia. Entre las primeras gestas que han catalizado la nueva confluencia *otromundista* se cuenta la de Lori Wallach, del *Public Citizen's Global Trade Watch*, una de esas minúsculas oficinas de vigilancia democrática de las multinacionales que se mueven en el misma boca del lobo. En 1998 Wallach consiguió nada menos que rescatar de una papelera una copia del borrador de un Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), que las grandes corporaciones empresariales estaban negociando en secreto con los gobiernos más poderosos del mundo para establecer unos privilegios tales para los inversores financieros internacionales que la ya de por sí pequeña capacidad de decisión económica que aún resta en manos de los parlamentos y los gobiernos nacionales habría quedado en nada. La difusión en Internet del contenido del AMI provocó un escándalo mayúsculo, y originó una cadena de abandonos que obligaron a los gobiernos a suspender —hasta el momento— aquella concesión formal de un verdadero estatuto de impunidad al gran capital financiero. El mismo año nació en Francia la asociación ATTAC en favor de la Tasa Tobin sobre las transacciones puramente monetarias, la abolición de paraísos fiscales, y el control democrático de las finanzas internacionales.

Pero esa labor como «contra-grupos de presión» sólo tiene sentido cuando se trata de vigilar a los *lobbies* de verdad, denunciando sus tejemanejes ante una ciudadanía que sin aquella intervención desconocería mucho más de lo que ya se le oculta habitualmente. Si, más allá de esa función democratizadora, las grandes ONG se convirtieran ellas mismas en grupos de presión para influir desde la opacidad en los gobiernos, y para acabar negociando con ellos o las grandes empresas a espaldas de la mayoría de la gente, entonces se desnaturalizarían a sí mismas reforzando al mismo régimen de poliarquía autocrática que debemos transformar radicalmente. Ésta es una primera razón por la que es importante desarrollar un *nuevo federalismo* que busque acercar subsidiariamente la toma de decisiones hacia los ámbitos más cercanos donde la gente pueda realmente participar. Es decir, pueda *conocer*, *deliberar*, y *decidir* en común.

### **Una nueva Ilustración**

Existe un segundo motivo para subrayar la importancia de un nuevo *federalismo participativo*, que está estrechamente relacionado con ciertos problemas que pueden derivarse de la relación entre la comunidad científico-técnica y la ciudadanía que reclama ser escuchada. Porque, más allá de la ingenuidad bienintencionada de algunas invocaciones, la imprescindible in-

tervención de los expertos en el plano político también puede desnaturalizarse derivando hacia maneras tecnocráticas de plantear y decidir las cosas. A medida que se agrava a ojos vista la crisis ecológico-social, tanto las empresas como los gobiernos se ven obligados a reconocer que tienen un problema, y hacer algo para buscarle solución. El precio de no hacerlo es enfrentarse a situaciones cada vez más agudas de crisis de legitimación. Por eso la Cumbre de Río de 1992, que significó la admisión formal por los grandes poderes del mundo de la existencia y la relevancia de los problemas ecológicos planetarios, constituyó también un punto de arranque para el surgimiento de una nueva Ilustración socioambiental. Diez años después esa nueva Ilustración ambientalista está ya mundialmente integrada por una red cada vez más densa de instituciones como el Worldwatch Institute, el World Resources Institute, el Wuppertal Institut, el Ökoinstitut, y así sucesivamente hasta llegar a escala local a los nuevos profesionales del medio ambiente que trabajan en consultorías privadas, universidades o administraciones públicas.

El papel de esta nueva Ilustración es tan interesante para ahondar en el diagnóstico de problemas sumamente complejos, y para acelerar el desarrollo de tecnologías, sistemas o productos menos dañinos que los actuales, como ambivalente desde el punto de vista político por el lado de su papel en la toma de decisiones. Unos años antes de que se produjera esa eclosión de viejos o nuevos profesionales dedicados al asunto, y cuando había contadísimos economistas, ingenieros y arquitectos que se tomaran en serio los problemas ambientales, Manuel Sacristán ya invocaba la necesidad de una nueva Ilustración que para él —y eso resulta sumamente interesante— debía servir primordialmente a la tarea cultural de distanciarse uno mismo, o una misma, del propio orden simbólico heredado: «Me sugiere un nuevo ‘¿Qué es la Ilustración?’ siguiendo a Kant. ‘Osa ver desde fuera tu cultura’».

Pero, a la vez, Sacristán era muy crítico con la tradicional tendencia ilustrada a buscar directamente el acuerdo con el Príncipe, dando en despotismo ilustrado en los casos más extremos, o a dejar demasiado de lado hechos sociales básicos como el espinoso problema de las reglas del juego político y económico. Apreció muchas virtudes, por ejemplo, en el informe de 1979 al Club de Roma sobre el aprendizaje —un texto característico de nueva literatura ilustrada—, pero también observaba lo siguiente:

Aunque los autores apuntan varias veces a esos hechos sociales básicos y a la necesidad de cambios político-sociales importantes, nunca llegan a concretar a su respecto y, cuando hablan, por ejemplo, incluso de «cambio de instituciones», no llegan a decir en qué instituciones piensan, ni aluden siquiera a las que organizan los varios regímenes de propiedad, producción y gobierno.

## Participar para decidir en común

Sólo conozco un modo de evitar que el imprescindible papel de los especialistas científicos y técnicos en la toma de decisiones políticas sobre problemas socioambientales y económicos, que son intrínsecamente multidimensionales y complejos, derive en nuevas prácticas tecnocráticas, o en la reedición poliárquica de un nuevo despotismo ilustrado. Se trata de abrir nuevos espacios participativos donde lo que son aportaciones científico-técnicas precisas sobre el diagnóstico de un problema, o sobre el abanico real de soluciones disponibles, se deslinde con claridad de la deliberación sobre qué camino conviene tomar, y cuáles de aquellas alternativas prefiere realmente la mayoría de la población. También es muy importante que, en situaciones de desacuerdo, las distintas partes en conflicto dispongan de recursos públicos suficientes y equitativos, vinculados a los propios mecanismos participativos de deliberación y decisión, para encargar estudios técnicos y dictámenes alternativos. Sólo entonces se producirá una conjunción real entre saberes científico-técnicos y redes ciudadanas en un marco democrático que no condene a la subalternidad a los no expertos, o a los que carecen de recursos suficientes para contratar expertos.

En resumen, todo eso significa que la experimentación y desarrollo de una democracia de mayor calidad, más inclusiva, deliberativa y participativa, que vaya más allá de la mera delegación a través del sufragio, se está convirtiendo ya en un primer plano fundamental de confluencia entre los distintos movimientos *otromundistas*. Su propia irrupción en escena, desafiando al orden simbólico neoliberal, puede entenderse como un nuevo empuje democratizador que retoma la larga tarea histórica de ‘empoderar’ a los excluidos y a las excluidas que en el pasado llevaron a cabo otras luchas sociales. Eso ayuda a clarificar la tarea común por el lado del *cómo*. Lo que no es poco, cuando se trata de empezar abriendo a la discusión en el foro público de problemas y realidades que han sido largamente silenciadas. Pero es preciso admitir también que, por sí solo, eso no resuelve el *qué* o el *para qué*. Por buenos que sean los procesos de toma de decisiones, por sí mismos nunca garantizarán la bondad de las decisiones que acaben tomando las personas concretas que participan realmente en ellos. Para tomar decisiones buenas se necesitan buenas propuestas, y argumentarlas con buenas razones.

Los propios movimientos sociales son un hervidero de propuestas, qué duda cabe. Y la manera de desarrollar las mediaciones entre las propuestas de unos y otros movimientos consiste, entre otras cosas, en debatirlas participativa e informadamente en foros públicos. Ocurre, sin embargo, que ni suelen existir hoy por hoy tales foros, ni el acceso a la información y la comunicación es en absoluto libre ni equitativa, sino que está mediada por poderosísimos meca-

nismos de control social de la voluntad ajena. Las nuevas formas de participación, y los nuevos espacios de deliberación, hay que conquistarlos luchando. Abonando las semillas donde germina la crisis de legitimación de los poderes dominantes, y aprovechando su deslegitimación como momento de fuerza para los movimientos de transformación. En un mundo donde el poder material y simbólico está en manos de unos pocos, nadie cederá graciosamente capacidad de decisión.

### **No ser del mundo en que se está**

Eso plantea otra vez una vieja cuestión de los movimientos de emancipación, que sólo puede resolverse procesualmente: para ganar poder hay que empezar *empoderándose*, para ganar autonomía hay que empezar distanciándose de la cultura dominante, para transformar de verdad la realidad social es imprescindible que una masa crítica suficiente consiga desengancharse ella misma del mundo que quiere cambiar. Probablemente haya sido siempre en la epifanía de los nuevos comienzos cuando más intensamente se ha sentido esa necesidad de separarse, de «no ser de este mundo», de asentar moralmente la alteridad radical del propio proyecto en la voluntad de vivirlo hasta donde sea posible en la propia existencia. Y probablemente ha sido en los momentos más maduros, de excesiva confianza en el reclutamiento masivo y la institucionalización del propio movimiento, convertido ya en tradición, cuando más fácilmente se tiende a olvidar la importancia de tomar distancia cultural, desengancharse del sistema que se quiere transformar, experimentar en vida propia esas otras formas de vivir y convivir que se predicán. Puesto que la historia de las luchas sociales parece haber registrado más de una vez ese ciclo, empieza a ser hora de plantearse seriamente si los varios derrumbes que han seguido a los estadios maduros de excesiva confianza no han tenido bastante que ver con olvidarse, precisamente entonces, de cultivar la distancia moral y la experimentación práctica de formas de vida alternativa.

Una de las singularidades de Manuel Sacristán es, a mi modo de ver, haber empezado a entender y practicar eso precisamente en un momento anterior al derrumbe moral de la vieja izquierda, cuando aún se sentía institucionalmente confiada en ella misma. Y aún resulta más interesante, para nuestras necesidades actuales, que Giulia Adinolfi y Manuel Sacristán radicalizaran al final de sus vidas aquella manera tan suya de estar en una tradición de lucha social, precisamente cuando pusieron sobre la mesa la relevancia que estaban adquiriendo la crisis ecológico-social y el principio del fin del patriarcado. La resultante común a esa encrucijada civilizatoria debía conducir, en su opinión, a «una feminización del sujeto revolucionario y de la misma idea de sociedad justa».

Dicho brevemente: «no se puede seguir hablando contra la contaminación y contaminando intensamente», ni es de recibo predicar a los demás que no vayan en coche desde la ventanilla del propio. Esa radicalización de la fundamentación moral, que está en la base de cualquier movimiento de transformación social que lo sea de verdad, llevó a Sacristán a recuperar de forma provocativa la noción cristiana de conversión:

Un sujeto que no sea ni opresor de la mujer, ni violento culturalmente, ni destructor de la naturaleza, no nos engañemos, es un individuo que tiene que haber sufrido un cambio importante, [...] tiene que ser un individuo que haya experimentado lo que en las tradiciones religiosas se llamaba conversión. [...] Creo que hay que recuperar aspectos de la cultura cristiana, tales como el odio a la soberbia, el pecado original, etc., porque al fin y al cabo el hombre es una especie más del planeta y de las más peligrosas para el planeta.

### **Conversión**

Este planteamiento alimentó el interés del Sacristán maduro por la figura de Gandhi, quizá con mayor motivo incluso que su coetánea reconsideración pacifista del problema de la guerra y del ejercicio de la violencia en la era nuclear. El verdadero denominador común de dos personalidades aparentemente tan distantes como las de Gandhi y Sacristán era haberse tomado en serio la necesidad moral de hacer camino al andar. De ser uno mismo, o una misma, aquella especie de «poste andante» del que se mofan algunos: «[...] esto conlleva un corolario para el militante de izquierda en general, obrero en particular, comunista más en particular: el ponerse a tejer, por así decirlo, el tener telar en casa». (Esto es, dicho metafóricamente, hacer en nuestro medio social como hizo Gandhi en el suyo, cuando se puso a tejer literalmente su propia túnica para hacer patente, y congruente, la denuncia del colonialismo británico bajo cuya férula la India se había convertido de primer productor mundial de tejidos artesanales de algodón en un mercado cautivo de exportación para la industria algodonera de Manchester y Liverpool).

Y proseguía:

Hace todavía quince años supongo yo que semejante declaración en un individuo de formación de izquierda marxista habría sido considerada como síntoma seguro de que había enloquecido. A la vista de los resultados de una línea sólo politicista, leninista pura, me parece que hoy se puede decir que una cosa así es expresable sin necesidad de ser sospe-

choso de insania. La cuestión de la credibilidad empieza a ser muy importante, y conseguir que organismos sindicales, por ejemplo, cultiven formas de vida alternativas me parece que no es tanto ni sólo una forma de alimentar moralmente a grupos de activistas, sino también un elemento que es corolario de una línea estratégica.

Este punto suscita una duda interesante acerca del desarrollo de su pensamiento político: ¿hubo una continuidad o una ruptura entre aquel Sacristán maduro que hablaba provocativamente de «conversión», de «religión obrera», respecto aquel otro más o menos joven para el que «la revolución la hacen los seres humanos que hay, como son. El que quiera armonía celestial, que se vaya al cielo»? No estoy capacitado para responder a la cuestión desde un punto de vista rigurosamente biográfico, ni creo que una discusión en esos términos sea realmente decisiva para nuestras necesidades actuales más perentorias, de modo que formularé la pregunta de otro modo: ¿tiene sentido sostener la necesidad de una *conversión*, entendida como el cultivo personal de una distancia a la vez moral y existencial respecto a la cultura dominante de la sociedad contra la que se lucha, pero en la que se vive, sin dejar por ello de estar convencidos que tal y como somos realmente la mayoría de la gente ya basta «para luchar contra tiranías y aberraciones»?

Mi convicción personal es que tiene sentido postular ambas cosas, tal como sugiere esta otra proposición sacristaniana: «relaciones de convivencia nuevas, relaciones sociales nuevas, no quiere decir sustancias metafísicas nuevas». Si no se trata de alcanzar la salvación a través de la comunión de los santos, sino luchando con la gente y por la gente tal y como es, como *somos*, ¿de qué modo debe plantearse entonces aquel viejo dilema entre no *ser* de este mundo y *estar* a la vez en él? Me parece que un espiguelo en la obra de Sacristán puede ofrecer algunos pasos de interés para encontrar una respuesta razonable a esa compleja cuestión, que a su vez encaja particularmente bien con la reelaboración reciente del concepto de *desarrollo humano* por la filósofa Marta Nussbaum y el economista Amartya Sen.

### **Algo más que liberales: la libertad como desarrollo humano**

En un texto redactado probablemente en 1952 para una enciclopedia, que ha permanecido inédito hasta su reciente publicación por Laureano Bonet en la revista *mientras tanto*, un Manuel Sacristán joven e influido por el personalismo de Simone Weil —entre muchas otras lecturas— contraponía dos nociones del concepto de libertad. Por una parte se refería a «la experiencia profunda de la libertad» (una «experiencia rara y oscura», añadía); y por otra:

Al libre albedrío de indiferencia (*liberum arbitrium indifferente*), formulación bajo la cual fue predominantemente cultivado el tema de la libertad por los pensadores medievales, y forma con la que dicho problema fue recibido por el liberalismo clásico —a continuación tomaba partido en los siguientes términos— plantear el problema de la libertad en el terreno de la elección indeterminada es perder anticipadamente la polémica con el determinismo, porque es adoptar la misma errónea concepción de la vida psíquica que éste profesa, a saber: la de que la vida sea una yuxtaposición de puntos o momentos separables, aunque enlazados. Si ello fuera así, sería imposible negar que en cada uno de estos momentos aislados concurren no sólo las determinaciones del momento anterior sino también todos los factores ambientales presentes. [...] Pero la auténtica vida es un flujo indivisible de desarrollo espontáneo para cuya descripción es incorrecto usar esos esquemas espaciales que siempre suponen un fraccionamiento. La concepción de la libertad como facultad de elecciones sucesivas y separadas no tiene, pues, en cuenta la auténtica realidad de la vida.

En aquella visión fluida y procesual de la vida anidaba claramente una determinada noción de la experiencia de la libertad como desarrollo humano, contrapuesta a la presunción filosófica liberal:

De que el hombre es una substancia ya hecha y acabada desde su nacimiento y que, por lo tanto, no puede verse entitativamente afectado (sino sólo «accidentalmente») por la influencia de condiciones de vida adversas. Mas los resultados de la filosofía moderna imponen una consideración dinámica de la persona. El substrato sustancial dado de una vez para siempre es en el hombre *como hombre* (no como mera cosa) el elemento de mínimo valor, es el instrumental bio-psicológico elemental. Lo que le constituye decisivamente no es esa base helada e inerte de su vida, sino la consecución en el tiempo de una plenitud que no le es regalada naturalmente. La sentencia del poeta beocio Píndaro señala imperativamente esta verdad: «Llega a ser el que eres».

El paso siguiente a esa forma de entender la libertad como desarrollo humano no puede ser otro que dirigir la atención hacia todo aquello que obstaculiza o yugula aquella posibilidad de autoconstrucción personal.

Todas y cada una de las limitaciones vitales pueden impedir a la persona realizar el desarrollo que es su más auténtico ser, porque yugulan su libertad entitativa. La miseria, la inadecuación, el desarraigo, la ignorancia, la pérdida de contacto con la tradición del mundo en que se nace, son otras tantas trabas que estancan al hombre en un momento previo al

ejercicio de la plena libertad. Simone Weil ha observado que en muchas prostitutas se da una pérdida de la conciencia de continuidad, un «morcellement du temps» que aniquila su libertad constitutiva, por más libre de coacción que se encuentre su libre albedrío, su independencia de meros individuos, su libertad no personal.

Y de ahí surgía lo que probablemente sea el núcleo más importante de cualquier crítica al planteamiento liberal de la libertad:

El liberalismo clásico, desconocedor *en la práctica y sólo en la práctica* de la necesidad de proteger esa libertad constitutiva del hombre, se ha visto llevado a la contradictoria y angustiosa situación de hacerla prácticamente irrealizable por intentar mantener un sistema de libertades externas y superficiales que, en el juego de los factores económicos, siguieron permitiendo unas condiciones de vida esclavizadoras en las clases inferiores, sólo ligeramente más vivibles que la situación de esas clases hasta entonces. La crisis del liberalismo clásico muestra claramente que el auténtico enfoque político del problema de la libertad no puede hacerse entendiéndolo por libertad facultad indiferenciada de elecciones concretas, sino atendiendo al rango personal de la libertad.

Parece concebible que a partir de ahí la elaboración posterior de Sacristán del problema de la libertad, entendida como liberación al modo característicamente marxista, pudiera haberse desarrollado más bien como continuidad que como ruptura.

Me parece que abona esa interpretación —que en cualquier caso deben argumentar biográfica y filosóficamente personas mucho más preparadas que yo— el que desde su forma peculiar de comprender la tradición marxista, y estar en ella, Manuel Sacristán siempre defendiera «la idea de universalidad personal, de personalidad específica». Del mismo modo que él desmintió la presunción de una ruptura entre un supuesto idealismo del joven Marx, y el abandono en el Marx maduro de la vindicación de un «desarrollo universal de los individuos», quizá podamos considerar también que en Sacristán mismo hubo evolución y profundización de esa problemática, desde sus lecturas juveniles de Simone Weil hasta su marxismo ecológico al final de sus días, pero nunca una ruptura o un abandono de la misma. En este mismo volumen editado por Salvador López Arnal hay fragmentos que así lo sugieren. Valga como muestra el siguiente botón:

El marxista es tan poco incompatible con el «personalismo» que su ideología puede cifrarse en el intento de llegar a ser persona él y los demás, él con los demás, él por los demás. El marxismo es un humanismo. Lo

que le separa de cualquier otro —y principalmente del humanismo abstracto «personalista»— es la tesis de que la persona y su libertad son entidades necesitadas no de conservación, sino de conquista.

### **Elegir sociedad**

Resulta llamativo hasta qué punto los términos en los que Sacristán situaba ya en 1952 el problema de la libertad resulten ahora tan cercanos al planteamiento del *desarrollo como libertad* formulado por Marta Nussbaum y Amartya Sen desde otras tradiciones de pensamiento social. No para establecer precedencia de ninguna clase, claro está, sino para subrayar el interés de unir esos cabos sueltos en el trabajo cultural que conviene desarrollar desde el crisol de los movimientos sociales *otromundistas*. En la obra de Amartya Sen el concepto de desarrollo humano aparece íntimamente ligado al de elección social, entendida ésta como algo distinto a la muda elección individual en los mercados. Sen ha rebatido la presunción, profundamente arraigada en el pensamiento económico liberal, de que la heterogeneidad de preferencias y valores de los diferentes individuos impide agregarlos para realizar una evaluación social razonada. El «teorema de la imposibilidad» de Arrow suele invocarse en este contexto para rechazar cualquier posibilidad de elección colectiva, social. Ya en el siglo XVIII algunos matemáticos franceses, como Borda y Condorcet, descubrieron la llamada ‘paradoja de la votación’. Si una persona A prefiere la opción 1 a la 2 y la 2 a la 3, otra persona B prefiere la 2 a la 3 y la 3 a la 1, y una tercera persona C prefiere la 3 a la 1 y la 1 a la 2, la regla de la mayoría genera tres resultados incoherentes entre sí: la opción 1 obtiene mayoría frente a la 2, que también obtiene mayoría frente a la 3, la que a su vez obtiene mayoría frente a la opción 1. Kenneth Arrow demostró con su teorema que no sólo la regla de la mayoría, sino cualquier mecanismo de este tipo basado en la ordenación de preferencias individuales lleva a la incoherencia.

En su enfoque de la elección social Amartya Sen no discute ese resultado, pero argumenta que el teorema de Arrow sólo demuestra en realidad que es imposible hacer elecciones sociales basándose en una clase de información tan reducida:

Este teorema es extraordinariamente admirable y elegante, uno de los resultados analíticos más bellos de las ciencias sociales. Pero no excluye en modo alguno los mecanismos de decisión que utilizan más —o diferentes— bases de información que las que emplean las reglas de votación. [...] La base de información en que se apoya este tipo de reglas, de las que el procedimiento de la toma de decisiones por mayoría es un destacado ejemplo, es, pues, limitadísima y a todas luces insuficiente para

hacer valoraciones documentadas sobre problemas económicos de bienestar, pero no principalmente porque genere incoherencia (como se generaliza en el teorema de Arrow) sino porque no podemos hacer en realidad valoraciones sociales con tan poca información. [...] De hecho, ampliando la información es posible disponer de unos criterios coherentes y compatibles para hacer valoraciones sociales y económicas.

Ese planteamiento lleva directamente a Amartya Sen hacia las teorías de la democracia entendida como un proceso de participación y deliberación:

La política de consenso social no sólo requiere que las decisiones se basen en unas preferencias individuales dadas, sino también que las decisiones sociales sean sensibles al desarrollo de las preferencias y normas individuales. En este contexto, hay que conceder especial importancia al papel del debate público y de las interacciones sociales en la formación de unos valores y compromisos compartidos.

Eso es importante para nuestro propósito porque significa que la democracia no es solo un medio, un simple procedimiento para llegar a acuerdos en la toma de decisiones. Entendida como un proceso de deliberación inclusiva, en el que las preferencias individuales se forman y cambian a medida que se confrontan entre si para alcanzar sucesivos acuerdos o desacuerdos colectivos, basados a su vez en valores compartidos o confrontados que también se dirimen y alteran en el camino, la democracia se convierte ella misma en un bien primario básico. En una *necesidad* más, entre las que hacen posible el desarrollo humano.

### **El contagio de la igualdad**

Cualquier tradición de pensamiento vinculada a la suerte de los más débiles y explotados del mundo, como el marxismo, añadirá inmediatamente que los procesos de democratización no han sido nunca un regalo. Siempre han sido una conquista de la lucha social de los excluidos y las excluidas, de los sin voz. Las respuestas personales y colectivas a los males sociales históricamente generados por la economía capitalista han resultado ser, a la postre, el principal impulso de la democratización contemporánea. Contemplada desde ese ángulo, la respuesta democrática puede verse como un proceso de *empoderamiento*. Motivando a muchas personas a tomar la palabra en el foro público, o a desafiar la prohibición de hacerlo, ha sido el desarrollo de la *voz* pública fuera del mercado lo que ha afirmado, mantenido, y transformado históricamente el sentido de comunidad, y ha permitido desarrollar reglas más democráticas de toma de decisiones colectivas. No se trata sólo que la

lucha por una mayor igualdad haya servido *indirectamente* para desarrollar reglas más democráticas. La democracia misma es hija, como señala Robert Dahl, de una especie de *contagio de la igualdad*.

El corolario de todo eso para la pregunta sobre las preferencias de la gente es tan sencillo como importante: contempladas desde el ángulo del desarrollo humano, y situándolas en el proceso social de interacción de unas personas con otras, las actitudes y los valores *cambian*. Ya lo han hecho a lo largo de la historia, y es seguro que volverán a cambiar en el futuro. La cuestión pasa a ser entonces la de comprender mejor cómo se produce ese cambio, y qué factores lo obstaculizan, dirigiendo nuestra atención hacia las barreras que en cada situación impiden la ampliación de las capacidades de opción de la gente. Sólo luchando contra esas barreras sociales —«cada cual con los y las demás, por los demás y las demás»— es posible vivir la aparente paradoja de no ser de este mundo y estar a la vez en él. Tal como afirma el pensamiento feminista de la diferencia, la libertad es siempre una experiencia *relacional*; y para desarrollarla hay que ensanchar la capacidad de *apertura simbólica*, cultivando la distancia con el orden simbólico establecido. La *conversión* de la que hablaba Sacristán tiene un componente individual ineludible. Pero sólo puede fraguar realmente, y mantenerse activamente, en el esfuerzo común por convertir el mundo en otra cosa.

### **Virar el rumbo**

Dicho en palabras de Albert Hirschman, la democracia se forja y revitaliza a través de una «una *dieta de conflictos* que necesita atención y que la sociedad aprende a manejar». Éste ha sido siempre el papel de los movimientos sociales: hacer posibles otros mundos, ensanchando las posibilidades reales de elección social. Es decir, expandiendo —como afirma Amartya Sen— «las capacidades humanas que permiten llevar una vida más libre que merezca la pena». Su obra, como la de Albert Hirschman, resulta de gran ayuda para batallar desde el interior del pensamiento económico contra «el progresivo empobrecimiento del concepto dominante de naturaleza humana», y para comprender que además de los intereses individuales la construcción de identidades sociales y proyectos colectivos también cuenta. Al definir el desarrollo como liberación —«la eliminación del déficit de libertades fundamentales respecto al nivel que pueden alcanzar»—, y al entender la libertad individual como resultado de un compromiso social cambiante que la hace posible, el planteamiento de Amartya Sen muestra también que:

Las ideas de justicia no son ajenas a los seres sociales, que se preocupan por sus propios intereses pero que también son capaces de pensar en los

miembros de su familia, en sus vecinos, en sus conciudadanos y en otras personas del mundo.

Aunque todo eso esté dicho desde una tradición distinta a la de Sacristán, es importante subrayar que en la forma de plantear ambos el desarrollo humano como libertad, o la libertad como desarrollo humano, subyace también un rechazo común a la visión reductivamente economicista de la conducta humana, hoy tan al uso entre economistas convencionales como antaño entre marxistas ortodoxos. Para Manuel Sacristán «el marxismo no postula la determinación de la humanidad por factores económicos, sino que la descubre y aspira a terminar con ella». [...] «Lo político-moral es siempre decisivo, lo económico es lo básico». Sólo lo básico. Considerar como único criterio de libertad y racionalidad la elección individual mercantil de un homo economicus abstracto, aislado de los demás, y desencarnado de cualquier naturaleza biológica, psicológica o social, supone cerrar literalmente la puerta a la ética y la política.

Kant definió el principio de una moralidad racional con su «imperativo categórico»: obra de tal modo que la máxima de tu acción pueda ser ley general de la conducta de todos los hombres. El principio de la maximización del beneficio es precisamente todo lo contrario del imperativo categórico: es algo que no podría universalizarse sin dejar de tener sentido.

### **Sostenibilidades**

Eso es particularmente importante cuando se admite que el desarrollo humano no sólo se construye con los bienes y servicios a los que cada cual pueda acceder en la esfera económica, a través del intercambio mercantil o el acceso a bienes y servicios públicos, sino que se sustenta también en el trabajo doméstico no remunerado realizado mayoritariamente por mujeres, y en los recursos naturales o los servicios ambientales básicos de los ecosistemas que sostienen el metabolismo social en su conjunto. El problema de la *sostenibilidad* del desarrollo humano obliga a ampliar mucho más el campo de observación, subrayando la importancia del comportamiento de cada cual y los valores que lo inspiran. En el esfuerzo por recuperar sus atisbos ecológicos, Manuel Sacristán ya subrayaba aquellos textos en los que Marx daba por seguro que el capitalismo «habrá destruido previamente las condiciones puramente espontáneas del intercambio entre la especie humana y la naturaleza», y donde postulaba que, en consecuencia, sería «necesario ‘producir sistemáticamente ese intercambio como ley reguladora de la producción social y en una forma adecuada al pleno desarrollo humano’».

Es realmente notable que Marx ya hubiera comprendido y planteado eso: que el desarrollo humano se sustenta en un intercambio metabólico de la sociedad con los ecosistemas de la Tierra, y que, por tanto —en palabras de Manuel Sacristán—, «el ideal del dominio de las necesidades de los consumidores sobre la producción [...] es un objetivo fundamental del socialismo». Del mismo modo que la noción de *desarrollo humano* ha rebrotado en otros lugares y otras tradiciones de pensamiento —incluido el mismísimo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo—, también hay ahora por lo menos cuatro núcleos de la nueva Ilustración socioambiental que ya trabajan de forma concreta, operativa, con el concepto de *metabolismo social*: el grupo articulado por el químico y economista Robert Ayres, pionero en los Estados Unidos de las investigaciones en ecología industrial; el grupo alemán articulado alrededor del Wuppertal Institut, proponente del «factor diez» como objetivo de reducción en el requerimiento material de productos y servicios, integrado por ingenieros y economistas como Friedrich Schmidt-Bleek y Joachim Spangenberg, entre otros; el grupo austríaco integrado por científicos sociales, y biólogos alrededor de Marina Fischer-Kowalski y Helmut Haberl; y el grupo canadiense de los geógrafos Mathis Wackernagel y William Rees que han puesto en circulación las ideas de «huella ecológica» y «déficit ecológico» (las cuales, a su vez, han sido recogidas por distintos centros latinoamericanos y asiáticos vinculados a las redes del Tercer Mundo que promueven campañas contra la deuda externa desde los planteamientos de «justicia ambiental» y «deuda ecológica»).

Ese es otro aspecto fundamental que pone de manifiesto la capacidad anticipatoria de Manuel Sacristán. Sin embargo, y mientras rescataba los atisbos ecológicos de los clásicos del marxismo, Sacristán también discrepaba abiertamente del propio Marx en su teleologismo hegeliano según el cual habría que esperar a que el capitalismo ultimara la tarea destructora de la naturaleza para fundar después una nueva sociedad de iguales reconciliada con ella. ¿Qué «comunidades amigas de la Tierra» —preguntaba Sacristán— podrían fundarse sobre «un ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radiactivo»? Hay que luchar primero para evitar a toda costa una devastación ecológica irreversible a escala humana, si queremos que exista la posibilidad misma de organizar conscientemente una sociedad justa capaz de mantener un metabolismo sostenible con la naturaleza. Es decir, para que haya alguna posibilidad socialista o comunista. De donde concluía que:

En la izquierda hay que volver a pensar muchas cosas, no sólo por lo que hace a aspectos como el trabajo y el consumo, la pobreza y la riqueza, sino también respecto a las raíces de la vida social y la perspectiva de la supervivencia.

En una comunicación a unas jornadas organizadas por Amigos de la Tierra en 1979 el propio Sacristán resumió en seis los puntos que consideraba prioritario revisar. En mi opinión siguen teniendo plena vigencia, a pesar del tiempo transcurrido:

1. «La principal conversión que los condicionamientos ecológicos proponen al pensamiento revolucionario consiste en abandonar la espera del Juicio Final, el utopismo, la escatología, deshacerse del milenarismo. Milenarismo es creer que la Revolución Social es la plenitud de los tiempos, un evento a partir del cual quedarán resueltas todas las tensiones entre las personas, y entre éstas y la naturaleza, porque podrán obrar entonces sin obstáculo las leyes objetivas del ser, buenas en sí mismas, pero hasta ahora deformadas por la pecaminosidad de la sociedad injusta. La actitud escatológica se encuentra en todas las corrientes de la izquierda revolucionaria. [...] Hemos de ver que somos biológicamente la especie de la hybris, del pecado original, la especie exagerada.»
2. «Para superar la utopía escatológica hay que revisar la comprensión que se tenía del papel de los procesos objetivos de la sociedad en el logro de la perspectiva revolucionaria. Ese papel parece hoy más problemático que nunca.»
3. «La nueva estimación, que se impone, del juego de las fuerzas sociales objetivas en el proceso revolucionario acarrea una valoración más discriminada y más integral del agente, del sujeto del proceso. [...] A juzgar por la complicación de la tarea fundamental descrita, la operación del agente revolucionario tendrá que describirse de un modo mucho menos fáustico y más inspirado en normas de conducta de tradición arcaica. Tan arcaica, que se puede resumir en una de las sentencias de Delfos: ‘De nada en demasía’. La verdad es que no tienen menor antigüedad las sentencias de la insaciabilidad. Pero éstas estaban más presentes en el movimiento revolucionario moderno (‘Sed realistas, quered lo imposible’, se repitió en mayo de 1968), de modo que si esta reflexión no está completamente equivocada, deberemos proponernos la inversión de algunos valores de la tradición revolucionaria moderna.»
4. [...] «La revisión necesaria de la concepción del sujeto revolucionario en las sociedades industriales tendrá que basar la conciencia de clase trabajadora no exclusivamente en la negatividad que una parte de la clase ha superado en esos países, con sus luchas y con la evolución del sistema, sino también en la positividad de su condición sustentadora de la especie, conservadora de la vida, órgano imprescindible del metabolismo de la sociedad con la naturaleza. [A lo que debemos añadir ahora sin falta:

incluyendo también, y de un modo fundamental, las tareas de cuidado en la esfera doméstica mayoritariamente sostenidas por mujeres. Éste fue el punto nodal de la reflexión de Giulia Adinolfi en sus notas casi coetáneas «sobre ‘subculturas femeninas’», y «sobre el trabajo doméstico», también publicadas en la revista mientras tanto].

5. [...] «La falsa salida reformista parece beneficiarse de la necesidad de abandonar la dialéctica mefistofélica de la pura negatividad, del ‘cuanto peor, tanto mejor’, para propugnar una ética revolucionaria de la cordura. Pero eso es sólo apariencia falsa, suscitada por la vaguedad de una descripción muy general. En la concreción de la vida, la lucha por la cordura tiene que ser tan revolucionaria radical como la lucha por la justicia y la libertad. No es posible conseguir mediante reformas que se convierta en amigo de la Tierra un sistema cuya dinámica esencial es la deprecación creciente e irreversible.»
6. [...] «La línea de conducta más racional para el movimiento revolucionario consiste en reconocer que es demasiado arriesgado proponerse, al modo de la dialéctica idealista, una deducción inmediata de la solución ecológico-social. En vez de eso, hay que simultanear dos tipos de práctica revolucionaria» [...]: «el movimiento debe intentar vivir una nueva cotidianidad, sin remitir la revolución de la vida cotidiana a ‘después de la Revolución’, y [...] no debe perder su tradicional visión realista del problema del poder político, en particular del estatal.»

### **Suficiencia, eficiencia, igualdad**

Además de esa revisión básica, una limpieza de fondos por así decirlo, Sacristán señaló otros ejemplos de como «los nuevos problemas que han dado pie a los movimientos ecologistas imponen a menudo revisiones bastante traumatizadoras de ciertos puntos de vista tradicionales en la izquierda». Uno de ellos es la noción de *suficiencia*, el sentido del límite que impone cualquier asunción sería de un desarrollo humano ecológicamente sostenible. Eso que Sacristán llamaba «cordura», y hemos aprendido a llamar después *suficiencia*, obliga en efecto a poner en cuestión:

El ideal de simple y universal democratización de los bienes presentes en la vida cotidiana, si se entiende la democratización como goce irrestricto. [...] Desde el momento en que se ha democratizado el acceso a la Costa Brava catalana, por ejemplo, lo que era un disfrute paradisíaco se ha convertido en la estúpida estancia en un ruidoso paisaje de cemento. [...] Los izquierdistas tradicionales se fijan sólo [...] en que todavía queda

mucha gente que no puede pasar unas vacaciones en la Costa Brava. Los verdes puros se fijan sólo en que ya no vale la pena conseguir esas vacaciones. Se trata de dos puntos de vista manifiestamente unilaterales, que no conseguirán resolver los problemas.

Para superar el dilema entre *igualdad* y *suficiencia* hay que combinar, por así decirlo, justicia social con justicia ambiental (que no es otra cosa que un criterio ampliado de igualdad que incluya a las generaciones futuras). Ese es uno de los mejores ejemplos de aquella inversión de los valores tradicionales de la izquierda que anunciaba Sacristán. Resulta sencillamente insostenible cualquier criterio de equidad que conduzca a la degradación del medio ambiente común, por ignorancia o abstracción del impacto ambiental que arrastra tras de sí la satisfacción de cualquier necesidad humana. Lo que necesitamos es otra noción inversa y mucho más radical de igualdad, como la siguiente: no puede sostenerse el criterio de equidad intergeneracional negando, a la vez, la igualdad intrageneracional en el acceso a los bienes básicos que permiten el desarrollo humano (o lo cercenan). Cuanto más nítidamente situemos un sentido del límite en el horizonte cultural de nuestra generación, más radical deberá ser la actuación en el presente para reducir las desigualdades.

Si hay que revisar los valores de abundancia y superabundancia, entonces habrá también que revisar el valor desigualdad. Sería una relación directa. Al que habla de austeridad habría que responderle exigiendo igualdad desde una perspectiva radical y no de beneficencia o caridad.

Manuel Sacristán sólo vivió los primeros balbuceos de eso que he llamado nueva Ilustración ambiental, ni pudo conocer el abanico cada vez mayor de tecnologías, sistemas o productos nuevos propuestos y diseñados por la red ilustrada de científicos y técnicos para aumentar la *ecoeficiencia* del sistema económico, reduciendo el impacto ambiental por unidad de producto o servicio. Sin embargo ya estuvo muy atento a los primeros esbozos realizados entonces de planes energéticos alternativos, por ejemplo. Su aprecio por los instrumentos o los caminos practicables que permitieran avanzar hacia un metabolismo social menos insostenible le llevó a afirmar también que:

Los problemas de política ecológica no son ideológicos ni se deben a una añoranza esteticista: son problemas pragmáticos». [...] «No hay antagonismo entre tecnología (en el sentido de técnicas de base científico-teórica) y ecologismo, sino entre tecnologías destructoras de las condiciones de vida de nuestra especie y tecnologías favorables a largo plazo a ésta. Creo que así hay que plantear las cosas, no con una mala mística de la naturaleza. [...] No se trata de adorar ignorantemente a una naturaleza

supuestamente inmutable y pura, buena en sí, sino de evitar que se vuelva invivible para nuestra especie».

Lo cual nada tenía que ver con alguna utópica resolución ilustrada de la crisis ecológica por medios puramente tecnológicos, claro está. Para Sacristán era casi una obviedad que «un cambio radical de tecnología es un cambio de modo de producción y, por lo tanto, de consumo, es decir, una revolución; y que por primera vez en la historia que conocemos hay que promover ese cambio tecnológico revolucionario consciente e intencionadamente». Lo que finalmente conduce a la decisiva cuestión del control democrático de las tecnologías, que además de exigir como requisitos previos el derecho a la información y el respeto escrupuloso del principio de precaución —dos ingredientes básicos del programa de democracia radical *otromundista*—, desemboca en las dos preguntas ecosocialistas por excelencia: ¿quién controla las decisiones inversión? ¿por qué las reglas democráticas se detienen a las puertas de la empresa privada, y no llegan nunca hasta el puesto de trabajo?

### Otro socialismo

Así termina el ecólogo Barry Commoner su propuesta para hacer las paces con el planeta:

La base tecnológica para la transformación de los actuales sistemas de producción en otros ecológicamente adecuados está disponible en gran parte. Sin embargo, la mera existencia de las tecnologías dista mucho de ser suficiente. Mucho depende de cómo se utilicen. [...] La pregunta básica es, pues, la siguiente: ¿Hasta qué punto la elección de las tecnologías de producción debería estar determinada por consideraciones privadas, generalmente a corto plazo, tales como la maximización de los beneficios, y hasta qué punto por preocupaciones sociales a largo plazo, tales como la calidad ambiental?

Manuel Sacristán conocía y apreciaba muchísimo la obra de Commoner, y solía plantear lo mismo con su propia manera marxista de decirlo: las condiciones materiales, puramente *objetivas*, para el socialismo «están ya tan maduras que amenazan con pudrirse».

Por eso la barrera principal se encuentra en el otro lado, el de las condiciones *subjetivas* morales y políticas. Si, como afirma Commoner, los movimientos ecologistas contemporáneos son portadores de una nueva democracia ambiental, la plena realización de su impulso democratizador debe aspirar a convertirse también en democracia económica:

La historia reciente constituye una poderosa garantía de que el impulso democrático común puede ser traducido a formas nuevas y prácticas. Viendo en un momento de la historia como éste, sería insensato —y de hecho indigno— por nuestra parte descartar como una ilusión la idea que la democracia ambiental y económica puede hacerse realidad poniendo en práctica el control social de la producción. [...] Hoy podemos ver que tanto nuestro ataque suicida contra la naturaleza como las guerras y amenazas de guerras que han sumergido al mundo en la miseria tienen un origen común: el fracaso, tanto en los países capitalistas como en los socialistas, en comenzar un nuevo capítulo histórico hacia una democracia que comprenda no sólo la libertad personal y política, sino también las decisiones germinales que determinan cómo viviremos nosotros y el planeta.

Quienes tras el derrumbe de la Unión Soviética han seguido razonando propuestas económicas de socialismo factibles, tanto si provienen de la tradición marxista —por ejemplo, Jon Elster, John Roemer, David Schweickart o Alain Lipietz— como de otros enfoques —Alec Nove o Robert Dahl— han abandonado ya las viejas confusiones entre socialismo y estatalización, o entre capitalismo y mercado. El socialismo (o el cooperativismo en ciertos autores) se identifica otra vez con democracia económica. De modo que el debate sobre sistemas económicos alternativos vuelve a la encrucijada de los años veinte y treinta del siglo pasado, cuando se abrió por primera vez la discusión sobre la viabilidad económica del socialismo entre autores como Mises, Hayek, Lange, Taylor, Dobb o Neurath. Aquel debate quedó cortado de raíz por el stalinismo y la guerra fría. Pero las nuevas propuestas de democratización económica auspiciadas por el crisol *otromundista* pueden ayudar a reabrirlo de nuevo, y a focalizarlo allí donde siempre debería haber estado: el problema del control social de las decisiones de inversión, y el problema de la democracia en el puesto de trabajo.

### **Un principio de esperanza**

Por recorridos distintos, éstas y otras aproximaciones que buscan atajar con mirada limpia los males sociales de nuestro tiempo parecen conducir, todas ellas, hacia una salida común basada en la reanudación del proceso histórico de democratización desde una visión radical de la democracia misma. Como si tras la resaca de la dialéctica hegeliana, que condujo a tantos marxistas a confiar a ciegas en «el crecimiento de las fuerzas productivas» como motor del cambio, estuviéramos recuperando la noción socrática primigenia de la dialéctica como debate, como diálogo abierto. Es probable que mucha gente considere que éste, el procedimiento democrático radical, es un principio de

esperanza muy débil. Y lo es. Digámoslo claramente: es tan débil como nosotros y nosotras mismas. Porque lo que estamos descubriendo es que para transformar la realidad no existe otra palanca real que la fuerza de voluntad. Como dijo Sacristán, una vez nos hemos desprendido de «la confianza en el carácter benéfico de los procesos sociales objetivos» la moraleja es clara: «mejor no fiarse e intentar alterar el proceso con la voluntad del movimiento». No existe otro fulcro para transformar la realidad.

Ésta es una cuestión decisiva, y también una de las más peliagudas entre las que no sólo permanecen irresueltas sino incluso sin reformular con claridad: la noción misma de revolución. En sus últimos años Manuel Sacristán insistía en no perder la «tradicional visión realista del problema del poder político», consideraba imposible que pudiera conseguirse «mediante reformas que se convierta en amigo de la Tierra un sistema cuya dinámica esencial es la depredación», y proponía luchar por la cordura desde un planteamiento radicalmente revolucionario. Pero no consideró necesario, en aquellas condiciones, encarar directamente esta pregunta: ¿de qué revolución se trata? Su revisión a fondo de la tradición marxista desembocaba en algo parecido a un esbozo de respuesta. Deberá tratarse de una revolución que 1) no se conciba escatológicamente como «un evento a partir del cual quedarán resueltas todas las tensiones entre las personas, y entre éstas y la naturaleza»; 2) no consista en «la toma del poder mediante la eficaz acción de grandes organizaciones dedicadas a eso», porque ‘eso’ ya sabemos que «ha dado un saldo que no podemos considerar positivo»; y 3) emplee medios no violentos, coherentes con el pacifismo de quienes se niegan a matar aunque no a morir.

Son tres bosquejos iniciales de mucho interés, pero con una formulación puramente negativa. Encontrar a partir de ahí respuestas afirmativas más claras es una tarea pendiente, que deberemos encarar en la medida que el desarrollo de la misma práctica de la red de movimientos *otromundistas* lo requiera. Me parece, sin embargo, que el desbroce preliminar de Sacristán ya invita a explorar dos líneas que apuntan en una misma dirección: profundizar en el trabajo *molecular*, y en la fuerza no violenta de la desobediencia. Una vez más el elemento común a las dos es la importancia de las actitudes individuales, de los comportamientos inspirados en valores: lo que la tradición marxista llamaba, de forma bastante retorcida, *factor subjetivo*. Si el último Sacristán insistía tanto en la idea de *conversión* era sin duda por eso. Y por eso es tan importante dirigir la atención hacia los procesos sociales que conforman nuestros objetivos y valores. «Hay que cambiar los objetivos, los valores. El valor no es ya producción de bienes, sino de vida». Lo cual, más pronto que tarde, exigirá encontrar caminos practicables para salir del capitalismo. Porque «el capitalismo es una adicción insensata a una agitación mental que lleva a la muerte. A la muerte innecesariamente anticipada».

Leer a Sacristán puede ser de gran ayuda en esta tarea, que es preciso encarar con el espíritu de los revolucionarios de verdad: con mucha paciencia. Si la has tenido para llegar hasta aquí espero haber podido mostrar, desde mi propia lectura —y sin pretender en absoluto agotar las posibilidades que ofrece el espiguo en sus textos— que los aforismos de Manuel Sacristán reunidos en este volumen son como un *zip*: esos archivos comprimidos de nuestra era informática que él ya no conoció. Cuando los descomprimes descubres que contienen tela marinera. Por ejemplo éste, que nos servirá de final (o comienzo, como prefieras): «¿Por qué ningún gran pensador se acuerda de la ocupación de barrer o eliminar lo barrido?».

*Barcelona, enero del 2003.*



## El paso de fronteras en el nuevo imperialismo<sup>1</sup>

BOB SUTCLIFFE

En palabras que hoy resultan asombrosamente pertinentes, dos personas que se vieron obligadas a huir de su país a mediados del siglo XIX (actualmente los llamaríamos solicitantes de asilo) escribieron que «mediante su explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo en todos los países».<sup>2</sup> Esta cosmopolitización (o globalización en el lenguaje actual) nunca fue tan continua ni tan completa como ellos habían previsto. A principios del siguiente siglo otros emigrantes, seguidores suyos, sostuvieron que la plena integración del mundo capitalista podía verse frenada por las disputas existentes entre los países industrializados. El imperialismo, visto de esta forma, parecía indicar que la tarea de la globalización quedaba postergada para la sociedad post-capitalista.

Estas tesis parecieron confirmarse en los cincuenta años posteriores, marcados por la guerra, el proteccionismo y una profunda crisis económica, hasta que, a mitad del siglo veinte, se dieron señales de que volvía el capitalismo cosmopolita. La globalización es sobre todo la característica del capitalismo actual, lo que lleva a algunos a considerar que hay un nuevo imperialismo, o, incluso que el imperialismo ha sido reemplazado por otra cosa (por ejemplo, por el «post-imperialismo» o por el «Imperio»).

---

1. Este escrito se publicó originalmente en Leo Panitch and Colin Leys (edit.), *Socialist Register 2004: the New Imperial Challenge*, London: Merlin Press 2003. El autor agradece los comentarios de Andrew Glyn.

2. Karl Marx y Frederick Engels, *El manifiesto comunista* 1848.

El carácter novedoso de la situación actual es, sin embargo, discutible. Cuando se trata de caracterizar un nuevo período, existe la tentación de considerar que todo ha cambiado y que se da paso a una nueva época cualitativamente diferente. Pero suele ser más correcto considerar que lo que realmente sucede es que estamos ante nuevas combinaciones de cosas ya conocidas. La mayoría de las características globales o internacionales de la explotación capitalista han estado siempre presentes a lo largo de su vida. Son las formas específicas que adoptan estas características las que cambian y fluctúan. En otras palabras, en un sentido amplio el imperialismo precedió y ha sobrevivido al Imperialismo en sentido estricto. Como mínimo, cuatro de los elementos considerados básicos por la vieja tradición socialista mantienen hoy en día su pertinencia: la rivalidad económica y, ocasionalmente, el conflicto político entre los estados capitalistas desarrollados, así como las condiciones bajo las que cooperan entre sí; la polarización global del poder y la renta que se produce entre la minoría de estados desarrollados y el resto, así como la persistencia de la división del trabajo entre ellos; la expansión depredadora de las relaciones de producción capitalistas con el fin de integrar los territorios y actividades no capitalistas; y el conflicto cultural global. La combinación de cambios seculares y cíclicos de estas cuatro dimensiones hace que las características internacionales del capitalismo evolucionen de un período a otro creando nuevas combinaciones, más que generar épocas cualitativamente diferentes. Los trazos más sobresalientes del período actual pueden parecer novedosos desde una perspectiva de corto plazo, pero resultan viejos conocidos desde una visión de largo plazo.

### **La nueva globalización**

Más específicamente, las economías capitalistas están sin duda más integradas económicamente en comercio, inversión y finanzas, en la actualidad que en 1950; pero es mucho más dudoso que estén más fuertemente integradas que en 1900.<sup>3</sup> La hegemonía es otra característica que parece haber reaparecido. Desde 1950 nos hemos acostumbrado a considerar a los Estados Unidos como un poder hegemónico arrollador. En los años ochenta se hablaba de una hegemonía en decadencia. Pero el colapso de la URSS parece haber generado el renacimiento de la hegemonía estadounidense. Si esto es así no puede decirse que se deba únicamente a la economía esa hegemonía. La forma más simple de medir el poder económico relativo de un país es su peso en la producción mundial. En el caso de Estados Unidos este peso descendió del

---

3. Una argumentación detallada en Bob Sutcliffe y Andrew Glyn «Medidas de la globalización y su interpretación errónea», *Mientras tanto*, nº 76, invierno 2000.

27% en 1950 al 22% en 1973, sin que después haya tenido variaciones significativas.<sup>4</sup> El «boom» de la «nueva economía» de finales de los noventa parecía prometer una nueva dominación basada en la supremacía que Estados Unidos tenía en el campo de las nuevas tecnologías. Pero posteriormente se ha puesto en evidencia la fragilidad de esta prosperidad y lo exageradas que eran las expectativas que se habían hecho sobre la economía estadounidense.<sup>5</sup> Si las tendencias de los últimos veinte años se mantienen, los Estados Unidos pueden ser superados como primera economía mundial en el año 2009 por China. Si, por una parte, este país parece ser el más probable rival futuro de los Estados Unidos; por otra, también surgieron dudas sobre su hegemonía durante los preparativos de la invasión de Iraq en 2003 cuando, por primera vez en muchas décadas, un grupo de grandes países desarrollados (con abierto apoyo de Rusia y más limitado de China) osó desafiar abiertamente, aunque de forma limitada, la política exterior estadounidense. Al mismo tiempo, la Unión Europea está adoptando una posición de creciente confrontación con Estados Unidos en materia de comercio y otras cuestiones. Quizás el jactancioso unilateralismo de la Administración Bush se deba en parte a que no posee el grado de hegemonía que otros le atribuyen.

A menudo se considera que detrás de la nueva economía mundial se encuentra el empuje de las grandes multinacionales. También en este campo se exagera su novedad y su tamaño. En 1990 las cien mayores empresas multinacionales (medidas según el valor de sus activos en el exterior) controlaban aproximadamente el 7% de la producción mundial y en 2000 han alcanzado el 7,5%.<sup>6</sup> Algunas cosas sin embargo han cambiado. En 1990 todas las 100 primeras empresas procedían de países desarrollados; en el 2000 se ha reducido el número de empresas de Estados Unidos y Europa entre las cien primeras, al tiempo que aumentaba el peso de las provenientes de países desarrollados más pequeños, y 5 de las empresas pertenecen a países en vías de desarrollo. Esto refleja un hecho más general: la existencia de una nueva dinámica de desarrollo capitalista en determinadas partes del Tercer Mundo, particularmente en Asia y también en algunos puntos de Latinoamérica. Se ha producido un evidente, aunque limitado, desplazamiento de la división del trabajo a favor de un grupo limitado de países en

---

4. Angus Madison, *The world economy: a millennial perspective* Paris: OECD, 2001; World Bank, *World Development Development Indicators*, edición en CD-Rom, Washington DC, 2002. Se trata de mediciones en términos de paridad de poder adquisitivo.

5. Robert Brenner, *The boom and the bubble*. London, Verso 2002.

6. Sutcliffe y Glyn «Medidas de la globalización y su interpretación errónea», *cit.*; UNCTAD, *World Investment Report 1993*, Ginebra: UNCTAD 1993; UNCTAD, *World Investment Report 2002*, Ginebra: UNCTAD 2002.

vías de industrialización (de los cuales China es el más importante y Corea, Taiwan, Hong Kong y Singapur los más desarrollados). Todo ello indica la presencia de cambios importantes, pero que no permiten hablar de un cambio de época.

Hay alguna novedad más que surge en parte de los factores ya mencionados, el hecho de que en la actualidad «los países en vías de desarrollo exportan capital a los países desarrollados»,<sup>7</sup> incluso tomando la restrictiva definición de los flujos de capital que adoptan las instituciones internacionales. Esta afirmación se hace con independencia de los pagos del servicio de la deuda exterior, de la repatriación de beneficios por parte de las multinacionales y del intercambio desigual que han significado, como han sostenido muchos socialistas, que los países pobres siempre han financiado por diversas vías a los países ricos. Durante varios años, los gobiernos y los capitalistas del Tercer Mundo han sido compradores netos de activos financieros (acciones, bonos, cuentas bancarias y de comercio exterior) mientras que, particularmente, Estados Unidos ha incurrido en un endeudamiento equivalente. Desde mitad de los ochenta Estados Unidos ha incurrido en una deuda cada vez mayor. Su creciente exceso de gasto nacional (bienes de consumo importados, inversiones, gasto militar y otros) debe financiarse con ahorro exterior, procedente especialmente de Japón, China y otros países del Este de Asia. Un poder hegemónico creciente y seriamente endeudado con el resto del mundo constituye realmente una novedad cuyas consecuencias aún no se divisan claramente.

### **Las migraciones y la economía mundial**

Para muchas personas las migraciones internacionales constituyen un nuevo componente del actual tipo de imperialismo. La industrialización y la acumulación moderna de capital han provocado un inmenso y universal crecimiento de un tipo de migración, aquella que se produce desde el campo hacia la ciudad, a pesar de que aún hoy en día la población urbana sólo representa aproximadamente la mitad de la humanidad y las actividades relacionadas con el campo constituyen el mayor porcentaje de ocupación (seguidas por el empleo en servicios).<sup>8</sup> Pero la migración masiva de personas entre fronteras no es, como ocurre con otros aspectos de la globalización, algo nuevo en la historia del capitalismo y, menos aún, si contemplamos el conjunto de la

---

7. World Bank, *Global Development Finance 2003* Washington DC: World Bank 2003, p 49.

8. Deon Filmer, *Estimating the world at work*, Background Report for World Bank, World Development Report 1995, Washington DC: World Bank, Office of the Vice President Development Economics, 1995.

historia de la humanidad en la que las migraciones a larga distancia han sido habituales. La emigración forzada, primero de esclavos y después de siervos (*indentured labour*) desde Africa y Asia, así como las grandes migraciones de europeos a América del Norte jugaron un papel básico en la historia de la acumulación de capital y el imperialismo. Ciertamente, las migraciones de las últimas décadas son más variadas en sus formas y más inclusivas en cuanto al número de países implicados que las mayores migraciones de tiempos pasados. La valoración de su tamaño depende de la perspectiva con que se analizan.

Aproximadamente un 2% de la población mundial reside actualmente en países de los que no es ciudadano. El porcentaje puede aumentar al 3% si fuera posible calcular el volumen de población residente en países en los que no ha nacido. ¿Se trata de un porcentaje grande o pequeño? Realmente parece pequeño si se compara con otros indicadores de la globalización. Por ejemplo, los habitantes de cada país consumen como media un 20% de productos de importación. Y el porcentaje de migrantes internacionales ha crecido mucho más lentamente que el peso del comercio internacional en la producción mundial. Mientras prácticamente todos los gobiernos se declaran partidarios de la máxima libertad para los movimientos de bienes, capital y dinero, ningún gobierno ha abierto sus fronteras a las personas, e incluso la mayoría de países de inmigración se esfuerzan en cerrarlas a muchos tipos de inmigrantes. Además, mientras vastas legiones de intelectuales, políticos y burocratas defienden la libertad de comercio y movimientos de capital, y existen organizaciones como el F.M.I. o la O.M.C. dedicadas a conseguir estos objetivos, el número de defensores del libre movimiento de personas es extremadamente limitado y no existe ninguna organización, a menos que se considere a la Organización Internacional del Turismo, dedicada a promoverlo. Algunos de los grandes predicadores de la libertad de comercio y del movimiento de capitales, incluyendo a Milton Friedman y a Gary Becker, explícitamente han rechazado aplicar sus argumentos al movimiento internacional de la fuerza de trabajo.<sup>9</sup> Entre los pilares de la ideología neoliberal, el *Wall Street Journal*, defensor de la eliminación de las fronteras nacionales, constituye la excepción que confirma la regla.

Sin embargo, aun sin quererlo, la creciente integración de la producción y las finanzas internacionales así como numerosos cataclismos políticos han provocado un aumento de las migraciones, voluntarias o forzadas, entre las

---

9. Vernon M. Briggs Jr. «International Migration and Labour Mobility: the receiving countries» en Julien van den Broeck (edit.), *The Economics of Labour Migration*, Cheltenham, Glos and Brookfield, Vt: Edward Elgar, 1996.

fronteras internacionales. Este aumento se debe a la combinación de tres factores. En primer lugar están aquellos que empujan a la gente a abandonar el lugar en el que viven, tales como: la pobreza, el hambre, la guerra, el desempleo, la falta de oportunidades, el peligro físico y la persecución por parte de estados, autoridades religiosas, familiares, maridos u otros. Aunque pueda debatirse si estas circunstancias están aumentado o no, lo cierto es que no escasean. En segundo lugar, están los factores de atracción: el crecimiento económico y la demanda de fuerza de trabajo en otros países y, en muchos casos, el reclutamiento internacional directo por parte de empresas o gobiernos, además de un gran número de sueños y aspiraciones de índole no económica. Y, en tercer lugar, los factores que facilitan las migraciones, como la enorme difusión de información junto con la posibilidad de viajes baratos, diseñados inicialmente para turistas y hombres de negocio pero crecientemente disponibles para los migrantes. La migración tiende a autorreforzarse a medida que se consolidan las comunidades de migrantes y sus descendientes en los países de destino, facilitando la llegada de nuevos migrantes procedentes de sus lugares de origen a los que les facilitan ayuda y aceptación. Estas se convierten frecuentemente en comunidades multinacionales que contienen millones de familias multinacionales cuyos miembros se mueven en flujos de ida y vuelta entre los países de origen y destino. Por último, ha aumentado el número de personas dedicadas a organizar migraciones internacionales, desde los modernos traficantes de esclavos hasta los que simplemente proporcionan servicios como el alquiler de su barca o de su camión, sirven de guías a través de fronteras peligrosas o falsifican documentos.

Ese porcentaje de entre el 2 y el 3% de población que vive fuera de su país de origen no está, obviamente, distribuido de forma aleatoria. Proviene en una mayor proporción de determinados países y grupos y se dirigen mayoritariamente a otros. Unos pocos países, debido a su situación política o económica así como la de sus vecinos, son a la vez lugares de inmigración y de emigración. En los últimos años esta situación se da en Jordania, Somalia, Paraguay, la República Dominicana, Polonia, Burkina Faso, Bolivia, Sudan, Botswana, Corea del Sur, Egipto, Túnez, Iraq e Iran.<sup>10</sup> Pero en general la mayoría son países de inmigración o de emigración. E, incluso, los inmigrantes recientes se concentran a menudo en áreas concretas, especialmente en un número creciente de «ciudades mundiales».<sup>11</sup>

---

10. Bob Sutcliffe, *Nacido en otra parte*, Hegoa, 1998.

11. Saskia Sassen, *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton: Princeton University Press, 2001.

Las teorías del imperialismo han centrado normalmente su atención en la jerarquía entre las naciones, pero algunas la han analizado en el contexto de otros factores, como la clase, el género, el color, la cultura, etc., que constituyen el sistema de jerarquías interrelacionadas propio de las sociedades capitalistas. La migración masiva entre fronteras, en particular desde los países menos desarrollados a los más desarrollados, añade un nuevo elemento de complejidad en la forma de analizar estas cuestiones. De alguna forma estas migraciones tienden a romper la nitidez geográfica de la antigua jerarquía de naciones. Los trabajadores de América Latina que viven y trabajan en Estados Unidos no están geográficamente en el Tercer Mundo, sino que son explotados directamente en el primer mundo, forman parte de su población y hasta es posible que se les reconozca como ciudadanos de pleno derecho. El hecho de que se encuentren en una posición inferior en la jerarquía social se explica menos por su origen nacional y geográfico que por la clase y, quizás, por otros factores como el idioma, el color de su piel o la religión. Sin dudar se mantiene buena parte de su situación anterior: los trabajadores suelen mantener estrecha relación con sus familias, que pueden incluso depender económicamente de ellos. Su posición social puede verse afectada por factores culturales relacionados con su origen nacional, su idioma o su color. Los inmigrantes no son una nueva clase o estrato social, pero se incorporan a su nuevo país de residencia en un contexto de jerarquías múltiples y superpuestas, a la vez que mantienen otra posición en el esquema jerárquico de su país de origen.

### **Características de los principales flujos migratorios.**

Una gran parte de la población migrante mundial está compuesta por migrantes forzosos que huyen del genocidio, la persecución política o las catástrofes económicas. De los 12 millones de personas contabilizadas como refugiados internacionales y solicitantes de asilo por la UNHCR a finales del 2001, la inmensa mayoría estaban (en orden descendente) en Pakistán, Irán, Alemania y Estados Unidos. Ocho países, ninguno de ellos desarrollado, contaban con una proporción de refugiados superior al 2% de su propia población (Armenia, República del Congo, Yugoslavia, Yibuti, Irán, Zambia, Guinea y Tanzania). La proporción en Reino Unido, donde las quejas sobre su presencia son tan estridentes, es sólo del 0,31%, claramente inferior que en Alemania (1,2%), algo inferior que en Irlanda y algo superior que en Francia. La inmensa mayoría de los refugiados no se encuentran en absoluto en los países desarrollados, sino en aquellos países en vías de desarrollo vecinos de los lugares de donde huyen.<sup>12</sup>

---

12. Para más detalles y análisis consultar Stephen Castles «The international politics of forced migration» en Colin Leys y Leo Panitch (edits.), *Socialist Register 2003*.

No existe una diferencia clara entre migración voluntaria y forzada, en la medida que la mayoría de las decisiones de migración se hallan probablemente condicionadas de muchas maneras; aunque también resulta demasiado reduccionista considerar, como hacen algunos, que todas las migraciones son forzadas. Los flujos migratorios de los últimos años han sido en gran parte determinados por decisiones de los propios sujetos. Entre estos flujos se encuentran varios que se producen entre los propios países en vías de desarrollo (por ejemplo, entre Indonesia y Malasia, o entre países de África Occidental) y tres grandes flujos que van de países poco desarrollados hacia países ricos: el primero, hacia países de Europa Occidental, básicamente desde sus antiguas colonias (Caribe, Sur de Asia, Norte de África, África tropical) y de Turquía; el segundo, desde Centro América y, en menor escala, desde Asia Oriental a Estados Unidos; el tercero, desde Asia Occidental y Meridional hacia los países productores de petróleo del Golfo Pérsico y Arabia.

A mediados de los años setenta, los enriquecidos estados petroleros se embarcaron en ambiciosos planes de construcción de infraestructuras, lo que supuso un foco de atracción de trabajadores asiáticos (especialmente del sur de Asia), hasta el punto que en los países pequeños éstos superan a la población nativa. Prácticamente toda la población trabajadora es inmigrante y los nativos se han convertido en una clase rentista. Es una situación muy diferente a la migración a Europa o Estados Unidos. Desde sus inicios los Estados del Golfo se plantearon que fuera una migración temporal, para lo que establecieron un férreo control sobre la vida de estos trabajadores e impidieron el reagrupamiento familiar. Los gobiernos tratan de mantener una separación estricta entre nacionales y trabajadores extranjeros, estos últimos siempre han tenido menos derechos civiles que los primeros por difícil que parezca. Quieren trabajadores, no personas. Sin embargo para algunas regiones de India, Kerala particularmente, este empleo y el flujo financiero que genera es importante y en parte explica la capacidad del estado de Kerala para mantener niveles relativamente elevados de servicios públicos de sanidad y educación, a pesar del débil nivel de desarrollo de la economía local. Es un ejemplo entre otros muchos de cómo las nuevas migraciones pueden generar beneficios económicos al tiempo que nuevas formas de dependencia.<sup>13</sup>

Mientras que las migraciones masivas a Europa y Oriente Medio constituyen una novedad en esta era moderna, no ocurre lo mismo en el caso de Estados

---

13. John Willoughby, 'Ambivalent Anxieties: towards an understanding of the South Asian-Gulf Arab Labor Exchange', borrador 2000.

Unidos o Canadá. Entre 1820 y 1996 entraron en Estados Unidos 63 millones de inmigrantes, y durante los primeros quince años del siglo veinte este flujo representó un aumento del 1% anual de la población, mucho más de lo que representa en la actualidad. La imposición de restricciones tras la Primera Guerra Mundial y el carácter cada vez más racista de las leyes de inmigración, dieron lugar a 50 años de baja inmigración. Tras la abolición de las cuotas racistas de inmigración, en 1965, la inmigración se aceleró, primero proveniente de Centro América, posteriormente de Asia y finalmente de todas partes del mundo. Los dos avispados solicitantes de asilo del siglo diecinueve, citados al principio, vieron claramente cómo la inmigración masiva era una arma de destrucción masiva en manos de las clases dominantes estadounidenses para destruir la hegemonía europea:

En concreto, la inmigración europea permitió a Norteamérica una gigantesca producción agrícola, cuya competencia conmocionó las bases de la propiedad agraria europea, grande y pequeña. Y, al mismo tiempo, permitió a Estados Unidos explotar sus tremendos recursos industriales con una energía y a una escala que en un corto plazo le permitieron romper el monopolio industrial de Europa occidental, y especialmente el británico, y mantener su poder hasta hoy.<sup>14</sup>

A pesar de que la ideología oficial estadounidense se basa en la apertura, abundan los intentos de imponer frenos a la inmigración, aunque generalmente éstos no hayan conseguido imponer sus objetivos. Se mantiene un elevado nivel de inmigración y, dada la relativamente rápida asimilación económica de los inmigrantes, ayuda a mantener el mayor crecimiento de la economía estadounidense frente a sus rivales, como han demostrado alguno de sus defensores.<sup>15</sup> Al igual que en Europa, la inmigración habitual en Estados Unidos se ha convertido en una inmigración muy polarizada, compuesta a la vez de una fuerza de trabajo muy cualificada y otra muy poco cualificada. Desde mitad de los noventa, el gasto dedicado a controlar la inmigración ilegal ha aumentado drásticamente. Ello se refleja en el aumento de los controles fronterizos con México y, tras el ataque al World Trade Center, en la proliferación de medidas de seguridad en puertos y aeropuertos y en detenciones y arrestos masivos de árabes e islámicos. El presupuesto de inmigración de la Administración estadounidense se ha triplicado en el período 1980–2000, pero se estima que en el mismo período también se ha triplicado el

---

14. Karl Marx y Frederick Engels «Prefacio a la edición rusa del Manifiesto Comunista». Disponible en <http://www.anu.edu.au/polsci/marx/classics/manifesto.html>.

15. Julian Simon, *The Economic Consequences of Immigration*, Oxford and Cambridge, Mass.: Blackwell 1989.

número de inmigrantes ilegales residentes en Estados Unidos, que ha pasado de 3 a 9 millones de personas.<sup>16</sup> Y ello a pesar de la intensificación de los controles fronterizos que han hecho mucho más peligrosa la migración y han generado un aumento de los migrantes muertos por hambre, por ahogarse en el cruce de los ríos y por disparos. Las estimaciones de asesinados crecen continuamente desde los 87 de 1996 a los 499 del 2000.<sup>17</sup> Si la historia de Estados Unidos vuelve a repetirse, estos 9 millones de ilegales acabarán siendo amnistiados y los controles de inmigración volverán a estar en el punto de partida, a pesar de que todo esto se pueda ver ahora como algo tan inconsistente como la actual lucha antiterrorista.

Las migraciones a Europa Occidental a partir de 1950 se produjeron por la combinación del colapso del colonialismo y el inicio de la expansión económica de los cincuenta y sesenta. Los esfuerzos, especialmente del Reino Unido y Francia, para convertir los antiguos imperios coloniales en una «Commonwealth o Communauté» dieron lugar a políticas de inmigración y ciudadanía relativamente liberales. Y el fuerte crecimiento económico generó una creciente demanda de mano de obra. Alemania tuvo que improvisar su propio ex-imperio, adoptando a Turquía como su ex-colonia honoraria.

El volumen total de inmigrantes en Europa es difícil de comparar con el de Estados Unidos porque mientras los países europeos contabilizan el número de extranjeros, los estadounidenses incluyen en el cómputo a los nacidos fuera del país, lo que supone un volumen mayor debido a los procesos de nacionalización. Sin embargo, Francia da información de ambas situaciones: aproximadamente un 5% de la población es extranjera mientras que un 10% ha nacido en el exterior. La diferencia es mayor que en la mayoría de países debido a que la tasa de nacionalización es relativamente alta. En Reino Unido, donde la nacionalización es más difícil, el número de extranjeros ronda el 4%; en Alemania, donde la nacionalización de personas no germánicas es aún más difícil, los extranjeros son el 8,9% de la población. En Estados Unidos el 10,9% ha nacido fuera, y quizás un 6% no posee la nacionalidad estadounidense. Por tanto no existen tantas diferencias entre Estados Unidos y Europa Occidental.

Sin duda Estados Unidos tiene una mayor diversidad étnica debido a las primeras migraciones. Sin embargo, tanto en varios países europeos como en Estados Unidos, un determinado origen nacional predomina en la inmigra-

---

16. Philip Martin, *Bordering On Control: combating irregular migration in North America and Europe*, Ginebra: International Organization for Migration, puede consultarse en [www.iom.org](http://www.iom.org).

17. Wayne Cornelius, «Death at the Border: efficacy and unintended consequences of US immigration control policy», *Population and Development Review* 27 (4), December 2001, pp 661-685.

ción reciente. El 13% de la población de Estados Unidos se considera de origen hispano, siendo la mayoría procedentes de México o sus descendientes. El total de personas nacidas en México residentes en Estados Unidos representa un 7% de la población de su país de origen. Ningún país europeo tiene este grado de concentración: el volumen de turcos residentes en Alemania representa el 4% de la población de Turquía y cerca del 3% de la alemana. Un 3% de la población de tres países del Magreb reside en Europa, lo que representa un 2,6% de la población de Francia y porcentajes inferiores en España, Bélgica y Países Bajos.<sup>18</sup> Todos ellos han creado comunidades multinacionales moviéndose una y otra vez entre su país de origen y su país de residencia, como hacen los sudasiáticos y los caribeños en el Reino Unido. Estos datos ofrecen poca información sobre la composición étnica de la población, debido a que muchos inmigrantes son blancos y mucha gente negra se ha nacionalizado y no se contabiliza como extranjera. Y muchos negros están a la vez nacionalizados y han nacido en el país. El censo británico del 2001 mostró que el 9% de la población no era blanca.

Desde finales de los sesenta la política migratoria y la presencia de inmigrantes han ganado importancia en la agenda política en muchos países de Europa Occidental. Políticos y grupos neofascistas, racistas o populistas de derechas han usado la presencia de inmigrantes como el tema central de sus programas y, en varias ocasiones, han conseguido una audiencia importante. Estos grupos han tenido un éxito considerable en presentar la inmigración como un peligro para la población existente y en hacerla responsable de una gran cantidad de males: crímenes violentos, enfermedades, drogas, degradación ambiental, paro, fallos de las políticas sociales, etc. Y aunque la evidencia de que exista una relación entre estos fenómenos y la inmigración es prácticamente inexistente o indique una relación inversa, ello tiene poco efecto. En el Reino Unido fue Enoch Powell en 1968, un momento que retrospectivamente puede considerarse como un punto de inflexión de la política británica, quien estableció la idea de que debía ponerse un límite a la proporción de «ciudadanos de la nueva *commonwealth* y sus descendientes», es decir, los no blancos. Predijo que si no se daba un fuerte giro político, hacia el año 2000 la proporción superaría el 10% y que ello provocaría grandes catástrofes, para cuya ilustración utilizó la expresión que se vería «al río Tiber lleno de espuma con sangre», estableciendo un paralelismo con la caída del imperio romano. Margaret Thatcher, cuando fue primera ministra, redujo ese porcentaje supuestamente crítico. Recientemente el porcentaje ha sido revisado

---

18. Los datos de este párrafo provienen de SOPEMI, *Trends in International Migration 2002 edition*, Paris: OECD.

al alza por alguno de los portavoces de las políticas anti-inmigración, pero la base del razonamiento no ha cambiado. Al menos en el Reino Unido los partidos abiertamente racistas no han prosperado porque la opinión dominante de políticos, medios de comunicación, ideólogos e intelectuales han adoptado versiones más moderadas de la misma fórmula. Ya en 1961 el Partido Laborista abandonó su propuesta de plena libertad de inmigración para todos los ciudadanos de la «Commonwealth». Powell fue apartado del «gobierno en la sombra» de Edward Heath, pero fue el propio Gobierno Heath el que en 1971 aprobó la Commonwealth Immigrants Act. Los laboristas prometieron derogarla pero no lo hicieron mientras ocuparon el gobierno entre 1974 y 1979.

Este cambio en la visión convencional de las políticas de inmigración se aceleró a mitad de los setenta cuando reapareció el paro masivo en Europa tras un largo período de altas tasas de empleo, a pesar de que no existía evidencia alguna de que la inmigración tuviera que ver con el desempleo. Pero los gobiernos eran sensibles a otro razonamiento económico: la idea que la oferta de determinados tipos de trabajadores cualificados, especialmente en los sectores de tecnología avanzada, considerados crecientemente como capital humano, era clave para fomentar el crecimiento y las exportaciones y atraer inversiones extranjeras para hacer frente a la competencia internacional. Esto condujo a apostar por políticas más liberales de inmigración para los trabajadores cualificados, así como para los estudiantes extranjeros a los que se invitaba a permanecer en el país al final de sus estudios. Reino Unido fue el país más activo en este campo y actualmente tiene el mayor porcentaje mundial de estudiantes universitarios extranjeros (cerca de 1 por cada 200 personas). Sin embargo, esta variante de la política migratoria genera cada vez más conflictos: las empresas indias de tecnología de la información denunciaron que sus técnicos padecían una creciente discriminación por parte de las autoridades de inmigración cuando trabajaban con contratos de corta duración en países desarrollados; y tras el 11 de Septiembre los nuevos controles han generado una larga cola de estudiantes que quieren ir a las universidades estadounidenses.<sup>19</sup> Finalmente el colapso de los regímenes comunistas, a principios de los noventa, con el consiguiente endurecimiento de las condiciones de vida, el desorden político y la recuperación de la libertad de emigrar, provocó un rápido aumento de las demandas de asilo provenientes de estos países, especialmente de personas de etnia germana que querían entrar en Alemania.<sup>20</sup> La reciente sustitución de los demandantes de asilo del

---

19. Edward Luce and Khozen Merchant, «Visas and the West's hidden agenda», *Financial Times*, 9 April 2003; Alan Leshner, «America closes the door to scientific progress», *Financial Times*, 30 May 2003.

20. Castles, «International politics...», *cit.*

Este de Europa por demandantes procedentes de otros lugares (como Iraq, Somalia y Zimbabwe) a principios del presente siglo, ha provocado una nueva crisis en la migración europea que se concentra en las cuestiones del derecho de asilo y la inmigración ilegal.

### **Políticas gubernamentales y demandantes de asilo.**

En Europa en los últimos años, los cambios en las políticas migratorias se han producido normalmente de forma repentina y con frecuencia. Ello se debe a varios factores: los gobiernos quieren aumentar algunos tipos de inmigración a la vez que reducir otros; también tratan de contentar a diversos grupos de electores (los que quieren más inmigración y los que quieren menos); descubren que los costosos esfuerzos para reforzar el control policial de las fronteras no son muy eficientes e, incluso, generan efectos contraproducentes, como desanimar a la gente a salir una vez que ha superado las enormes dificultades para entrar; las políticas de ayuda a los países de origen, planteadas como alternativas a la inmigración, también muestran efectos perversos; y, por último, vacilan a la hora de aplicar la fuerte represión requerida, tanto en la frontera como en el interior del país, para conseguir un férreo control de las migraciones.

Actualmente casi todos los países quieren fomentar la inmigración de trabajadores cualificados, tanto porque aportan calificaciones cruciales como porque la abundancia de mano de obra calificada constituye un factor de atracción de las inversiones extranjeras. En los países desarrollados no abundan los inmigrantes no calificados legales, pero algunos sectores de baja productividad como la agricultura dependen de ellos y si se reduce drásticamente su presencia puede generar graves consecuencias en algunas regiones de países como Estados Unidos, España o incluso Reino Unido. Este último ha autorizado recientemente un aumento de la migración temporal de trabajadores agrícolas. Es asimismo difícil de coartar el derecho a inmigrar de los familiares de residentes legales. En algunos países constituyen la mayoría de la migración legal actual. Una estimación aproximada ha calculado que el multiplicador de la inmigración (el número de inmigrantes que llegará siguiendo a un inmigrante legal) es aproximadamente de 1,2, o sea que por cada 100 inmigrantes primarios llegarán 120 inmigrantes en los 10 años siguientes.<sup>21</sup> A largo plazo este componente de la inmigración sólo puede reducirse si se cortan otras formas de inmigración legal; a corto plazo sólo puede reducirse prohibiendo a los inmigrantes vivir con sus familias, lo que violenta los principios ideológicos de

---

21. Douglas Massey et al. «Theories of international migrations: a review and appraisal», *Population and Development Review*, Vol. 19, nº 3, September 1993.

la mayoría de gobiernos occidentales y amenaza con generar graves protestas y desanimar la migración de trabajadores calificados.

Siendo difícil o políticamente no aconsejable reducir estos tres grupos de inmigrantes legales, los ataques a la inmigración se concentran en las dos categorías restantes: demandantes de asilo e inmigrantes ilegales. El derecho de asilo frente a la persecución ha sido (por más que sólo se haya aplicado moderadamente) uno de los derechos definidores del «mundo libre». Fue especialmente utilizado de esta forma durante la Guerra Fría, cuando Occidente estaba seguro de que a pesar de ofrecer el derecho de asilo a los residentes en el mundo sin libertad, sólo unos pocos lo demandarían debido a los estrictos controles de salida que aplicaban los regímenes comunistas. Las demandas de asilo aumentaron con la caída del muro de Berlín, haciendo aumentar aún más de prisa el pánico.<sup>22</sup> Cuando finalmente se superó la crisis, las demandas de asilo se mantuvieron relativamente elevadas, en parte porque otra gente siguió el ejemplo de Europa Oriental. Por ello los países occidentales han tratado de reducir las demandas de asilo sin abolir el propio derecho, algo que cuestionaría su credibilidad de «naciones libres».

Se han intentado varias fórmulas para volver a los buenos tiempos de la Guerra Fría, cuando el derecho a asilo era un principio que pocas veces se ponía en práctica. En primer lugar, ha crecido rápidamente la lista de países de procedencia de los que no se aceptaban peticiones porque se consideraban «libres» y por tanto no cabía que en ellos se dieran persecuciones. Será interesante ver que ocurrirá cuando el Iraq ocupado por los angloamericanos sea considerado «libre» (del 2000 al 2002 fue el país al que se concedieron el mayor número de peticiones de asilo en los países desarrollados). En segundo lugar, se han puesto más dificultades a la petición de asilo. Sin embargo, el intento del gobierno británico de restringir las demandas de asilo a las que se realizan en el momento de entrar al país, de momento, ha fracasado. Tercero, se han endurecido las condiciones de vida de los asilados para desanimar las demandas. Se les prohíbe trabajar, se les recortan las prestaciones monetarias y, en algunos casos, se les mantiene en condiciones de detención mientras se tramitan sus demandas. Cuarto, se acelera el proceso de reconocimiento de las demandas, con el objetivo de que los demandantes descartados estén el menor tiempo posible en el país de asilo. Quinto, ha aumentado la tasa de expulsiones de los demandantes rechazados, aunque la mayoría no han sido deportados. Un porcentaje desconocido marcha por voluntad propia. A pesar de todo, a finales del 2002 todas estas medidas no habían alcanzado el objetivo de reducir las demandas. Particularmente en el Reino Unido, han llegado a niveles nunca alcanzados.

---

22. Castles «International politics...», *cit.*

A la vista de este fracaso puede comprenderse que muchos gobiernos, especialmente europeos, se sientan atraídos por una opción más radical, defendida por el gobierno británico en particular. Según éste no se permite la entrada al país a ningún demandante, sino que se les obliga a presentar su solicitud en un campo de tránsito (oficialmente denominado Centros Internacionales de Tránsito) situado fuera del país. En esta línea el Partido Conservador británico, y su homólogo australiano, propone la selección de pequeñas islas, fáciles de controlar; por su parte el Gobierno laborista ha propuesto países como Albania, que se encuentran fuera de la Unión Europea, y que recibirían de ésta alguna ayuda monetaria por alojar a los demandantes de asilo, para que se convierta en una especie internacional de Group 4 (una empresa británica de seguridad contratada para gestionar algunas cárceles y centros de detención de demandantes de asilo).

De esta forma las demandas se procesarían a distancia. Los demandantes rechazados (que presumiblemente serán la inmensa mayoría, ya que actualmente en Reino Unido lo son el 90%) serían deportados desde las áreas de tránsito a sus países de origen o a cualquier otro país que los aceptara. Los demandantes aceptados serían admitidos en el país de asilo pero se les haría deudores del coste de su estancia en el Centro de Tránsito, una carga impuesta seguramente para disuadirlos de usar la demanda de asilo como forma de entrada.<sup>23</sup>

Si se consigue eliminar a los demandantes de asilo como parte de la población residente, las campañas anti-inmigración se concentrarán en los inmigrantes ilegales. Ello requerirá redadas masivas para localizar, y si es necesario expulsar, a miles de demandantes de asilo rechazados que permanecen en el país (una política recomendada por el Comité de Asuntos Internos de la Cámara de los Comunes) y a otros a los que ha caducado el permiso de residencia o que simplemente han entrado clandestinamente sin papel alguno. Es imposible pensar que esta política puede llevarse a cabo en Europa sin una masiva intromisión policial que afectará por igual a «inocentes» y «culpables». Si no se permite la entrada de nuevos asilados probablemente aumentarán los intentos de entradas ilegales, que sólo puede evitarse con una política de fronteras más contundente. Lo que ya está ocurriendo en los pasos marítimos entre Marruecos y España (incluyendo a las Islas Canarias). La mayor presión ha generado los mismos efectos que los ya mencionados en México. Han aumentado los gastos, sin un aumento substancial de inmigrantes

---

23. Financial Times, «UK Assylum proposals draw mixed response», *Financial Times* 29/30 March 2003; Alan Travis «Blunkett backed on asylum centres», *The Guardian*, 22 April 2003; Theo Veenkamp, Tom Bentley and Alessandra Buonfino, *People Flow: managing migration in a New European Commonwealth*, London: Demos 2003 accesible en [http://www.demos.co.uk/uploadstore/docs/MIGR\\_ft.pdf](http://www.demos.co.uk/uploadstore/docs/MIGR_ft.pdf).

detenidos; ha crecido el volumen estimado de entradas ilegales pero también el número de muertos durante el viaje por ahogo y frío. Los cálculos de la Asociación de Trabajadores Marroquíes en España (ATIME) sitúan el peaje mortal entre España y Marruecos en unas 4000 personas en el período 1997-2001, parecida a las estimaciones de la prensa española.

La guardia de fronteras y la policía portuaria ha sido reforzada y en algunos lugares el Ejército también participa en el control de fronteras. Las fuerzas de la OTAN dan apoyo directo al control de fronteras en Italia y posiblemente en muchos otros sitios. Poco antes de hacerse cargo del mando supremo del Comando Aliado Atlántico de la OTAN en el año 2000, el general William Kernan argumentó en un discurso: «En el futuro nuestra tarea no sólo consistirá en defender las fronteras (de nuestros estados miembros) sino luchar contra la violencia étnica, el crimen internacional y la inmigración ilegal».<sup>24</sup> Un informe reciente, de la Organización Internacional para las Migraciones, estima que los 25 países más ricos «están gastando, probablemente, entre 25 y 30 mil millones de dólares al año en mecanismos de inmigración y asilo»,<sup>25</sup> lo que supone aproximadamente dos tercios de su gasto en ayuda al desarrollo y que está creciendo al tiempo mientras la ayuda se contrae.

El freno a la inmigración, justificado con el fin de evitar que la excesiva diversidad étnica y cultural afecte al orden nacional, se presenta como un planteamiento conservador orientado a mantener un «statu quo» pacífico. Pero de hecho sólo puede alcanzarse si se realiza una radical transformación del estado, que supondría un recorte de los derechos humanos y daría pie a un estado más represivo, que no sólo afectaría a los inmigrantes. De hecho es una gran equivocación pensar que pueden revolucionarse los transportes y las comunicaciones, que pueden abrirse las fronteras a bienes, capital y dinero, pero no a las personas. De hecho los dirigentes de la Unión Europea son conscientes de ello y en parte han aceptado sus consecuencias al permitir la libertad de movimientos de sus ciudadanos dentro de la Unión. Pero en cambio no parecen serlo los grandes propulsores de la globalización.

Actualmente, los principales países capitalistas compiten por atraer a un tipo de migrantes pero parecen estar unidos en excluir a otros: los demandantes de asilo y la mayoría de trabajadores no calificados, en particular los inmigrantes ilegales. Sin embargo, no está claro que consigan establecer una estrategia común contra la inmigración no deseada basada en el recurso de

---

24. Statewatch, Statewatch News on Line, September 2000, disponible en [www.statewatch.org/news/sept00/06nato.htm](http://www.statewatch.org/news/sept00/06nato.htm)

25. Martin «Bordering on Control...»

una alianza cada vez más dividida, como es la OTAN. El enfrentamiento del Reino Unido y Francia por el campo de refugiados de Sangatte,<sup>26</sup> a pesar del acuerdo alcanzado, es una muestra de los problemas que van a afrontar. Una política más estricta de control de las migraciones es inconcebible sin una mayor represión estatal y la consiguiente pérdida de derechos civiles.

### **Migraciones y redistribución**

La distribución de la renta entre los diferentes países es más desigual actualmente que a finales del siglo XIX.<sup>27</sup> Incluso se ha producido una limitada redistribución entre los países desarrollados; a escala mundial ha sido insignificante. La ayuda oficial al desarrollo ha caído al insignificante nivel del 0,2% de la renta nacional de los países desarrollados. El monto que el presidente Bush ha conseguido para financiar los seis primeros meses de invasión de Iraq en 2003 representa unas ocho veces la ayuda oficial estadounidense al resto del mundo en un año. El proteccionismo y el dumping continúan afectando a los países pobres productores de materias primas, y muchos países están asfixiados por los pagos de un inmenso servicio de la deuda, a menudo generada por créditos que han ido a parar a las cuentas en bancos extranjeros de sus propias clases privilegiadas o que se han gastado en financiar la represión estatal. Con la única excepción de los países nórdicos, no existe evidencia que los países más ricos consideren seriamente la extrema desigualdad mundial. Es natural que muchos ciudadanos de los países pobres vean la migración, temporal o permanente, a los países ricos como una forma de redistribución de la renta mediante la acción individual.

Si, en las condiciones actuales, el crédito, la ayuda y el comercio constituyen, en el mejor de los casos, un medio muy limitado para impulsar el desarrollo de los países pobres, los potenciales efectos positivos de la migración desde los países pobres a los ricos también constituyen, por diversos factores, un medio limitado para promover la igualdad mundial. En primer lugar, no existe una correlación directa entre pobreza y éxito migratorio. Ni son los países más pobres los que generan más emigrantes, ni éstos provienen habitualmente de las clases más deprimidas. La gente más necesitada que podría benefi-

---

26. Sangatte, cerca de Calais, era un centro de recepción temporal de demandantes de asilo. El gobierno británico objetó su existencia alegando que su proximidad al túnel del Canal de la Mancha facilitaba la entrada ilegal en Reino Unido. Después de una larga disputa entre el gobierno británico y el francés, se cerró en diciembre del 2002. A una pequeña parte de sus habitantes se les ofreció residencia en Reino Unido y la mayoría fueron repartidos en otros puntos de Francia.

27. Bob Sutcliffe, «¿Un mundo más o menos desigual? Distribución de la renta mundial en el siglo XX», *Cuadernos de Trabajo*, Bilbao: Hegoa 2003.

ciarse de la migración no puede hacerlo por el alto coste de la misma, el cual aumenta considerablemente por las leyes y las políticas anti-inmigración de los países ricos. Esta situación empeorará por las nuevas líneas de política migratoria descritas anteriormente.

A pesar de ello, millones de personas provenientes de países pobres han sido capaces de mejorar su situación y la de sus familias gracias a la emigración. Hay, asimismo, evidencia de que han contribuido a mejorar la situación de su país de origen, en cuanto que la disponibilidad de divisas aumenta la capacidad de pagos externos, el aumento de la cualificación de la fuerza de trabajo cuando vuelven a su país, el aumento de los salarios en los países de origen y a través de las transferencias de una parte de sus ingresos. Alguno de estos efectos tienen su reflejo estadístico, como el continuo crecimiento del flujo de remesas de dinero que va de los países ricos a los países de origen. En el año 2000 el volumen total de remesas estimado por el Banco Mundial alcanzó los 80 mil millones de dólares (y con toda seguridad es una cifra subestimada), de la cual una cuarta parte fue a parar a India y México, mientras que un tercio salía de Estados Unidos. Ello supone que las decisiones individuales de los emigrantes consiguen transferir muchos más dinero a los países pobres que toda la ayuda de los países más ricos (incluyendo la ayuda multilateral) que durante bastantes años se sitúa en torno a los 50 mil millones de dólares (claramente sobreestimada). En el caso de Estados Unidos se estima que las remesas son 2,5 veces el nivel de la ayuda al desarrollo. A pesar de que la distribución de las remesas es un reflejo de la posición económica de los que pueden efectivamente emigrar, está sin duda mucho mejor distribuida que la ayuda al desarrollo, que en gran parte se pierde por la corrupción y la ineficacia burocrática. La eliminación de las remesas de emigrantes sería mucho más catastrófica que la eliminación de la ayuda oficial al desarrollo.

Los gobiernos europeos y la Unión Europea han estado jugando con la idea de usar la ayuda al desarrollo como un antídoto a la inmigración: la ayuda se concentraría en aquellas áreas que generan un elevado porcentaje de migrantes en proyectos orientados a frenar las migraciones, tanto porque abrirían oportunidades alternativas de progreso como porque se utilizarían para desplazar el control de la emigración en el país de origen. En la práctica la idea no ha funcionado, en parte debido a que los gobiernos del Tercer Mundo están satisfechos con la emigración, tanto porque reduce determinadas presiones como por la expectativa de futuras remesas, y en parte porque, como han sugerido diversos estudios, el efecto de la ayuda sobre la migración puede resultar contradictorio. La ayuda entre dos países, al igual que el comercio o las inversiones extranjeras, sirve para aumentar el conocimiento de las oportunidades existentes en los países

más ricos, para realizar contactos que facilitan las redes migratorias y para obtener recursos para financiar la migración. Ya hace años que Estados Unidos renunció a la idea de cambiar ayuda por migración y esto explica en parte lo reducido de su presupuesto de ayuda.<sup>28</sup> El empeño europeo en aumentar los controles fronterizos sugiere que la Unión Europea ha llegado a conclusiones parecidas.

Teóricamente puede preverse que los efectos positivos de la distribución entre países pueden ser neutralizados por los efectos negativos de un aumento de inmigrantes en los países desarrollados. Los efectos sobre el empleo y los salarios de la inmigración han sido ampliamente estudiados por los economistas pero, de momento, no se ha alcanzado un consenso. Una evaluación cuidadosa de estos estudios concluye que «la acumulación de investigaciones empíricas sobre los impactos económicos de la inmigración ha producido múltiples y variados resultados, pero no parece encontrarse ninguna evidencia consistente sobre la generación de importantes impactos negativos en los niveles de empleo y en los salarios de los trabajadores nativos».<sup>29</sup> La ausencia del efecto esperado se explica a menudo con el argumento de que el mercado laboral no es una unidad simple sino un conjunto de mercados relativamente segmentados. Los efectos de la inmigración pueden sentirse sólo en algunos de estos segmentos, sin afectar al nivel de salarios y el desempleo del conjunto. En particular, muchas comunidades de inmigrantes, una vez han alcanzado un volumen crítico, crean enclaves económicos con sus economías parcialmente separadas del resto de la nación. A menudo los propios inmigrantes padecen discriminaciones cuando tratan de integrarse en la vida económica de los países de destino. Muchos cobran salarios más bajos y tienen mayores niveles de paro que el conjunto de la población, aunque no puede olvidarse que los inmigrantes constituyen cada vez más una categoría bipolar, divididos entre los que están más calificados y los menos calificados que la media nacional, con un peso reducido de las categorías medias. En el Reino Unido, una mayor proporción de los inmigrantes que el de la población activa tiene los más bajos niveles educativos, pero también una mayor proporción de inmigrantes tiene el más alto nivel educativo.<sup>30</sup>

---

28. Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development, *Unauthorized Migration: An Economic Development Response* Washington DC, 1990; Georges Tapinos «La coopération internationale peut-elle constituer une alternative à l'emigration des travailleurs?», *mimeo*, Paris, OECD 1991.

29. Gregory DeFreitas «Immigration, inequality and policy alternatives» en Dean Baker, Gerald Epstein y Robert Pollin (eds), *Globalization and Progressive Economic Policy*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

30. SOPEMI, *Trends, 2002 edition*.

Hay algo que los estudios económicos olvidan. Prácticamente todos analizan el efecto del *número* de inmigrantes sobre los salarios y el empleo. Pocos, o ninguno, han analizado los efectos del *status legal* de los inmigrantes. Cualquiera que sea el impacto del volumen de inmigración, puede asegurarse que la criminalización de una parte de la misma tendrá serios efectos sobre las desigualdades. Obliga a los inmigrantes a pagar sumas elevadas para entrar en los países de destino, les hace víctimas de traficantes criminales o empresarios que los sobre-explotan, les hace particularmente vulnerables a todo tipo de amenazas en el proceso de migración y búsqueda de empleo, les pone en peligro de robos, lesiones o muerte durante el viaje, y les lleva a aceptar empleos no regulados, agotadores, mal pagados o incluso ilegales.

La criminalización no sólo reduce los ingresos de los inmigrantes, sino que amenaza también los salarios y las condiciones de trabajo de los nativos. Nada debilita tanto el poder de negociación del conjunto de la clase obrera como la existencia de una fracción importante que padece peores condiciones, a quien se le niega toda posibilidad de organización por razones legales y que vive con la amenaza continua de ser denunciada por empresarios o rivales. No resulta por tanto evidente que eliminar las barreras a la inmigración tenga efectos negativos sobre salarios y condiciones de trabajo. Y, en cambio, tendría el efecto positivo de facilitar a los trabajadores inmigrantes su participación en las organizaciones del movimiento obrero.

### **Migración contra imperialismo**

La historia de las migraciones es una parte importante de la historia del imperialismo. La expansión del imperialismo estuvo asociada en muchas partes del mundo con la migración forzada de esclavos y siervos por deudas. La destrucción causada por la ocupación imperialista que hizo insostenible la vida en muchas áreas generó nuevas migraciones. Las crecientes desigualdades generadas por el colonialismo crearon, cuando éste llegó a su fin, un gran incentivo a la emigración. La larga serie de alianzas de conveniencia entre los países imperialistas y las dictaduras opresoras en el Tercer Mundo también provocó presiones migratorias. Una elevada proporción de los actuales demandantes de asilo huye de algún gobierno impuesto o consentido por los poderosos de la comunidad internacional. Es imposible negar que la historia del imperialismo ha contribuido a generar las dinámicas de las actuales migraciones.

Las migraciones internacionales a principios del siglo XXI aún están íntimamente conectadas con los mecanismos básicos del imperialismo. La libe-

ralización de la inmigración para los trabajadores altamente cualificados y las empresas transnacionales refleja las necesidades de los protagonistas en el contexto de una exacerbada lucha competitiva entre capitalistas en el seno de una economía imperfectamente globalizada. El endurecimiento de las condiciones de migración para los migrantes pobres y los demandantes de asilo es un reflejo de las tendencias polarizadoras de la economía mundial, sólo parcial y muy inadecuadamente compensada por el creciente flujo de remesas de emigrantes. El continuo crecimiento de la migración, a pesar de las murallas y obstáculos que se le oponen, es sin duda una parte del continuado proceso de mundialización de la economía mercantil. Y la inmigración a menudo conduce a la asimilación cultural y, algunas veces, al empobrecimiento. Sin embargo la inmigración no es sólo una parte del imperialismo, es también un componente de la lucha contra el mismo. La inmigración representa en parte la afirmación de los derechos a participar de la prosperidad por aquellos que las fortalezas tratan de excluir. A menudo la inmigración conduce más a la preservación cultural, a la creatividad y al intercambio que a la destrucción cultural. También permite que los ciudadanos progresistas escapen a la persecución de los dictadores. Y, a pesar de todos los problemas, contribuye en parte a erosionar la destructiva tradición del nacionalismo étnico que ha creado o nutrido la mayoría de los grandes conflictos del siglo pasado.

Las restricciones a la migración van en contra de los intereses de los países pobres y la gente más pobre y, en parte, de los intereses económicos de los trabajadores de los países desarrollados. Ello no quiere decir que la inmigración sin límites sea preferible a un desarrollo mundial más equilibrado o a soluciones más básicas del problema de la desigualdad y la explotación. Pero en el contexto de una economía capitalista mundial sin ninguna preocupación por eliminar la pobreza, la libertad de todos los trabajadores para moverse entre fronteras aumenta la igualdad. Sólo por esta razón es una libertad que el socialismo debe defender.

Sin embargo, no es suficiente afirmar la abolición de fronteras como un principio socialista; especialmente en los países desarrollados, debe buscarse la fórmula para traducirlo en una serie de políticas que puedan obtener el apoyo popular. Este tipo de utopismo práctico debe concentrarse en las leyes de migración y ciudadanía, en las políticas económicas y de bienestar, en el antirracismo y la política exterior.

Desmantelar la alambrada, física y burocrática, que progresivamente están levantando los países ricos permitiría mitigar los problemas de muchos pobres y perseguidos. Pero su bienestar también depende de los derechos a los que acceden una vez pasada la frontera. Si alcanzar los derechos de

que goza la población nativa lleva mucho tiempo, los inmigrantes continuarán padeciendo persecución política y sobreexplotación económica y favoreciendo a debilitar fracciones de la clase obrera local. Los inmigrantes deben tener reconocido el pleno derecho al acceso al empleo, los servicios sociales y las pensiones, el disfrute de la legislación que protege los salarios y la jornada laboral, así como el pleno derecho de organización. Es importante que las organizaciones socialistas y de trabajadores nativos den pleno apoyo a sus demandas y luchen con ellos para conseguirlas. La migración requiere el desarrollo de un tipo de ciudadanía transportable, donde la ciudadanía depende menos de la pertenencia a una comunidad nacional y más de la posesión de unos determinados derechos comunes. Algo que se facilitaría si la ciudadanía formal fuera fácil de adquirir. En los años recientes la tasa de naturalización respecto al porcentaje de la población extranjera estimada no es elevada en ninguna parte: menos del 3% en Alemania, España y Reino Unido, por encima del 7% en Países Bajos y Suecia, y con un porcentaje intermedio en Francia y Estados Unidos. Muchos migrantes necesitan la doble nacionalidad, lo que cada vez resulta más posible (incluso en Estados Unidos), aunque su ritmo de introducción es muy lento.

Imaginar la apertura de fronteras es confrontarse con el estado real del mundo; con sus conflictos, injusticias y desigualdades. Inevitablemente surge el miedo de que la presencia de más inmigrantes se traducirá simplemente en más conflictos en la disputa por un volumen limitado de recursos y puestos de trabajo. La posibilidad de estos conflictos no puede despreciarse. Pero los empleos y los recursos no son cantidades inmutables. Por el contrario, su disponibilidad depende de la política económica, las empresas, los estados y las organizaciones supranacionales. Los problemas económicos que han experimentado muchísimos trabajadores de los países desarrollados los últimos 25 años no son el resultado de la inmigración sino básicamente de las políticas neoliberales de privatización, deflación, «flexibilización» del mercado de trabajo y recortes de los servicios sociales. Se ha centrado la atención en recortar el coste financiero de las políticas sociales en lugar de la adecuación y expansión del gasto social que debe ser complementario al derecho a la inmigración. Naturalmente la inseguridad de las fracciones de la clase obrera local más golpeadas por el neoliberalismo ha sido explotada por la derecha racista. Le ha sido demasiado fácil expandir la idea de que son los inmigrantes los responsables del endurecimiento económico. Los gobiernos responsables de estas políticas han permitido tácitamente que se hiciera esta conexión, o, a veces, la han propugnado explícitamente. Lo que debía haber sido un conflicto sobre política económica, cuyo centro se halla en las cuestiones de clase, se ha convertido en un debate sobre políticas de inmigración, con la

raza y la nacionalidad en el centro.<sup>31</sup> A pesar de la globalización, los gobiernos aún tienen un amplio margen de maniobra con las políticas económicas para evitar que un aumento de la inmigración no ponga en peligro puestos de trabajo, servicios públicos, viviendas y medio ambiente.

No es obligatorio que la inmigración masiva de personas de otro grupo étnico o nacional o de otro color de piel se traduzca en más racismo y xenofobia. Tan persistentes como el racismo son los conflictos interétnicos que no están especialmente asociados a la inmigración. También ocurren en comunidades que han vivido juntas durante siglos. Pero actualmente los racistas explotan la inmigración como fuente de conflictos. A pesar de que el racismo no está simplemente determinado por la economía, es evidente que si funciona el empleo y otras políticas económicas muchos de los típicos argumentos racistas dejan de funcionar. Pero no puede pensarse que el racismo y la xenofobia pueden ser derrotados sin atacarlos directamente con argumentos políticos y éticos. No puede permitirse que las políticas de inmigración estén regidas por el miedo al conflicto, generado oportunistamente y no fundamentado en reales diferencias de intereses.

Muchas de las situaciones que provocan las migraciones forzadas y las necesidades de asilo están directa o indirectamente provocadas por las políticas exteriores de los países que tratan enérgicamente de excluir a los inmigrantes. La eliminación del apoyo a las tiranías y a las políticas económicas que aumentan las desigualdades y obstruyen el desarrollo de los países pobres reduciría las presiones migratorias en muchos países. Aunque para los socialistas debe quedar claro que el objetivo de las políticas exteriores no es reducir las migraciones. Algunos de los defensores de aumentar la ayuda internacional han utilizado este argumento, aceptando tácitamente los prejuicios anti-inmigración. Una política exterior menos imperialista crearía menos migrantes forzados. Pero quizás esta política menos imperialista que diera apoyo a sociedades más democráticas, con una mejor relación económica con el resto del mundo, con mayores oportunidades de educación y conocimiento también generaría más migración voluntaria. Hay buenas razones para que los socialistas defiendan una masiva transferencia de recursos a los países pobres (aunque no en lo que hoy se considera ayuda al desarrollo), pero éstas deben defenderse por sus propios méritos, con independencia del efecto que tengan sobre el volumen de migraciones.

---

31. Este idea se ha elaborado en dos artículos de *Socialist Register 2003* (Betz y Flecker, Beynon y Kushnik).

A pesar que algunas migraciones reflejan condiciones y situaciones económica y políticamente patológicas, en general la migración no es en sí misma patológica, en contra de lo que plantea la coalición anti-migratoria. Pueden ser un componente de una sociedad cosmopolita sana y vital. En particular se trata de un fenómeno que puede ayudar a la clase obrera mundial a escapar de la camisa de fuerza del nacionalismo en la que siempre le trata de meter la burguesía intermitentemente cosmopolita.

Hay otra razón más próxima que debería llevar a los socialistas a priorizar la resistencia contra los controles de inmigración: la inmigración puede constituir el centro de los debates políticos en Europa, y una cuestión muy importante en otras partes. La oposición a la inmigración es el tema central de la ultraderecha en todos los países europeos; y a pesar de los altibajos ha ido ganando espacio. En los últimos cinco años la extrema derecha anti-inmigración ha alcanzado cuotas básicas de poder en varios países europeos: Austria, Dinamarca, Italia y Países Bajos. Y en Francia el avance del Frente Nacional no ha terminado con la derrota de Le Pen en las elecciones presidenciales. La inmensa mayoría del pensamiento político dominante, de las llamadas centro-derecha y centro-izquierda, rechaza parte de la retórica de la extrema derecha pero adopta sus contenidos. Como respuesta a la movilización de la ultra-derecha contra la inmigración, el pánico les ha llevado a implementar una serie de medidas que aumentan la criminalización de la inmigración y vilipendian a muchos inmigrantes. La fortaleza europea provoca consecuencias que los socialistas deben considerar inaceptables. Sólo pueden aplicarse con la militarización de las fronteras, el empeoramiento de las condiciones de vida de muchos migrantes y el aumento exponencial de las deportaciones. Un movimiento que no sólo amenaza a los inmigrantes sino también a los ciudadanos. Es imposible reprimir a una parte de la sociedad sin hacerlo al resto. Y pueden empeorar las relaciones entre las distintas comunidades. Las fortalezas no son por naturaleza ni pacíficas ni democráticas.

Los controles de inmigración son un macrocosmo de las antiguas leyes del «apartheid» y las justificaciones que se dan para imponerlas son del mismo tipo que las que históricamente plantearon los ideólogos de la minoría blanca de Sudáfrica. Y mientras Sudáfrica ha abolido sus antiguas leyes, Europa está pensando en reforzarlas y en dar pasos para la creación de un nuevo tipo de bantustanes para los demandantes de asilo. Algunos gobiernos europeos también están pensando en considerar un delito el hecho de dar asistencia humanitaria o refugio a los inmigrantes ilegales.

El cosmopolitismo (la palabra usada asiduamente por Le Pen y por sus nefastos predecesores para clasificar a sus enemigos) me parece una parte integral del socialismo, y así lo era para los dos demandantes de asilo del siglo dieci-

nueve citados anteriormente. Ellos concibieron un futuro socialista en el cual aquellos que poseían capital constituirían un cosmopolitismo que cuestionaría y superaría el construido por los capitalistas. El cosmopolitismo proletario actual, la lucha contra el imperialismo y los separatismos nacionales, significa luchar, entre otras muchas cosas, por acabar con la criminalización de los pobres que cruzan fronteras. En un sentido amplio constituye una arma básica para luchar contra el nuevo (y el viejo) imperialismo.

*(Traducción del inglés de Albert Recio)*



## **¿En qué consiste realmente el modelo americano?\***

### **Presupuestos blandos y devolución keynesiana**

JAMES K. GALBRAITH

El modelo americano fascina a los europeos. Para la mayoría de gente de derechas, la versión americana del libre mercado -tal como ellos la imaginan- constituye un ideal. Es la forma superior de capitalismo. Celebrada por su eficiencia y dinamismo tecnológico, así como por su capacidad de alcanzar el pleno empleo, y todo ello sin depender de la regulación y el control público.<sup>1</sup>

En cambio, estas ventajas son poco apreciadas por la opinión pública europea, especialmente desde la visión de izquierdas. En esta perspectiva, se subraya la codicia de las empresas transnacionales norteamericanas, la ausencia de servicios públicos universales y la pobreza y desigualdad generadas por los mercados laborales estadounidenses.

---

\* *Nota previa del traductor:* Traducimos el artículo de James K. Galbraith, publicado por el Levy Institute. Su interés radica en que ofrece una visión alternativa de la realidad estadounidense de la que habitualmente manejamos. Especialmente interesante es la relación que muestra entre partes del sector público y privado, y cómo han sido políticas básicamente keynesianas las que han impulsado el aumento del empleo en aquel país. Se trata por tanto de una lectura provocativa de una realidad que a menudo se nos impone como un modelo (a seguir o a rechazar en bloque) y que permite conocer nuevos aspectos sobre su funcionamiento real. Más discutible es que el propio modelo pueda copiarse en otras latitudes, aun con adaptaciones, particularmente porque su sostenibilidad acaba dependiendo de una financiación exterior que sólo los EE UU pueden obtener, gracias a que el dólar es la moneda de intercambio mundial. No resulta nada evidente que otros países puedan a la vez endeudarse y atraer dinero del exterior. Por supuesto, no se plantea la cuestión de la sostenibilidad del modelo en aspectos ambientales. Ni tampoco entra en la cuestión de su deseabilidad, si tenemos en cuenta, por ejemplo, el relativo fracaso de un sistema tan costoso como el sistema sanitario estadounidense para proporcionar buena salud a toda la población. Pero el lector debe considerar el interés que tiene este trabajo para conocer algunos aspectos importantes del modelo estadounidense.

1. Agradezco a Trevis Hale el análisis de los datos.

Por otra parte, cada vez son más los progresistas europeos que se sienten atraídos por las soluciones que ha dado Estados Unidos a los problemas de su modelo. Subrayan la importancia de las inversiones en educación, la formación en el puesto de trabajo y el nuevo marco institucional orientado al «aprendizaje a lo largo de la vida laboral». Se trata de medidas particularmente orientadas a facilitar la adaptación de los trabajadores a los inevitables avatares generados por un capitalismo sin ataduras.

Para estos tres grupos -la derecha europea, la opinión pública de izquierdas y los liberales de la Tercera Vía- el modelo estadounidense se ha convertido en un campo de batalla de ideas, un terreno en el que se enfrentan quienes quieren destruir el modelo socialdemócrata europeo, los que quieren defenderlo y los que proponen readaptarlo.

Pero estos tres grupos comparten entre ellos una visión idealizada de lo que constituye la base del modelo estadounidense. Esa visión incluye la desregulación, la privatización y la libre fijación de precios, especialmente en salarios, con mercados competitivos en los que no existen ni interferencias sindicales ni preocupación por el tipo de distribución de la renta que generan. Se supone una orientación favorable al libre comercio internacional y favorable a reducir al mínimo las subvenciones, las transferencias públicas, incluidas las pensiones y las empresas públicas. Y favorable, también, a aplicar una política fiscal y monetaria «responsable», lo cual se traduce en el objetivo de un presupuesto equilibrado y de una política monetaria orientada a conseguir la estabilidad de precios.

Pero esta imagen de Estados Unidos en que se basa el debate tiene poco que ver con su economía real. Es inadecuada para entender el éxito de la economía estadounidense. No corresponde ni a los hechos históricos ni a la situación actual.

Al aceptar esta imagen de libre mercado, los progresistas europeos defienden la idea de que, por lo menos temporalmente, es posible alcanzar el pleno empleo por medio del libre mercado, incluyendo desregulaciones radicales y la destrucción de los sindicatos. De modo que los progresistas acaban por denunciar los malos resultados de la economía europea —por lo menos desde la perspectiva del desempleo masivo— argumentando que es una alternativa que comporta costes sociales inaceptables. La posición de los socialdemócratas queda, pues, muy debilitada al aceptar la necesidad de que un 10% de la población ha de estar inactiva o bien ocupada la economía sumergida. A la gente normal esto no le resulta atractivo.

Sin embargo, según la izquierda europea, tampoco es eficaz denunciar los males sociales del modelo americano. En realidad, los salarios reales estado-

unidenses son altos; más de un 70% de la población reside en viviendas propias; más de una cuarta parte de la población adulta posee algún título universitario y casi la mitad algún nivel de educación superior. Incluso la atención sanitaria, de la que se enorgullecen los europeos, es fácilmente accesible, en Estados Unidos, para quienes estén asegurados. En Estados Unidos, hay pocos ancianos pobres, y la mayoría de las personas mayores vive independiente.

Al criticar a Estados Unidos con percepciones reaganianas, los europeos se autolimitan su capacidad de entender las cuestiones clave del auge económico estadounidense. Debido a su incomprensión, no pueden destacar las fuentes del reciente triunfo norteamericano.

### **El modelo estadounidense real: presupuestos blandos en diversos sectores**

¿Cuáles son las bases del modelo estadounidense?

Es útil tratar de responder a esta pregunta aplicando el concepto de «restricción presupuestaria blanda», generalmente atribuido al economista húngaro Janos Kornai (1986). Este concepto describe la situación de la industria pesada estatal en los regímenes comunistas, que era tan incapaz para obtener beneficios o competir en el mercado internacional y a su vez tan central para el tejido social del sistema que la creó, incluyendo la provisión de servicios sociales, que no podía quebrar. Estas empresas no competitivas garantizaban a millones de personas las bases de una vida confortable y segura, lo cual no siempre ha garantizado el nuevo orden postsocialista.

Un somero examen de alguna de las más importantes instituciones estadounidenses demostraría que la restricción presupuestaria blanda resulta adecuada para explicar la estructura y el comportamiento de nuestra economía durante los últimos 40 años, y especialmente durante el período de prosperidad de finales de los noventa. La clave del modelo estadounidense se encuentra en los sectores que proporcionan comodidades a las clases medias: sanidad, educación, vivienda y pensiones.

En Estados Unidos, el gasto sanitario supone un 14% del Producto Interior Bruto (P.I.B.) (Levit et al. 2003).<sup>2</sup> En Europa, el porcentaje normal está entre el 8 y el 10% del P.I.B.; en el Reino Unido, se reduce al 7,3% (OCDE 2003<sup>a</sup>).

---

2. Cuando sólo representaba el 13%, Paul A. Samuelson me comentó en una conversación privada «Es el mejor 13% del PIB»

Lo que pocos europeos conocen es que, en Estados Unidos, el gasto público directo en sanidad alcanza el 5,8% del P.I.B.(OCDE 2003<sup>a</sup>). Esta cantidad sólo cubre a los ancianos, los incapacitados, las familias pobres y los veteranos del Ejército. El resto de la población financia su gasto médico mediante seguros, que tienen importantes ventajas fiscales. En conjunto, el porcentaje de gasto financiado por el sistema fiscal es casi el 60% del gasto sanitario total, cerca del 8% del P.I.B. (Woolhandler y Himmelstein, 2002).

La educación superior supone, en Estados Unidos, cerca del 2,3% del P.I.B. Este gasto se reparte a partes iguales entre la financiación pública y la privada, la cual incluye a instituciones cuya deuda billonaria está respaldada por el sistema fiscal. El gasto típico europeo en formación postsecundaria lo representa el 1,4% del P.I.B. de Alemania. Las universidades públicas y privadas obtienen fondos federales de investigación, contratos y créditos a los estudiantes.

El papel económico y socializador del sistema universitario estadounidense, y especialmente su efecto sobre la demanda, recibe escasa atención de los observadores extranjeros. Casi el 26% de la población adulta tiene como mínimo una licenciatura de cuatro años, gracias en gran medida a la GI Bill de la postguerra y a la McGovern Act de finales de los cincuenta (NCES 2003). Se trata de una población básicamente cualificada para participar en la vida activa de una economía de crédito desarrollado. Por el hecho de haber recibido créditos educativos, esta población puede acceder a las hipotecas y al amplio espectro de créditos privados. Se la supone capacitada para navegar en el sistema de impuestos y subsidios a fin de sacar provecho de créditos, descuentos y garantías.

En segundo lugar, la educación superior tiene un efecto directo en el empleo y en la participación laboral. Emplea a mucha gente, incluyendo por supuesto una elevada parte de la intelectualidad, que de esta forma está satisfecha y ocupada. Y, además, proporciona una oportunidad a muchas personas que, de otra forma, se encontrarían desocupadas en la juventud.

Estados Unidos tiene otros dos sistemas públicos que permiten eliminar de las listas del desempleo a jóvenes con dificultades de empleo. Uno es el del ejército, que consume un 4% del P.I.B. (BEA 2003); el otro es el sistema carcelario, cuyo reciente crecimiento es deplorable, pero que tiene un efecto sobre la tasa de desempleo juvenil parecido al de la actividad militar.

El consumo de servicios de vivienda representa cerca de un 9% del P.I.B. y la construcción residencial, otro 4% (BEA 2003). El actual sector de vivienda existe gracias a la vasta red de instituciones financieras que lo apoyan, de-

pendientes del seguro de depósito federal, los mercados secundarios de hipotecas generados por corporaciones semi-públicas (Fannie Mae, Ginnie Mae, Freddie Mac) y la deducción en los impuestos del pago de intereses hipotecarios. En años recientes, medidas como la Ley de Reinversión en la Comunidad han presionado a las instituciones financieras privadas para que reduzcan la cantidad de denegaciones y concedan créditos a las comunidades más pobres con las que anteriormente se tuvo una actuación claramente depredadora.

Finalmente, los pagos de la Seguridad Social a ancianos y otros programas de renta garantizada representan aproximadamente un 8% del P.I.B., en base a un cálculo razonable de que estas transferencias son mayoritariamente gastadas en vez de ahorradas por sus receptores. La Seguridad Social es la principal fuente de renta disponible para más del 60% de los ancianos estadounidenses (SSA, 2003). La pobreza entre este grupo de población se ha reducido drásticamente desde principios de los setenta y actualmente es inferior a la del conjunto de la población, debido en gran medida al crecimiento de las pensiones de la Seguridad Social.

Estos programas representan, en conjunto, casi el 40% del consumo de bienes y servicios de Estados Unidos, prescindiendo de la contribución al gasto público directo no militar, de ámbito federal, estatal y local, en áreas como la educación primaria y secundaria, el transporte y la administración de justicia.

Por tanto, algunos de los más importantes sectores de la economía estadounidense basan su funcionamiento en una desconcertante variedad de fórmulas de financiación sustentadas por una enorme variedad de formas de apoyo directo o indirecto del sector público, tales como compras, transferencias directas, créditos, avales y ayudas fiscales. Estas medidas gubernamentales están sustentadas por un amplio andamiaje político. Se impulsan desde el poder, y a su vez quedan fuera de control, sobre la escala de estas actividades, para quienes aparentemente supervisan el presupuesto público. Ésta es la genialidad, si así puede llamarse, del modelo estadounidense.

La situación es diferente en Europa, donde la sanidad y la educación superior siguen siendo sustancialmente públicas, así como la vivienda y las pensiones (excepto en el caso del Reino Unido postthatcherista). Ello explica las dificultades que experimenta Europa para absorber su fuerza de trabajo potencial. El sector público está sujeto a severas restricciones presupuestarias y por su parte no puede realizar una presión de «lobby» tan eficaz como la que realiza el sector privado para obtener apoyo público. Y cuando el sector público tiene el cuasi-monopolio en la provisión de determinados servicios (como,

por ejemplo, sanidad), el sector privado se ve forzado a operar en otras áreas —por ejemplo comercio al detall protegido, pequeñas explotaciones agrarias— que no generan tasas de crecimiento del empleo tan elevadas, en relación con el crecimiento de la renta. El sistema estadounidense de financiación dual es, sin duda, menos eficiente, pero absorbe a muchos más individuos en empleos pagados. Además, en la medida en que los presupuestos nacionales de los países europeos se adaptan progresivamente a las exigencias del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, la expansión de los servicios, en lugar de potenciarse, se vuelve más difícil.

### **Mito y realidad de la nueva economía**

¿Cuál ha sido el papel de la tan cacareada flexibilidad de su mercado laboral en el crecimiento de Estados Unidos hacia el pleno empleo, seguido por la caída de los dos últimos años? La creciente flexibilidad laboral no es la causa de la caída del desempleo estadounidense. Mientras las desigualdades, en el mercado laboral, fueron mayores, durante la década de los ochenta, el desempleo se mantuvo permanentemente elevado. El mercado laboral no ha sido cada vez más flexible a medida que nos acercábamos al pleno empleo, a finales de los noventa; tampoco se ha reducido la flexibilidad en la reciente depresión. Además, se ha constatado que las desigualdades de salarios en Estados Unidos se han reducido, a lo largo de la década de los años noventa, al mismo tiempo que se reducía el desempleo.<sup>3</sup>

En un trabajo anterior, argumenté que la reiterativa confrontación entre unos Estados Unidos con pleno empleo y grandes desigualdades, y una Europa igualitaria y con un elevado desempleo, se basa, en parte, en una errónea consideración de los límites espaciales adecuados. Es verdad que Estados Unidos tiene una distribución de la renta mucho más desigual que los países del Norte de Europa y que tiene por lo menos tanta desigualdad, en la mayoría de mediciones, como los países del Sur de Europa. Pero estas comparaciones regionales pasan por alto el grado de desigualdades en los ingresos medios entre los propios países europeos. Estas diferencias son mucho más importantes que las existentes entre los diferentes estados de Estados Unidos (véase al respecto Galbraith, Conceicao y Ferreira, 1999). En conjunto, desempleo y desigualdades no son substitutivos, sino complementarios, cuando se miden a un nivel adecuado de agregación geográfica.

---

3. Para una información detallada de esta cuestión Galbraith (1998) o, si se quieren tener datos al día, consultar la página web del University of Texas Inequality Project en <http://utip.gov.texas.edu>

El crecimiento de la ocupación hacia el pleno empleo, a finales de los noventa en Estados Unidos, tuvo lugar gracias, en parte, al crecimiento sostenido de los sectores casi-públicos, a pesar de que no creciera en absoluto el peso del sector federal. El crecimiento se reforzó con la expansión del gasto local y de los estados, así como con el gasto fiscalmente subsidiado en vivienda y sanidad. (Con ello no quiero minimizar la contribución de la inversión privada en los sectores tecnológicos, alimentados por el flujo de capital privado proveniente del exterior).

Esta tendencia espoleó el crecimiento en los noventa. Funcionó por la conocida causa keynesiana: un elevado nivel de demanda efectiva. La peculiaridad de la demanda efectiva estadounidense en este período -aspecto que, según parece, ignoran los observadores europeos- consiste en que, con todo y ser potenciada por decisiones del Gobierno, no se ha contabilizado, en su mayor parte, en las cuentas públicas. De esta forma, Estados Unidos alcanzó el pleno empleo con superávit en las cuentas públicas. Podríamos llamar a esta situación «devolución keynesiana».

#### **¿Entró en crisis el modelo estadounidense?**

El problema de la devolución keynesiana no está en su eficacia como mecanismo promotor del crecimiento, sino en su efecto sobre el equilibrio financiero de las cuentas del sector hogares. Como ha subrayado en diversos documentos el Levy Institute (Godley e Izurieta, 2001<sup>a</sup>, 2001b; Papadimitriou et al. 2002), el gasto de los hogares estadounidenses supera a sus ingresos, desde 1997. El nivel de endeudamiento neto alcanzó el máximo del 3% del P.I.B. en 2001 y, desde entonces, se ha reducido abruptamente, en un proceso conocido como reversión. Cuando los hogares recortan su gasto para situarlo en línea con sus rentas (declinantes), es inevitable que se produzca un período de estancamiento, o incluso de recesión.

Además, el nuevo marco fiscal afecta negativamente a los gobiernos locales y estatales, que deben continuar operando en un sistema de cuasi rígida restricción presupuestaria. Si los estados y los gobiernos locales no pueden evitar recortar sus gastos o aumentar sus impuestos, sólo pueden excederse, como mucho, en un 1% por encima del conjunto del gasto total del año anterior.

Por esto el modelo estadounidense está entrando en una situación, quizás en una fase prolongada, de crisis. Esta crisis se debe principalmente al comportamiento de los sectores continuamente afectados por las restricciones presupuestarias, o de los que ahora vuelven a ser golpeados, después de muchos años. En la medida en que la crisis fiscal afecte a la educación y a la salud y

asimismo los hogares dejen de hipotecarse, las restricciones blandas se convertirán en fuertes restricciones. En el caso de que no revierta, esta tendencia puede abortar la continuidad del éxito del modelo americano.

### **¿Y, entonces, que proponemos para Europa?**

Un enfoque comprensivo del desempleo europeo debe conducir a una tasa mayor de crecimiento económico, que permita absorber de 30 a 35 millones de personas en empleos retribuidos, especialmente en las regiones de bajos ingresos, donde el desempleo y el subempleo son endémicos.

¿Cómo puede alcanzarse esto? El objetivo del pleno empleo no debe ser sólo una simple declaración de la Constitución Europea, sino un objetivo central de todas las políticas públicas. En la práctica, ha de ser más importante que la estabilidad de precios o el equilibrio presupuestario, y las autoridades deben reconocer que el equilibrio fiscal es el resultado, no la causa, del pleno empleo. Mayor acceso al crédito, mediante avales, subsidios a los hogares y mercados secundarios de hipotecas, pueden ayudar a distribuir la carga de la creciente demanda efectiva sobre el sector privado.

Sin embargo, es mejor aumentar las rentas que promover un aumento masivo de la deuda. A diferencia de Estados Unidos, Europa carece de un sistema continental de jubilación, distinto del nivel nacional; y por ello la capacidad adquisitiva de los ancianos y del resto de población secundaria (incluidas las mujeres sin empleo) en los países más pobres es reducida. La solución está en avanzar hacia un sistema europeo de pensiones que retribuya a todos los ancianos europeos sobre la base de la productividad media de la Unión Europea. En la misma línea, Europa podría poner en marcha un sistema para aumentar la renta de la fuerza de trabajo con bajos salarios de la Unión Europea, parecido al sistema estadounidense del Crédito Impositivo a la Renta Ganada.<sup>4</sup>

En educación superior, la creación de un conjunto de grandes instituciones (financiado por la Unión Europea) estratégicamente situadas en Grecia, Portu-

---

4. El Earned Income Tax Credit consiste en un sistema de deducciones en la cuota del impuesto de la renta a las personas de bajos salarios. Sólo tienen derecho a él las personas con empleo. Los perceptores de salarios bajos (aproximadamente entre 0 y 9200 dólares anuales, obtienen un crédito fiscal (unos centavos de dólar por dólar ganado). La cuantía del mismo se descuenta de la cuota del impuesto y si el saldo es negativo el estado paga al perceptor la diferencia. De esta forma las personas con salarios muy bajos reciben una subvención del Gobierno. Pero la percepción es nula para quien no tiene empleo, ya que la lógica de la medida es estimular a la gente a trabajar en el sector mercantil (Nota del traductor).

gal, sur de Italia y España, así como en la antigua Alemania Oriental, República Checa, Hungría y Polonia, podría tener un efecto relevante para el desarrollo regional y, en definitiva, para la integración europea. Estas nuevas instituciones educativas podrían financiarse no sólo con fondos públicos, sino también con donaciones privadas, fuertemente potenciadas por el sistema fiscal.

La Unión Europea también podría financiar mejoras sustanciales en el sistema sanitario, especialmente en las regiones de bajos ingresos. Quizás pudiera ser importante la expansión de los servicios a la tercera edad, no sólo en la forma de equipamientos sino también en el empleo de profesionales de apoyo en los propios hogares.

En resumen, Europa necesita inversiones públicas, crédito privado y transferencias directas a la población de bajos ingresos, tanto activa como inactiva. Necesita presupuestos blandos en sectores estratégicos, para ampliar el estado de bienestar, creado en la posguerra, del ámbito nacional al continental. Estaría bien empezar por la base, por ejemplo, con la creación de un sistema continental de Seguridad Social, tal y como se hizo en el New Deal estadounidense.

*(Traducción del inglés de Albert Recio)*

### **Referencias bibliográficas**

- Bureau of Economic Analysis (BEA) (2003), «Real Gross Domestic Product and Related Measures» <http://www.bea.gov/briefm/tables/ebr1.htm>
- GALBRAITH, James K. (1998), *Created Unequal: The Crisis in American Pay*, New York, Free Press.
- Pedro CONCEICAO y Pedro FERREIRA (1999), «Inequality and Unemployment in Europe: The American Cure», *New Left Review* 237, pp. 28-51.
- GODLEY, Wynne y Alex IZURIETA (2001\*), *The Developing U.S. Recession and Guidelines for Policy*. Strategic Analysis. Annandale on Hudson, N.Y.: The Levy Economics Institute
- (2001b), *As the Implosion Begins...? Prospects and Policies for the U.S. Economy*, Strategic Analysis, Annandale on Hudson, N.Y., The Levy Economics Institute.
- (2002), *Strategic Prospects and Policies for the U.S. Economy*, Strategic Analysis, Annandale on Hudson, N.Y., The Levy Economics Institute.
- KORNAL, Janos (1986), *Contradictions and Dilemmas: Studies on the Socialist Economy and Society*. Cambridge, Mass., MIT Press.
- LAFER, Gordon (2002), *The Job Training Charade*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press.

- LAV, Iris J. y Nicholas JOHNSON (2002), «State Budget Deficits for Fiscal Year 2004. Are Huge and Growing» Center on Budget and Policy Priorities <http://www.cbpp.org/12-23-02sfp.htm>.
- LEVIT, Katharine, Cynthia SMITH, Cathy COWAN et al. (2003), «Trends in U.S. Health Care Spending, 2001», *Health Affairs* 22: 1: 154-164.
- National Center for Education Statistics (NCES) 2003 «Digest of Education Statistics, 2001» <http://nces.de.gov/pubsearch/pubsinfo.asp?pubid=2002130>.
- Organization for Economic Cooperation and Development (OECD) 2003<sup>a</sup> «Public expenditure on health, %GDP» <http://www.oecd.org/dataoecd/12/39/2957398.xls>.
- (2003b), «Expenditures on Educational Institutions as Percentage of GDP» <http://www.oecd.org/dataoecd/8/24/1962757.xls>.
- PAPADIMITRIOU, Dimitri B, Anwar SHAIKH, Claudio DOS SANTOS y Gennaro ZEZZA (2002), *Is Personal Debt Sustainable?*, Strategic Analysis, Annandale on Hudson, N.Y., The Levy Economics Institute.
- Social Security Administration (SSA), 2003 «Fast Facts & Figures about Social Security» [http://www.ssa.gov/policy/docs/chartbooks/fast\\_facts/2002/f2002.html#agedpop](http://www.ssa.gov/policy/docs/chartbooks/fast_facts/2002/f2002.html#agedpop).
- WOOLHANDLER, S. y D.U. HIMMELSTEIN (2002), «Paying for National Health Insurance and Not Getting It» *Health Affairs*, 21:4:88-96.

## La expansión de la cárcel en España

EDUARD IBÁÑEZ

En los últimos veinte años la cárcel en España no deja de crecer. Crece de forma constante el número de personas que son encarceladas, crece el tiempo que dichas personas pasan en prisión y crece la ratio de encarcelados en relación con la población total. Y, consiguientemente a dicho aumento, la institución penitenciaria crece: crece el número de cárceles, el número de funcionarios y el presupuesto destinado a la cárcel, todo ello tanto en números absolutos como en términos relativos. Este crecimiento de la cárcel es muy evidente y no puede discutirse.

Unas pocas cifras pueden darnos las dimensiones de este proceso. Si nos acercamos, por ejemplo a los datos sobre población reclusa que ofrece la web de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias del Ministerio de Justicia, observamos esta progresión escalofriante (los datos se refieren a la población media en cada año):

**Datos semanales a 24-10-2003**  
**EVOLUCIÓN DE LA MEDIA DE POBLACIÓN RECLUSA**  
**Período: 1990 - 2003**

<b>Año</b>	<b>Total</b>	<b>Año</b>	<b>Total</b>
1990	33.035	1997	43.453
1991	36.512	1998	44.747
1992	40.950	1999	45.384
1993	45.341	2000	45.309
1994	48.201	2001	46.594
1995	45.198	2002	50.537
1996	44.312	2003	54.135

*Nota:* la media de población reclusa para el año 2003, va referenciada a la media de las semanas publicadas hasa la fecha.

Se observa claramente como el crecimiento ha sido constante e ininterrumpido desde 1990 a 2003, con la única excepción del período comprendido entre los años 1995-1997, en el que el crecimiento se detuvo e incluso retrocedió ligeramente el volumen de población reclusa. Esta breve interrupción se explica por la entrada en vigor del Código Penal de 1995, sobre la que luego hablaremos. Pero ya en 1998 se recupera la tendencia de crecimiento e incluso se acelera en 2001, con incremento anual de unos 4.000 presos en 2002 y 2003, que representa un 2%, anual realmente espectacular y que abre graves interrogantes de futuro.

Si retrocedemos un poco en el tiempo observamos que la espiral de crecimiento viene de lejos, como una corriente profunda, y muestra unas dimensiones impresionantes. Por ejemplo, el día 5 de diciembre de 1982 había en España 23.568 personas encarceladas. De manera que, trece años después, en 1995, la población reclusa se había duplicado (45.198) y hoy nos acercamos al triple de la de entonces (54.000). Y todo ello en un contexto demográfico bastante estable, en el que la población española prácticamente no ha crecido, a excepción de un ligero incremento en los últimos años. Lo cual se traduce en una creciente tasa de encarcelamiento que alcanza actualmente los 125 presos por cada 100.000 habitantes, una de las mayores de toda la historia de España. Es más, hemos de remontarnos al período inmediatamente posterior a la guerra civil española para encontrar un volumen de población privada de libertad más grande que el actual.

Ciertamente, no es éste un fenómeno exclusivamente español. La mayor parte de países europeos muestran un crecimiento importante de la población reclusa en sus cárceles en las últimas décadas. Pero sin duda alguna, el gran campeón en la expansión de la cárcel son los Estados Unidos de América, que cuenta actualmente con la terrible cifra de dos millones de personas sometidas a encarcelamiento.

La evolución penitenciaria seguida en los EUA ha sido brillantemente descrita por Loïc Wacquant. En su célebre *Les prisons de le misère* (1999), relata la evolución en los últimos decenios de la política penal y penitenciaria en los Estados Unidos de América y cómo muchas de esas tendencias han sido exportadas a Europa. Así, mientras que en el año 1975, después de un largo período de lenta disminución, la población reclusa de los EUA rondaba la cifra de 350.000 personas, en los años posteriores se inicia un incremento sostenido, que alcanza los 740.000 presos en 1985 y que se acelera hasta el 8% anual en los años 90, hasta llegar a la desorbitada cifra actual de más dos millones de encarcelados (sin contar las personas en libertad vigilada o libertad condicional), alcanzando la tasa mundial más elevada, después de Rusia, de presos por habitante. Los datos manejados por Wacquant muestran como

este proceso de expansión carcelaria es paralelo al crecimiento de la pobreza y las desigualdades sociales, así como a la reducción del gasto social, mientras que crece el presupuesto destinado al mantenimiento de la gigantesca industria penitenciaria, que se ha convertido en el tercer empleador a nivel federal después de *General Motors* y la cadena de supermercados *Wal-Mart*. Para Wacquant, se trata de un proceso de conversión del estado providencia (welfare) al estado penitencia, que tiene unas bases ideológicas neoliberales muy claras.

Respecto del conjunto europeo, el incremento de la población reclusa en los últimos años ha sido indiscutible. El siguiente cuadro, extraído de las estadísticas del Consejo de Europa de 1999, muestra la evolución de la población reclusa en la Unión Europea en el período comprendido entre 1983 y 1997:

<b>País</b>	<b>1983</b>	<b>1990</b>	<b>1997</b>	<b>Aumento</b>
Inglaterra y País de Gales	43.415	50.106	61.940	43%
Francia	39.086	47.449	54.442	39%
Italia	41.413	32.588	49.477	20%
España	14.659	32.902	42.827	192%
Portugal	6.093	9.059	14.634	140%
Países Bajos	4.000	6.662	13.618	240%
Bélgica	6.524	6.525	8.342	28%
Grecia	3.736	4.895	5.577	49%
Suecia	4.422	4.895	5.221	18%
Dinamarca	3.120	3.243	3.299	6%
Irlanda	1.466	2.114	2.433	66%

Como se aprecia claramente, todos los países estudiados incrementaron el número de personas encarceladas en dicho período, si bien llaman la atención precisamente los incrementos producidos en los Países Bajos, España y Portugal, realmente extraordinarios y muy superiores al resto de países.

Las razones de esta tendencia general no son claras, ni han sido todavía suficientemente estudiadas, pero sí pueden apuntarse algunos hechos como responsables directos. Una interpretación ingenua, que puede corresponderse con la que mantiene parte de la opinión pública, inducida por ciertos mensajes políticos, tiende a pensar que el incremento del número de presos tendría

que ver con un incremento de la criminalidad. Desde este punto de vista, cuantos más delitos se producen, más condenas se dictan y, en consecuencia, son necesarios más policías para perseguir a los delincuentes y más cárceles para encerrarlos. Realmente, no hay nada más infundado.

Ante todo, hay que tener en cuenta que las estadísticas de criminalidad difícilmente permiten establecer tendencias claras sobre aumentos o descensos de la delincuencia. Las estadísticas lo único que cuentan son los delitos denunciados, perseguidos o sentenciados, nunca la cifra real de delitos. Y ni todas las denuncias se refieren a delitos reales, ni todos los delitos reales se denuncian, ni las tendencias de denuncia tienen necesariamente una relación directa con la evolución de los delitos. Ello tiene que ver con los criterios de las víctimas en su cálculo sobre las ventajas e inconvenientes de denunciar un delito. Los ejemplos son múltiples. Es sabido que la violencia doméstica suele quedar en la intimidad, aunque recientemente comienza a aflorar de forma bien elocuente, lo cual significa más denuncias. También un incremento de efectivos policiales o una política policial distinta respecto de una determinada actividad delictiva puede producir un incremento de procedimientos penales. Por otra parte, numerosos delitos menores contra la propiedad no se denuncian por la creencia de la inutilidad de hacerlo, a menos que exista una póliza de seguro que lo exija o que el ciudadano perciba que la eficacia policial ha aumentado. Un ejemplo de esto lo hemos detectado recientemente en el despliegue de la policía autonómica en Cataluña. En algunas localidades se ha incrementado y hasta duplicado de golpe el número de denuncias por delitos menores con la llegada de los *Mossos d'Esquadra*. Y ello no responde, obviamente, a un súbito incremento de los delitos, sino a un cambio en la percepción ciudadana provocada por el incremento de los efectivos policiales y la mejor atención que reciben los denunciadores, elementos que hace más atractivo el denunciar lo que antes no se denunciaba. Todo esto debe llevar a una gran desconfianza sobre las estadísticas oficiales de criminalidad.

Pero es que la criminología ha demostrado ya hace mucho tiempo que el número de personas sujetas a control penal depende directamente de cuáles sean las prácticas de los aparatos represivos estatales y de las leyes que éstos aplican y, éstos, a su vez, dependen de las ideologías penales predominantes. La relación directa entre leyes y prácticas penales y población reclusa es evidente y se observa en las incidencias que padecen las cifras de reclusión cada vez que se producen cambios legales. Por otra parte, múltiples estudios sociológicos muestran que la evolución y características de la población reclusa de un país tienen relación directa con las políticas sociales y económicas dominantes, así como con la estructura social, las desigualdades y otros múltiples factores sociales e incluso culturales.

En definitiva, son las políticas penales y sociales llevadas a cabo en todos esos países las que tienen una relación directa y más inmediata con el incremento de la población encarcelada. Unas políticas que ponen el acento en la pena de prisión como instrumento de control social por excelencia y que no dejan de incrementar en sus códigos penales el número de delitos castigados con pena de prisión y que incrementan continuamente la gravedad de las penas, especialmente para los delitos más perseguidos, en particular los delitos contra la propiedad y el tráfico de drogas. Estos delitos se convierten en prioridad absoluta para las fuerzas del orden, en detrimento naturalmente de la persecución de otra criminalidad más compleja, más difícil de investigar y más ligada a las élites dominantes, como la corrupción política y económica, la delincuencia urbanística o el fraude fiscal. De manera que el incremento de personas encarceladas se debe precisamente al incremento del número de penados por delitos menores, robos, hurtos y tráfico de drogas a pequeña escala, cuyo tiempo de estancia carcelaria aumenta y que constituyen la inmensa mayoría de la población penitenciaria de las cárceles de todo el mundo.

### **El Código Penal de 1995**

Centrándonos ya en la evolución penitenciaria española, el vigente Código Penal impulsado por el Gobierno del PSOE y aprobado el año 1995, el llamado «Código Penal de la democracia», marca un hito muy importante en el crecimiento penitenciario español.

Ciertamente, el nuevo Código Penal resultó un avance muy importante en la adecuación del derecho penal español a las exigencias constitucionales. El anterior Código, cargado de múltiples parches legales, resultaba una regulación obsoleta. No es éste el lugar para un comentario general del nuevo Código, pero interesa resaltar, entre otras cuestiones, que supuso la elevación de la edad penal a los dieciocho años (aunque su entrada en vigor tardó algunos años), una mejora de la seguridad jurídica en algunos aspectos, la supresión de las penas cortas de prisión, la reducción de la pena máxima de prisión a veinte años, la regulación de medidas sustitutivas de la cárcel en delitos menos graves y la tímida introducción de penas alternativas como el arresto de fin de semana o los trabajos en beneficio de la comunidad. Sin embargo, a pesar de estos avances, supuso, en la práctica, un endurecimiento muy importante de las penas para los delitos más habituales y más perseguidos, cometidos precisamente por pobres y marginados: los delitos contra el patrimonio y los de tráfico de drogas, entre otros. Por ejemplo, la pena por tráfico de drogas «que no causan grave daño a la salud» (habitualmente cannabis), pasaba a ser de uno a tres años de prisión (antes de cuatro meses y un día dos

años y cuatro meses) y para las que causan grave daño a la salud (habitualmente cocaína, heroína y LSD) pasaba a ser de tres a nueve años (antes de dos años cuatro meses y un día a ocho años); en el caso de ser de «notoria importancia» la cantidad de droga, las penas también se incrementaban en ambos casos: pena mínima de tres años en el primero (antes dos años, cuatro meses y un día), nueve en el segundo (antes ocho y un día). Otros ejemplos, entre múltiples que cabría citar: el hurto sin agravantes pasaba a castigarse con pena de seis meses a tres años (antes de uno a seis meses); el robo con fuerza sin agravantes pasaba a castigarse con pena mínima de un año (antes seis meses y un día).

Sin embargo, el aumento de penas resultó potenciado por el efecto de la supresión legal de la figura de la redención de penas por el trabajo. La antigua regulación establecía mediante esta figura de origen franquista el abono de un día de condena por cada dos días trabajados por el recluso dentro de la cárcel e, incluso, en algunos casos, casi de un día por cada día trabajado. La interpretación como «trabajo» de prácticamente todas las actividades desarrolladas por los internos y una interpretación flexible y generosa por parte de los centros penitenciarios y los jueces de vigilancia conllevaba la aplicación general de esta figura a todos los reclusos que presentaban «buena conducta». Esto significaba la reducción general y ordinaria de todas las penas como mínimo en un tercio y frecuentemente hasta un cuarenta por ciento o más. Esta figura debía desaparecer, porque significaba establecer un sistema arbitrario de abono de condenas, basado en el reparto de reducciones conforme a criterios poco objetivos, de aplicación aleatoria según los centros y los diversos juzgados y que perjudicaba seriamente a los presos conflictivos, que veían agravadas sus penas con relación a otros condenados por los mismos delitos. Pero claro, la eliminación del sistema de redenciones significó que las condenas previstas en la nueva ley penal debían cumplirse efectivamente. De modo que, incluso las penas que en el nuevo Código eran iguales o ligeramente más leves que en el Código anterior, en la práctica se convertían en un tercio o un cuarenta por ciento más largas.

En consecuencia, el Código Penal de 1995 endureció las penas para los delitos más habituales, generando estancias en prisión más largas y, por tanto, había de propiciar un incremento de la población reclusa a medio plazo, que es justo lo que observamos actualmente. Los dos años inmediatamente posteriores a la entrada en vigor del nuevo Código (1996 y 1997) se detuvo el crecimiento de la población reclusa, por el efecto de la despenalización de algunos delitos, la reducción en la aplicación de penas cortas de prisión, la excarcelación de enfermos mentales y la reducción de condena de muchos penados a los que se les aplicó el nuevo Código, ya que les resultaba más beneficioso si se les descontaban las redenciones que tenían aprobadas en el

pasado conforme al Código derogado. Sin embargo, ya el mismo año 1998 volvió a recuperarse la tendencia al alza, que se mantuvo tímidamente entre 1999 y 2001 y se disparó en 2002 y 2003, en el que la población reclusa cumple ya en su inmensa mayoría condenas conforme el nuevo Código Penal.

Ya en el año 1999 un informe del Consejo General del Poder Judicial alertaba de que este crecimiento de la población reclusa era insostenible y que eran necesarios cambios legales y políticos para detenerlo. A pesar de ello, la política penal adoptada por el gobierno del Partido Popular ha sido justamente la contraria, como vemos a continuación.

### **La contrarreforma penal del Partido Popular (2003).**

La mayoría absoluta obtenida por el Partido Popular en el año 2000 dio a éste la oportunidad de modificar a fondo y sin frenos parlamentarios, una legislación penal que el año 1995 no había apoyado, así como de reformar todas las normas relativas a la justicia penal. Poco después de iniciarse la legislatura comenzó la preparación de un alud de reformas penales, la mayoría de las cuales se han ido aprobando durante este año 2003. Así, se ha reformado la Ley de Enjuiciamiento Criminal, la Ley Orgánica del Poder Judicial, la Ley Orgánica General Penitenciaria y, sobre todo, el Código Penal, que ha padecido continuos retoques en los últimos años y se reforma en profundidad por ley orgánica aprobada este mismo mes de Noviembre.

Es imposible aquí evaluar todas estas reformas, que afectan aquí a múltiples aspectos procesales, penales y penitenciarios. Sin embargo, pueden ofrecerse algunas características generales de todas estas reformas, en especial respecto de lo que interesa en esta reflexión, la cárceles españolas y la evolución de la población reclusa.

Si algo caracteriza estas reformas es que suponen una indiscutible apuesta por el endurecimiento general de las penas y, en particular, la pena de prisión. Ciertamente, son muchos los artículos del Código retocados y no puede decirse, sin más, que todas las modificaciones sean más punitivas o erróneas. Pero, en conjunto, supone una vuelta de tuerca en la punición de los delitos más habituales y en el endurecimiento en el cumplimiento de la pena de cárcel, que se traducirá, naturalmente, en la aceleración en el crecimiento del número de personas encarceladas y, por tanto, de la masificación en nuestras cárceles. Como ya señaló el Defensor del Pueblo en su informe anual presentado antes de la aprobación parlamentaria de dicha reformas, se trata de «opciones ciertamente severas que modifican sustancialmente la orientación de nuestra legislación».

Este endurecimiento penal responde, por un lado, a una lógica electoralista, que pretende captar votos entre los sectores sociales más partidarios de la mano dura contra la pequeña delincuencia. Ante una opinión pública pro-pensa siempre a atribuir la delincuencia a la ineficiencia y benignidad de los aparatos represivos estatales, nada mejor que ofrecer penas más severas e inmediatas contra los responsables de robos y hurtos. Los discursos políticos que acostumbran a quejarse de que los delincuentes «entran por una puerta y salen por la otra» contribuyen a un estado de opinión siempre quejoso de la poca contundencia policial. Por no hablar de la creciente presión migratoria, a la que las clases menos favorecidas, alentadas por discursos xenófobos, consideran un peligro para sus puestos de trabajo o una competencia para sus pequeños negocios. De ahí que responsabilice a la inmigración de incrementar la inseguridad ciudadana. Lo cual permite anunciar y aplicar nuevas políticas represivas contra los extranjeros «ilegales» a fin de atraer el voto de estos sectores.

Pero responde sobre todo a una ideología penal de fondo que cree ciegamente en la eficacia de la represión como forma ideal de reducción de la delincuencia, a través de la disuasión de una amenaza penal severa y, sobre todo, de la neutralización por aislamiento de aquellos a quienes se considera peligrosos enemigos de sistema. Se trata de una comprensión de la justicia penal como instrumento de prevención especial por separación del delincuente del cuerpo social, resumida por el presidente del Gobierno Sr. Aznar en un discurso reciente como la necesidad de «barrer a los delincuentes de nuestras calles». En definitiva, el delincuente, un personaje social que estaría claramente definido, ha de ser eliminado o apartado, encerrándolo el mayor tiempo posible. De manera que la ley penal no es un simplemente una amenaza para motivar a los ciudadanos para que no delinca, sino un instrumento para apartar a aquellos considerados adversarios de la tranquilidad de nuestras calles. Y los adversarios son múltiples. Principalmente son los terroristas, el gran enemigo a batir, pero también los «miembros de organizaciones criminales», los «narcotraficantes», los extranjeros ilegales, los pequeños delincuentes y también muy particularmente los «reincidentes». La ley penal es para combatir estos enemigos. También es así en los estados totalitarios. La Alemania nazi perseguía a los judíos o los comunistas, los regímenes soviéticos a los «enemigos del pueblo», el franquismo a «comunistas» o «separatistas», y todos ellos a los «traidores a la patria». También la democracia actual tendría, pues, sus enemigos: terroristas, miembros de «mafias», «narcos», «reincidentes»...

En el discurso de nuestro gobierno, coincidente con el de los EUA, en el momento actual y, sobretodo a partir del 11-S de 2001, la prioridad absoluta de los gobiernos democráticos es combatir el terrorismo y a los terroristas, ya

que se trataría de la principal amenaza a la estabilidad internacional. No lo es, por lo visto, el hambre de ochocientos millones de personas en el mundo, ni los dos mil cuatrocientos millones de seres humanos que malviven en todo el mundo por debajo de dos dólares diarios (mil doscientos millones de ellos por debajo de un dólar), o los cien millones de niños sin escolarizar... Los terroristas son el primer problema, el enemigo número uno y ello justifica endurecer su tratamiento punitivo así como incrementar los gastos militares (no la ayuda a desarrollo) y estar preparados para lanzar, cuando sea necesario, ataques preventivos o anticipatorios en defensa de nuestra seguridad, como se ha hecho en Irak. Pues como dijo el presidente en un discurso reciente en Nueva York, «lo importante no son las causas del terrorismo, sino sus consecuencias». Por tanto, en lugar de combatir los factores que conducen a las personas a utilizar el terrorismo, eliminar a los terroristas.

Desde luego, este discurso tiene aplicación inmediata para el terrorismo de ETA y por ello, las nuevas reformas penales se ocupan de que el encierro de los terroristas sea mucho más duradero (el tan reiterado «cumplimiento íntegro y efectivo de las penas»). Y en línea de continuidad, se esfuerza en asociar con el terrorismo a cualquier planteamiento político, aunque sea escrupulosamente pacífico y democrático, como el de los partidos nacionalistas vascos (por discutible que pueda ser), que coincida o se aproxime a las aspiraciones políticas de grupos terroristas, utilizando incluso la crispación del debate político o la mentira e incluso, como en estos días, desplegando tropas en el territorio de País Vasco a modo de amenaza velada, amparándose en que son ejercicios tácticos...

Con este tipo de planteamientos políticos, no es de extrañar, pues, que si Marruecos decide ocupar el islote deshabitado de El Perejil, cuya soberanía pretende España, la respuesta de semejante gobierno sea la de su inmediata ocupación militar.

Esta es pues la prioridad política de este gobierno: hay que incrementar la dureza de las leyes penales, reforzar los aparatos de seguridad y subir los presupuestos militares. Una prioridad que revela, en el fondo, una creencia profunda en la violencia como instrumento esencial de la política, lo cual, a principios del siglo XXI, resulta ciertamente decepcionante.

Pero lo más decepcionante es que, frente a estos planteamientos políticos no exista una oposición fuerte claramente beligerante a ellos. Parece incluso que los partidos de izquierda, tradicionalmente reticentes a un uso excesivo de la represión carcelaria, sientan vergüenza o miedo a perder votos al oponerse a una política penal tan claramente represiva, denunciado este tipo de discursos, explicando y tratando de convencer a la opinión pública la inutilidad e

inmoralidad de estas políticas y presentado los correspondientes recursos de inconstitucionalidad contra aquellas medidas que atenten contra principios elementales de un sistema penal garantista y del estado democrático de derecho.

La ideología penal que hemos expuesto se traduce en la mayor parte de reformas legislativas que comentamos. Algunos ejemplos bastan. En primer lugar, por lo que se refiere a las medidas contra el terrorismo y la criminalidad organizada, la Ley Orgánica 7/2003 de reforma el Código Penal eleva el límite de cumplimiento para dichos delitos hasta los cuarenta años de prisión, lo que equivale en la práctica a la cadena perpetua. Además, sólo podrán acceder al tercer grado (semilibertad) cuando quede por cumplir una quinta parte del límite máximo de 40 años, y a la libertad condicional cuando sólo reste una octava parte. Un trato claramente desigual con el resto de penados. Para obtener estos beneficios será necesario que repudien expresamente la violencia, pidan expresamente perdón a las víctimas y colaboren en reparar el daño causado o en la detención o enjuiciamiento de otros responsables de terrorismo. Es decir, una invitación a la delación y un riesgo de creación de pruebas interesadas. Además, los informes técnicos han de acreditar que se han «desvinculado de la organización terrorista» y del «entorno y actividades de las asociaciones y colectivos ilegales que la rodean». Por otra parte, a diferencia del resto de penados y vulnerando con ello el principio de igualdad, en el caso de que se revocase la libertad condicional de estos penados no se computará como pena el tiempo pasado en libertad. También se crea un Juzgado Central de Vigilancia Penitenciaria, que será el competente para la supervisión del cumplimiento de estas penas, lo cual es un evidente intento gubernamental de influir en la interpretación y aplicación de las normas penitenciarias sobre estos reclusos. Esta es la reacción evidente ante las recientes resoluciones de la Juez de Vigilancia en el País Vasco Sra. Ruth Alonso, consideradas inadecuadas por el Gobierno por excesivamente generosas. Y, en fin, se reforma la ley para evitar que los penados de ETA reciban formación a distancia por parte de universidades vascas.

Otras reformas importantes se refieren al ya mencionado combate contra los «reincidentes». A partir de ahora, la comisión de tres delitos de similar naturaleza permitirá la imposición de la pena superior en grado. Igualmente, la comisión de cuatro faltas de hurto, sustracción de vehículos o lesiones en un mismo año, será considerada delito y, por tanto, castigado con pena de prisión.

Capítulo aparte es el de la reforma de la regulación de la prisión provisional. Ciertamente, la regulación anterior era absolutamente inaceptable, por obsoleta y contraria a los cánones fijados por el Tribunal Constitucional, el cual tiene pendiente de decidir sobre su posible inconstitucionalidad. La reforma adecua

la regulación a dichos criterios, eliminando conceptos ya insostenibles como el de la «alarma social». Sin embargo, establece tan amplios márgenes para la aplicación de dicha medida que permite que ésta sea aplicada a la mayor parte de delitos. Ahora podrá aplicarse a delitos de escasa entidad en caso de detenidos con antecedentes penales. De nuevo, la lucha contra el reincidente. Además establece límites de duración muy amplios, de hasta cuatro años para delitos graves y de hasta un año y medio para delitos menos graves. Y se aprovecha para dar carta de naturaleza legal a la prisión provisional para evitar la reincidencia, mientras que nada se regula respecto a otras medidas cautelares alternativas, a pesar de la reclamación en este sentido por parte de la doctrina y hasta del Defensor del Pueblo. La ideología que inspira esta nueva regulación ya fue explicada de forma clara por el presidente Aznar. Así, en declaraciones a La Vanguardia dice: «Vamos a cambiar la legislación para que se acabe con esta imagen en gran medida real, que tienen los ciudadanos de delincuentes reincidentes que entran y salen de los juzgados por la misma puerta. La regla general será que si el juez lo determina, los delincuentes reincidentes estén en prisión; que la reincidencia continua en el delito se pague con la prisión provisional correspondiente». En definitiva, una regulación que, a pesar de la exposición de motivos, ataca frontalmente la presunción de inocencia y el criterio de proporcionalidad, pues la prisión provisional se convierte en pena anticipada de los sospechosos.

Otro elemento importante de estas reformas son los cambios en la legislación penitenciaria. Se introduce el llamado «periodo de seguridad» para los condenados a penas superiores a cinco años, que impide su acceso al tercer grado hasta que no hayan cumplido la mitad de la condena, lo que en la práctica puede significar retardar el acceso a este beneficio y a la libertad condicional a penados a los que hasta ahora se consideraba merecedores de estos beneficios. Se establece preceptivamente que en los casos en las penas impuestas superen el doble del máximo legal, el cómputo para acceder a los beneficios penitenciarios se realizará sobre la totalidad de las condenas impuestas y no sobre dicho límite, si bien el Juez de Vigilancia podrá levantar esta regla si existe un «pronóstico favorable de reinserción social». En tercer lugar, se vincula el acceso de todos los penados al régimen abierto y a la condicional con el hecho de que hayan pagado o vayan pagando, total o parcialmente, las responsabilidades civiles fijadas en la sentencia. Este nuevo requisito, según como sea interpretado, puede vincular la salida en régimen abierto o libertad condicional a la solvencia económica del penado o al apoyo económico que reciba del exterior y, en cualquier caso, a la valoración subjetiva que hagan las juntas de tratamiento y los jueces y fiscales sobre la suficiencia o insuficiencia de su esfuerzo en reparar el delito, lo cual será fuente de arbitrariedad y aplicación desigual de las penas. Finalmente, se establece para los «delitos graves» que el recurso del fiscal paralizará necesariamente cualquier

excarcelación hasta la resolución del mismo, con lo que se rompe frontalmente el principio procesal de igualdad entre las partes, ya que la defensa del penado no tiene, naturalmente, semejante prerrogativa contra resoluciones que le perjudican.

Es evidente que todas estas reformas tendrán un efecto de alargamiento general de las condenas y, por tanto, de crecimiento de la población reclusa. Este efecto no parece que pueda compensarse con una medida, también introducida en la reforma, mediante la cual se prevé el posible adelantamiento de hasta 90 días anuales del cómputo de la libertad condicional (excluidos, naturalmente, terroristas y miembros de bandas organizadas) para los penados que participen en «programas de reparación de las víctimas, o programas de tratamiento o desintoxicación». El alcance de esta posibilidad, especie de resurrección de las redenciones, además de abrir un nuevo campo de arbitrariedad y desigualdad en la aplicación de las penas, dependerá de la interpretación que le den juntas de tratamiento y jueces de vigilancia, pero probablemente tendrá tan poco éxito como lo ha tenido hasta ahora la previsión legal del Código de 1995 de adelantamiento de la libertad condicional a las dos terceras partes de la condena.

### **La creciente masificación de las cárceles españolas**

El ya descrito incremento de la población reclusa experimentado en los últimos veinte años ha cronificado y ampliado el mal endémico de la masificación en nuestras cárceles, a pesar de los esfuerzos inversores de los sucesivos gobiernos en la creación de nuevas plazas penitenciarias. Y por todo lo que hemos expuesto, la tendencia a medio plazo será inevitablemente un mayor hacinamiento, a pesar del esfuerzo gubernamental en la construcción de nuevas cárceles.

El informe del Defensor del Pueblo referente al año 2002 alerta de que éste es el problema fundamental de nuestras prisiones. Según dicho informe, «casi todos los centros penitenciarios españoles se encuentran sobresaturados y en tan sólo ocho de un total de 77 no se supera el 100% de la ocupación operativa (dos internos por celda), llegándose a la situación de que todos los nuevos centros ya se inauguran con literas en las celdas, contradiciendo el texto de la Ley Orgánica General Penitenciaria ya desde su propia concepción» (¿es posible que una acusación tan clara a un gobierno de vulnerar la legalidad no tenga la más mínima consecuencia política?). Es más, en diferentes visitas realizadas por el Defensor, ha observado que en numerosos centros hay celdas compartidas por tres o más internos, así como celdas colectivas de hasta seis internos (Albacete).

La masificación no la padecen solamente los centros dependientes del Ministerio de Justicia. También en Cataluña, cuyo gobierno tiene las competencias en materia penitenciaria desde 1984, existe un sobreocupación de al menos 1.000 internos y en algunos centros comparten una misma celda hasta cuatro y cinco internos, masificación denunciado por el «Síndic de Greuges».

Para el Defensor del Pueblo, la mayor sobreocupación la padecen los centros situados en las Comunidades de Madrid, Andalucía, Valencia, Murcia y Cataluña. El informe destaca que el hacinamiento provoca una mayor conflictividad y, en concreto, un incremento de las agresiones entre reclusos. Pero no es sólo eso. El hacinamiento representa un deterioro grave de las condiciones de vida, limita drásticamente el derecho a la intimidad y reduce los recursos destinados a prestaciones sanitarias, sociales y educativas para los internos, así como a los programas de tratamiento. Se reduce también la ratio de funcionarios por interno, lo cual comporta un déficit en la atención personalizada y en la disminución de la calidad de los estudios e informes necesarios para decidir sobre permisos de salida, semilibertad o libertad condicional.

### **La persistencia de malos tratos a los internos**

A la masificación creciente de las cárceles españolas cabe añadir como el otro gran problema endémico la existencia de malos tratos y violencia desproporcionada del personal de vigilancia sobre los internos. Ciertamente, nunca se podrá garantizar la ausencia de malos tratos sobre las personas sujetas a encarcelamiento, no sólo por la naturaleza violenta de la institución, sino especialmente por su esencial opacidad y la situación de indefensión en la que se encuentran por definición los internos respecto de sus vigilantes. Ahora bien, la cuestión es que los niveles de malos tratos en las cárceles españolas son sumamente preocupantes y parecen mostrar una tendencia alcista, en paralelo al incremento de la masificación y al progresivo abandono práctico del ideal de la reinserción, de lo que luego hablaremos.

En el informe citado del Defensor del Pueblo, correspondiente al año 2002, se destaca que, si bien el número de quejas de internos parece reducirse, lo que podría deberse a la creciente crisis de confianza en los internos respecto de la efectividad de los mecanismos de control del sistema, el número de quejas que reciben diversas organizaciones no gubernamentales y otras asociaciones ha aumentado y muestra su preocupación por el hecho de que en casos de denuncias de internos los hechos no se investigan suficientemente por parte de las autoridades judiciales o administrativas.

Lo que sí denuncia el Defensor del Pueblo son los excesivos márgenes de discrecionalidad con que se aplica la medida coercitiva de aislamiento (aplicada a un recluso nada menos que tres veces en nueve meses) y su utilización inadecuada e incluso arbitraria en numerosas ocasiones. Igualmente, denuncia la utilización inadecuada de una medida como el cacheo con desnudo integral, entendida por la administración como instrumento preventivo aplicado de forma generalizada en determinadas situaciones o a determinados reclusos, en lugar de una aplicación excepcional justificada en casos concretos, cuando exista un juicio previo razonable y razonado de sospecha.

En esta línea, merece destacarse el último informe aprobado por el Comité Contra la Tortura de las Naciones Unidas sobre España, en el que se señala «la preocupación» del Comité ante «la información recibida de fuentes no gubernamentales que revela la persistencia de casos de torturas y malos tratos por parte de las fuerzas y cuerpos de la seguridad del estado», «las denuncias de malos tratos, incluyendo abuso sexual y violación contra emigrantes», así como la «profunda preocupación» del Comité por «el mantenimiento de la detención incomunicada hasta un máximo de cinco días para determinadas categorías de delitos, durante el cual el detenido no tiene acceso ni a un abogado ni a un médico de su confianza», situación que el Comité considera que «facilita la comisión de actos de tortura».

Entre los informes recientes de organizaciones no gubernamentales encontramos el de la Coordinadora de Solidaridad con las Personas Presas, referido a 2002, que relata 86 situaciones de torturas o malos tratos, así como el último informe de Amnistía Internacional, que muestra su preocupación por la persistencia de tratos vejatorios en las cárceles españolas, o el reciente informe del «Observatori del Sistema penal» de la Universidad de Barcelona, que relata con detalle numerosas denuncias y querellas recientes por malos tratos en las cárceles catalanas.

### **Un sistema penitenciario estructuralmente injusto y arbitrario**

La nueva reforma penitenciaria del PP viene, en realidad, a profundizar en los graves defectos que padece nuestro ordenamiento penitenciario ya desde la aprobación de su ley básica de 1979, la Ley Orgánica General Penitenciaria.

No es sólo que, unida al resto de reformas, vaya a incrementar el número de presos, sino que incrementa los márgenes de arbitrariedad y aplicación desigual de las penas fruto de la filosofía que inspira la legislación penitenciaria. En ella, la pena que cumplen los condenados, fijada por el tribunal en la

sentencia después de un juicio, impuesta de acuerdo con el delito considerado probado, no es la pena que va a cumplir el sujeto. La pena que va a cumplir el penado es siempre una pena incierta e indeterminada. La sentencia tan sólo fija un límite máximo, pero es luego, durante el cumplimiento, cuando se determina la extensión y severidad de dicha pena por parte de las «juntas de tratamiento» y los jueces de vigilancia, no de acuerdo (o no principalmente) con el delito cometido, sino en relación con la «personalidad» del autor.

Nuestro ordenamiento penitenciario parte del principio orientador de reinserción y reeducación social (art. 25 de la Constitución), que es entendida legalmente como la potestad y obligación de la administración penitenciaria de intervenir en los factores personales que han conducido al sujeto a delinquir, a los cuales debe aplicarse el correspondiente «tratamiento», «científicamente individualizado» a las características personales del mismo, a fin de posibilitar que, una vez se cumpla la pena, el penado vuelva a insertarse en la sociedad con la «capacidad de vivir sin cometer delitos» y «subvenir a sus necesidades».

Con esta concepción, la intensidad de la pena debe responder a las necesidades del tratamiento de cada sujeto, de modo que accederá, a medida que evolucione en dicho tratamiento, a cotas mayores de autonomía personal: se le concederán permisos de salida, cada vez más largos y repetidos; luego un régimen de semilibertad cada vez mayor y, finalmente, en el momento oportuno, la libertad condicional. Para la aplicación de tales medidas, la ley otorga a los «equipos de tratamiento» y a los jueces de vigilancia amplio margen de discreción para determinar qué medidas son adecuadas en cada caso y en qué momento deben aplicarse.

Esta concepción de la pena como tratamiento se halla hoy absolutamente desacreditada a nivel científico, por múltiples razones: por la incapacidad estructural de la cárcel de conseguir semejante resultado (la pena es violencia y es encierro, lo cual es, por esencia, incompatible con educar e insertar); porque responde a una noción equivocada y obsoleta del delito como enfermedad; porque pretende una intervención sobre la personalidad que atenta contra el principio de libertad de conciencia; porque carece de sentido respecto de delincuentes por convicción o que no padecen ningún tipo de problema psicológico o de marginación social; porque parte de un paradigma psicológico conductista insostenible, de premio-castigo, que fomenta la adecuación externa y artificial del penado a las reglas que se le imponen sin cambiar verdaderamente en su interioridad; porque en la práctica es utilizado por la administración como un instrumento de disciplina y de gobierno de los centros, ya que utiliza estos instrumentos según la conducta o grado de

conflictividad de los internos y promueve su sumisión a las autoridades penitenciarias.

Además, con este sistema, las penas dejan de ser previsibles para el ciudadano. El penado nunca sabe cuándo accederá a los diversos beneficios y cuándo obtendrá la libertad, ya que todo depende de las decisiones que se tomen sobre él, y todas ellas son provisionales, siempre es posible la regresión a estados de mayor restricción. Pero lo más grave es que este sistema produce necesariamente una aplicación de la pena desigual y con altos márgenes de arbitrariedad.

Es una pena desigual porque el sufrimiento que padece el penado no tiene que ver sólo con la gravedad del delito cometido (que sólo marca el máximo de cumplimiento), sino con las valoraciones que determinados profesionales hacen sobre él. Personas condenadas exactamente por el mismo delito cumplen penas diferentes en función del comportamiento en prisión, de la valoración que se hace de su personalidad, de su peligrosidad, de su evolución en el tratamiento, de su entorno social, de su grado de adaptación o colaboración con el tratamiento, de si ha confesado o no el delito, del grado de superación de su problema con la droga, de su familia, de su entorno social, del apoyo con que cuenta en el exterior y ahora, con la última reforma, de la valoración del esfuerzo que haya hecho por reparar el daño causado por el delito. De manera que los internos con más graves carencias personales y sociales suelen padecer condenas más duras, mientras que los que tienen mayores recursos personales, sociales, familiares, mayor apoyo externo y mayores habilidades sociales gozan de mayor margen de confianza y acceden pronto a los permisos, la semilibertad, la libertad condicional...

Y es una pena cuya aplicación permite grandes márgenes de arbitrariedad, porque todas las decisiones que afectan a la intensidad de la penas se adoptan en base a criterios sumamente ambiguos y discrecionales, como «evolución en el tratamiento», «buena conducta», «pronóstico favorable de reinserción» y un largo etcétera, que son interpretados de manera diversa por los distintos profesionales y los diferentes jueces y sobre los cuales es imposible que los internos pueden defenderse, ya que no son normalmente hechos empíricos susceptibles de ser probados o refutados.

Nuestro sistema penitenciario, por tanto, contradice los principios que deberían inspirar las leyes penales de un estado democrático: la certeza, seguridad e igualdad en la aplicación de las penas, el respeto a la libertad de conciencia, el derecho de defensa, etcétera.

Por otra parte, no hay que olvidar (nunca se insistirá bastante) que este sistema de penas desiguales se aplica precisamente sobre una población reclusa

perteneciente, en su inmensa mayoría, a las capas de población más vulnerables. La mayoría de los internos proceden de barrios marginales o degradados y de familias desestructuradas. Son mayoritariamente de nivel económico bajo o muy bajo, han padecido fracaso escolar o laboral o caído en el desempleo; proceden de sectores de la inmigración (interior o exterior) no integrados socialmente; padecen alcoholismo o drogadicción, etcétera.

### **El abandono del ideal de la reinserción**

La crisis de este modelo de sistema penitenciario, en lugar de llevar a una revisión y discusión política y científica profunda sobre sus bases, se traduce en la práctica el abandono del ideal de la reinserción, lo cual justamente agrava sus problemas.

En lugar de plantearse cómo reducir los márgenes de discrecionalidad y desigualdad y establecer mecanismos de seguridad jurídica en la aplicación de las penas, las prácticas de los profesionales y del gobierno de los centros penitenciarios de nuestro país están abandonando los esfuerzos en la ayuda a los penados, en ofrecerles posibilidades de formación y de inserción laboral y en mitigar los perjuicios psicológicos y sociales que causa el encierro. Estos son justamente los aspectos que no deben ser abandonados y es justo lo que debe entenderse por principio de reinserción. Que el cumplimiento de la condena no destruya a la persona, que le ofrezca posibilidades de superar problemas de salud o psicológicos, que le provea de formación y de recursos personales para insertarse laboralmente e incluso que lo estimule a aprovecharlos, a crecer como personas. Pero siempre como una oferta voluntaria, cuyo rechazo no suponga una agravación de la intensidad de la condena. En lugar de ello, nuestro sistema, cada vez más presionado y limitado por la creciente masificación, frustrado por los escasos resultados de mejora de los individuos, va tomando como prioridad la seguridad y el orden por encima de los programas de tratamiento y reinserción. Se mira con desconfianza a los profesionales que aún creen en ellos, se ponen mayores trabas a la entrada de voluntariado de apoyo a los internos y se incrementa la vigilancia y el control sobre los internos, todo lo cual, unido a la masificación se traduce precisamente en un ambiente de mayor tensión y, por tanto, de inseguridad, que reclama nuevas medidas de disciplina y vigilancia.

Naturalmente, una regulación que establece cada vez mayores restricciones al acceso a los permisos, la semilibertad o la libertad condicional de internos considerados excepcionalmente peligrosos y difícilmente «reinsertables», es decir, terroristas, miembros de organizaciones criminales, internos especialmente conflictivos, conduce a la proliferación de macro-centros penitencia-

rios de alta seguridad, con capacidad para varios miles de presos, alejados de los núcleos urbanos (lo que dificulta las relaciones del interno con la sociedad), así como la implementación de regímenes penitenciarios de máximo control y vigilancia para dichos internos, como el famoso régimen FIES (Fichero de Internos de Especial Seguimiento), en los cuales la opacidad se acentúa y los abusos y malos tratos son más fáciles y más frecuentes.

### **Por una nueva política penal y un derecho penal garantista**

Ante este panorama, y a pesar de que los vientos que corren tanto a nivel estatal como internacional, no nos queda más remedio que presionar políticamente en favor de un derecho penal y penitenciario distintos, a la vez que desarrollar una tarea de información y sensibilización de la opinión pública que permita romper tópicos y prejuicios y avanzar hacia una cultura menos punitiva. Pues es precisamente la cultura punitiva dominante la responsable, en última instancia, de una legislación penal tan excesiva como la nuestra. Esto es lo que pretendemos en organizaciones como Justicia y Paz.

Se trata de reclamar una legislación penal que se justifique y se fundamente en la prevención general del delito, sometida a límites bien precisos, y en ningún caso en la neutralización, corrección o reeducación (tratamiento) de delincuentes, objetivos irracionales o ilusorios, promotores de prácticas arbitrarias, penas inciertas y desiguales, injerencias sobre las conciencias y violencia innecesaria generadora de más violencia.

Se trata de reclamar una legislación penal que se proponga como único objetivo el reducir el número de delitos mediante la amenaza penal, al objeto de motivar a los ciudadanos para que no delincan, mediante penas proporcionadas y limitadas, impuestas sólo después de un juicio con todas las garantías y predeterminadas siempre por la sentencia condenatoria. Abolir o limitar a casos absolutamente excepcionales la prisión provisional. Establecer penas no privativas de libertad como regla general, reservando la cárcel tan sólo para los delitos más graves y violentos, regulándola predominantemente como régimen de semilibertad y fijando el límite máximo de prisión en quince años, por encima del cual la cárcel es un sistema inhumano de destrucción del individuo. Y avanzar hacia una pena de prisión más humana, donde las condiciones de vida respeten al máximo la dignidad y derechos de la persona, donde los penados reciban una atención sanitaria, psicológica, educativa y social de máxima calidad y se impida al máximo el deterioro de su personalidad.

Esta política penal de prevención general limitada debe ir acompañada de verdaderas políticas sociales para la erradicación de la pobreza y la margi-

nación, de la mejora progresiva de la educación, la sanidad y los servicios sociales, para las cuales deben multiplicarse los recursos, en detrimento de los enormes gastos militares, policiales y penitenciarios, pues son estas políticas las que verdaderamente reducen la criminalidad. Qué triste que haya que recordar continuamente cosas tan obvias.



### LECTURAS DE BREVIARIO<sup>1</sup>

MARÍA ROSA BORRÁS

Sacristán Luzón, Manuel, *M.A.R.X. Máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres*. Edición de Salvador López Arnal, con prólogo de Jorge Riechmann y epílogo de Enric Tello. Barcelona, El Viejo Topo, 2003, 502 págs.

La publicación de un libro de o sobre Sacristán me parece siempre deseable porque de algún modo contribuye a recordar no sólo su figura personal, sino también sus interesantes escritos críticos. Por eso, porque resulta cada vez más un desconocido y olvidado pensador de nuestro país, me permití recomendar este libro en el boletín electrónico de *mientras tanto*. Las principales razones que aduje eran de orden ajeno a una valoración global sobre el libro que ahora

comento con algo más de detalle. Son razones en las que me parece que cabe insistir: contiene partes más o menos extensas de algunos textos inéditos; puede servir de incitación a descubrir y a leer a Sacristán a partir de los fragmentos reproducidos, pues la fuerza e interés de sus reflexiones y aportaciones críticas «resisten» incluso una exposición dispersa y desmenuzada; el trabajo realizado por Salvador López Arnal pone de manifiesto mucha paciencia e inteligencia para conseguir seleccionar los pasajes que publica. Aunque también cabe recordar que no siempre paciencia e inteligencia garantizan el acierto al pretender generalizar visiones y juicios de índole subjetiva.

Leer este libro me ha interesado por dos cosas: por los textos inéditos y por la evocación de algunas posturas características de Sacristán cuyo contexto e intenciones creo conocer. No me parece, sin embargo, que este libro permita ir mucho más allá de estas dos cosas: incitar a leerle de ver-

---

1. Agradezco las observaciones y comentarios de J.R. Capella y de X. Pedrol que han mejorado este texto; naturalmente, todas las cuestiones criticables del mismo son de exclusiva responsabilidad mía.

dad y recordarnos, a quienes le conocimos, sus ideas y su empeño. Y son dos cosas que si las consigue este libro valen la pena; pero es dudoso que tal pueda ser su efecto, de modo que me parece forzoso comentar algunas cuestiones que pueden desorientar al lector.

Que Salvador López Arnal tiene méritos evidentes por su constancia en el trabajo para recuperar la figura de Sacristán, está claro desde sus anteriores libros editados y por su infatigable labor en tal dirección. Todos, de algún modo, estamos en deuda con él y he de manifestar mis sentimientos de aprecio personal y afecto. Ahora bien, me sentiría hipócrita si por ello dejara de decir lo que pienso sobre este libro, al enjuiciarlo en su conjunto. Lo he leído muy detalladamente y desde estas primeras líneas me disculpo por si mis torpes palabras pudieran molestarle personalmente, más allá de lo que pretendo, que es explicar mis profundas discrepancias no sólo con el enfoque, sino también con el resultado de su trabajo.

La primera cuestión engañosa y descentrada de este libro de minifragmentos es el equívoco con el que se juega acerca de quien es su autor. Éste es un libro que no escribió Sacristán y, además, no corresponde a la tradición intelectual y cultural en la que él se situaba cuando escribía. A no ser que lo consideremos desde la perspectiva, en un sentido muy negativo, de venir a darle la razón sobre el fracaso de su vida, según él

mismo estima en un texto (reproducido en la página 57 de la obra que comentamos) de carácter personal y de autoexamen por «haber recorrido caminos malos», caminos que le llevaron a la dispersión de esfuerzos. Pero este libro le daría la razón en un sentido que agravaría, con mucho, esa fragmentariedad de pensamientos y de empeño en empresas imposibles, pues recopila de forma descoyuntada, como si de un despiece se tratara, partes minúsculas de diferentes textos y discursividades que se yuxtaponen unas a otras disparatadamente. Y así, en lugar de una antología selectiva por criterios de ordenación que faciliten la comprensión de (o introducción a) unas ideas y reflexiones, quedamos incorporados a una lectura sincopada de minifragmentos, sin saber muy bien por qué hemos de aceptar juicios y valoraciones sin saber nada (o muy poco) acerca de la intención y circunstancias que les dieron sentido.

Máximas, aforismos, reflexiones y variables libres es el subtítulo explicativo de las siglas M.A.R.X. título que ya anuncia lo que luego hay en el cuerpo del libro: recortes, fragmentos de fragmentos, frases contundentes, condensados de pensamiento, consideraciones de índole diversa; todo ello desarticulado del razonamiento de un discurso e incorporado a dieciocho cortes o secciones que sirven de ubicación a las frases recogidas de un modo que encoge, o incluso pierde, el sentido de éstas. Son frases que quedan subordinadas a una clasificación repetitiva y confusa, se-

guida de algunas citas de otros autores, seleccionadas por el editor. De modo que las «palabras» de Sacristán quedan encajadas por dieciocho temas, tras las citas de rigor y de evocación supuestamente paradigmática y generosamente prodigadas (del orden de dos, tres, cinco, etc., según los casos), y tras un breve comentario de índole introductoria del autor de la selección.

La primera impresión, después de leer detalladamente todo el libro, es que ésta es una forma de exposición de contenidos propia del hipertexto. Los programas de tratamiento de textos informáticos facilitan «cortar y pegar», facilitan el «arrastre» intertextual y sobre todo obligan a la búsqueda de información por palabras-clave que no siempre se ordenan, en la constelación de ideas que las incorporan, significativamente. El resumen/reducción de argumentaciones y pensamiento a unas frases bien cargadas de significatividad ha de corresponderse con la palabra-clave. También es posible relacionar el método seguido en este libro con la sucesión de puntuales imágenes de situación que permite el zapping en televisión, cuando se busca rápidamente saber de qué trata cada uno de los programas televisivos. Pero son formas que, en el caso del libro que comentamos, resultan contrarias a una lectura de asimilación, aunque puedan ser útiles para otros fines.

Podemos suponer que se pretende quizá conseguir agilidad y rapidez de comprensión e iniciación, en el caso

de una obra, la de Sacristán, que permanece desconocida para la mayoría de potenciales lectores. Pues bien, tampoco esto justifica este libro ya que, creo yo, falsifica los textos al presentarlos bajo perspectivas arbitrarias y al desgarrarlos de los referentes imprescindibles.

Conviene insistir en los aspectos formales porque alteran el fondo de esta peculiar antología de textos. Si pensamos en algunos «modelos» de aproximación a la obra de un autor con los que relacionar este libro, se nos ocurre el diccionario lexicográfico que recoge las principales tomas de posición, definiciones, usos terminológicos, etc. de autores clásicos, por ejemplo de filosofía. En filosofía existen bastantes guías de léxico específico que facilitan el estudio de los clásicos. Así, por ejemplo, el *Kant Lexikon* de Rudolf Eisler que abarca las principales obras, cartas y manuscritos de Kant, o el *Hegel-Lexikon* de Hermann Glockner de cuatro volúmenes. Se trata, por lo general, de instrumentos de trabajo muy útiles para establecer la terminología y temáticas de autores consagrados que han sido objeto de innumerables comentarios, discusiones e interpretaciones. Pero está claro que no tiene esto nada que ver con lo que es admisible y sensato hacer con los textos de Sacristán, un autor que nunca pretendió crear «doctrina» ni cabe situar en un nivel de complejidad teórica e interpretativa que justifique ese tratamiento. Y sin embargo, el libro que comentamos parece reproducir lo «dicho» por Sacristán de un modo

que se aproxima a un diccionario temático de dieciocho entradas (vivir; gnoseología; filosofía; historia de la filosofía; filosofía e historia de las ciencias; Marx; marxistas; marxismo; dialéctica; política y sociología de la ciencia; lenguaje; estética, filosofía del arte, cultura; ética y política; sujetos y movimientos sociales) de sentencias, consejos, recomendaciones y taxativos juicios. Se trata de un modo de encajar frases por secciones o aspectos que corresponde a las posibles fichas, habituales en el estudio de un autor, pero que suelen ser de personal uso para las citas pertinentes en posteriores elaboraciones y trabajos. Precisamente, todo lo contrario de lo que significa un estudio razonado y argumentado que presente o explique algún tema o aspecto desde una lectura transversal de diferentes escritos y diferentes épocas, en cuyo caso sí procede el recurso a la frase que apoya o justifica el estudio en cuestión.

La simple colección de citas (alrededor de treinta por sección) numeradas convierte la obra en algo así como un florilegio de sentencias, tal y como existen para los clásicos latinos y griegos, para San Francisco, para Mao o como se expresó el místico Kempis.

Es evidente que ninguna de las formas antes aludidas puede corresponder a lo pretendido con este libro, ni tiene sentido como vía de conocimiento del pensamiento de Sacristán. De modo que la cuestión formal de este libro quizá sólo responda a cri-

terios de rabiosa actualidad, como son las técnicas de transmisión del mensaje adecuadas a las mentes jóvenes, libres de prejuicios. Es algo opinable, pero en todo caso ello significaría un empobrecimiento de las capacidades perceptivas y reflexivas de los jóvenes que, por el momento, me cuesta admitir. No creo que la juventud sea tan ingenua y obtusa como se suele suponer.

En realidad, los aspectos formales hasta aquí comentados son más bien secundarios. El propio título, inicialmente, no me pareció más que un mero juego en la línea publicitaria actual que nos somete a infantilismos y simplezas del orden de «compro, luego existo», o el reciente anuncio de aparatos electrónicos: «pensar te hace libre» que resulta un calco sintáctico del terrible anuncio de muerte segura «el trabajo hace libre» (*die Arbeit macht frei*). Si en ese título cabe entender una alusión a que Sacristán fuera, para algunos, el Marx de referencia, pues habrá que recordar precisamente su insistencia en la necesidad de leer a los clásicos y a todo autor directamente y a ser posible en el idioma original, sin las muletas de diccionarios ni manuales de iniciación/deformación.

Salvador López Arnal, en la Presentación del libro, da la impresión de creer en la virtud de ejemplos contrafácticos para poner en evidencia la inconsistencia de desprecios y odios de los que fue objeto Sacristán, ejemplos a los que se sumaría esta selección de fragmentos como refu-

tación. A mi entender ésa es una ilusión de mirada extraviada que no percibe las razones y circunstancias de los protagonistas de tales odios, difícilmente enjuiciables o evaluables con meros criterios de cálculos formales. Juan Ramón Capella explicó ya en su entrevista, en *Acerca de Manuel Sacristán* cuáles eran las motivaciones de muchas actitudes de rechazo, no precisamente decidibles con recursos fácticos, pues no responden a un deficiente ni incompleto conocimiento de los hechos, sino a decisiones subjetivas de índole ética y política. Quiero decir, que si de verdad se pretende entrar en ese terreno de querrela «académica» y pública, no hay más remedio que agarrar el toro por los cuernos y decir las cosas por su nombre. Y probablemente no merece la pena perder el tiempo en indirectas y complejas «demostraciones» cuando se trata de discutir antipatías que identifican más a sus protagonistas y a sus políticas y personales decisiones que a quien las suscitara.

Sin embargo, lo que aquí importa de verdad, más que los aspectos secundarios y marginales hasta ahora comentados, es el contenido del libro en el que no he entrado aún. Al fin y al cabo, la forma y los esquemas de edición constituyen ese margen de peculiar enfoque que se ha de admitir cuando el resultado positivo termina por convencernos o justificarlo. Y ahí es donde, a mi entender, aparecen los problemas que suscitan mi crítica: en el resultado, en el contenido del libro.

No se trata de un contenido que simplemente responda a la parcialidad, puesto que ésta es siempre elogiada y útil cuando proporciona a los demás criterios para ampliar la comprensión o para ver aspectos poco estudiados o ignorados de un autor. En el caso de este libro, se trata de una parcialidad deformadora de las claves que permiten comprender a Sacristán. Por supuesto, es ésta simplemente mi opinión, pero ha de ser posible disentir y discutir acerca de estas cuestiones sin acritud ni descalificaciones.

Pues bien, tras el intento de despejar algunos hilos de una maraña que acaba por ahogar la capacidad de pensar por uno mismo, ahí van mis opiniones.

Provoca auténtico malestar ver convertido a Sacristán en el autor de un amplio conjunto de contundentes juicios de valor, arrancados de su intencionalidad, mediaciones y matizaciones, así como de su articulación en discursos, ya de por sí fragmentarios pero que los justifican. Se produce, a mi entender, un fenómeno de dogmatización y petrificación de lo dicho, como si de un autor doctrinal de connotaciones salvíficas se tratara. Las palabras, recortadas y aisladas de las mediaciones que las generan, adquieren la rigidez y vaciedad de la foto fija, aunque tantas citas y fragmentos incluyan la variedad de diferentes fotos fijas, pues no quedan encajadas en las secuencias de producción y el desarrollo de la vida ahí detenida, encapsulada y vagamente

evocada. Esa destrucción del núcleo principal del razonamiento hace estallar en pedazos lo que fueron inteligentes pasos de un pensamiento, reducido así a una baraja de cartas útil para citas de variados registros. Es algo así como una desintegración que reduce a minúsculas piezas, cuyo engarce queda irreconocible, un original; porque aquí no hay *mónada* de Leibniz que valga como prefiguración de las distintas configuraciones que incorporan la creación de valor añadido. A mi modo de ver, eso produce una interpretación descentrada de mero espectáculo de imágenes.

No es lo mismo estudiar un autor y entresacar de su obra fragmentos que den cuenta y razón de una hipótesis interpretativa, por tratarse de pasajes especialmente significativos en relación con alguna de las cuestiones esenciales de sus ideas, que proceder a proporcionar, en 500 páginas, una colección de párrafos según el criterio de artificiosas secciones, algunas repetitivas y de fronteras muy confusas. Conduce a barbaridades como atribuir a Sacristán ideas e incluso expresiones literales que no son suyas. Refiero algunos ejemplos a continuación.

Página 98, no sé si máxima, reflexión o aforismo número 23 del apartado:

No se enseña filosofía; se enseña  
—si acaso— a filosofar.

Como si de una «proposición» de Sacristán se tratara, se presenta la

famosa frase de la *Critica de la razón pura* (al final de la obra, en la *Metodología trascendental*) de Kant acerca de la imposibilidad de enseñar nada más que, a lo sumo, a filosofar (a ejercer el talento de la razón en una reflexión filosófica) y no filosofía por tratarse de una idea de ciencia aún no constituida. El texto en el que Sacristán dice eso, *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores* de 1968, justifica de sobras esa referencia a una discusión interna al contexto filosófico («Pues no se enseña filosofía...» dice Sacristán en su argumentación) utilizando consciente y manifiestamente la expresión kantiana que difícilmente pueden desautorizar los filósofos de profesión. Ese mismo fragmento núm. 23 se repite luego, en su sustancia, al final del fragmento 26, más largo:

(...) Aprender filosofía es sobre todo aprender a filosofar y, enseñarla, enseñar a filosofar.

Vuelve a ser la reflexión kantiana que Sacristán retomó en varias ocasiones, pero que estos fragmentos recopilados no ayudan en absoluto a entender. De modo que no ayudan a discernir cuáles son las ideas y aportaciones propias de Sacristán y cuáles fueron los autores que más le influyeron (aunque esto aparezca declarado cuando él se refiere, en entrevistas a su formación intelectual). El hecho de que Sacristán hiciera suyas ideas ajenas es normal (es imposible partir de cero en el pensar ¿no?); pero lo que no es normal es

presentarle como autor de un *lema* (o filosofema) tan famoso. Lo menos que se puede decir es que induce a engaño y confusiones el hecho de aislar frases como si todas fueran momentos de su propio pensamiento. Y esto es lo que me provoca malestar y lo que me inclina a considerar este trabajo un verdadero desacierto. Como es lógico no es posible indicar en esta crítica los diferentes casos de este tipo. No sólo ocurre en este apartado de fragmentos atribuidos a «Pobreza y desnudez del filosofar»; ocurre cuando pretende dar cuenta de las ideas gnoseológicas y ocurre a lo largo de todo el libro.

Constituye también un desacierto, en mi opinión, presentar fragmentos breves que luego reaparecen literalmente repetidos en otros más extensos. Por ejemplo, páginas 272 y 278: el fragmento 18 se reproduce íntegro en el 29, más extenso. Esto ocurre varias veces, no es posible señalar todos los casos. Quizá responde a una intención que a mí se me escapa, pues incluso sucede algo parecido con fragmentos correlativos. En la pág. 298 la idea del breve fragmento 26 («No creo haber hecho traducciones muy malas, pero sí he hecho algunas muertas») se repite en el fragmento 27, cuando explica qué son traducciones muertas.

Francamente yo no sé leer así y (por utilizar con provecho esta «colección de citas» de Sacristán) me apunto a la idea, ampliando su alcance, del fragmento 48 de la página 188: «Es necesario de una vez dejar vivir a los

clásicos, y no se ha de enseñar a citarlos, sino a leerlos». Lo malo, a mi entender, es que ni tan siquiera como yacimiento de citas sirve este libro, porque no incluye un buen índice temático ni terminológico que permita su fácil localización. Resulta más fácil recurrir a ediciones anteriores que, además, indican fecha y títulos de los escritos siempre y de modo más sencillo. El hecho de que sean ediciones descatalogadas no significa que sean ilocalizables y lo que es necesario es completarlas como tan bien supo hacer Albert Domingo con *El orden y el tiempo*, donde su introducción orienta e informa de modo pertinente.

Esto me lleva de nuevo a la cuestión de la forma de presentación de esta obra. Los minifragmentos o los fragmentos de extensión diversa, quedan emparedados entre dieciocho «introducciones» y dieciocho epílogos que cierran la sección como «notas», parte ésta que incorpora generalmente aunque no siempre fragmentos procedentes de apuntes, conferencias, borradores, esquemas, etc. de carácter inédito.

El hecho de despedazar y desgajar minifragmentos, sin una orientación o interpretación que los sitúe, conduce a reducir esas frases a lo banal y gratuito. Resulta extraño encontrar afirmaciones que nada justifica. Algunos ejemplos:

No todo lo racional es real; más bien casi nada (fragmento 1, pág. 70).

Dicho así, ni el propio Hegel lo negaría. Pero Sacristán hace esa observación tras su crítica a A. Berry (En *¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?*) y no como una generalidad filosófica que tenga nada que ver con la expresión de sus propias ideas gnoseológicas. Propiamente discute acerca del objetivismo de las «leyes de la historia» de Marx como una «mala lectura» que lo traduce en determinismo fatalista.

Una ciencia, una investigación o una teoría se caracteriza [en el original de Sacristán naturalmente está en plural] por las especiales abstracciones básicas que constituyen el punto de vista según el cual se va a considerar la realidad (frag. 15, pág. 74).

Éste es un fragmento que tampoco identifica las «ideas gnoseológicas» de Sacristán, sino que constituye una explicación sobre la diferencia entre la abstracción científica y la vulgar, y además resume o sintetiza lo que forma parte del sentido común admitido por muchos teóricos de la ciencia. En definitiva, es una frase que cabe situar en el contexto didáctico (expositivo) y no interpretativo ni creativo de pensamiento original.

El requisito imprescindible para una investigación sin prejuicios es el reconocimiento de la ignorancia propia (frag. 20, pág. 76).

Son estas frases, recuperadas así, sin más explicaciones, meras trivialidades. Situarlas como si tuvieran

virtud explicativa sobre las nociones básicas de la teoría del conocimiento de Sacristán, me parece que no tiene sentido alguno.

Abundan los ejemplos de este tipo; pero he de limitarme a sólo algunos pocos, a fin de no extenderme desproporcionadamente en mi comentario:

La subjetividad absoluta es un cuento celestial pre-crítico (frag. 34, pág. 56).

Pero las cosas no «se hacen problema», sino que los hombres «se hacen» o no problema de ellas (frag. 26, pág. 53).

En este último caso, sería interesante saber a qué se refiere la adversativa inicial. ¿A qué o a quien se refiere? Pero es igual ¿no? Da la impresión de que, en casos como éste, se reproducen frases que se convierten en «texto» o «fragmento» significativo en sí, sin atender a que expresan sólo el buen hacer intelectual de Sacristán al que tanto irritaban las chapuzas intelectuales. Son simples observaciones elementales que no veo cómo transformar en «piezas» de su pensamiento.

Insisto, la lista de tales fragmentos es muy larga:

Yo creo que los científicos rechazan la cuestión del sentido porque su actividad la tiene (frag. 4, pág. 151).

Lo político-moral es siempre decisivo, lo económico es lo básico (frag. 29, pág. 342).

Hay que ver lo cerca que están las posiciones cuando se elimina la demagogia filosófica.

Lo dejo aquí, pues me parece suficiente. Y no puedo entrar en la cuestión de las deficiencias de esta edición que incluye abundantes erratas (palabras repetidas; palabras que faltan; letras equivocadas; puntuación que altera la original de Sacristán, etc). Siento no disponer ya de espacio para proporcionar una lista de erratas y de alteraciones de manuscritos como, por ejemplo, la numeración de frases en algunos inéditos que resulta extraño suponer que sea debida a Sacristán. La abundancia de erratas, faltas, errores, etc. de edición no permite suponer un trabajo cuidadoso de preparación en el que es admisible la excepcional lista de «fe de erratas».

Lo lamento mucho, pero este libro me parece inadecuado y de escasa utilidad por la extraña manera de presentar una antología de textos de Sacristán a partir de cortes y recortes en la amalgama de supuestos criterios de ordenación y de comentarios fundidos a papeles inéditos. No transmite ni recoge ni interpreta las ideas de Sacristán, de cuya vigencia, en cambio, sí da cuenta Enric Tello en el epílogo; pero son sólo estas 45 páginas de entre las 500 del libro las que resultan interesantes porque entran en el comentario, interpretación y com-

prensión de la obra de Sacristán. Y es que no basta con tener papeles entre las manos que otros no tienen. Hay que saber pensar serenamente, aunque el riesgo sea equivocarse. Pues el problema de este libro no son las equivocaciones u opiniones discutibles, sino el vacío conceptual de la mecánica etiqueta para recolectar frases, aptas para ser repetidas en forma de breviario.

Y termino con una cita de Sacristán sobre cómo interpretar a Gramsci, aunque sea un poco larga, pues a mi modo de ver, *mutatis mutandi*, debería ser también el criterio obligado para comprenderle a él:

La mejor manera de evitar las parcialidades monográficas o polémicas en la consideración de la vida y la obra de Gramsci consiste en satisfacer respecto de ellas el criterio que él declaró obligado para la comprensión de un hombre y de su obra: «la búsqueda del *leit-motiv*, del ritmo del pensamiento en desarrollo, tiene que ser más importante que las afirmaciones casuales y los aforismos sueltos». Las varias dificultades que se oponen a esa tarea no impiden ver como motivo rector del pensamiento y la práctica del fundador de *L'Ordine Nuovo* el problema del *orden* de la vida de los hombres, el tema de la caducidad del orden viejo, y el de los *tiempos* con y en que puede aparecer el orden nuevo. Lo que ocurre es que no se podrá esperar de un hombre cuyo

método de pensar y de hacer ha sido la autocrítica perenne —y expresa, además, en un escribir entrecortado y disperso por la brutalidad de las cosas, por el desorden del «orden» capitalista en su dilatada crisis— ninguna exposición inmutada y sistemática de los logros intelectuales y prácticos que haya arrancado al *leit-motiv* de su vida, sino más bien los sucesivos frutos, a veces

«orgánicamente» contradictorios, de su forcejeo con aquella problemática. (Manuel Sacristán. *El orden y el tiempo*, edición de Albert Domingo, Madrid, Trotta, 1998, págs. 86 y 87.)

Me parece que es posible pensar *de te fabula narratur* cuando Sacristán con estas palabras se refiere a Gramsci, y ello tiene que ver con mis objeciones al libro comentado.

## DOCUMENTOS

### LAS 21 EXIGENCIAS DE ATTAC SOBRE EL «TRATADO CONSTITUCIONAL»

La conferencia intergubernamental encargada de elaborar el futuro «tratado constitucional» europeo ha tomado como base de trabajo el documento elaborado por la Convención para el futuro de Europa. Es, pues, a partir de este texto, que formula sus exigencias el Consejo de Administración de ATTAC, con el fin de que resulte aceptable para la asociación.

ATTAC considera que el término «Constitución, para calificar este texto es perfectamente abusivo. Por una parte, porque el proceso utilizado para su elaboración no tiene nada que ver con un proceso constituyente, que supondría la elección de una asamblea constituyente. Por otra parte, porque una Constitución fija un marco en el seno del cual pueden ser ejecutadas diferentes políticas, incluso contradictorias. Mientras que las políticas de la Unión, tal como son definidas de forma precisa en la parte III del texto, no dejan ningún margen a las alternativas al liberalismo, aún cuando sean las deseadas por la

mayoría de los ciudadanos de los Estados de Europa. Sería necesario para ello revisar el tratado, lo que supone la unanimidad de los 25 signatarios. Que es lo mismo que decir misión imposible.

En esas condiciones, lo que se nos propone bajo la forma de un «tratado constitucional» tiene parecido con una Constitución en sus aspectos institucionales, pero no respeta las reglas democráticas de un proceso constituyente, y parece más un manifiesto ideológico sobre el contenido de las políticas de la Unión.

A partir del examen de un tal texto, de manera consciente, no hemos avanzado ninguna demanda en materia de arquitectura institucional. Pues, en efecto, para ATTAC, lo importante es el contenido de las políticas europeas, y las posibilidades que ofrezcan los marcos jurídicos propuestos para llevarlas a cabo, y esto independientemente de las instituciones, de los poderes de las mismas y de sus relaciones recíprocas.

Estas exigencias serán comunicadas al gobierno y al Parlamento francés, así como a todos los actores y movimientos sociales con los cuales ATTAC mantenga relaciones. A partir de los trabajos de la CIG, ATTAC hará pública su apreciación del tratado y abrirá la vía a la elaboración de un documento común de los ATTAC europeos, en la perspectiva del proceso de ratificación por los 25 Estados miembros.

**Exigencia nº 1. La solidaridad debe ser un valor y una norma de la Unión:** El artículo I-2 no menciona la solidaridad como valor de la Unión, al mismo tiempo que son citados, entre otros, la libertad y la igualdad. La solidaridad es simplemente, y de manera abusiva, presumida «común a los Estados miembros». ATTAC demanda que sea inscrita como un valor y norma de la Unión.

**Exigencia nº 2. La igualdad entre hombres y mujeres debe ser un valor de la Unión:** El artículo I-3 («los objetivos de la Unión») precisa, pero únicamente en su tercer párrafo, que la Unión «promueve la igualdad entre hombres y mujeres». Sin embargo, no se trata tan sólo de promover, sino, sobretodo, de garantizar esta igualdad. ATTAC demanda pues que la igualdad hombre-mujer figure en el artículo I-2 («los valores de la Unión»), en la misma situación que la dignidad humana, la libertad, la democracia, la igualdad, el Estado de Derecho y el respeto de los derechos del hombre.

**Exigencia nº 3. La concurrencia no debe figurar como un «objetivo y norma superior» de la Unión:** El artículo I-3, relativo a los objetivos de la Unión, indica en su párrafo 2 que «la unión ofrece a sus ciudadanas y ciudadanos... un mercado único en el que la concurrencia es libre y no está falseada». ATTAC demanda que la cooperación sustituya a la concurrencia como objetivo y como norma superior de la Unión. Por ese motivo, ATTAC considera que la Comisión mantiene unos poderes exorbitantes en materia de concurrencia. ATTAC demanda que, sobre la posición de un Estado, una decisión de la Comisión en este sector se encuentre suspendida en tanto sea aprobada por mayoría cualificada por el Consejo, en codecisión con el Parlamento.

**Exigencia nº 4. Los servicios públicos deben ser inscritos como objetivos de la Unión y declarados exentos de las reglas de concurrencia:** ATTAC demanda que los servicios públicos (llamados «servicios de interés general») no sean relegados a las partes II y III del tratado, sino que figuren en la primera parte («Definición y objetivos de la Unión») en el artículo I-3 («los valores de la Unión»).

El artículo III-55 somete a los servicios de «interés general» a las reglas de la concurrencia.

ATTAC demanda la modificación de los artículos III-55, 56 y 57 con la finalidad de eliminar toda referencia a la concurrencia en esos puntos.

**Exigencia nº 5. El libre comercio no responde al bien común y no debería ser principio de la Unión:** En varias disposiciones, y especialmente en el artículo II-69, se especifica que las políticas de la Unión deben conformarse «al principio de una economía de mercado abierta donde la competencia es libre». La exigencia nº 2 recusa ya la competencia como objetivo de la Unión. ATTAC demanda igualmente la supresión, en todas las partes del tratado, de la fórmula «economía de mercado abierta» o economía de mercado abierta», otra forma de definir un libre comercio que no debería tener el estatuto de «principio». El artículo II-216 asimila, como si se tratara de una verdad establecida, el «interés común» a la «supresión progresiva de restricciones a los intercambios internacionales y a las inversiones extranjeras directas». Este artículo es contradictorio con, entre otros, el principio de soberanía alimentaria que implica una protección respecto de las importaciones agrícolas. En este sentido, justifica las tentativas de la UE (frustradas en Cancún) de hacer entrar por la ventana de la OMC las cláusulas leoninas del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) que habían sido expulsadas por la puerta de la OCDE en 1998. ATTAC demanda la supresión de este artículo.

**Exigencia nº 6. Impedir la mercantilización de la cultura, la educación y la salud que realiza la política comercial común:** El artículo II-217 generaliza el voto por mayoría cualificada para la conclusión de

cualquier acuerdo comercial. Con una excepción a este respecto, a saber: se requiere la unanimidad en el sector de los servicios culturales y audiovisuales, pero únicamente «en el caso que de éstos supongan un riesgo de atentado contra la diversidad cultural y lingüística de la Unión». ATTAC demanda la supresión de esta última referencia, puesto que no precisa quien apreciaría la validez (de esa circunstancia), y demanda igualmente que la salud y la educación continúen necesitando el voto unánime. Esta exigencia es tanto más importante cuanto que el Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (AGCS), de la OMC, constituye una amenaza permanente sobre estos tres sectores, y que se conoce la propensión de la Comisión a trocarlos contra concesiones en otros sectores.

**Exigencia nº 7. La política comercial común debe ser objeto de un control democrático:** El artículo III-69 indica que «la política monetaria tiene como objetivo principal mantener la estabilidad de precios». Dado que, entre los objetivos de la Unión (el artículo I-3), está «una economía social de mercado altamente competitiva que tiende al pleno empleo» y el «crecimiento equilibrado», ATTAC considera que no deben desconectarse la política monetaria de la política económica ni de la política de empleo. En consecuencia, esta asociación demanda que el pleno empleo y el crecimiento figuren como objetivos principales de la política monetaria, al mismo nivel que la estabilidad de precios.

**Exigencia nº 8. Luchar contra el dumping social y el dumping fiscal en la Unión:** En los sectores social y fiscal la regla de la unanimidad permite a algunos Estados mantener peores políticas, lo que da pretextos a otros Estados miembros para tirar hacia abajo sus propias políticas en esos sectores.

ATTAC demanda que sean regidas por el procedimiento de codecisión Parlamento-Consejo (para que este último se pronuncie por mayoría cualificada) las políticas siguientes, que actualmente requieren unanimidad, a saber:

- fiscalidad de las empresas, fraude fiscal (artículos III-62 y III-63),
- fiscalidad del medio ambiente,
- Seguridad Social y protección social, protección en caso resolución del contrato de empleo, representación y defensa colectiva de los trabajadores, acceso al mercado de trabajo de los demandantes de empleo de países terceros (artículo III-104),
- puesta en práctica de los acuerdos entre partes sociales (artículo III-106).

**Exigencia nº 9. La política económica y monetaria debe promover el crecimiento y el empleo:** El artículo III-69 indica que «la política monetaria tiene por objetivo principal mantener la estabilidad de los precios». De modo que, entre los objetivos de la Unión (artículo I-3) está la cuestión de una «economía social de mercado altamente competitiva que tienda al pleno empleo», así como al «crecimiento equilibrado».

ATTAC considera que no se debería desconectar la política monetaria ni de la política económica ni de la política de empleo. En consecuencia, la asociación demanda que el pleno empleo y el crecimiento figuren como objetivos principales de política monetaria, al mismo nivel que la estabilidad de precios.

**Exigencia nº 10. El Banco Central Europeo y los bancos centrales nacionales deben rendir cuentas a los gobiernos y a los electores:** El artículo III-80 enumera las instituciones de las que, ni el Banco Central Europeo ni los bancos centrales nacionales, debieran aceptar solicitudes o instrucciones.

ATTAC exige que los bancos centrales nacionales estén sometidos a la autoridad de los gobiernos y de los electores nacionales. En la medida en que los gobiernos de esos bancos centrales nacionales formen parte del Consejo de gobernadores del Banco Central Europeo, la política de este último debe ser controlada por el Consejo y por el Parlamento europeo.

**Exigencia nº 11. La Unión debe poder endeudarse:** El artículo I-53 estipula que «el presupuesto de la Unión es, sin perjuicio de otros ingresos, íntegramente financiado por recursos propios». ATTAC exige que la Unión, más allá de sus recursos propios, actualmente limitados por decisión del Consejo al 1,27% del PIB de la Unión (límite del cual demanda la supresión), pueda endeudarse, especialmente para la realización de las grandes obras de

infraestructura y para las inversiones necesarias en los países que han de incorporarse en el 2004. Este endeudamiento debe particularmente poderse realizar con el BCE, lo que implica la abrogación del artículo III-73 que prohíbe a este último «conceder descubiertos o cualquier otro tipo de crédito a instancias, órganos o agencias de la Unión», así como a cualquier instancia nacional.

**Exigencia nº 12. La Unión debe poder controlar los movimientos de capitales:** El artículo III-45 prohíbe todas las restricciones a los movimientos de capitales. Este artículo ha sido ya invocado por un comisario europeo para declarar jurídicamente imposible la tasa Tobin. ATTAC demanda por consiguiente su supresión. El artículo III-46.3 precisa que se requiere la unanimidad para derogar la liberalización de los movimientos de capitales con destino o provenientes de países terceros. ATTAC demanda que la unanimidad sea reemplazada por la mayoría cualificada.

**Exigencia nº 13. Por el principio de no regresión de derechos:** Debe figurar en el título de objetivos de la Unión una cláusula afirmando el principio de no regresión de derechos de los ciudadanos de la Unión, según el cual las leyes comunitarias no pueden aplicarse más que en la medida en que sean más favorables que las leyes, reglamentos, convenios o acuerdos de nivel infracomunitario, en particular por lo que respecta a los derechos fundamentales, tal como están expuestos en la Declaración

Universal de Derechos Humanos. Los precedentes de la semana de 48 horas y del trabajo de noche de las mujeres muestran que una tal cláusula es indispensable.

**Exigencia nº 14. La Unión debe ser laica, no a los privilegios para las iglesias:** El artículo I-51 está enteramente consagrado al Estatuto de las Iglesias y organizaciones no confesionales. En el párrafo 3 se precisa que la «Unión mantendrá un diálogo abierto, transparente y regular con estas Iglesias y organizaciones». Estas instituciones son las únicas que se benefician de un tal reconocimiento oficial en el tratado.

ATTAC demanda la supresión de este párrafo 3 que duplica lo previsto en el artículo I-46: «Las instituciones de la Unión mantendrán un diálogo abierto, transparente y regular con las asociaciones representativas de la sociedad civil».

**Exigencia nº 15. La OTAN no es una institución europea:** El artículo I-40 hace dos veces referencia a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en particular para especificar que la política de seguridad y de defensa común de la UE «es compatible con la política de seguridad y de defensa establecida en ese marco» (se trata del marco de la OTAN). Puesto que la Organización comprende dos Estados no europeos (Canadá y EE UU), que seis Estados miembros actuales o futuros de la Unión no forman parte de la OTAN (Austria, Chipre, Finlandia, Irlanda, Malta y Suecia), y tres de sus miembros europeos

(Islandia, Noruega y Turquía) no son miembros de la UE, es obvio que la OTAN no es una institución europea, sino el principal instrumento de la dominación de los Estados Unidos sobre Europa. ATTAC demanda la supresión de toda referencia a esa institución en el tratado.

**Exigencia nº 16. La militarización no debería ser una obligación de la Unión:** El artículo I-40 dispone que «los Estados miembros se comprometen a mejorar progresivamente sus capacidades militares». ATTAC demanda la supresión de esta frase.

**Exigencia nº 17. Facilitar las cooperaciones reforzadas:** El artículo I-43, relativo a las cooperaciones reforzadas, permite a varios Estados ir más deprisa y más lejos en la adopción de políticas comunes, hace dichos acuerdos de cooperación reforzada difíciles, premiosos para ponerlos en marcha, incluso prácticamente imposibles, pues exigen decisión del conjunto del Consejo por mayoría cualificada, adhesión de un tercio de Estados participantes, etc. ATTAC demanda la supresión de esta exigencia y una simple información al Consejo y al Parlamento europeo por parte de los gobiernos que se comprometen en una cooperación reforzada.

**Exigencia nº 18. Extender la ciudadanía de la Unión:** Los artículos II-39 a II-46, relativos a la ciudadanía de la Unión deben aplicarse no sólo a los ciudadanos de la Unión, sino también, según procedimientos

a determinar, a los residentes no pertenecientes a uno de los Estados miembros.

**Exigencia nº 19. Por un verdadero derecho de iniciativa de los ciudadanos en las políticas de la Unión:** Según el artículo I-46, «la Comisión puede, a iniciativa de al menos un millón de ciudadanos de la Unión pertenecientes a un número significativo de Estados miembros, ser invitada a someter una proposición apropiada sobre cuestiones para las cuales algunos ciudadanos consideren que un acto jurídico de la Unión es necesario para los fines de la aplicación de la Constitución».

Esta redacción deja a la Comisión la decisión de la oportunidad y el contenido de la proposición. ATTAC demanda que el mandato al Consejo y al Parlamento sea automático, sin el filtro de la Comisión, desde que se reúnan un millón de firmas a favor de una proposición de acto jurídico o legislativo.

**Exigencia nº 20. La Comisión no debe tener el monopolio de la iniciativa de las leyes europeas:** El artículo I-25 mantiene el monopolio de la proposición de los actos legislativos en la Comisión.

ATTAC demanda que el Parlamento europeo y el Consejo dispongan del derecho de iniciativa de actos legislativos en pie de igualdad con la Comisión.

**Exigencia nº 21. El tratado debe ser realmente revisable:** El artículo IV-7 relativo al procedimiento de

revisión del tratado que establece la Constitución supone una verdadera carrera de obstáculos, pudiendo demorarse por años en caso de propuesta de revisión del tratado. Precisa que «las enmiendas entrarán en vigor después de haber sido ratificado por todos los Estados miembros conforme a sus reglas constitucionales respectivas». Así el primado de

la concurrencia y del librecambio, el estatuto minusvalorado de los servicios públicos, por no tomar más que estos ejemplos, son susceptibles de ser perennes por toda la eternidad por voluntad de un solo Estado miembro. ATTAC demanda que la mayoría cualificada sea suficiente para proceder a la revisión del tratado.



## PRIMER INFORME SOBRE LOS PROCEDIMIENTOS ADMINISTRATIVOS DE DETENCIÓN, INTERNAMIENTO Y EXPULSIÓN DE EXTRANJEROS EN CATALUÑA

A continuación se recogen las conclusiones del *Primer Informe sobre los procedimientos administrativos de detención, internamiento y expulsión de extranjeros en Cataluña* elaborado por el grupo de trabajo formado por Héctor Silveira, Marta Monclús, Gemma Nicolás y Antoni Fernández del Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos (OSPDH) de la Universidad de Barcelona. El Informe analiza el papel que desempeñan tres de los principales actores implicados en los procedimientos de detención, internamiento y expulsión de extranjeros en la ciudad de Barcelona: los jueces de instrucción, los abogados, especialmente del Turno de oficio de extranjería, y los funcionarios de la Dirección General de Policía. El Informe completo está editado en Virus, Barcelona, 2003 y en formato electrónico en la web del OSPDH ([www.ub.es/ospdh](http://www.ub.es/ospdh)). Por razones de espacio, se han eliminado las notas al pie que figuran en las conclusiones del Informe publicado.

La **primera conclusión** de este Informe es que los procedimientos de detención, internamiento y expulsión establecidos en la LOE generan un alto grado de indefensión de los extranjeros, especialmente de los indocumentados, al no garantizar un debido cumplimiento de los derechos de defensa y tutela judicial efectiva. Esta conclusión es compartida por el 90% de los abogados y por el 48% de los jueces.

La **segunda conclusión** es que esta situación se ve agravada por otras dos circunstancias: en primer lugar, por el hecho de que una mayoría de abogados se desentienden de la asistencia jurídica de los extranjeros una vez presentadas las alegaciones a la propuesta de expulsión y, en segundo lugar, porque la gran mayoría de los jueces hace un seguimiento meramente formal, sin entrar en otras consideraciones, de los asuntos que afectan al procedimiento de expulsión en su conjunto, de lo que sucede en los centros de internamiento y de las cau-

sas de expulsión. Tal y como se muestra en este Informe sólo una cuarta parte de los jueces autoriza excepcionalmente, cuando es imprescindible, el internamiento.

La responsabilidad de esta situación es primeramente política, tanto de la mayoría parlamentaria que aprobó la Ley de extranjería y sus posteriores reformas restrictivas como del gobierno que elaboró el Reglamento de desarrollo. La ingeniería jurídica creada por el legislador y el gobierno concierne a los procedimientos de internamiento y expulsión que vulnera derechos y libertades de los extranjeros inmigrantes y dificulta, además, su defensa jurídica para facilitar las expulsiones del territorio. La ley se convierte así en uno de los medios que utiliza el Estado para, por un lado, ejercer una violencia selectiva sobre un grupo específico de personas, como son los extranjeros indocumentados, los cuales, al ser ignorados por la ley y la administración, sufren un proceso de despersonalización, esto es, de conversión en «no-personas» y, por otro, para institucionalizar un sistema dual de ciudadanía.

Ante esta política, el *Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos* (OSPDH) considera inconstitucional la posibilidad prevista en el art. 62 de la LOE consistente en internar cautelarmente a los extranjeros sometidos a un expediente sancionador de expulsión. Dicha privación de libertad vulnera el art. 25.3 CE, en cuanto prohíbe a la adminis-

tración civil imponer penas y sanciones que directa o indirectamente impliquen privación de libertad; el art. 17 CE, el cual sólo prevé la privación cautelar de libertad en causas constitutivas de delito y el art. 24 CE que garantiza la tutela judicial efectiva y prohíbe la indefensión. O dicho de otra manera, la privación de libertad del extranjero es inconstitucional principalmente por tres motivos: a) porque la ley de extranjería no articula un mecanismo de real y verdadera puesta del detenido a disposición de la autoridad judicial; b) porque supone una medida cautelar administrativa que implica privación de libertad; c) porque no se prevé el mínimo sistema de garantías que haga posible que la intervención del juez sea una verdadera decisión jurisdiccional, sin que, en consecuencia, exista efectiva tutela judicial.

El OSPDH considera que la expulsión del extranjero del territorio nacional constituye una sanción muy grave y, en consecuencia, sólo debería aplicarse, si es que el legislador quiere mantenerla como instrumento de política criminal, frente a infracciones muy graves -es decir, delitos- y nunca por la mera estancia irregular. El hecho de que se aplique la sanción de expulsión tanto a quien comete un delito como a quien comete una infracción administrativa produce una equiparación de ambos tipos de comportamiento.

En los casos de ilícitos penales realizados por extranjeros, se debería tener siempre presente el objetivo cons-

titucional de la resocialización y reinserción social. Es decir, la sustitución de la pena o del proceso por la expulsión no debería aplicarse nunca contra la voluntad del extranjero si éste está arraigado en el territorio, ya que su expulsión impediría su posible reinserción social. En estos casos, la aplicación indiscriminada de la expulsión, sin tener en cuenta la voluntad del extranjero y su situación de arraigo, impide el cumplimiento del objetivo constitucional.

Sin embargo, el criterio del legislador consiste en la aplicación indiscriminada de la expulsión. Esto se pone de manifiesto con la reciente reforma de la Ley de Extranjería y del Código Penal llevada a cabo por la LO 11/2003, de 29 de septiembre, que enfatiza la automaticidad de la expulsión del extranjero inculcado o condenado por un delito, eliminando prácticamente la discrecionalidad judicial (art. 89 Código Penal y art. 57.7 LOE).

Por otro lado, la sanción de expulsión debería adoptarse siempre en el marco de un procedimiento jurisdiccional que respete todas las garantías constitucionales propias del ámbito penal. A nuestro entender debería ser

el poder jurisdiccional el que tendría que tener reservada tal función y nunca el poder administrativo. Sin embargo, actualmente la autorización judicial para el internamiento no hace más que revestir con una pátina de legalidad a esta medida cautelar. Más bien, se puede decir que la instancia judicial realiza una función ideológica, en el sentido de que su intervención sirve para dar una cobertura garantista a una práctica administrativa que en innumerables ocasiones se convierte en autoritaria y arbitraria por no tener en cuenta las circunstancias personales del extranjero.

Ante todo esto y siendo conscientes de que la tendencia actual de la política legislativa sobre los derechos y libertades de los extranjeros es claramente involutiva y que los cambios legislativos dependen en buena parte de procesos sociales más amplios, el OSPDH considera conveniente formular una serie de recomendaciones a los diversos actores implicados en la aplicación de la actual LOE con el fin de reducir la indefensión de los extranjeros, especialmente de los sin papeles, sometidos a procedimientos administrativos de internamiento y expulsión en el marco de la legislación vigente.



## CITA

¿Por qué no podemos vivir en el tiempo como el pez en el agua, como el pájaro en el aire, como los niños? ¡Los imperios tienen la culpa! Los imperios han creado el tiempo de la historia. Los imperios no han ubicado su existencia en el tiempo circular, recurrente y uniforme de las estaciones, sino en el tiempo desigual de la grandeza y la decadencia, del principio y el fin, de la catástrofe. Los imperios se condenan a vivir en la historia y a conspirar contra la historia. La inteligencia oculta de los imperios sólo tiene una idea fija: cómo no acabar, cómo no sucumbir, cómo prolongar su era. De día persiguen a sus enemigos. Son taimados e implacables, envían a sus sabuesos por doquier. De noche se alimentan de imágenes de desastre: saqueo de ciudades, aniquilamiento de poblaciones, pirámides de huesos, hectáreas de desolación.

De *Esperando a los bárbaros*, de J. M. COETZEE

**mientrastanto.e**

*Mientras tanto* está publicando un boletín electrónico de periodicidad mensual, quienes deseen suscribirse gratuitamente a *mientrastanto.e* pueden solicitarlo a la dirección siguiente:

**[suscripciones@mientrastanto.org](mailto:suscripciones@mientrastanto.org)**

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre .....  
Dirección ..... C.P. ....  
Población ..... Provincia .....  
NIF ..... Teléfono .....  
Profesión ..... Ocupación .....

SUSCRIPCIÓN POR 4 NÚMEROS  
DESDE EL PRÓXIMO NÚMERO

- primera suscripción  
 renovación

Tarifa:

- España ..... 20 euros  
 Europa ..... 30 euros  
 Resto del mundo ..... 37 euros

NÚMEROS ATRASADOS QUE SE DESEA RECIBIR

.....  
.....

Cada número atrasado en existencia ..... 3 euros

REDACCIÓN

Apartado de Correos 30059, Barcelona

SUSCRIPCIONES

Apartado de Correos 857 F. D., Barcelona

e-mail: [icaria@icariaeditorial.com](mailto:icaria@icariaeditorial.com)

Tel.: (34) 93 301 17 23/26 (Lunes a viernes de 9 a 17 h.)

Fax: (34) 93 317 82 42

Forma de pago:

- Talón adjunto a nombre de Icaria editorial
- Transferencia a la c/c de Icaria editorial n.º 2013 0717 61 0200380950,  
de la Caja de Ahorros de Cataluña - Girona, 15 - 08010 Barcelona.
- Domiciliación bancaria:
- lbta. o cc.  
n.º \_\_\_\_\_  
entidad oficina control n.º lbta. o c.c.
- VISA N.º tarjeta ..... Fecha de caducidad .....

(Para facilitar la gestión bancaria, le rogamos que rellene cuidadosamente cada casilla con el dígito correspondiente. Consulte con su entidad bancaria sin tiene alguna duda.)

dirección .....  
agencia .....  
entidad .....

- Giro postal a la cuenta corriente postal n.º 1302 9251 12 0017777887.  
(Al usar esta forma de pago, el suscriptor debe enviar por carta a la secretaria de *mientras tanto* el resguardo de giro junto con su nombre. No podemos cobrar los giros que se envíen al Apartado de Correos, por lo que todos deben dirigirse a la cuenta corriente postal antes citada.)

---

ORDEN DE PAGO

Sr. director del Banco o Caja .....  
Dirección.....  
Sírvese atender hasta nuevo aviso, y con cargo a mi cuenta, los recibos que le sean presentados por la revista *mientras tanto*.  
Titular de la cuenta .....  
Dirección.....  
Número de la cuenta  
Atentamente,

(firma)